TEÓFILO SCHMID

MISIONANDO POR PATAGONIA AUSTRAL

1858-1865

USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PATAGONES

4

BUENOS AIRES
1964

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 26 1980
THEOLOGICAL SEMINARY
F 2936 .S34 1964
Schmid, Theophilus F., fl.
1866-1874.
Misionando por Patagonia
austral. 1858-1865

00332

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/misionandoporpat00schm

BIBLIOTECA

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

XXII

COMISIONES ACADÉMICAS

PUBLICACIONES: Director: Dr. José Luis Molinari

BIBLIOTECA: Director: Dr. Milcíades Alejo Vignati

NUMISMATICA: Director: Cap. de Nav. Humberto F. Burzio

ARCHIVO: Director: Dr. Ernesto J. Fitte

COMISIÓN DE PUBLICACIONES

Director: Dr. José Luis Molinari

Vocales: Dr. Milcíades Alejo Vignati

Sr. Ricardo Piccirilli

Cnel. Augusto G. Rodríguez

Dr. Ernesto J. Fitte

MISIONANDO POR PATAGONIA AUSTRAL

1858 - 1865

USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PATAGONES

CRONISTAS Y VIAJEROS
DEL
RIO DE LA PLATA

Tomo I

Coordinador:
Milcíades Alejo Vignati

•

TEÓFILO SCHMID

MISIONANDO POR PATAGONIA AUSTRAL
1858 - 1865

USOS Y COSTUMBRES
DE LOS INDIOS PATAGONES

BUENOS AIRES
1964

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TEÓFILO SCHMID

MISIONANDO POR PATAGONIA AUSTRAL
1858 - 1865

USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PATAGONES

Prólogo y comentarios por el Académico de Número

DR. MILCÍADES ALEJO VIGNATI

BUENOS AIRES
1964

Printed in Argentine
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.724
© 1964, by Academia Nacional de la Historia, San Martín 336, Buenos Aires

MISIONANDO POR PATAGONIA AUSTRAL

1858 - 1865

PRÓLOGO

El propósito del protestantismo de asentarse en Patagonia es muy antiguo. Su primer tentativa data del tercio inicial del siglo pasado. Dos catequistas: Guillermo Arms y Tito Coan, fueron destacados desde Nueva York. La goleta Mary Jane en noviembre de 1833 los deja en bahía Gregorio —en la banda norte del estrecho de Magallanes— donde, sin muchas correrías, permanecieron poco más de dos meses. Sus propósitos proselitistas fueron absolutamente nulos, pero desde el punto de vista del conocimiento del indio Patagón nos han quedado dos obras distintas: un diario escrito por fragmentos de ambos que se publicó de inmediato en el órgano oficial de la institución organizadora y una obra escrita en su ancianidad, medio siglo después, por el segundo de los nombrados. Ambos relatos contienen datos y consideraciones interesantes de la vida indígena.

Para muchos es bien conocida la obra de la Missionary Society en el archipiélago fueguino que alcanzó, repetidas veces, el sacrificio y hasta el martirio de sus miembros en su inerme lucha por difundir el evangelio; en cambio, sus actividades patagónicas son poco menos que desconocidas, tanto las referentes a su extremo austral (Punta Arenas, Santa Cruz) como a las un poco más tardías en su límite septentrional (El Carmen, San Javier, Viedma). No es supérfluo, por consiguiente, este capítulo inicial que cumple la misión ante el lector de situarlo en los prolegómenos de la penetración catequista que realizó Teófilo Schmid en Patagonia austral, que, a la vez, jalona su propia historia como la de la obra misional que le estaba encomendada.

Al pisar tierra americana Teófilo Schmid tenía unos 24 años de edad. Había nacido en Würtemberg, pero educado en el Gimnasio de la Escuela del cantón de Aarau, de Suiza. Su preparación religiosa la recibió, posiblemente, en la Misión de Peregrinos de San Chrischona, residencia edificada en lo alto de una colina, en la orilla izquierda del Rhin en la cercanía de Basilea.

En 1854 la South American Missionary Society le ofreció el cargo de lingüista. Al trasladarse a Inglaterra fue hospedado por el Secretario General de la Sociedad, reverendo Jorge Pakenham Despard en cuya casa de Lenton en el Nottinghamshire quedó hasta el momento de partir para Sud América.

Su llegada a Montevideo fue por marzo o abril de 1856; allí se embarcó en la goleta Allen Gardiner *que la Sociedad poseía para sus tareas catequísticas en los mares patagónicos y llega a puerto Stanley —en las Malvinas— a mediados de julio, desde donde se trasladó, poco después, a la estación misionera llamada Crammer en la isla Keppel. Tras una breve estada de dos días regresa a puerto Stanley a la espera del reverendo Despard. Nuevos viajes entre ambos puntos jalonan los meses hasta que, a fines de octubre, queda radicado en la misión.*

El 23 de enero de 1858 Schmid parte para su primer viaje a Patagonia continental. Iba en calidad de lingüista en una excursión dirigida por Allen W. Gardiner —hijo del fundador de la Sociedad— y después de tratar a indios canoeros en el litoral sudeste de la península Brunswick desembarcó en Punta Arenas y entró en contacto con los patagones del grupo familiar de Casimiro. La visita a los "toldos" e incursiones a los lugares próximos fueron premiosos; la goleta recala en bahía Gregorio pero los misioneros no pudieron entrevistarse con los aborígenes; éstos estaban acampados por la Primera angostura y, cuando fueron vistos, el mal tiempo y las peores condiciones de la costa impidieron la entrevista. La Allen Gardiner *tomó rumbo a las Malvinas fondeando en la bahía Comité —donde estaba el pequeño puerto de la estación misionera— el 30 de marzo.*

Con vehemencia de neófito Schmid propone a la Sociedad cambiar su situación de lingüista por la de catequista para dedicarse a la conversión de los patagones, proposición que, desde luego, fue aceptada. Pero, recién el 4 de febrero de 1859 es cuando Schmid emprende, desde la isla Keppel, su viaje a Punta Arenas en calidad de tal. El 23 de abril, bajo la protección del jefe indígena As-caik, sale de la población chilena para iniciar la jornada que ha de proporcio-

narle la oportunidad de inscribir su nombre en los anales del americanismo: su "Vocabulario" y sus "Maneras y costumbres" son el fruto óptimo de su convivencia con los indígenas hasta el día 6 de octubre, fecha en la cual regresa al poblado magallánico.

Allí le esperaban muchos y angustiosos días. La goleta de la misión que debía reintegrarlos a la isla Keppel no arribó para la fecha establecida y, con el tiempo, los rumores, primero, y la certidumbre, después de la cruenta tragedia de Wulaia con la consiguiente pérdida de la Allen Gardiner *lo abandonaron a su propia iniciativa. No pudiendo comunicarse con su superior inmediato de las islas Malvinas, resolvió trasladarse a Valparaíso —por abril de 1860— para hacerlo con el Comité de la Sociedad. En esa ciudad le alcanzaron las instrucciones que tanto anhelaba del reverendo Despard y, en cumplimiento de las mismas, embarcó para Inglaterra. Durante su estada en la metrópoli dio término a la redacción de sus "Maneras y costumbres".*

Como la Sociedad no variara de criterio en cuanto a sus propósitos catequísticos y la confianza depositada en Schmid, éste partió de nuevo para la isla Keppel en noviembre de 1860, llegando a la estación de Crammer el 12 de enero de 1861. Allí lo estaba esperando, —desde el 29 de julio— el catequista Juan Federico Hunziker que había de ser en los años siguientes su colaborador en la empresa de conquistar espiritualmente a los indios Patagones.

Dióse de lleno a organizar su nuevo viaje continental que diversas circunstancias retrasaron hasta el 16 de mayo, desembarcando en Punta Arenas el 9 de junio. El acucioso celo del Gobernador puso un nuevo compás de pasividad a la acción de los misioneros pues deseaba confiarlos a un idígena de influencia y responsabilidad. No obstante todas las reticencias que le inspiraba Gemoki —hijo del difunto As-caik, que cuidara de Schmid en el viaje anterior— concluyó por aceptarlo como nuevo "protector". En esas condiciones, el 27 de julio, el binomio evangélico se puso en marcha, rumbo al norte, en compañía de un reducido número de familias aborígenes. Esta nueva incursión alcanzó el río Coig, en el meridión de Santa Cruz, punto desde el cual iniciaron el regreso, llegando a la colonia chilena el 9 de noviembre. Desde allí se trasladaron a la estación misionera de Crammer, en la isla Keppel, no sólo en período de descanso sino, también, de preparar otra estada entre los posibles catecúmenos.

Pero esta vez cambiaron radicalmente de sistema. No se trataba

ya de incorporarse a un cortejo trashumante que no proporcionaba momentos apropiados para explayar conceptos teológicos y demostrar la conveniencia de ser un fiel observante de la religión cristiana; ahora correspondía a los indígenas la iniciativa de apropincuarse a los portadores de la verdad para ser iniciados en los misterios de la fe. Y en pos de tal creencia, más desorbitada que pueril, establecieron sus habitaciones en Weddell Bluff, en la margen derecha del río Santa Cruz, muy próximo a su desembocadura. Esto acaeció el 2 de junio de 1862.

Ahí comienza la más dramática y estéril de sus aventuras patagónicas. La grey que, a tropeles —de acuerdo con el quimérico criterio rector— debía acudir al templo erigido en el desierto, sólo en forma muy esporádica se hizo presente y ello por medio de embajadas muy poco numerosas y, cuando casi pasado un año llegó el caso de una concentración mayor de personas fue, precisamente, para entablar una situación de discrepancia con la concepción misionera que significó —a su modo— hacer comprender a los utópicos evangelizadores lo equivocado que estaban en su enfoque del problema proselitista y lo poco que podían esperar de la instabilidad de los propósitos y promesas de seres errantes.

Pero, antes que ello sucediera, habían tenido que soportar el interminable invierno con sus días tristes y fríos, días cada vez más fríos y tristes al acendrarse la sensación de aislamiento y desamparo, como si el yermo circundante los subyugase con su pesadez de plomo al que no alcanzaban a limar sus asperezas las salmodias cotidianas entonadas férvidas de unción y anhelosas de ser escuchadas.

Mientras tanto, el 28 de septiembre, Schmid, aprovechando la visita ocasional de un grupo de indígenas provenientes de Río Negro y en camino para Punta Arenas, partía —iluso insaciable— hacia el caserío chileno del estrecho y, si su convivencia con los indígenas no le ocasionó ningún daño, no puede decirse lo mismo de las consecuencias de su contacto con los "civilizados".

El 28 de noviembre, en compañía del ubicuo Casimiro, llegó, de regreso, a la sede misionera donde tuvo de entrada, la visión trágica de la neurosis aguda producida por el aislamiento en su compañero de misión el catequista Hunziker; éste, sin conocerle, le preguntó si hablaba el español o el inglés...

El 1º de enero de 1863 desembarca en Wedell Bluff el reverendo Waite Hocking Stirling, nuevo superintendente de las misiones de América austral. Las circunstancias, absolutamente fortuitas, hicieron que contemplara el paisaje con un criterio equivocado y dejó que el tiempo —supremo hacedor en cuestiones terrenales— diera su solución. Ello no obstante, se preocupó de dejar bien arreglada y sembrada la huerta de la misión antes de embarcarse para Malvinas el 28 de enero. El 18 de mayo regresaba.

Se inicia la etapa espectacular en la cual la diplomacia se pone de manifiesto. Por un lado la rígida —aunque un tanto melodramática— demanda del elemento religioso, tan impávido como impermeable, y por el otro la versatilidad interesada de los indígenas, cuya capacidad máxima de convivencia radicaba en el trueque de cueros y plumas por el abominable tabaco y el degradante alcohol adulterado con que se habían enviciado en sus tratos con los loberos. Por rara coincidencia, tres días después plantaron sus toldos en las inmediaciones de la estación misionera un conjunto de familias con un total cercano a las 400 personas y cuya presencia permitió la desigual entrevista donde debían enfrentarse el anhelo meramente espiritual de unos y el utilitarismo, la sensual apetencia de bienes materiales, de los otros.

Por de pronto, hay que manifestar que el "parlamento" se mantuvo en un alto plano de austeridad. La sed insaciable de los indígenas tuvo —con despecho— que conformarse a la abstinencia de los amos de casa. Y, tal vez, esa circunstancia fue la determinante para que los hechos —tan hábilmente llevados hasta entonces— se precipitaran y quedaran consumados sin posibilidad alguna de ser revistos. Mientras el reverendo Stirling que llevaba la palabra les hablaba del reino de Dios, Casimiro, en representación de los asistentes estableció las causas fundamentales del disentimiento: el lugar no era apto para cacerías; sus paisanos, en pos de las presas, debían proseguir su marcha al norte y, si bien, él estaba dispuesto a dejar a sus hijos en la misión para su instrucción, los demás del conjunto no lo creía necesario.

Es superfluo hacer comentarios al respecto: los hechos son los que hablan: ocho días después, el 29 de mayo, el cuerpo misionero desembarcaba en la isla Keppel.

Pero se habían prometido obsequios, especialmente a los jefes y la Sociedad misionera quiso, una vez más, cumplir con sus compromisos. El 22 de septiembre reembarcaron Schmid y Hunziker,

nuevamente para Weddell Bluff. La información que a su llegada recibieran del personal subalterno que quedó para cuidar el recinto misionero fue tan despiadadamente atroz en su desnuda sencillez que les impuso la necesidad de levantar la casilla y toldo portátiles y embarcarse —para nunca más volver— rumbo a El Carmen, al que llegaron el 13 de octubre. Tal es, en apretada síntesis, un proceso que duró casi un año y medio.

La misión anglicana en el austro patagónico daba por terminados sus esfuerzos. No es propio pronunciar con criterio actual clase alguna de crítica. Fue una orientación errónea propia de la época y la Sociedad no hizo ni más ni menos de lo que cualquier otra institución hubiera realizado.

Desde este momento, la figura de Schmid se diluye. Poco tiempo después se embarca para Europa de donde regresa al año siguiente (1864). Durante tres años se eclipsa de las actividades misionales de nuestro país. Reaparece en 1866 —según algunos: ya reverendo y casado—. Actúa durante muy poco tiempo junto a la Guardia de Napostá en las proximidades de Bahía Blanca. Al año siguiense se instala en Fray Bentos (Uruguay) de donde, nuevamente, se lo traslada en septiembre de 1868 a la localidad de Salto. En julio de 1874 abandona su cargo y regresa a Europa. Ignoro si su precaria salud le dio vida corporal mucho tiempo después de su entrada en el cono de sombra de la muerte civil precursor de la tumba. Sin embargo, el hombre espiritual ha sobrevivido a la sordidez de los intereses terrenales. Evoco su nombre con respeto y entrego su obra a la consideración de los estudiosos.

No nos incumbe analizar los motivos que determinaron el fracaso de la obra misionera, pero no podemos menos que sentirnos felices que ese intento se haya realizado. Sólo así hoy tenemos dos gramáticas y un vocabulario patagón —lo mejor que hasta ahora se conoce, a pesar de sus deficiencias— y, como si ello no fuera suficiente, un conjunto de observaciones etnográficas únicas, extraordinarias e insuperadas. Y, nuevamente, —no hay que cansarse de repetirlo si queremos que las nuevas generaciones sean más probas, más sinceras, más conscientes de sus responsabilidades— debe enrostrarse a esos charlatanes del año 70 en adelante que viajaron por Patagonia dragoneando de antropólogos y que no fueron capaces de captar de estos centenares de indígenas que trataron una observa-

ción etnográfica valedara, un vocabulario utilizable, un hecho científico que haya quedado...

Nosotros, en verdad, somos los usufructuarios de tantos sacrificios estériles en su faz proselitisa; según ya he manifestado, nos quedan —aunque fragmentarios— los "diarios" de los actores, sus anotaciones etnográficas y algo de su idioma que, conviene repetirlo, es el mejor material édito que poseemos. Pero esta estima por los beneficios recibidos sería aun mayor si las actuales autoridades de la American Missionary Society abrieran las arcas de sus archivos e hicieran conocer los vocabularios aun inéditos y la integridad de la correspondencia remitida por los catequistas. El siglo que ha pasado desde entonces enjuga las flaquezas y los errores —si los hubo— que, en su tiempo, pudieran haber sido consideradas ingratas. El alto ejemplo de la Compañía de Jesús de entregar a una institución oficial para su publicación las cartas anuas —que por naturaleza son reservadas— establece una norma que puede ser seguida sin desmedro por otras entidades, demostrando así no temer el mal juicio de los hombres.

La obra que se presenta a la consideración del lector es facticia. Es la recopilación de cartas y fragmentos del "diario" del misionero Schmid, publicados en diversos números del órgano oficial South American Missionary Society, que lo patrocinaba, y en las que no es difícil señalar supresiones que, si bien no privan de hilación al relato, omiten pormenores que, tal vez, podrían informar de esas pequeñas modalidades de costumbres —que ayudan en la elucidación de incógnitas de la ergología indígena— o de accidentes geográficos que sitúan la región visitada.

Según ya he manifestado, no todos los capítulos son, en verdad, fragmentos del "diario" de Schmid; algunos son cartas que lo reemplazan o que hacen las veces de tal y otros son, realmente, el fruto de la labor cotidiana aunque, generalmente, dejan un pronunciado resabio a retaceo. Unas y otros han sido publicados en números de la revista a través de varios años. Ha sido necesario hacer un prolijo escrutinio pues, a las veces, los comentarios editoriales ocupan muchas más planas que la relación del misionero y, como si ello no fuese bastante, bajo el mismo título agolpan el editorial de marras, el diario de Schmid y una carta del catequista Hunziker y, si mal no viene, otra de algún marino de la real armada inglesa, de paso por el estrecho, que desahoga sus pruritos religiosos aprovechando los ocios de una recalada imprevista.

Descartando los editoriales —de suyo indigestos con sus citas bíblicas y su inconfundible estilo de sermón protestante— que, sin embargo— bien espigados—, me han servido de vez en cuando para la redacción de algunas notas aclaratorias, y desglosadas las partes atribuidas a Schmid que forman el verdadero texto del volumen, las otras piezas —cuando valederas— han sido incorporadas al Apéndice. En realidad, constituyen documentos análogos que, a las veces, rectifican tanto como complementan las del autor principal. Tal vez sea el motivo apuntado un poco más arriba la causa por el cual el Apéndice se presente un tanto henchido: la Sociedad no desperdiciaba nada que pudiese aumentar la credulidad de sus lectores en cuanto a la bondad de la obra emprendida.

Me ha parecido conveniente incluir en la relación de sus viajes australes una última carta de Schmid correspondiente a la región septentrional en la cual da por terminada su labor patagónica y que es —quiera que no— la terminación previsible de casi un decenio de trabajos ímprobos a la par de estériles, de grandes anhelos y mínimos resultados, de utópico proselitismo con el fracaso más absoluto, sin que ello signifique poner en suspición la honestidad de propósitos, ni el mérito de su labor, como tampoco lo sublime de su misión evangélica.

Capítulo I [1]

CARTA DE SCHMID

The Voice of pity for South America, V, 212-215; London, 1858

Fueguinos. — Ofrecimiento como catequista. — El caballo Casimiro. — Alumnos del instituto de Santa Chriscona.

Con gran regocijo y verdadera felicidad hago llegar a usted el siguiente relato de nuestro viaje a Patagonia, el cual, creo poder decirlo, ha tenido éxito hasta aquí, ya que nos ha permitido establecer una comunicación con los patagones, en especial con Casimiro, sobre quien descansan las miradas de los adictos a nuestra causa en Inglaterra; pues ha sido el más promisorio y es, aún hoy, el más influyente medio de contacto con su tribu... También vimos algunos fueguinos en Caleta Bougainville, donde cortamos leña, así como en Hope Harbour, en el Seno Magdalena. Tratamos de persuadirlos para que se unieran a nosotros, pero sin resultado. Teníamos tres indios a bordo cuando zarpamos de Hope Harbour. Uno de ellos, al que los marineros apodaron Jack, se había familiarizado con la vida del buque. Les hicimos regalos de ropa, bizcochos, carne, etcétera. Hubieran permanecido a bordo día y noche; pero cuando vieron que la *Allen Gardiner* abandonaba el puerto, uno tras otro fueron descendiendo por la escala a su canoa. Pedimos a Jack que se quedara, pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles y no abrigábamos ninguna intención de mantenerlo por la fuerza. Los patagones son aún más apegados a su terruño. Viendo entonces que no vendrán hacia nosotros, es nuestro deber acercarnos a ellos, si que-

remos ser los mensajeros de la buena nueva de Cristo y de la salvación que Él nos trae. El lunes pasado, 5 de abril, sostuve una larga entrevista con el señor Despard acerca de esta Misión. Le propuse unirme a los patagones como catequista (no como intérprete), vivir con ellos en sus *toldos,* compartir su comida y sacrificar las comodidades que me rodean aquí, si tan solo otro hombre, dispuesto a servir a su Señor y Maestro en esta empresa, se ofreciera para venir conmigo. Pues, recordando las palabras de Salomón, son dos mejor que uno; nuestro Salvador mismo siempre envió a sus discípulos de a dos. Hasta aquel modelo de valor e intrepidez de todos los misioneros, que fue San Pablo, tuvo siempre compañeros, tanto en sus viajes como en su ministerio espiritual. El señor Despard ha aceptado mi propuesta y, según tengo entendido, ha escrito ya a usted acerca de ella. Al ofrecerme para ir a Patagonia no quiero insinuar, quede ello expreso, que deseo alterar en modo alguno los planes de la Sociedad; tan solo deseo hacer para que el Evangelio de Jesucristo llegue a predicarse entre los nativos una vez que hayamos aprendido su idioma, lo que sólo puede lograr alguien que viva con ellos unos seis meses. Puesto que poseo ya cierto conocimiento de su lengua y siempre me he mostrado amable y afectuoso con ellos, quizá pueda, si la bendición de Dios acompaña mis esfuerzos, convencer a algunos indios para que me confíen sus hijos, con lo que podríamos traerlos a Cranmer y criarlos de acuerdo con los proyectos formulados por la Sociedad. El señor Despard me ha dado instrucciones para que monte a Casimiro (el caballo que el señor Gardiner compró de Casimiro, el cacique patagón [2]) una hora por día, a fin de acostumbrarme a las marchas a caballo con los indios. De tal manera, mi estimado señor, trataré, de convertirme en un buen jinete y de prepararme física, mental y espiritualmente para esa obra. Por lo tanto, si la Comisión acepta mi propuesta y consiente en dejarme ir, estaré pronto para salir en cualquier momento. Que el Señor de las cosechas me envíe un compañero a unir su suerte con la mía, a fin de que pueda yo gozar de los beneficios de la oración en su compañía, la comunión, el mutuo estímulo, consuelo, etcétera. Quiera Dios allanar todos los obstáculos y abrirnos un camino, para que podamos ir a tomar posesión de la Patagonia en nombre de nuestro Capitán —nuestro Rey, Jesucristo— bajo cuya bandera nos hemos congregado para salir a la lid contra sus enemigos y que enarbolemos allí su estandarte. Mi estimado señor; se alegrará usted de saber que en el último correo recibí una carta de mi querido amigo y maestro, el reverendo C. T. Schlienz, de Santa

Chriscona, un Instituto de Misioneros cercano a Basilea, quien se interesa enormemente por la Misión Patagónica, como bien lo sabe el señor Despard, aquí presente. En dicha carta, así como en otra dirigida al mismo señor Despard, declara que hay seis hombres jóvenes dispuestos a emplearse en nuestra Misión y que los enviará si la Comisión desea hacer uso de sus servicios. Empero sobre este particular podrá informarle personalmente al señor Despard, por lo que no insistiré al respecto.

Capítulo II [3]

DIARIO DE SCHMID

The Voice of pity for South America, VII, 178-90; London, 1860

Estada en Punta Arenas. — Llegada de los indios. — Convenio. — Caramillos. — Primera jornada. — Agasajo. — Regímenes de viaje. — Vida familiar. — Serranías San Gregorio. — Buque naufragado. — Embriaguez. — Recepción jubilosa de caciques. — Casimiro. — Otra vez junto al buque náufrago. — Escenas truculentas. — Regreso a la Colonia. — El doctor Burns. — Aprendizaje del idioma patagón. — El comercio indígena.

Punta Arenas, octubre 20, 1859.

Reverendo y estimado Señor: Habiendo sido del agrado de Dios proteger mi vida durante mis andanzas por las llanuras de la Patagonia y reintegrarme a este lugar sano y salvo, junto con mis amigos patagónicos, me hago un grato deber escribirle una carta, aunque no tenga oportunidad de enviársela por ahora, a fin de ponerlo al corriente de todo lo sucedido e informarle sobre los progresos logrados desde la última vez que tuve el placer de escribirle.

Tras de esperar en esta población alrededor de seis semanas, que aproveché para mejorar algo mis conocimientos del idioma español y prepararme, en general, para la empresa en que a cualquier precio había de embarcarme, llegaron los indios al establecimiento. Mientras me hallaba paseando un día con mi amigo, el doctor Burns,[4] supimos que los indios estaban a punto de arribar. Nos dirigimos entonces hacia los portones de acceso y allí encontramos a

seis jinetes, a la espera del permiso de Su Excelencia para entrar a la colonia. Uno de ellos llevaba una bandera chilena. Reconocí a tres de los hombres, pues se hallaban entre los que había visto el año anterior. Desmontaron frente a la puerta de la residencia de Su Excelencia. Luego fui llamado al patio, donde Su Excelencia manifestó a los indios que yo deseaba unirme a ellos para ir a las Pampas (así llaman a su tierra en español). Se resistían a creerlo al principio y reían todos; pero cuando se les aseguró que mi intención era firme y, si estaban dispuestos a llevarme, iría con ellos, manifestaron sorpresa y placer. Pero como el grueso de la partida no había entrado aún a la colonia, Su Excelencia y yo pensamos que sería mejor esperar a que llegaran todos, junto con el Cacique. Aparecieron como una hora más tarde, los hombres primero y luego las mujeres, montadas en los caballos cargueros. Poco después de su llegada Su Excelencia envió un soldado de la guardia a buscarme. Al entrar al patio vi al Gobernador conversando con el Cacique sobre mis propósitos de viaje y manifestó su deseo de llegar a un acuerdo lo más rápida y satisfactoriamente posible.

Habiendo declarado el Cacique y los demás indios su conformidad y placer de contarme entre ellos, les prometí que si protegían mi persona y mis bienes, me proporcionaban alimento y, en general, se comportaban correctamente conmigo, al regreso de la *Allen Gardiner* les pagaría con un barril de pan, uno de harina, medio barril de azúcar y tabaco; aparte de todo esto, la nave traería regalos para todos los indios, pues el señor Despard había obtenido de Su Excelencia la promesa de distribuir regalos entre los demás miembros de la tribu si me trataban bien. Su Excelencia les habló con bastante claridad y firmeza, repitiendo varias veces la lista de mercaderías a que se harían acreedores una vez cumplido su compromiso, pues tras de consultar entre sí unos instantes se mostraron conformes con el contrato. Luego se convino en que ellos acarrearían mi carpa, que el Cacique me prestaría * un caballo durante toda mi permanencia entre ellos, que yo iría donde ellos fueran, viviendo siempre en su compañía, etcétera. Redacté luego el contrato, lo leí ante los indios y lo entregué a Su Excelencia, de acuerdo con el deseo de éste. Todo parecía ya arreglado y los indios satisfechos y contentos de llevar consigo un hombre de habla inglesa. Pero ¿cuándo se ha visto que una obra piadosa pueda llevarse a

* No teniendo monedas grandes de plata, pues no las hay en la Colonia, no pude comprar uno.

cabo sin oposición? Satanás está siempre alerta para obstaculizar la marcha del Evangelio y, aunque no siempre consigue detener los ataques contra su reino, al menos trata de conseguirlo. Y así sucedió en este caso. Algunas personas (interesadas) de la Colonia, temiendo que mi presencia entre los indios pusiera fin a las extorsiones que cometen en su comercio de pieles y otros artículos, les inculcaron la idea de que yo era un hombre enfermo y, seguramente, moriría en las Pampas al no tener otro alimento que carne de guanaco. Para demostrar mi condición enfermiza, hicieron notar a los indios el hecho de que yo no fumaba, cosa que siempre hace un hombre sano. Por más tontos que fueran tales argumentos, surtieron rápido efecto entre esos ingenuos aborígenes y vinieron a decirme que no podían llevarme consigo, en vista de mi enfermedad, pues no podría sobrevivir la campaña y ellos sufrirían luego las consecuencias de mi muerte, como si fueran los responsables.

Mucho trabajo y larga discusión me costó convencerlos de lo insensato de sus sospechas, así como de las verdaderas razones y propósitos de quienes las habían despertado. Decidieron, por fin, acceder a mis ruegos; pero pusieron como condición que no llevara mi carpa y viviera en el toldo del Cacique, el cual, según me dijeron, era muy grande. No les agradaba en absoluto que yo llevara una carpa individual y durmiera solo. Se echaron a reír cuando les mostré mi carpa y se empeñaron en ridiculizarla en toda forma. Como no iba yo a desistir del viaje por cosa tan trivial, me resigné ante su insistencia y, tras los últimos preparativos, ensillé el caballo que el Cacique —a quien llamaremos As-caik [5]— había hecho traer para mí. Era el sábado 23 de abril y brillaba un sol radiante tras dos días de lluvia persistente; viendo que los indios se aprestaban para la partida, hice yo otro tanto, despidiéndome de mis amigos, el doctor Burns y su esposa, que tanta amabilidad me dispensaron durante mi estadía en la Colonia y, finalmente, de Su Excelencia el Gobernador, a cuya desinteresada intervención debo el bienestar de que gocé durante mis andanzas con los nativos [6]. Abandoné entonces la Colonia, cabalgando entre mis nuevos compañeros y pronto entablé conversación con los que sabían algo de español; les hice presente mi buena voluntad para con ellos (pues los indios son muy desconfiados) y mi deseo que fuéramos buenos amigos, asegurándoles que ningún mal debían esperar de mí. Fue así como partí con ellos, sin temor, henchido mi corazón por las cosas que habían sucedido en los últimos días y la alegría ante los maravillosos dones que el Señor me dispensara. Confiando en su sempiterna presencia,

a la que ni cielo ni tierra pueden huir, y colocándome bajo su protección todopoderosa y sin arma alguna, me puse en camino. Lejos estaba de sospechar la jornada que me esperaba durante todo el día y buena parte de la noche. Los indios no quisieron hacer campamento hasta llegar al sitio en que habían dejado los toldos y parte de sus familias en su viaje a la Colonia. Desde que abandonáramos ésta, seguimos la playa, bordeando el bosque por un sendero verdaderamente horrible, con troncos atravesados y ramas colgantes sobre el camino; para esquivarlos hay que dar un rodeo, marchando sobre los grandes y resbalosos guijarros junto al mar. Así siguieron las cosas hasta las proximidades de Bahía Laredo y, en adelante, recorrimos millas y millas de agua y pantanos cuando rodeábamos las entrantes de la costa. Era muy tarde cuando llegué a mi nueva morada y comencé a buscar ansiosamente el lugar en que me sería permitido descansar, pues nunca había hecho una marcha tan larga a caballo. Mientras me hallaba frente a la carpa que iba a ser mi domicilio, muchos indios se congregaron alrededor del fuego, sentados o de pie, deseosos de examinar al forastero que tan inesperadamente los visitaba; para poder observarme a gusto, debieron encender una gran fogata. Luego, cuando me senté cerca del fuego en el asiento que As-caik me preparara, un viejo indio prorrumpió en un canto al estilo de ellos, muy peculiar por cierto, y el curandero se empeñó en producir un ruido ensordecedor, para mí muy desagradable, con un par de cascabeles hechos de cuero de guanaco. Me explicaron que el concierto se realizaba en mi honor, pues querían celebrar mi llegada [7]. Aparentemente satisfecha su curiosidad, tras de esto se dispersaron, yéndose cada uno a su toldo. Rendido de sueño y cansancio, me retiré yo también a dormir, por primera vez, en un toldo indígena; agotadas mis fuerzas al acostarme, dormí profundamente toda la noche y me levanté reconfortado. Quiso el destino que mi primer día entre los indios fuera el de la Pascua, es decir el día que Nuestro Señor resucitó de entre los muertos. Me concedieron descanso, pero vi que la curiosidad de mis nuevos compañeros no había quedado del todo satisfecha, ni lo sería por mucho tiempo aun, pues tan pronto como me levantaba en la mañana y empezaba mi aseo personal, se reunían para observarme con una insistencia increíble.

He llevado un Diario desde el principio de mi expedición [8]; pero no creo necesario transcribirlo aquí, ya que solo contiene una larga serie de apuntes sobre nuestras andanzas de un lugar a otro y los continuos traslados. Abrigo el propósito de redactar un informe

aparte con todo lo observado y aprendido entre estos aborígenes, su modo de vivir, sus costumbres, etcétera [9]. Básteme decir, por ahora, que en estos cinco meses he llevado una vida errante en extremo, pues rara vez los indios permanecen más de una semana en un sitio; el intervalo entre una y otra mudanza es de tres o cuatro días, cuando no uno solo. A veces marchamos durante varios días consecutivos, ya fuera en persecución de los guanacos, ya en busca de mejores pastos para los caballos o de un paraje con leña más abundante, o bien, aunque con menos frecuencia, por el solo placer de seguir errando [10].

El Cacique con quien vivo, As-caik, tiene un hijo de unos veinticuatro años, llamado Gemóki; cuando estamos en la marcha, él es siempre mi compañero [11], cargo éste que le asignó su padre; pero cuando acampamos mi alojamiento obligado es el toldo del Cacique. Sin duda se complacerá usted si le digo que As-caik me ha tratado como a un hijo, y que otro tanto han hecho los demás miembros de su familia; tampoco tengo queja alguna sobre el trato recibido de los otros indígenas. Creo poder afirmar que la mayoría de ellos, si no todos, me aprecia; pero estoy seguro que esto es especialmente cierto en el caso de As-caik y los suyos, quienes me consideran como a un miembro de la familia; tan es así que él me llama "hijo" y toda su prole me conoce como "hermano". Jamás he pasado hambre en el verdadero sentido de la palabra; antes bien y por lo general, he tenido siempre suficiente de comer; más aun, lo mejor que tenían lo reservaban para mí. Cierto es que no tienen horas fijas para sus comidas; comen cuando el estómago lo pide o cuando hay leña para cocinar, modalidad a que he debido adaptarme. Cuando comían arroz (artículo que obtienen en sus visitas a la Colonia), la mayor porción era siempre la mía. En resumen, pues, nuestras relaciones han sido amistosas en todo momento.

Apenas había transcurrido un mes cuando se les ocurrió volver a la Colonia para vender carne de guanaco, que por lo general truecan por arroz, porotos, harina y bizcochos; pero si la venden al Gobernador, con el producido compran coñac [12]. Había entrado ya el invierno y la nieve cubría el suelo, en partes hasta dos pies de altura; siendo este invierno muy riguroso (según dijo Su Excelencia), la leña escasa y la voluntad de las mujeres para salir a recogerla más escasa aún, sufrí mucho frío, especialmente en los pies (el suelo se hallaba continuamente mojado), ya me encontrara en el toldo o marchando a caballo. Muchas veces, al llegar al campamento con mi acompañante tras una de nuestras largas marchas,

tuvimos que esperar más de una hora antes de que se levantaran los toldos y pudiéramos entrar en ellos, tan difícil era hincar en el suelo helado los palos que los sostenían [13].

Durante los tres primeros meses acampamos siempre en los alrededores de las Serranías de San Gregorio, pues durante el invierno los guanacos buscan ese paraje, u otro cercano a la costa [14]. Quizá hubiéramos permanecido allí hasta la primavera de no haber recibido un día As-caik ciertas noticias sobre la presencia de grandes cantidades de avestruces en el extremo oriental de las mencionadas Serranías. Partimos al día siguiente, en dirección al norte, y cuando nos acercábamos a Bahía Gregorio avistamos un buque a vapor remontando el Estrecho; los indios descontaban que iba a anclar en la Bahía, por lo que encendieron fuegos y elevaron la bandera chilena con un palo, procurando atraer su atención; pero la nave, por toda respuesta a la invitación, enarboló el pabellón británico y continuó su viaje. Según pude averiguar después, era el *Lima*, buque correo que hace el servicio entre Valparaíso y Panamá. Los indígenas se mostraron muy contrariados y ofendidos al ver que seguía de largo. Yo les había advertido que no se detendría, pues los vapores pueden pasar las dos angosturas sin dificultad, pero no dieron crédito a mis palabras. Continuamos entonces nuestra marcha; seguimos errando otros cuatro días y, tras de detenernos algunos días en un nuevo paradero, proseguimos hasta la entrada del Estrecho, donde los indios hallaron un buque, naufragado como un mes antes de nuestro arribo. Era un magnífico barco, con casco de hierro, procedente de Liverpool y llamado *Anne Baker*. Gemôki y yo llegamos tarde al campamento, distante una media milla del lugar del naufragio. La mayoría de los indios habían llegado al sitio antes que nosotros; acercándose al buque, hallaron mucha bebida en la playa y ahora estaban totalmente ebrios. Algunos llegaron al campamento en ese repugnante estado, mientras otros permanecieron junto al naufragio para seguir bebiendo. Tarde en la noche se supo en el campamento que había estallado una gran pelea entre los indios y que uno se hallaba muerto; algo más tarde llegaron noticias sobre la muerte de otros dos, a consecuencia de las heridas sufridas; otros habían quedado heridos en la cara, brazos y otras partes del cuerpo. Fue una noche terrible y pocos fueron los indios que se acostaron a dormir. En vista del peligro de tanta ebriedad, se decidió abandonar el lugar y seguir viaje al norte, para regresar al punto del naufragio un mes más tarde. Algunos de

ellos, empero, se quedaron y nos alcanzaron luego trayendo bebida para los que se alejaban hacia el norte.

Tras de viajar unos seis días, nos encontramos con Cailé, Watchy [15] y Casimiro [16], quienes, en compañía de otros indios, regresaban de los alrededores de Río Negro, hacia donde fueran el año anterior para comprar caballos, según me explicaron. No llegaron, precisamente, al río Negro por temor a los indios de esa región, por lo visto muy pendencieros. No traían más caballos que los indispensables para su propio uso. Casimiro llegó unos días más tarde, en compañía de Watchy. Los indios se aprestaron para darles una recepción imponente [17]; ensillaron sus mejores caballos y se ataviaron con las vestimentas más alegres (hechas con los géneros que habían sacado del buque), repararon sus lanzas aquellos que las tenían y los demás echaron mano de otras armas, como mosquetes y escopetas, con las que dispararon al aire cuando se encontraron frente a Casimiro. Pronto supieron los recién llegados, por boca de As-caik, que yo me encontraba entre ellos. Apenas me vio, Casimiro me llamó aparte y, en términos muy amistosos, me invitó a su casa, donde me agasajó con un almuerzo de carne de guanaco que él mismo preparó y cocinó. Me mostró luego dos papeles, escritos por los capitanes de dos barcos de guerra: uno en inglés, del capitán Rowan, y otro en francés, del capitán Gros. Ambos se expresaban elogiosamente sobre Casimiro, recomendándo a otros capitanes por su honestidad en el comercio de carne de guanaco. Aunque habla el español con toda soltura entre los colonos, Casimiro es un perfecto indio [18]; fácil me fue advertir esto, pues sus rasgos y sus modales me eran ya familiares tras meses de vivir con indios; él mismo dice ser indígena, pero debido a su conocimiento del español y el hecho de haber viajado por Chile [19], posee cierto ascendiente sobre los patagones. Sin embargo, no es reconocido como Cacique, aunque le gusta pasar por tal [20]. Cailé y Watchy son caciques, igual que As-caik, con el que se hallan emparentados, y gozan de la distinción correspondiente a su rango. Cailé es un hombre tranquilo y de pocas palabras, pero su colega, Watchy, tiene un carácter turbulento; le gusta la gresca y no pierde oportunidad de hallarla. Nos contaron, al llegar, que muchos niños de la tribu habían perecido en el camino, lo que dio motivo a las mujeres para convertir el campamento en escenario de llantos y lamentos [21].

Emprendimos nuevamente la marcha al otro día, esta vez hacia el lugar del naufragio, al que llegamos seis días después. Otra vez se generalizó la borrachera y continuó hasta que abandonamos la

comarca; los indios iban a diario en busca de más bebidas, muy abundantes por tratarse de un barco casi enteramente cargado con ellas. Las olas habían despedazado completamente el casco desde nuestra visita anterior y gran parte de la carga yacía desparramada por la playa; los nativos se pusieron a acarrear afanosamente cuanto hallaban, apoderándose de géneros, ropa blanca y utensilios de cocina como cacerolas y sartenes, sin olvidar nunca de traer, de paso, una buena dosis de alcohol, cuanto más fuerte mejor. Aunque ebrios, se comportaron más o menos decentemente mientras duró el saqueo; pero una tarde renacieron, repentinamente, sus instintos belicosos: unos procedieron a cargar sus armas de fuego, otros prepararon las lanzas y aquellos que no poseían tales implementos se armaron de un cuchillo en una mano y las boleadoras en la otra. Así equipados, se aprestaron a iniciar la riña; comenzaron a hacer girar las bolas, a blandir cuchillos y apuntarse mutuamente las lanzas, decididos a matarse o a herirse sin compasión alguna ni preocupación por las consecuencias. Las mujeres, que contemplaban la escena a cierta distancia, empezaron a entonar cantos plañideros mientras los niños, sentados en un montículo que se elevaba detrás de los toldos, miraban como si se tratara de una función especialmente organizada para su esparcimiento [22].

Vi que algunas mujeres corrían entre los hombres, con un cuchillo en una mano y sujetando con la otra al marido, hermano o pariente, tratando de desarmarlos o disuadirlos de su intento. De pronto y sin más motivo que para iniciarla, dieron por terminada la gresca y se dispersaron, sin derramar una gota de sangre, quizá movidos por las súplicas de las mujeres. Aún así, no abandonaron el campamento hasta haber terminado toda la provisión de bebida disponible.

¡Qué infamia cometió el hombre que dio a estos indios, o a sus padres, el primer trago de ese líquido destructor de cuerpos y almas! El vicio de la bebida, la atracción irresistible del maldito alcohol, es hoy la única triste herencia que pasa de padre a hijo y, lamento agregar, de madre a hija; aunque los enferma (pues invariablemente se quejan de dolor de cabeza y de estómago al otro día), no hay nada que los induzca a abstenerse. Cierto es que a veces prometen firmemente no volver a beber; pero la tentación puede más que ellos y vuelven a sumergirse en el abismo degradante en la primera oportunidad. Podría extenderme aquí en muchas consideraciones sobre lo que he observado con respecto a este repugnante hábito, pero lo dicho ha de bastar para comprender usted la

clase de dificultades a que debe verse abocado quien quiera enseñar a estas gentes el camino de la verdadera vida.

El 12 de septiembre nos alejamos de este campamento en dirección a las serranías de San Gregorio. El hijo de As-caik. Gemôki, partió hacia el norte en compañía de varias familias, buscando, según dijeron, un caballo que perdieran unas semanas atrás. Cuando nos aproximábamos a la serranía, todos los indios que no habían participado en la excursión de Gemôki decidieron hacer una visita a Punta Arenas, para vender las mercaderías obtenidas en el naufragio. Tras una serie de marchas cortas, impuestas por la pesada carga que llevaban los caballos, llegamos a la Colonia el 6 de octubre. Por intermedio de dos mensajeros despachados desde el campamento días antes, envié dos cartas que había escrito para el Gobernador y mi gran benefactor y amigo, el doctor Burns, informándoles sobre nuestro próximo arribo a Punta Arenas. No se hizo esperar una contestación del doctor, quien, muy amablemente, me invitaba a parar otra vez en su casa, donde ya estaba todo preparado para que no me faltara comodidad. Entramos a la pequeña Colonia con las banderas en alto, ante el tronar de un cañón y toques de trompeta; me informaron que esta recepción marcial se efectuaba en honor de Cailé, en su calidad de Cacique y amigo del Gobernador [23]. Desmonté frente a la casa de Su Excelencia, para presentarle mis saludos, y, hecho esto, me dirigí a lo del doctor Burns, donde no me hice rogar para lavarme, cambiar mis ropas y ponerme tan cómodo como me fue posible. La señora de Burns posee el corazón de una hermana solícita, tratándome como a un miembro de su familia. Dos veces he pasado ya por esta Colonia durante mi permanencia entre los indios y en ambas ocasiones esta bondadosa señora se preocupó por tener listo cuanto me hiciera falta para mi aseo personal; siempre encuentro allí una camisa limpia y siempre me espera, prolijamente atendida, la ropa que dejo tras de mí. Duermo y como en esa hospitalaria casa, cuyos dueños me colman de atenciones y se muestran conmovidos por la vida de privaciones que me he impuesto. Creo conveniente informar a usted sobre esto, pues no dudo que usted, estimado señor, se alegrará al saberlo.

En lo que a mi salud respecta, me complazco en declarar que el Señor me ha concedido ese don en medida harto generosa. A excepción de algún dolor de muelas o una hinchazón de las encías, quizá debidas al continuo consumo de carne como único alimento, no puedo quejarme de dolencia alguna.

Deseará usted, sin duda, saber hasta qué punto he logrado aprender el idioma nativo. Pues bien, ya sé pedir ciertas cosas, hacer algunas preguntas y hablar *un poco* en el lenguaje patagón; pero no puedo aún sostener una verdadera conversación [24]. Me veo obligado a aprender escuchando a otros, pues el español que hablan los indígenas es tan rudimentario que ni siquiera interpretan mis preguntas. Uno de ellos se muestra dispuesto a enseñarme el equivalente patagónico de una determinada palabra española, pero ello cuando alcanza a comprender el significado de esta última. A pesar de su aparente buena voluntad, no consigo me dé lecciones diarias, pues nunca logro retenerlo lo suficiente; siempre tiene que salir de inmediato "para buscar sus caballos o para hacer tal o cual cosa". Si quiero saber el nombre de algún objeto o un verbo, pregunto a aquellos que no saben nada de español: *"kete ama win?"* ("¿cómo se llama esto?").

Los indios han estado muy ocupados, y lo están aún, cambiando el producto de su rapiña en el naufragio por provisiones; pero el Gobernador siempre les paga con coñac. No sé ni comprendo por qué Su Excelencia sigue entregándoles esa bebida en calidad de pago [25], pues sabe muy bien que los indígenas no hacen otra cosa que pelear cuando están ebrios; pero, aunque no peleen, es un espectáculo repelente verlos en ese estado.

He escrito una narración como la precedente destinada al señor Despard, en las Falklands, por si se presenta una oportunidad de enviársela. Me propongo escribir a usted otra carta próximamente describiendo, tan bien como me sea posible, el aspecto, modalidades, hábitos y costumbres de los patagones.

A la espera de que la *Allen Gardiner* arribe pronto a este puerto, portadora de buenas nuevas sobre todos vosotros, daré por terminada la presente, encomendándome a vuestras oraciones y deseándoos toda clase de bendiciones.

Capítulo III

CARTA DE SCHMID

The Voice of pity for South America, VIII, 224-234; London, 1861

Viaje a Punta Arenas. — El gobernador Schythe. — Dificultades. — En casa del doctor Burns. — Progresos de la Colonia. — Excursión de Hunziker a caleta Bouganville. — Proselitismo protestante. — Casimiro. — Designación del "protector". — Primeras enseñanzas al hijo de Casimiro. — Sugerencias para abandonar Punta Arenas como centro de acción.

Punta Arenas, 4 de julio de 1861.

Estimado señor:

Por fin puedo volver a escribirle e informarle sobre nuestra llegada a Punta Arenas, sanos y salvos, tras de un viaje muy azaroso e incómodo. Zarpamos de Committee Bay el 16 de mayo y anclamos en Bahía Loberos, donde bajamos a tierra en busca de gansos para comer durante la travesía. El sábado nos hicimos a la mar con viento en contra y, después de mucho vaivén debido a la borrasca que nos acosaba, avistamos tierra el día 31. Entramos al estrecho a la mañana siguiente, 1 de junio, con tiempo bueno. Al atardecer había amainado casi totalmente el viento y anclamos frente al Cabo Posesión, en 22 brazas de profundidad, con el queche. Al día siguiente nos trasladamos a la bahía Posesión, mejor ancladero y cerca del punto señalado como "Aguada" en los mapas del Almirantazgo. Traté de divisar algún grupo de indios en la costa, pero no había señal de que se hallaran en las inmediaciones. Siendo los días

tan cortos y de pleamar muy adelantada, pues sobrevenía cuando aún estaba oscuro, quedamos detenidos otros tres días en un ancladero frente al cerro Dirección, hasta que la marea matutina nos permitiera abandonar el lugar con luz de día. El viernes 7 pasamos la Primera Angostura con buen tiempo y viento suave, mientras desde la cumbre de un pequeño cerro un guanaco nos vigilaba como centinela. A la caída de la tarde anclamos en bahía Gregorio. Mucho hubiera deseado quedarme allí un par de días, bajar a tierra y encender un fuego para llamar la atención de los indios, pues a esta altura del año suelen acampar en los alrededores de la serranía de San Gregorio. Pero continuamos la marcha y anclamos a la entrada de Peckett Harbour a las dos de la tarde. Después del almuerzo bajé a tierra en compañía del señor Hunziker y el Capitán, para dar un paseo.

Levamos ancla nuevamente el domingo por la mañana y llegamos a Punta Arenas, con cielo despejado y una leve brisa, a la una de la tarde. Así arribamos a nuestro destino, muy contentos de haber terminado una travesía tan agitada. El señor Hunziker sufrió mucho de mareo, durante varios días, y no escapé yo tampoco a los embates de un mar embravecido; todo ello ayudado por la extraordinaria movilidad de la *Allen Gardiner*, que es muy poco marinera. Tres semanas y un día nos llevó el viaje entre las Falklands y este puerto. Yo me hallaba muy preocupado por la recepción que me darían Punta Arenas y sus autoridades; me preparé (mentalmente) para lo peor: oposición a nuestros planes de salir con los indios. Temí que el Gobernador Schythe hubiera sido reemplazado por un chileno, seguramente católico, que actuando bajo la influencia y las insinuaciones de algún sacerdote, pusiera obtáculos en nuestro camino [26]. Por otra parte, si Su Excelencia el Gobernador Schythe todavía se hallaba en su puesto, ¿nos prestaría otra vez su apoyo como en nuestro primer viaje? Pensé que quizá no deseara tener más nada que ver conmigo. Todos estos temores se disipaban, por momentos, dando paso a la esperanza de que el Señor, a cuyo servicio nos dedicamos, nos abriría las puertas y dispusiera favorablemente hacia nosotros el corazón de Su Excelencia, para que una vez más nos ayudara. No dudé que los indios, por su parte, me recibirían gustosos aun sin la intervención del Gobernador; pero, al mismo tiempo, alguien podría haber influido sobre ellos, induciéndolos a oponerse a nuestro deseo de ir con la tribu, quizá amenazándolos con cortar la ración de coñac si desobedecían las órdenes de una autoridad hostil hacia nuestra misión. Además, Punta Arenas es una

base excelente para dejar nuestras provisiones, siempre que el Gobernador lo permita y, por lo tanto, nos es sumamente útil, siendo como es el umbral, por así decir, de entrada al mundo de los Tsoneca [27]. Me avergüenzo ahora cuando pienso en esos días de ansiedad que pasé en la duda y el temor; pues los hechos demostraron que el Señor es rey de todos los corazones y los abre a su voluntad si ello conviene a sus designios. Proseguiré relatando la recepción de que fuimos objeto en Punta Arenas.

Apenas habíamos anclado frente a la Colonia cuando el bote de la Gobernación se acercó al buque, trayendo a bordo al Gobernador Schythe, a quien recibí en la pasarela. Se mostró muy contento de verme y, en vista de ello, le invité a pasar a la cabina, donde permaneció alrededor de media hora. Aproveché la ocasión para entregarle la carta que la Comisión había tenido la previsión de proporcionarme; me dijo que ya se hallaba informado, indirectamente, sobre mi propósito de reunirme con los indios y que había llegado de Valparaíso una cantidad de provisiones, aparentemente destinadas a mí, pues sabía que "eran para un Misionero que pronto llegaría a Punta Arenas". Pero no sabía quién era el remitente. También dijo que el capitán del *Satellite,* señor Prevost, había estado con él en noviembre y le había entregado algunos números de la revista "Voice of Pity". Dado el apuro del capitán Prevost por continuar su viaje, el *Satellite* no se detuvo más de lo necesario en este puerto. El *Lautaro,* un buque que zarpó de Valparaíso con provisiones destinadas a Punta Arenas mientras yo me encontraba aún allí, había tocado también la Colonia y, tras de descargar, prosiguió hacia el lugar en que naufragara la *Anne Baker,* con el objeto de rescatar el ancla y los cables de esa nave. Mientras se hallaba anclado cerca del buque náufrago, el *Lautaro* fue a su vez abatido por un temporal, que lo destrozó completamente. Con él perdí una cantidad de cosas que me había visto obligado a dejar en Punta Arenas y que el Gobernador prometiera remitirme a Valparaíso tan pronto como las trajeran los indios. Me preguntó entonces Su Excelencia si pensaba seguir viaje hacia el oeste, a lo que respondí que mi intención era reanudar mi labor entre los indios, esta vez en compañía del señor Hunziker. Si él me permitía depositar mis provisiones en la Colonia, podría esta vez cumplir con la promesa hecha a los nativos. Pareció estar de acuerdo con mi deseo, pero me advirtió que los indios se habían dispersado durante mi ausencia, habiéndose ido algunos hacia el río Negro, mientras que otros habían muerto, no quedando en este momento persona alguna en los

alrededores a quien pudiera confiarnos. De ningún modo nos hubiera permitido unirnos a Gemôki, el hijo de As-caik, pues había resultado ser un bandido; sólo aceptaría ponernos bajo la tutela de un jefe digno de confianza, a quien pudiera responsabilizar del trato que recibiéramos. Preguntó, asimismo, si la Sociedad pensaba continuar con la Misión en Tierra del Fuego. Tras de formular algunas preguntas más respecto a la *Allen Gardiner,* a la que dijo haber reconocido apenas la avistó, regresó a tierra, no sin antes observar, con una sonrisa: "No creo necesario preguntarles si traen bebidas a bordo..." [28] Su Excelencia tiene por costumbre subir a bordo de todo buque que ancla en la Colonia, antes de que nadie baje en el puerto, y advertir al Capitán la prohibición de vender cualquier bebida alcohólica. Quiere que la gente se mantenga sobria y apta para cumplir con sus obligaciones; medida muy acertada, por cierto, en lo que respecta a esta gente, pues así destinan a adquirir ropa y otras cosas necesarias el dinero que, de otro modo, derrocharían en bebida. Mientras el Gobernador se encontraba en la cabina, nuestros hombres y el cocinero se hicieron amigos con el patrón del bote, quien les dijo que el doctor Burns residía aún en la Colonia y tenía una carta esperándome, noticia que me llenó de regocijo. Me asaltó la curiosidad por saber de quién sería la carta, pensando que pudiera venir del señor Dennett o, quizá, de algún otro amigo de Valparaíso. El señor Hunziker, el capitán Buchan y yo bajamos a tierra después del almuerzo; allí me esperaba el doctor Burns, quien había recibido la noticia de mi arribo por intermedio del botero. Se alegró sobremanera al verme y manifestó que su señora se había emocionado al saber que llegaba un buque británico, pues si se trataba de la *Allen Gardiner,* con seguridad estaría yo a bordo. Me recibió esta bondadosa dama como a un viejo amigo, interesándose por mi salud y ofreciéndonos su casa con tal sinceridad e insistencia que me sentí una vez más acogido en mi propio hogar; los mismos sentimientos se hicieron extensivos al señor Hunziker. Grande fue mi alegría al ver que este amable matrimonio se hallaba aún aquí y espero que permanezcan en la Colonia. La carta que me entregó el doctor Burns era del Reverendo Beal, capellán del *Pylades,* que tocó Punta Arenas un mes antes de nuestro arribo. Dicho Reverendo aprovechó la estada del buque en este puerto para visitar al doctor Burns y averiguar detalles sobre mi paradero; esperaba encontrarme en Punta Arenas, pues sabía por el señor Dennett que yo pensaba reunirme con los indios. Se sorprendió al saber que yo no había llegado, declarando que "sin

duda me hallaría en las Falklands, ya que mi arribo a esas islas le había sido comunicado por el señor Dennett", quien le había narrado mis andanzas y aventuras con los salvajes. Se mostró contrariado de no verme y dejó una esquela para mí en manos del doctor, en la que me hace presente su solidaridad y su interés por la obra que emprendí; también me anuncia la intención del señor Dennett de enviarme provisiones en la primera oportunidad que se presente, quizá por intermedio del *Alert,* un buque de guerra británico a vapor, al que ahora espero de un día para otro y con el cual quisiera remitir mi correspondencia. ¿No es esto una prueba evidente de que el Señor está con nosotros, allanando nuestro camino y dándonos ánimo para proseguir la lucha? Toda duda, todo temor, ha desaparecido de mi mente: nuestra reunión con los indios está asegurada y partiremos de la Colonia bajo muchos mejores auspicios que hace dos años. Noto un gran cambio en la actitud de Su Excelencia hacia mí; se muestra más condescendiente, más accesible y dispuesto a prestarme su ayuda. Veo que la última vez su atención fue tan solo una deferencia hacia el señor Despard, a quien deseaba complacer; pero ahora comprende, sin duda, que la Comisión me ha investido de mayor jerarquía, depositando en mí su confianza y sus directivas; mi posición de Misionero significa que poseo amigos influyentes en Valparaíso, a los que podemos acudir en busca de apoyo en cualquier momento. Quiera Dios, nuestro Padre Celestial, hacerme cada día más digno de la confianza y el cariño de la Comisión, que me desempeñe como un siervo fiel a mis superiores y a mi Creador.

Entregué el doctor Burns la carta y los regalos enviados por la Comisión; con seguridad él se dirigirá personalmente a usted sobre el particular. Luego regresé a la goleta, reconfortado por todo lo que había visto y oído ese día, así como por las muestras de aprecio recibidas. Según expresó el doctor Burns, los indios no dejaron de preguntar por mí cada vez que venían a la Colonia y, habiendo oído decir al Gobernador y otras personas que yo volvería a reunirme con ellos, se mostraban ansiosos por mi llegada. No considerando probable que la *Allen Gardiner* viniera a esta altura del año, pues generalmente lo hace alrededor del mes de febrero, el doctor Burns les contestó que podrían esperarme para dentro de ocho o nueve meses. Agregó que los nativos parecían satisfechos con lo que les había dejado al irme y nunca insinuaron que se sintieran defraudados ni que hubiera faltado a mis promesas. Me advirtió, eso sí, que podrían surgir dificultades con res-

pecto a Gemôki, quién, quizá, se mostrara ofendido si yo elegía otro Cacique, y no a él, para mi próxima expedición; pero me aseguró que el hecho no revestía importancia, en realidad.

Poco cambio pude advertir en lo que respecta a la Colonia; han edificado un nuevo y amplio galpón para embarcaciones, así como un aserradero muy bien instalado, con dos sierras circulares, que provee de madera a la población [29].

La guarnición ha cambiado fundamentalmente; el Capitán, un individuo mezquino y sinvergüenza, ha sido trasferido. Traficante sin escrúpulos, entregaba alcohol a los aborígenes en lugar de ropas, paños y otros artículos necesarios, y ello a precios exorbitantes. Fue reemplazado por el señor Corail, un teniente que estuvo aquí anteriormente y regresa ahora con el grado de capitán y a quien conozco y estimo como buena persona. Desde que trasladaron al padre Gamalesi no ha venido ningún sacerdote a ocupar su puesto [30].

Volvimos a tierra al día siguiente y fuimos a visitar a Su Excelencia; la dueña de casa nos dispensó una cordial bienvenida. Yo había traído conmigo una mesa-escritorio que compré en el Crystal Palace, de buena calidad y aspecto, con la intención de hacerle un regalo; quedó muy contenta con ella y se apresuró a mostrarla al Gobernador.

Su Excelencia me preguntó si la *Allen Gardiner* iría, como otras veces, a caleta Bougainville y si yo haría otro tanto. Le respondí que pensaba quedarme en Punta Arenas por ahora, pues deseaba encontrarme allí cuando arribara el *Alert* y despachar mi correspondencia, ya que ese buque seguiría directamente a Inglaterra. Me ofreció luego la habitación que ocupé en otra oportunidad, contigua a la del doctor. Mientras conversábamos sobre diversos asuntos, se nos sirvió una taza de excelente café. El ama de llaves me aseguró que los indios le preguntaban continuamente por mí. El Gobernador se retiró en seguida, acompañado del capitán, para dar destino a una cantidad de mercaderías traídas de Stanley; de inmediato vendió la mayoría de ellas.

Habiéndonos puesto de acuerdo con el señor Hunziker en que ya permanecería en Punta Arenas mientras él seguía viaje a caleta Bougainville, con el fin de ver a los indios de esa región, trasladé todo mi equipaje a tierra. No creí necesario ir yo también, ya que la tripulación podría procurarse toda la madera que hiciera falta para cercar la huerta de Keppel sin mi ayuda; y si mis antiguos amigos aborígenes llegaban entretanto a la Colonia, yo podría ir

efectuando los preparativos pertinentes y tener todo listo para la expedición.

Esa misma noche el Gobernador me envió, por intermedio del capitán Buchan, una hermosa manta de guanaco y otra para el señor Hunziker; también el capitán recibió una, lo cual tomamos como una atención muy especial, pues tales regalos se reservan, generalmente, para los capitanes de la Armada.

La *Allen Gardiner* zarpó para caleta Bougainville, con el señor Hunziker a bordo, el jueves 13. Me dedicaré ahora a practicar el español y, si es posible, a aprender algo más. Estoy leyendo "El Japón Abierto" y dedico varias horas diarias a escribir cartas, repartir algunos números del "British Workman" y otras revistas que me habían sido entregadas y a conversar con un herrero, alemán de origen pero súbdito ruso, a quien regalé algunos Evangelios en español. Me dice el doctor Burns que este hombre suele mantener acaloradas discusiones con esta gente, ignorante y llena de prejuicios, a la que quiere disuadir de sus estúpidas supersticiones. Su apellido es Blum; me confió que era católico, habiendo sido bautizado en la Iglesia Romana, pero que su madre, hermano y hermana eran luteranos. Quisiera él también hacerse protestante, pero en Rusia no se puede cambiar de religión sin el permiso expreso del Gobierno de San Petersburgo, siendo necesario dar las razones que motivan el pedido. Nominalmente, entonces, sigue siendo miembro de la Iglesia Católica [31].

Lunes 17 de junio. — Casimiro llegó hoy a la caída de la tarde, acompañado de algunos de sus familiares y otros indios. Cuando el Gobernador les dijo que yo estaba de vuelta en Punta Arenas, Casimiro se dirigió a casa del doctor, donde, al hallarme, dio rienda suelta a su alegría. Le comuniqué nuestra intención de unirnos a su tribu y las condiciones en que iríamos: tendríamos una carpa propia y nuestros caballos, pues queríamos ser independientes a este respecto; me gustaría, asimismo, tener con nosotros uno o dos niños todo el tiempo, a los que enseñaríamos a leer y escribir y a hablar inglés. Me ofreció sus dos hijos sin vacilar; Casimiro es un hombre sensato, pues demuestra conocer y valorar debidamente mi ofrecimiento. El Gobernador, sin embargo, no quiso que Casimiro fuera nuestro protector; no sé por qué razón le tiene un odio acendrado [32]. Le pidió que nombrara un hombre de suficiente influencia en la tribu como para actuar en tal carácter, a lo que Casimiro sugirió el nombre de su sobrino; pero no hemos de cerrar trato alguno hasta el retorno de la *Allen Gardiner* de Bougainville y

todos los indios hayan venido a la Colonia. Yo preferiría ir con Casimiro, pero no sería prudente contradecir al Gobernador precisamente ahora. La experiencia me dirá, al cabo de unos meses, con quién me convenga vivir. No dudo de las buenas intenciones de Su Excelencia, pero sé que Casimiro sería el mejor compañero y el más digno de nuestra confianza en virtud de su honestidad y buena fe [33]. Pero lo mismo ha prometido aliarse a nosotros y, aunque su sobrino sea directamente ante el Gobernador por nuestra seguridad, él se encargará de hacer de mediador entre nosotros y los miembros de la tribu. Lo primero que debemos hacer ahora es procurarnos caballos; sólo los indios podrán proporcionarnos estos animales.

Miércoles 3 de julio. —Arribó, por fin, el *Alert;* pero como no debía pasar por el estrecho, el señor Dennett no me envió en él las provisiones, aunque habló con el señor Stubbs, el primer oficial, acerca de nosotros y nuestra obra entre los indios. Esta tarde recibí una hermosa carta del teniente Stubbs, que remitió a tierra por intermedio del primer maquinista, junto con algunos comestibles: una pequeña bolsa de harina y bizcochos que él mismo preparó, ayudado por el doctor Leonard. Una post-data agregada en la carta decía: "Si por casualidad estuviera usted en Punta Arenas, le espero a bordo". Decidimos ir mañana, en vista de que la invitación venía refrendada por los demás oficiales. El *Alert* sólo permanecerá aquí otro día, por lo que debo acelerar mi correspondencia para Inglaterra.

He empezado a enseñar algunas frases en inglés a mi nuevo alumno; noto que posee una dicción bastante buena, pero su memoria es muy mala, quizá por falta de todo ejercicio mental. Por referencias del doctor Burns calculo que el niño tiene nueve años, pues nació aquí dos meses después del asesinato del Gobernador Felipe [34], que tuvo lugar en octubre de 1852.

Pienso lo bueno que sería poder independizarnos de esta Colonia; mucho más conveniente sería edificar una choza, con un depósito subterráneo, en bahía Gregorio [35]. Noches pasadas el doctor Burns me leyó algunos fragmentos del diario escrito por un ex gobernador de Punta Arenas, en el que expresa que Centurion, un indio a quien el capitán Gardiner confiara su equipaje cuando se ausentó para las Falklands, cumplió con todo celo y fidelidad con las instrucciones recibidas. No sólo se preocupó de que nadie robara nada, sino que no sacó nada para sí, a pesar de haber tenido el depósito a su cargo durante más de seis meses y de la autoriza-

ción que le diera el capitán Gardiner en una carta enviada desde las Falklands por medio de un capitán Beck, norteamericano[36]. Quizá podamos intentar algo semejante dentro de un año. Casimiro me aseguró que los indios no tocarían nada, pues sentían tal respeto por nosotros y nuestra propiedad que ni siquiera pensarían en robarnos.

El sábado 29 regresó la *Allen Gardiner* de caleta Bougainville, después de completar su carga de madera. Al volver de un paseo a caballo con el doctor Burns, el Gobernador nos mandó ofrecer su bote, con toda la tripulación, por si deseábamos ir a bordo de la goleta. Acepté el ofrecimiento y me trasladé a la *Allen Gardiner*, comprobando que todos se hallaban bien. El domingo pasado por la mañana el doctor me acompañó a bordo para asistir al oficio religioso...

Capítulo IV

DIARIO DE SCHMID

The Voice of pity for South America, IX, 123-135; London, 1862

El hijo menor de Casimiro. — Primeras jornadas del viaje. — Cánticos de bienvenida. — Ceremonia oficial. — Destrucción de amuletos. — Muñecas y supersticiones. — Vida y enseñanza de los hijos de Casimiro. — Bahía Coyle. — Sal. — Incidencia con el curandero indígena. — El juego "Sanke". — Mitología patagona. — Ideas religiosas. — El río Coyle. — Reflexiones respecto al idioma patagón. — Conmiseración indígena a los hijos de Casimiro. — Los duendes "Yicelum". — Pinturas rupestres. — Visita a un volcán.

Lunes 22 de julio. — Casimiro había mandado a sus dos hijos varones a vivir con nosotros, a fin de que recibieran instrucción, no sólo en el arte de leer y escribir, sino en todo lo relacionado con la vida civilizada; comenzamos de inmediato, pues, a enseñar al más joven la necesidad y la ventaja de la higiene personal. (El hermano mayor se nos reunirá dentro de unos días). Pareció estar muy contento con el baño, pues se quedó quieto y se sometió de buen grado a la limpieza, quedando muy satisfecho con su nuevo aspecto al terminar; se quedó con nosotros todo el día, jugando con una pelota de tenis. Nos había prometido quedarse a dormir, pero tan pronto como se alejó el padre comenzó a llorar; llamé de vuelta al progenitor y, tras mucho hablar y persuadir, consiguió Casimiro que se acostara. Nunca se había alejado de su madre, por lo que no estaba preparado para el pupilaje entre dos extra-

Capítulo IV

DIARIO DE SCHMID

The Voice of pity for South America, IX, 123-135; London, 1862

El hijo menor de Casimiro. — Primeras jornadas del viaje. — Cánticos de bienvenida. — Ceremonia oficial. — Destrucción de amuletos. — Muñecas y supersticiones. — Vida y enseñanza de los hijos de Casimiro. — Bahía Coyle. — Sal. — Incidencia con el curandero indígena. — El juego "Sanke". — Mitología patagona. — Ideas religiosas. — El río Coyle. — Reflexiones respecto al idioma patagón. — Conmiseración indígena a los hijos de Casimiro. — Los duendes "Yicelum". — Pinturas rupestres. — Visita a un volcán.

Lunes 22 de julio. — Casimiro había mandado a sus dos hijos varones a vivir con nosotros, a fin de que recibieran instrucción, no sólo en el arte de leer y escribir, sino en todo lo relacionado con la vida civilizada; comenzamos de inmediato, pues, a enseñar al más joven la necesidad y la ventaja de la higiene personal. (El hermano mayor se nos reunirá dentro de unos días). Pareció estar muy contento con el baño, pues se quedó quieto y se sometió de buen grado a la limpieza, quedando muy satisfecho con su nuevo aspecto al terminar; se quedó con nosotros todo el día, jugando con una pelota de tenis. Nos había prometido quedarse a dormir, pero tan pronto como se alejó el padre comenzó a llorar; llamé de vuelta al progenitor y, tras mucho hablar y persuadir, consiguió Casimiro que se acostara. Nunca se había alejado de su madre, por lo que no estaba preparado para el pupilaje entre dos extra-

ños; al cabo de un rato se rindió, sin embargo, y sus padres pudieron irse sin más resistencia de su parte y pronto se durmió.

Sábado 27. — Después de cargar los caballos, abandonamos hoy Punta Arenas. Una llovizna incesante nos siguió todo el día. Antes de partir pasamos por la Casa de Gobierno, pagando allí los 15 dólares que nos costó el caballo. El Gobernador nos dio un recibo y volvió a arengar a Casimiro sobre el trato que debía darnos. Llegamos a Cabo Negro alrededor de las cuatro de la tarde y rápidamente quedó levantada nuestra carpa. Totalmente empapados y hambrientos, nos sentimos muy contentos de poder descansar y cocinar un poco de arroz. El arroyo que cruzamos era bastante profundo, mojándose todos los bizcochos que llevábamos. Tras un día de descanso, continuamos viaje el lunes, con el tiempo aún lluvioso y los caminos en muy mal estado. La marcha fue corta, pero sobre terreno muy pantanoso. Otros tres días de descanso y luego otra marcha, esta vez hasta las cercanías de Peckett Harbour, un paradero denominado Horsh Aiken. Aquí se nos unió un pequeño grupo de indios, entre los que al día siguiente distribuimos algunos regalos, como cucharas, juguetes y otras chucherías.

Sábado 10 de agosto. — Estamos todavía en Namer, un paradero situado a 8 ó 9 millas del extremo sudoeste de la serranía de San Gregorio. El campo está aún bastante cubierto de nieve y los caminos muy malos, por lo que decidimos permanecer aquí unos días más, antes de proseguir la marcha. Pasé el tiempo confeccionando un par de pantalones y una blusa para el hijo mayor de Casimiro, al que esperamos mantener con nosotros. El hermano menor aprendió, por fin, las cinco vocales, después de repetírselas como veinte veces. Por lo visto, es reacio a toda concentración mental y a todo ejercicio de la memoria.

Sábado 17. — Abandonamos Namer el lunes pasado, con intención de alcanzar el grueso de la tribu. Después de seis días consecutivos de marcha por una región no desprovista de cierta belleza —cerros bastante altos, formados por rocas volcánicas de curioso aspecto; valles surcados por pintorescos arroyos, a veces con cuencas ocupadas por lagunas en las que abundaban aves acuáticas muy diversas y, de cuando en cuando, varias millas de terreno llano, cubierto de agua a esta altura del año debido al derretimiento de las nieves— llegamos hoy a las márgenes del río Gallegos. El tiempo ha mejorado mucho y lo mismo el camino, más transitables a medida que avanzamos hacia el norte. Varias manadas de guanacos, con más de cien animales cada una, pasaron a la

distancia. Al llegar a la margen derecha (sur) del río, nos salieron al encuentro muchos jinetes, hombres y muchachos; cruzaron el río ni bien el mensajero enviado adelante por Casimiro llegó al campamento con la noticia de nuestra llegada. Al acercarnos a la tolderia, ubicada en la margen norte del río Gallegos, todos los componentes de la tribu salieron de sus toldos, al parecer muy contentos de verme de regreso entre ellos; algunos me llamaron por mi nombre. Las viejas, siguiendo su costumbre de exteriorizar alegría, pena o cualquier otra emoción, prorrumpieron en seguida a cantar en su tono característico, monótono y disonante, a manera de bienvenida [37]. Finalmente, escoltados por docenas de mujeres y niños, atravesamos la tolderia y armanos la carpa. El paraje se llama Wer [38]; se halla situado a 25 ó 30 millas del puerto de Gallegos. Mientras ordenábamos nuestro equipo y erigíamos la nueva sede de los Peregrinos, ojos curiosos e interrogantes nos rodeaban por doquier; las mujeres no hacían otra cosa que comentar sobre la calidad, forma y valor de todo lo que iba apareciendo, ya fuera nuestra carpa, ropas o cualquier otro artículo. Poco tardamos en dejar todo ordenado; pero apenas habíamos hecho esto cuando la entrada a la carpa quedó sitiada y bloqueada por la gente menuda. La mayoría de los hombres había salido a cazar; por lo tanto, nada sabía de lo acontecido en el campamento durante su ausencia y grande fue su sorpresa al ver una carpa distinta levantada cerca de sus toldos y comprender que yo había arribado. Todos, sin excepción, se detuvieron a la entrada de nuestra habitación y la examinaron detenidamente. Uno que otro se acercó para darme un trozo de carne de avestruz, ya cocinada. Casi todos habían tenido éxito en la cacería.

A la mañana siguiente, muy temprano y antes de que estuviéramos prontos para recibirlas, comenzaron las visitas. Después del desayuno, los hombres más prominentes de la tribu se congregaron frente a nuestra carpa, sentándose en el suelo uno tras otro; Gemôki (el hijo de As-caik), Crimen y Cabolo, caciques los tres, pronunciaron sendos discursos. Expresaron su alegría por mi regreso y todos prometieron comportarse amistosamente con nosotros e inducir a los demás aborígenes a hacer otro tanto. Aproveché la oportunidad para manifestarles nuestro placer ante sus promesas y, de paso, nuestra esperanza de que mantuvieran relaciones fraternales entre sí, evitando buscar pendencias por cuestiones triviales y absteniéndose de pelearse y matarse como suelen hacer. "Hemos venido" —les dije— "para hacernos vuestros amigos, vivir con

vosotros, enseñaros lo que sabemos y aprender vuestro idioma", etc. Se mostraron todos complacidos, agradeciendo nuestra amistad y recalcando lo bueno que sería para ellos recibir la instrucción que les ofreciamos. Entre sus protestas amistosas, Casimiro y Gemôki llegaron al extremo de quemar, romper o destruir completamente una cantidad de sortilegios que esta gente, ignorante y supersticiosa, cree dotados del poder de matar. Tales instrumentos mortíferos, formidables según ellos, no eran más que trozos de una suciedad cualquiera, adherida a algunos pelos de guanaco o a una tira de franela, una chuchería de lata o de bronce [39], o bien una piedra con un agujero, en el que se ocultaba algún "veneno" [40] Pertenecían a los dos caciques citados, quienes, desde ese momento, serían buenos amigos, pues hasta entonces ambos se acusaban mutuamente de haber embrujado a sus respectivos familiares, causándoles la muerte; pero todo se daba ahora por terminado, destruyendo el uno de los "terribles" instrumentos del otro. Durante más de dos horas se prolongó la conversación sobre estos temas de brujería y se invitó a otros poseedores de artículos mortíferos a que los trajeran, para ser destruidos en público; pero no apareció ninguno. Terminada la conferencia, hice funcionar la caja de música; la dulce melodía fue escuchada con gran atención, en medio de un silencio general. Luego distribuimos los regalos que traíamos (nos vimos obligados a dejar muchos otros en Punta Arenas), con gran satisfacción de todos; un presente especial correspondió a Gemôki, en su calidad de "protector" nuestro: una chaira, un cuchillo y una morsa. Igualmente complacidos con lo que les tocó quedaron su mujer, su madre y sus hijos. Cucharas, espejos, cuentas, dedales, lesnas y cortaplumas fueron repartidos entre las mujeres y gran júbilo demostraron los jóvenes al recibir jarros de lata, pelotas de tenis y otros juguetes. Por consejo de Casimiro, no repartí las muñecas que traía, pues ciertas personas, a quienes se atribuye cualidades hechizantes, podrían usarlas para hacer daño, según su creencia [41]. Sé por experiencia que estos indios consideran tales objetos —muñecas y otros símbolos del cuerpo humano— como instrumentos de maldad; por más que traté de hacerles comprender lo inofensivo de tales artículos, usados como juguetes por los niños de mi tierra, no quisieron desprenderse del supersticioso prejuicio.

Lunes 19. — Nuestro segundo día entre los indios trascurrió sin mayor novedad, siendo evidente que desean estrechar vínculos amistosos con nosotros. Nuevamente la puerta de la carpa fue el centro

de reunión de mujeres y niños, habiendo salido los hombres de caza. La madre de Gemôki permaneció a nuestro lado todo el día.

Miércoles 21. — El hijo mayor de Casimiro [42] vive ahora con nosotros. El señor Hunziker lo lavó de pies a cabeza, hecho lo cual lo vestimos con un traje confeccionado por mí — pantalones, camisa y blusa, que salieron de los vestidos de las niñas. Aquí es preciso saber algo de costura. Le quedó bastante bien la indumentaria y su nuevo aspecto pareció agradarle mucho; luego quiso que le cortáramos el cabello corto, como el nuestro.

Viernes 23. — Salimos bastante temprano de Cele, un paradero cercano a la desembocadura del río Gallegos, en dirección a Kabenben, situado unas 10 ó 12 millas hacia el norte. Llegados al nuevo campamento, levantamos nuestra carpa bajo la mirada (pero sin la ayuda) de una docena de hombres.

Domingo 25. — La carpa está rodeada de indios de la mañana a la noche, al punto que a veces apenas podemos movernos. Efectuamos el oficio divino por la mañana, sin ser molestados; yo leí la letanía y la primera lección y el señor Hunziker leyó la segunda. Galbez, el hijo mayor de Casimiro, se porta bien, llegando a demostrar cierta solicitud por nuestras cosas domésticas. Parece deseoso de aprender y hasta nos *pide* que le demos lecciones; su hermano menor, en cambio, es un perfecto holgazán [43], incapaz de repetir las cinco vocales tres o cuatro veces consecutivas sin bostezar y dar otras señales de indolencia.

Domingo 1 de setiembre. — Aunque hubiéramos debido observar el descanso dominical, tuvimos que ensillar los caballos y mudarnos a otro lugar, llamado Oshir, no muy distante del fondo de la bahía Coyle; había estado yo antes en las proximidades de este paraje, pero como no tuve quién me diera información precisa acerca de su ubicación y careciendo de un mapa, no me había dado cuenta hasta ahora de que hubiera llegado tan al norte en mis anteriores andanzas. Gemôki se muestra muy servicial; al regresar de sus cacerías siempre se acuerda de nosotros y nos envía carne de avestruz. Varios indios nos obsequiaron hoy con huevos de esta ave.

Miércoles 4. — Hombres y mujeres, en gran número, fueron a la laguna salada que se halla al otro lado del río a cuya orilla estamos acampados. Habiéndose agotado la sal en el campamento y estando nuestra provisión casi terminada, el señor Hunziker salió con Casimiro en busca de ella. El río, que supongo ha de desembocar en la bahía Coyle, se encontraba muy crecido, al punto

que los caballos casi tuvieron que nadar para atravesarlo; un indio viejo me preguntó si yo no tenía algo que arrojar a la corriente y la hiciera bajar [44].

Viernes 6. — El curandero Calamelouts [45] declaró haber visto, durante la noche, a un "médico" indio, así como su madre, procedente del río Negro, que se le acercaba, que era muy hermosa, etc. Toda esta superchería me indujo a proponerles, por inter medio de Gemôki, poner a prueba la veracidad de los conocimientos del "doctor", así como su capacidad para hacer milagros, desafiándole a que ensayara sus poderes con cualquier parte de mi cuerpo. Dice, por ejemplo, que mediante una bola mágica [46], guardada en un sitio secreto, puede atontar o volver loco a cualquiera con sólo tenerla suspendida de la mano frente a los ojos de su víctima. Le invité a que me hiciera perder la razón con sus hechizos; si lo conseguía, yo daría fe públicamente de sus poderes y su sabiduría, comprometiéndome a entregarle, además, la caja de música que tanto codician aquí. La prueba debía llevarse a cabo en presencia de toda la tribu, y así lo anunció Gemôki; perc el "doctor" no aceptó el desafío y por varios días no se acercó a nuestra carpa.

Sábado 7. — Fue hoy un día frío y de fuerte viento. Los indios jugaron un juego que llaman "Sanke" [47], en el que toman parte unos 50 hombres (también lo juegan las mujeres), divididos en dos bandos; armados cada uno de un palo, de unos dos pies de largo y punta curva, clavan dos palos a unas 200 yardas de distancia entre sí y, con una bocha de madera, comienza el juego a la mitad del campo. Aparentemente, gana el bando que consigue hacer llegar la bocha hasta su propio palo dos veces seguidas, llevándose entonces todos los artículos que los perdedores colgaron previamente de él. Nunca se juega por ejercicio o por pasatiempo, pues el indio siempre debe apostar algo. Uno de los hombres recibió un bochazo en la cara, provocándole una leve hinchazón, siendo ello motivo para que en la tarde se sacrificara un potrillo [48].

Salí esta tarde, con Casimiro, para visitar a un anciano ciego. Allí supe que entre los patagones existe la creencia en un Ser Supremo, al que llaman "Hela" [49] y está casado con la hija del sol. Parece, sin embargo, que tal creencia sólo es compartida por algunos, pues la mayoría no se preocupa por cosas invisibles. No consigo descubrir entre ellos un solo acto que pueda asimilarse a un verdadero culto, a excepción, quizá, de una costumbre, observada por unos pocos, de golpearse la coronilla con las manos cuando

el fuego chisporreteaba ruidosamente [50]; dicen, entonces, que el Dios está hablando. También creen que los muertos se van a vivir a otro lugar [51]. Pero, por lo que veo, son profanos en su gran ma yoría y carecen de toda devoción. Pregunté a Casimiro cómo se dice "alma" en su idioma; pero él no sabe ni comprende que pueda existir tal cosa en nuestro cuerpo, capaz de dar a éste poder y voluntad para actuar según su albedrío.

Domingo 8. — Hoy es mi cumpleaños. El último lo pasé en Bristol y éste en "Wacencen", paradero indio de la Patagonia, en circunstancias y entre gentes por cierto muy distintas. He recibido muchas muestras de la bondad de Dios en el año transcurrido.

Octubre 6. — Ha pasado un mes, rápidamente y sin que haya ocurrido nada digno de mención, por lo que no hice anotación alguna en mi diario; un día es lo mismo que el otro. Hemos permanecido ya más de un mes en este valle, avanzando hacia el oeste pero siempre sobre la margen sur del río, que desemboca en la bahía Coyle. Tanto el valle como el río corren de sudoeste a nordeste, con lindas praderas cubiertas de pasto, muy frecuentadas por manadas de guanacos. Es un río muy particular, pues tan pronto se hace profundo y correntoso como se divide en múltiples brazos que ocupan un amplio valle de lado a lado; luego, estos brazos se reúnen y el río se asemeja a un enorme pantano, sin salida aparente [52]. Lo que en realidad ocurre en este tramo es que corre en forma subterránea y, tras de vencer muchos obstáculos y dividirse repetidas veces, vuelve a constituir un curso único. Hasta ahora no tenemos queja sobre el comportamiento de los aborígenes. Los dos muchachos progresan muy lentamente en la lectura; parece que les repugna todo ejercicio o concentración mental. Han adquirido, sin embargo, cierto sentido de la higiene y les gusta cuidar de su aspecto exterior, pues se lavan puntualmente todas las mañanas, peinándose el cabello. Nos acompañan en nuestras devociones matutinas y vespertinas, aunque sin comprender una palabra de lo que decimos. Quiera el Señor, dueño de todos los corazones, que estos dos hijos de ignorantes vagabundos hallen pronto el camino de la luz, la libertad, la paz y la vida que sólo el Altísimo confiere.

Aprender el idioma es todavía una ardua tarea para mí, pues existen, por lo visto, diferentes maneras de pronunciar las palabras, o quizá ello se deba a que unos hablan con más claridad que otros. He aquí algunas palabras cuya transcripción fonética a nuestro alfabeto me ha resultado particularmente difícil:

que los caballos casi tuvieron que nadar para atravesarlo; un indio viejo me preguntó si yo no tenía algo que arrojar a la corriente y la hiciera bajar [44].

Viernes 6. — El curandero Calamelouts [45] declaró haber visto, durante la noche, a un "médico" indio, así como su madre, procedente del río Negro, que se le acercaba, que era muy hermosa, etc. Toda esta superchería me indujo a proponerles, por inter medio de Gemôki, poner a prueba la veracidad de los conocimientos del "doctor", así como su capacidad para hacer milagros, desafiándole a que ensayara sus poderes con cualquier parte de mi cuerpo. Dice, por ejemplo, que mediante una bola mágica [46], guardada en un sitio secreto, puede atontar o volver loco a cualquiera con sólo tenerla suspendida de la mano frente a los ojos de su víctima. Le invité a que me hiciera perder la razón con sus hechizos; si lo conseguía, yo daría fe públicamente de sus poderes y su sabiduría, comprometiéndome a entregarle, además, la caja de música que tanto codician aquí. La prueba debía llevarse a cabo en presencia de toda la tribu, y así lo anunció Gemôki; perc el "doctor" no aceptó el desafío y por varios días no se acercó a nuestra carpa.

Sábado 7. — Fue hoy un día frío y de fuerte viento. Los indios jugaron un juego que llaman "Sanke" [47], en el que toman parte unos 50 hombres (también lo juegan las mujeres), divididos en dos bandos; armados cada uno de un palo, de unos dos pies de largo y punta curva, clavan dos palos a unas 200 yardas de distancia entre sí y, con una bocha de madera, comienza el juego a la mitad del campo. Aparentemente, gana el bando que consigue hacer llegar la bocha hasta su propio palo dos veces seguidas, llevándose entonces todos los artículos que los perdedores colgaron previamente de él. Nunca se juega por ejercicio o por pasatiempo, pues el indio siempre debe apostar algo. Uno de los hombres recibió un bochazo en la cara, provocándole una leve hinchazón, siendo ello motivo para que en la tarde se sacrificara un potrillo [48].

Salí esta tarde, con Casimiro, para visitar a un anciano ciego. Allí supe que entre los patagones existe la creencia en un Ser Supremo, al que llaman "Hela" [49] y está casado con la hija del sol. Parece, sin embargo, que tal creencia sólo es compartida por algunos, pues la mayoría no se preocupa por cosas invisibles. No consigo descubrir entre ellos un solo acto que pueda asimilarse a un verdadero culto, a excepción, quizá, de una costumbre, observada por unos pocos, de golpearse la coronilla con las manos cuando

el fuego chisporreteaba ruidosamente [50]; dicen, entonces, que el Dios está hablando. También creen que los muertos se van a vivir a otro lugar [51]. Pero, por lo que veo, son profanos en su gran mayoría y carecen de toda devoción. Pregunté a Casimiro cómo se dice "alma" en su idioma; pero él no sabe ni comprende que pueda existir tal cosa en nuestro cuerpo, capaz de dar a éste poder y voluntad para actuar según su albedrío.

Domingo 8. — Hoy es mi cumpleaños. El último lo pasé en Bristol y éste en "Wacencen", paradero indio de la Patagonia, en circunstancias y entre gentes por cierto muy distintas. He recibido muchas muestras de la bondad de Dios en el año transcurrido.

Octubre 6. — Ha pasado un mes, rápidamente y sin que haya ocurrido nada digno de mención, por lo que no hice anotación alguna en mi diario; un día es lo mismo que el otro. Hemos permanecido ya más de un mes en este valle, avanzando hacia el oeste pero siempre sobre la margen sur del río, que desemboca en la bahía Coyle. Tanto el valle como el río corren de sudoeste a nordeste, con lindas praderas cubiertas de pasto, muy frecuentadas por manadas de guanacos. Es un río muy particular, pues tan pronto se hace profundo y correntoso como se divide en múltiples brazos que ocupan un amplio valle de lado a lado; luego, estos brazos se reúnen y el río se asemeja a un enorme pantano, sin salida aparente [52]. Lo que en realidad ocurre en este tramo es que corre en forma subterránea y, tras de vencer muchos obstáculos y dividirse repetidas veces, vuelve a constituir un curso único. Hasta ahora no tenemos queja sobre el comportamiento de los aborígenes. Los dos muchachos progresan muy lentamente en la lectura; parece que les repugna todo ejercicio o concentración mental. Han adquirido, sin embargo, cierto sentido de la higiene y les gusta cuidar de su aspecto exterior, pues se lavan puntualmente todas las mañanas, peinándose el cabello. Nos acompañan en nuestras devociones matutinas y vespertinas, aunque sin comprender una palabra de lo que decimos. Quiera el Señor, dueño de todos los corazones, que estos dos hijos de ignorantes vagabundos hallen pronto el camino de la luz, la libertad, la paz y la vida que sólo el Altísimo confiere.

Aprender el idioma es todavía una ardua tarea para mí, pues existen, por lo visto, diferentes maneras de pronunciar las palabras, o quizá ello se deba a que unos hablan con más claridad que otros. He aquí algunas palabras cuya transcripción fonética a nuestro alfabeto me ha resultado particularmente difícil:

Eru	Cabeza	que otros pronuncian	*Erue*
Nom	Camino	que otros pronuncian	*Noma*
Con	Río	que otros pronuncian	*Cona*
Om	Huevo	que otros pronuncian	*Ome.*

Hay muchas otras, más o menos parecidas, que por ahora no mencionaré; en otra oportunidad me ocuparé más extensamente de este tema.

Enseñamos a los indios las figuras de animales raros que hemos traído; muchos se interesan por ellas y preguntan qué significan, evidentemente deseosos de saber algo; pero generalmente lo hacen tomando el cuadro al revés. Otros permanecen impasibles como piedras, incapaces de molestarse a preguntar o examinar, ni siquiera a tomar una figura en la mano para observarla.

Miércoles 9. — Tras de recuperar un trozo de palo de los que sostienen la carpa, extraviado ayer, salimos en dirección al sur, cruzamos el río Gallegos en un vado y acampamos sobre su margen derecha. Llevó mucho tiempo el paso de toda la tribu, pues aun en las partes más favorables es ancho y profundo.

Lunes 14. — Ha llegado a mis oídos que los indios se sienten compadecidos del hijo menor de Casimiro, porque "su padre nos lo ha vendido y ahora, no es otra cosa que nuestro esclavo". Cuando tocamos el pito para llamarlo a la hora de la lección, o para comer, acostarse o cualquier otro menester, estos indios ignorantes comentan entre sí (nunca delante de nosotros) de esta suerte: "Vete con tu dueño, muchacho. Miren cómo tiene que correr el pobrecito. ¡Qué padre tonto e inconsciente! Vender un niño tan pequeño y dejar que lo usen como esclavo!". Séame ahora permitido describir la clase de esclavitud a que están sometidos los dos hermanos. Duermen con nosotros, en una cama mucho mejor y una carpa incomparablemente más abrigada que las habituales entre ellos; comparten todo lo que tenemos; les enseñamos a ser aseados, a lavarse y a vestirse decentemente, proporcionándoles ropas adecuadas; aprenden a leer, escribir y a hablar en inglés; todo ello a cambio de dos o tres ollas de agua que nos traen. Cuando no están haciendo alguna de estas cosas, están jugando afuera, pues no tienen más en qué ocuparse. Tales son las severas obligaciones de nuestros "dos esclavos", para quienes, dicho sea de paso, nos pasamos el tiempo cosiendo y remendando, a fin de que aparezcan presentables. Con toda su ignorancia, estos indios son por demás maliciosos y desagradecidos.

Domingo 20. — Esta gente no conoce el significado de una promesa, o de una palabra empeñada. Debíamos permanecer aquí cinco días; pero esta mañana, sin necesidad alguna pues hay suficientes provisiones en el campamento, vino el cacique a decirnos que continuaríamos viaje. Le respondimos que estaríamos listos para salir a la mañana siguiente, o cuando él considerara oportuno, pero que hoy debíamos quedarnos en este sitio, según lo estipulado. Pareció conformarse ante nuestras objeciones, pero antes de que transcurriera una hora volvió, insistiendo en su decisión de partir. En el camino Casimiro nos llevó hasta unos acantilados rocosos "habitados por duendes, que ellos llaman "yicelum", visibles solamente de noche, a los que nadie osa acercarse solo, pues el caballo moriría instantáneamente y su dueño se volvería loco". Nos mostró unas figuras, visibles sobre la roca en varios lugares; una de ellas me pareció demasiado extraña como para ser natural y aquí acompaño un bosquejo. *(Omitimos el dibujo)*[53]. Estas toscas imágenes han sido evidentemente pintadas con algún pigmento rojo; pero como los aborígenes no poseen tinturas de este tipo[54], prefieren atribuirlas a los "yicelum".

Jueves 31. — Un pequeño grupo de indios salió esta mañana hacia la Colonia. Con uno de ellos, que conozco bien y me merece confianza, envié una carta a Su Excelencia el Gobernador y otra al doctor Burns, informándoles sobre nuestro buen estado de salud y la esperanza que abrigábamos de llegar a Punta Arenas dentro de los próximos diez días. Después del desayuno, el señor Hunziker yo y los hijos de Casimiro fuimos a caballo hasta un cerro cercano que, según los indios, tenía un agujero muy notable y profundo en la cumbre. Al llegar allí comprobamos que no era más que el cráter de un volcán extinguido. Cerca de la cumbre y a la salida del cráter hay rocas volcánicas; la boca tiene unos 60 pies de profundidad por diez de diámetro, doblando en el fondo para formar un conducto casi en ángulo recto con aquélla. Deduzco que es un cráter por la presencia de rocas muy ásperas, con aspecto de haber sido quemadas, distribuidas alrededor de toda la depresión, así como de lava, escorias y cenizas por doquier, que, como se sabe, constituyen el acostumbrado depósito cerca de la salida del volcán.

Martes 5 de noviembre. — Los mensajeros que fueron a la Colonia salieron de ésta ayer por la tarde, llegando aquí esta mañana alrededor de las once. Me trajeron una carta del doctor y una pequeña bolsa con víveres — bizcochos, té, café, azúcar y algunas golosinas enviadas por la señora Burns. El doctor me informaba en

su carta sobre la llegada de varios regalos, remitidos por amigos de Valparaíso, como bizcochos, harinas, papas, azúcar, té, una caja de condimentos, cierta cantidad de juguetes y dos tortas de Navidad hechas por la generosa señora Dennett. Todo había sido enviado por el señor Dennett a bordo del *Calypso,* que arribó a Punta Arenas el 21 de octubre.

Viernes 8. — Habiéndose decidido que hoy iniciaríamos la marcha hacia la Colonia, nos aprontamos para salir bien temprano. Apartamos todas nuestras pertenencias y cargamos los caballos. Tras una larga discusión y mutuos insultos entre Casimiro y su mujer, abandonamos el campamento, llamado She-aiken. Fue una marcha muy larga y rápida, al trote y galope todo el tiempo, de manera que al llegar al campamento, cercano a Peckett Harbour, más que cansado y deprimido, me sentía realmente enfermo. Estábamos empapados hasta los huesos, habiendo llovido continuamente en la última parte del camino. Llegados al paradero deseado, armamos la carpa y nos reconfortamos con una buena taza de cacao. Como Casimiro no había traído su toldo, le ofrecimos alojamiento en la carpa, pero lo rehusó. Casi todos los indios que iban a la Colonia se adelantaron, cruzaron la entrada de una bahía cerca de Peckett Harbour y acamparon del otro lado.

Capítulo V

DIARIO DE SCHMID

The Voice of pity for South America, IX, 155-161; London, 1862

Ultimas jornadas. — Llegada a Punta Arenas. — Arrepentimiento de Gemôki. — Reparto de mercaderías y sus inconvenientes. — La vida rutinaria de campamento. — El idioma patagón y sus dificultades. — Volcán en la cordillera. — Nombre de las tribus patagónicas.

Sábado 9 — Como a las cinco y media de la mañana salimos de Horsh, reanudando la marcha. Al llegar a la bahía nos encontramos con marea alta, por lo que hubimos de esperar unas dos horas antes de poder cruzar, demora que aprovechamos para hacer un poco de cacao, pues habíamos salido sin desayuno. Una vez atravesado el brazo de mar, volvimos a apresurar el paso y, donde el camino lo permitía, marchamos al trote y galope. A las 12.30 llegábamos a bahía Laredo, alcanzando allí a Gemôki y otro indio; sólo no[i] detuvimos el tiempo necesario para ajustar las monturas y arreglar la carga, hecho lo cual continuamos a paso firme y alcanzamos a los que se nos habían adelantado ayer. Fuimos de los primeros en llegar a Tres Puentes, poco antes de la entrada a la Colonia, y allí nos detuvimos para lavarnos y hacernos un poco presentables. Montando una vez más, nos acercamos a la base, donde Su Excelencia el Gobernador nos recibió con toda amabilidad, preguntándonos cómo nos encontrábamos. Nos comunicó la llegada del *Calypso* y, al pasar por su residencia, me entregó un pequeño paquete de car-

tas, ujnto con la del señor Dennett. Nos invitó a hacerle una visita cuando tuviéramos oportunidad. Eran las tres y media de la tarde cuando, por fin, llegamos a nuestro alojamiento de Punta Arenas; desensillamos los caballos, descargamos y, tras de asearnos un poco y quitarnos los rastros dejados por el incómodo viaje, acariciamos la esperanza de proporcionarnos un descanso. El doctor y la señora Burns nos dieron la habitual bienvenida, siempre franca y generosa.

Domingo 10. — Hicimos una visita al Gobernador, pasando una hora agradablemente agasajados. Se mostró muy afable y comunicativo, anunciándonos que a raíz de los recientes cambios políticos ocurridos en Chile, esperaba ser relevado de sus funciones, siendo muy probable que en el próximo buque de aprovisionamiento arribara el nuevo Gobernador. Nos aseguró que ningún funcionario podía oponerse legalmente a que anduviéramos con los indios en sus peregrinaciones; pero, si quería, podría poner trabas y dificultades para molestarnos. Nos dijo que Gemôki se le había apersonado ayer, pronunciando un verdadero discurso a manera de pedido de disculpas por su informal conducta anterior; expresó que reconocía haberse conducido como un bribón, pero que había cambiado en el interín y en adelante no daría lugar a quejas.

Alrededor de las 3.30 de la tarde ancló en el puerto el vapor *Cameleon,* en viaje al Pacífico. Al regresar a tierra, el Gobernador (que visita, sin excepción, cuanto buque pasa por aquí), me comunicó la posibilidad de enviar cartas a Valparaíso, si deseaba escribir.

Lunes 11. — Pedí esta mañana al encargado del depósito que me entregara algunas de las provisiones dejadas en su custodia. Retiré todas las cajas enviadas por el señor Dennett, así como el dinero necesario para pagar lo prometido a los indios, cosa que pensaba hacer hoy mismo. Como el Gobernador expresara su deseo de estar presente en el reparto, me rogó que postergara éste para el día siguiente, hallándose muy ocupado hoy con la correspondencia. Las tortas hechas por la señora Dennett estaban tan frescas como si las hubiera hecho ayer y todo lo que envió el señor Dennett se halla en orden.

El primer oficial envió un grumete para invitarnos a ir a bordo, acompañados de tres indios; aceptamos la invitación, llevando con nosotros a Gemôki, Crimen y Casimiro. Lamento tener que decir que los oficiales les proporcionaron bebida; aunque bajo la influencia del alcohol, se comportaron bien al principio, pero al cabo de un rato Casimiro se tornó ruidoso y molesto con sus preguntas y

pedidos insistentes, mostrándose ofendido y agresivo cuando no se lo complacía. El primer oficial tuvo que ordenar a un cabo que lo sacara de la cubierta y lo llevara a tierra. El Comandante H. me invitó a pasar a la cabina, deseando hacerme algunas preguntas sobre los aborígenes y sus costumbres; viendo que su curiosidad obedecía a un sincero interés por nuestra obra, le proporcioné toda la información requerida y se mostró muy agradecido por ella cuando me levanté para retirarme.

Martes 12. — Repartimos hoy las cosas que prometiéramos a los indios a cambio de su hospitalidad, etc., hallándose presente el Gobernador mientras hacíamos esto. Se llevaron todo lo que recibieron y procedimos a distribuir los regalos reservados para los hombres más prominentes de la tribu. Muchas mujeres comenzaron a hacer oír sus acostumbrados cánticos durante el reparto, en señal de satisfacción y júbilo [35]. Por la tarde hicimos otro tanto con los artículos contenidos en el cajón grande, haciéndoles presente su compromiso de no regalar ni vender lo que recibían. Casimiro se creyó capacitado para supervisar las operaciones, determinando a su criterio quién debía ser el destinatario de cada objeto; pero nosotros los distribuimos de acuerdo con nuestro parecer.

Miércoles 13. — Como me lo sospechaba, rápidamente se supo que muchos artículos distribuidos ayer ya habían sido comerciados entre el vecindario, por lo que puse fin al reparto. Es verdaderamente indignante la forma en que proceden estos indios, después de haber mendigado de nosotros cuanto veían y de su promesa de no enajenar lo que con tanta insistencia decían necesitar. Esta insistencia llega a extremos de impertinencia y descaro difíciles de imaginar para quien no los ha presenciado. Por la tarde apareció la madre de Gemôki, trayendo consigo nada menos que seis bolsas y esperando que se las llenara con provisiones; en agradecimiento de las atenciones que antes tuviera conmigo, le di algunos bizcochos y un poco de arroz; pero esto no alcanzó para llenar dos bolsas, ni mucho menos. Cuanto más se les da, más piden; a veces parecen satisfechas, pero sólo por un rato, pues siempre vuelven, mendigando más y más. Si accedo a las súplicas de uno y le doy unos bizcochos, sigue pidiendo azúcar, luego quiere arroz, luego harina, tabaco y, cuando ya no sabe qué pedir, quiere agua caliente con azúcar. Casi toda la tribu abandonó la Colonia esta mañana.

Pasemos ahora a otros temas. En primer lugar, relataré la forma cómo pasamos el tiempo durante la campaña. La rutina diaria consistió en lo siguiente: Tras del aseo personal al levantarnos

de nuestras duras camas, cumplimos con las devociones matinales, abriendo la entrada de la carpa mientras hacíamos esto, para que nos vieran todos. No era necesaria tal precaución, en realidad, pues antes de dar comienzo a nuestras oraciones varios indios ya se habían introducido por debajo de la lona. Siguiendo las instrucciones de la Comisión que usted me transmitiera, hicimos pública nuestra fe mediante ceremonias religiosas cotidianas; hombres, mujeres o niños se encontraban siempre cerca, observándonos atentamente mientras oficiábamos, silenciosos algunos, hablando o haciendo cualquier ruido los más. Algunos trataban de hablarnos, con el pretexto de necesitar una herramienta o, simplemente, para distraer nuestra atención hacia cualquier otra cosa. Repetidas veces les dijimos que no nos molestaran, pero casi no transcurría un día sin incidentes desagradables de esta clase mientras leíamos algún pasaje de las Sagradas Escrituras, o nos dirigíamos a Dios en oración. Los dos hijos de Casimiro, nuestros pupilos, se quedaban de rodillas a nuestro lado, pero sin comprender lo que significaba todo aquello. No hay en estos salvajes la menor señal de devoción; sus mentes son, por tal motivo, profanas y oscuras en extremo. Nunca se les ocurre preguntar nada sobre cosas que no alcancen a ver directamente. Esperábamos que, al presenciar nuestro oficio religioso, sintieran alguna curiosidad por saber qué significaban nuestros actos y nos hicieran alguna pregunta; pero esperamos en vano, desalentados, malogrados en nuestros esfuerzos y heridos nuestros sentimientos redentores. Terminadas las oraciones, dedicábamos alrededor de una hora a la enseñanza de nuestros discípulos, especialmente a la lectura; los progresos fueron tan lentos que me costaba creer que pudiera haber memorias tan poco retentivas como las de esos dos niños. El mayor era algo más diligente que su hermano y un poco más adicto a las lecciones; pero el menor era la indolencia personificada en cuanto pudiera implicar un esfuerzo cerebral. A los dos les gusta jugar, correr o salir en busca de huevos. En esto pueden pasarse las horas; pero cuando de lecciones se trata, antes de media hora están fatigados, exhaustos! El señor Hunziker les enseñaba a leer por la tarde y todos los días tenían ejercicios de escritura. Queríamos proceder paso a paso y hacerles abandonar gradualmente su holgazanería: primero una lección, luego dos y, por fin, tres (esta última de escritura). Demás está decir que nunca tuvimos horas fijas para las comidas y, por cierto, no las habrá mientras llevemos esta odiosa vida de vagabundos [56]. Antes de acostarnos (confieso que lo hacíamos bien

temprano, por carecer de velas y no poder mantener el fuego), leíamos un pasaje del Nuevo Testamento y ofreciamos el sacrificio vespertino, hallándose casi siempre presentes los dos muchachos. Se levantaban y se acostaban siempre al mismo tiempo que nosotros, lavándose y peinándose todas las mañanas. Los vestíamos con una camisa, pantalones y una blusa, lo que les confería un aspecto más o menos civilizado. Les enseñamos a hacer sus camas y a mantenerse limpios y ordenados; el resultado, hasta ahora, parece satisfactorio. Les hablamos siempre en inglés, enseñándoles frases sencillas que ahora repiten, en su mayoría, correctamente. A Gálbez, el mayor, le gusta mucho hablar inglés, preguntándonos a veces, si quería saber el nombre de algo: "¿Cómo se llama esto?" Hasta saludó al doctor Burns con un "Buenos días, doctor". Cuando no estábamos enseñando, nos dedicábamos a la costura, confeccionando ropas para los muchachos, remendando o convirtiendo en poncho algún paño viejo que nos traía un indio, para que lo transformáramos. Otras veces me dedicaba al vocabulario indígena, coleccionando vocablos y ordenándolos, en la esperanza de hallar alguna regla de construcción gramatical que me proporcionara una clave para descifrar lo que aún desconocía. He juntado ya 1050 [57] palabras; cuando haya terminado de escribir cartas me pondré a ordenarlas alfabéticamente. Me he limitado a usar el alfabeto corriente, pues he comprobado que responde a las necesidades igual que el fonético; más aún, creo que es mejor, ya que sólo posee vocales suficientes para lo que puede aprender un indio. Sólo se conseguiría confundirlos con un número mayor y no las aprenderían. El idioma me resulta todavía difícil, porque no pronuncian claramente las palabras. Es muy importante para nosotros oír nítidamente lo que dicen; si pronunciaran bien todas las sílabas, podríamos escribirlas de modo que pudieran repetirse correctamente. Así por ejemplo, tengo en mi vocabulario el vocablo *Yi-gaischc,* que significa "yo llamo". La forma entera y correcta es *Yigaisheshc;* pero la última sílaba, *eshc,* se pronuncia de manera indistinta, o se une a la precedente, de modo que cuesta distinguirla al principio. Además, siempre están inventando nuevas palabras y desechando otras, que yo había aprendido en mi viaje anterior [58], aunque no totalmente, pues algunos indios las conservan. Tal es el caso, por ejemplo, si muere alguien cuyo nombre guarda alguna semejanza con el de un objeto o de un verbo. Esta costumbre desorienta y confunde sobremanera.

Durante nuestras andanzas llegamos hasta unas pocas millas de

la bahía Coyle. De allí avanzamos hacia el oeste, con la intención de visitar un volcán que, según los indios, se encuentra entre los ríos Gallegos y Santa Cruz, ya en la cordillera; pero como no se puede confiar en lo que dicen, pronto cambiaron de idea y se negaron a llegar hasta allí. He mantenido constantemente un diario de observaciones meteorológicas, valiéndome tan sólo de un termómetro y una brújula, pues no tengo barómetro. Los meses de primavera se han presentado desapacibles y con mucho viento. No hay nada que valga la pena mencionar en cuanto al paisaje de las regiones recorridas, pues es siempre el mismo. Un arroyo, aparentemente importante, desemboca, según creo, en la bahía Coyte; en algunos puntos era tan profundo como el río Gallegos. Se espera que de un momento a otro regrese Caili del río Negro, junto con muchos otros miembros de esta tribu del sur. Casimiro me proporcionó el nombre de varias tribus patagónicas: *Hananicenc Zson-ca* y *Ganmetcenc-Zson-ca* forman un grupo con una misma lengua; *De-ushenc Zson-ca,* con otra lengua; *Gebenicenc Zson-ca, Yancez-cenc Zson-ca, Lalmejenc Zson-ca* ó *Yacush* son otras tres tribus con una misma lengua. Los *Lalmejenc* son los mismos indios que nosotros conocemos como "Araucanos" [59]. *Huilliche* es el nombre con que los Araucanos designan a nuestra tribu, los *Hananicenc.* La palabra *Tsoneca* o, como la escribo ahora, *Zson,* significa "gente", según he podido deducir y corresponde al vocablo *"che"* de los Araucanos.

Capítulo VI

CARTA DE SCHMID

The Voice of pity for South America, X, 21-28; London, 1863

Guano de isla Leones. — Nueva construcción. — Vida diaria. — Temperaturas. — Cacería. — Indígenas.

Santa Cruz, *julio* de 1862.

Mi estimado señor Bull [60]: Hallándose una goleta cerca de la Isla Leones, cargando guano con destino a Stanley, aprovecho la oportunidad para remitir la presente por intermedio del capitán. Sé que estarán ustedes ansiosos por saber cómo nos va y, por mi parte, tengo vivos deseos de informarles al respecto. Con gran placer puedo manifestar que nuestro progreso es altamente satisfactorio, mucho más de lo que pudiera esperarse si se tiene en cuenta que estamos en pleno invierno. Desde mi última carta, escrita en este lugar, grandes han sido los cambios experimentados; creo que se mostraría usted muy conforme con nosotros si hubiera podido ver esto cuando nos dejó aquí la goleta y ahora, después de transcurrido un mes.

Ante todo, debo declarar que las cosas no habrían ido tan bien si José no hubiera estado con nosotros. Considero una maravillosa manifestación de la voluntad de Dios al hecho que la *Wizard* debiera regresar a Stanley y hacer que José se embarcara, después de todo, en la goleta de Smyley; y todo ello, precisamente, cuando nos disponíamos a abandonar este puerto.

Ni el señor Hunziker ni Gardiner hubieran esperado gozar de las comodidades y el abrigo que ahora poseemos; de ello estoy seguro, así como de que habrían necesitado mucho más tiempo del que hubieran podido disponer, ya que avanzaba la estación fría. Con las tablas que compré al señor Goss, José construyó una habitación anexa a la pequeña choza, terminándola completamente a la semana de establecer nuestra base aquí, el sábado 7 de junio. Es una habitación de 6 por 6 por 8 pies; no teniendo ventanas, José puso un vidrio en cada una de las tres paredes de la nueva pieza, que se halla del lado norte de la antigua choza, separada de ésta por la primitiva pared y comunicando con ella por medio de una abertura, dejada al sacar tres tablones. En el lugar correspondiente a la puerta, coloqué una cortina de bayeta roja de mi propia confección; pero hasta ahora no sirve más que como adorno, pues el ocupante de la otra habitación se traslada a la nuestra todas las noches, deseando aprovechar el calor de la cocina.

Sabiendo que ha de interesar a usted, de manera especial, la forma en que trabajamos, diré ahora algo sobre nuestra organización doméstica y nuestras ocupaciones.

Nos levantamos a las 7; pero como a esa hora todavía está oscuro, no comenzamos nuestras tareas hasta después del desayuno, el que es preparado por Gardiner y debe estar siempre pronto a las 8; pongo especial empeño en mantener ese horario. Dicho desayuno consiste en un plato de avena hervida, bizcochos y, a veces, carne fresca; todos preferimos la primera y desearíamos tener más avena de la que hay. Acto seguido realizamos el servicio religioso matutino, que yo conduzco de la siguiente manera: cantamos un himno (del libro de himnos de la *Christian Knowledge Society* que usted nos regalara a Hunziker y a mí) y que elijo cada día según mi parecer; luego leo un pasaje de las Sagradas Escrituras (generalmente el Profeta Isaías), pronunciando algunas palabras alusivas, a manera de práctica, y termino por elevar la oración. El señor Hunziker, que posee una buena voz, dirige el canto; pero como no se halla muy familiarizado con los himnos ingleses, yo elijo éstos entre los más conocidos. Terminado el oficio religioso, José y Hunziker salen con sus escopetas en busca de un guanaco, un avestruz o un ganso. Guanacos y avestruces abundan en esta zona, pero son tan ariscos que resulta difícil colocarse a tiro de escopeta de ellos; el único recurso consiste en echarse detrás de un arbusto y esperarlos allí. Todos los días bajan avestruces a nuestro valle, pero rara vez se ponen a tiro del cazador agazapado,

o bien lo hacen cuando nos hallamos desprevenidos. Ello no obstante, José ha tenido éxito varias veces, pues ha logrado dar caza a cuatro o cinco avestruces y un guanaco, al que consiguió hacer entrar al agua con marea alta y cerca de la choza. Hecho esto, no tuvo escapatoria; José lo mató de un tiro y nosotros llevamos el bote al agua, para traerlo a la costa lo más rápido posible, pues la marea comenzó a descender y a llevarlo aguas abajo. Fue así como pudimos aprovisionarnos de carne fresca, que nos duró un buen tiempo. Tenemos sobradas razones para felicitarnos de disponer de un buen bote, verdadera necesidad en lugares como éste.

Después de la caza, José y el señor Hunziker se ocupan en los quehaceres domésticos, mientras Gardiner prepara el almuerzo. Una vez terminado éste y lavada la vajilla, lo envío a limpiar de malezas el sitio donde haremos la quinta, o le doy cualquier otra tarea. Trabajamos hasta las cinco de la tarde y en seguida tomamos el té. Por mi parte, siempre encuentro algo que hacer en la casa cuando empieza a oscurecer, preparando, al mismo tiempo, lo necesario para el té. Olvidaba decir que nuestro almuerzo consiste en carne de guanaco o de avestruz, asada un día y guisada el otro, acompañada de arroz. El sábado, Gardiner deja listo el almuerzo para el día siguiente, sin trabajar afuera durante el resto de la tarde, de acuerdo con mis instrucciones. A la hora del té comemos un poco de la carne que sobró del almuerzo, o bien freímos hígado o corazón de guanaco, o avestruz, etc. Con la excelente levadura que obtuvimos a bordo del buque del capitán Norris, hacemos bastante buen pan (sólo para el té), que José amasa y yo horneo. Consumimos un pan por noche, pues nuestros apetitos son magníficos. José amasa lo suficiente para tres panes a la vez, lo que constituyen una horneada, cada una de las cuales me toma una hora y cuarto en nuestra excelente cocina. A las 6,30 efectuamos el oficio vespertino, cuya dirección encargué al señor Hunziker, cantando uno de los himnos de la tarde; el señor Hunziker lee entonces la segunda lección vespertina y concluye elevando una oración. Siempre se hallan presentes José y Gardiner.

Antes y después de estas oraciones, me dedico a enseñar ortografía o aritmética a Gardiner. Ambos hombres se acuestan alrededor de las 7 y nosotros, debiendo cuidar la provisión de velas, hacemos otro tanto a las 8.30.

El clima de Santa Cruz parece muy bueno; quiero decir con ello que no sufrimos con la humedad, tan molesta en las Falklands. Hemos gozado de una serie de días despejados, pero, a mi

Ni el señor Hunziker ni Gardiner hubieran esperado gozar de las comodidades y el abrigo que ahora poseemos; de ello estoy seguro, así como de que habrían necesitado mucho más tiempo del que hubieran podido disponer, ya que avanzaba la estación fría. Con las tablas que compré al señor Goss, José construyó una habitación anexa a la pequeña choza, terminándola completamente a la semana de establecer nuestra base aquí, el sábado 7 de junio. Es una habitación de 6 por 6 por 8 pies; no teniendo ventanas, José puso un vidrio en cada una de las tres paredes de la nueva pieza, que se halla del lado norte de la antigua choza, separada de ésta por la primitiva pared y comunicando con ella por medio de una abertura, dejada al sacar tres tablones. En el lugar correspondiente a la puerta, coloqué una cortina de bayeta roja de mi propia confección; pero hasta ahora no sirve más que como adorno, pues el ocupante de la otra habitación se traslada a la nuestra todas las noches, deseando aprovechar el calor de la cocina.

Sabiendo que ha de interesar a usted, de manera especial, la forma en que trabajamos, diré ahora algo sobre nuestra organización doméstica y nuestras ocupaciones.

Nos levantamos a las 7; pero como a esa hora todavía está oscuro, no comenzamos nuestras tareas hasta después del desayuno, el que es preparado por Gardiner y debe estar siempre pronto a las 8; pongo especial empeño en mantener ese horario. Dicho desayuno consiste en un plato de avena hervida, bizcochos y, a veces, carne fresca; todos preferimos la primera y desearíamos tener más avena de la que hay. Acto seguido realizamos el servicio religioso matutino, que yo conduzco de la siguiente manera: cantamos un himno (del libro de himnos de la *Christian Knowledge Society* que usted nos regalara a Hunziker y a mí) y que elijo cada día según mi parecer; luego leo un pasaje de las Sagradas Escrituras (generalmente el Profeta Isaías), pronunciando algunas palabras alusivas, a manera de práctica, y termino por elevar la oración. El señor Hunziker, que posee una buena voz, dirige el canto; pero como no se halla muy familiarizado con los himnos ingleses, yo elijo éstos entre los más conocidos. Terminado el oficio religioso, José y Hunziker salen con sus escopetas en busca de un guanaco, un avestruz o un ganso. Guanacos y avestruces abundan en esta zona, pero son tan ariscos que resulta difícil colocarse a tiro de escopeta de ellos; el único recurso consiste en echarse detrás de un arbusto y esperarlos allí. Todos los días bajan avestruces a nuestro valle, pero rara vez se ponen a tiro del cazador agazapado,

o bien lo hacen cuando nos hallamos desprevenidos. Ello no obstante, José ha tenido éxito varias veces, pues ha logrado dar caza a cuatro o cinco avestruces y un guanaco, al que consiguió hacer entrar al agua con marea alta y cerca de la choza. Hecho esto, no tuvo escapatoria; José lo mató de un tiro y nosotros llevamos el bote al agua, para traerlo a la costa lo más rápido posible, pues la marea comenzó a descender y a llevarlo aguas abajo. Fue así como pudimos aprovisionarnos de carne fresca, que nos duró un buen tiempo. Tenemos sobradas razones para felicitarnos de disponer de un buen bote, verdadera necesidad en lugares como éste.

Después de la caza, José y el señor Hunziker se ocupan en los quehaceres domésticos, mientras Gardiner prepara el almuerzo. Una vez terminado éste y lavada la vajilla, lo envío a limpiar de malezas el sitio donde haremos la quinta, o le doy cualquier otra tarea. Trabajamos hasta las cinco de la tarde y en seguida tomamos el té. Por mi parte, siempre encuentro algo que hacer en la casa cuando empieza a oscurecer, preparando, al mismo tiempo, lo necesario para el té. Olvidaba decir que nuestro almuerzo consiste en carne de guanaco o de avestruz, asada un día y guisada el otro, acompañada de arroz. El sábado, Gardiner deja listo el almuerzo para el día siguiente, sin trabajar afuera durante el resto de la tarde, de acuerdo con mis instrucciones. A la hora del té comemos un poco de la carne que sobró del almuerzo, o bien freímos hígado o corazón de guanaco, o avestruz, etc. Con la excelente levadura que obtuvimos a bordo del buque del capitán Norris, hacemos bastante buen pan (sólo para el té), que José amasa y yo horneo. Consumimos un pan por noche, pues nuestros apetitos son magníficos. José amasa lo suficiente para tres panes a la vez, lo que constituyen una horneada, cada una de las cuales me toma una hora y cuarto en nuestra excelente cocina. A las 6.30 efectuamos el oficio vespertino, cuya dirección encargué al señor Hunziker, cantando uno de los himnos de la tarde; el señor Hunziker lee entonces la segunda lección vespertina y concluye elevando una oración. Siempre se hallan presentes José y Gardiner.

Antes y después de estas oraciones, me dedico a enseñar ortografía o aritmética a Gardiner. Ambos hombres se acuestan alrededor de las 7 y nosotros, debiendo cuidar la provisión de velas, hacemos otro tanto a las 8.30.

El clima de Santa Cruz parece muy bueno; quiero decir con ello que no sufrimos con la humedad, tan molesta en las Falklands. Hemos gozado de una serie de días despejados, pero, a mi

parecer, mucho más fríos que los de las Falklands. Con la última luna nueva y tras de nevar todo el día, se limpió el cielo repentinamente y tuvimos cuatro días de intenso frío, en los que mi termómetro marcó 9, 6, 5 y 2 entre el 28 de junio y el 1 de julio inclusive, a las 7.15 de la mañana; hacia las dos de la tarde marcó, respectivamente, 17, 22, 21 y 17 y, al anochecer, 13, 13, 10 y 13. No creo que haga tanto frío en Stanley, aunque también allí este invierno ha de presentarse más riguroso que el anterior.

Llevo un diario meteorológico, con tres observaciones diarias a las 7.30 de la mañana, 2 de la tarde y a la caída del sol, o sea a las 4. José me construyó una linda veleta para tomar la dirección del viento.

Muy contento y agradecido me sentí de tener tan buen alojamiento y camas abrigadas, así como abundante leña, durante esos días a que me he referido. Con respecto a la cocina, diré que nos resulta mucho más conveniente que un hogar abierto, pues éste nos consumiría demasiada leña liviana; si fuera, en cambio, una estufa corriente, no podríamos cocinar en forma adecuada. La que tenemos es muy económica, pues consume muy poca leña (excepto en días muy fríos) y me basta una pequeña brazada de palos para hacer el pan; calentamos el horno, desde abajo, con un poco de leña de arbustos. Un helecho, o brezo, muy abundante en los alrededores, proporciona mucho calor al quemar.

En cuanto a nuestras provisiones, me alegra poder decir que, a pesar de tener con nosotros otro compañero, con quien no había calculado, hay suficientes, según creo, para más de seis meses. Esta semana y la anterior tuvimos suerte en la caza; atrapamos tres guanacos en dos días, a unas tres millas de aquí. Fue necesario arrastrarlos todo el camino, sobre la nieve y a lo largo de la playa, para lo cual tuvimos que atarnos un animal cada uno, con sogas y correas. Si tuviéramos un caballo o una mula, no nos veríamos precisados a realizar el trabajo de tales, nada liviano por cierto. A pesar de ello, lo hicimos gustosos, por la buena provisión de carne obtenida. Nuestros dos perros han aprendido ya a dar caza a los avestruces, lo que alivia nuestra tarea y nos ahorra el tiempo de esperarlos en acecho, aparte de la economía de pólvora y munición que ello significa.

El domingo 29 de junio nos visitaron los capitanes Norris y Fordham, este último del *Elba;* pero no llegaron a tiempo para acompañarnos en el oficio dominical. Tras de permanecer con nosotros alrededor de una hora y almorzar algo, debieron regresar apre-

suradamente a bordo, pues la marea se les tornó adversa. Antes de proseguir, deseo pedir a usted quiera enviarme uno de esos folletos de oraciones que usa con su familia; no siempre me hallo dispuesto a improvisar la oración cotidiana. Pronto nos veremos privados de la compañía de I. H., pues el capitán Fordham le prometió un pasaje gratuito; pero ya podemos arreglarnos sin él. Es reposado, de buenos modales, trabajador y asiduo asistente a nuestros oficios religiosos. Cuando haya partido el capitán Norris y el tiempo mejore un poco, trataremos de atraer a los indios encendiendo un gran fuego. El capitán tiene bebidas a bordo y propuso comerciarlas con los nativos, pero yo no quiero indios ebrios aquí; bastante tuve que tolerarlos en ese estado durante mis primeras campañas. El sábado pasado, caminando por la playa, el señor Hunziker y José encontraron un delfín muerto y lo arrastraron hasta la choza; fue un hallazgo oportuno, pues una vez secado obtendremos de él tres o cuatro galones de aceite. Abrigamos la esperanza de que la *Allen Gardiner* nos visite en octubre, si no antes.

Agosto 11. — Temía verme obligado a cerrar esta carta sin noticias sobre los indios; pero tengo ahora el placer de informarle que se encuentran en la vecindad. Estuvieron a bordo de la goleta del capitán Norris y de la *Elba,* llevando carne de guanaco. El capitán les informó sobre nuestra presencia en este lugar; anoche, como a las 8.30, llegó acompañado de un indio y se quedaron hasta esta mañana, regresando al buque. Yo no conocía al indio, que nunca había estado en el sur de Santa Cruz. Me preguntó mi nombre y, cuando se lo dije, recordó habérselo oído pronunciar a otros indios que, dos años antes, habían venido del sur. Tienen un campamento al norte del río; hay entre ellos algunos que me conocen, pues se hallaban en el sur la primera vez que anduve con ellos. Cuando el indio se retiró, en compañía del capitán Fordham, me tomó la mano y me la estrechó como si hubiéramos sido amigo de años. Quedó muy contento con nuestra hospitalidad y prometió volver con sus hermanos tan pronto como el río les permitiera el paso. No podemos comprometernos a transportar la tribu hasta aquí con nuestro bote; la marea es demasiado fuerte y no disponemos de suficientes brazos para manejar la embarcación en el cruce. Uno de nosotros debe permanecer siempre en la base; el señor Hunziker no es muy buen remero y yo lo soy menos.

Espero que pronto amanecerá el día en que podamos iniciar nuestras tareas misioneras. Creo que no debemos abrigar temor alguno con respecto a estos indios. Hablan el idioma que, en gran

parte, ya he aprendido. Cuando mis amigos del sur sepan dónde estamos, sentirán celos de los indios de aquí y, sin duda, nos visitarán.

Esperábamos que llegaran algunos buques de las Falklands; pero, por lo visto, no han podido zarpar con este invierno tan tormentoso. Estoy ansioso por enviar mis noticias y recibir las de ustedes. La semana pasada tuvimos mucha nieve y frío intenso, no pudiendo trabajar en la quinta pues el suelo se hallaba —y se halla aún— totalmente congelado.

Capítulo VII

CARTA DE SCHMID

A Voice for South America, X, 149-152; London, 1863

Visita indígena. — Viaje al sur con los Patagones. — Canje de productos en Punta Arenas. — Embriaguez. — Enfermedad general. — Regreso. — Idioma.

Santa Cruz, Patagonia, 15 de enero de 1863.

Por intermedio del señor Stirling, he recibido su carta, fechada el 15 de agosto; agradezco a la Comisión las expresiones de simpatía y solidaridad de que fuera portador el señor Stirling. En lo que respecta a la designación de éste como Superintendente de nuestra labor, deseo hacer saber a la Comisión que ella nos ha alegrado sinceramente y acogimos su llegada con verdadero placer y gratitud. ¿Qué otro ministro del Señor podría demostrar mayor cariño por su trabajo y quién más familiarizado que él con la obra de la Sociedad? Estamos seguros de poseer en el señor Stirling un verdadero amigo y un sabio consejero en los momentos difíciles.

El 18 de septiembre nos visitó un pequeño grupo de indios Ganmetcene [61], que se hallaban acampados cerca del Paso. Eran veintidós en total, entre hombres, mujeres y niños, es decir alrededor de la tercera parte de la tribu que anda por las vecindades. Les cocinamos una olla de arroz, quedando ellos complacidos con ésta y otras atenciones dispensadas; pasaron aquí la noche, durmiendo algunos en la carpa y otros al reparo de la pila de leña cercana a la casa. Al día siguiente fuimos con ellos hacia su campamento. Nos

dijeron que iban hacia el sur, para reunirse con nuestros antiguos amigos, los Hau-anicene Tsoneca [62]. Consideré que sería ésta una buena oportunidad para visitar a dichos aborígenes y comunicarles nuestro paradero, a fin de que ellos vinieran hacia nosotros. Pregunté a mis visitantes si me permitirían unirme a ellos y si me prestarían un caballo con ese fin, a lo que asintieron. Habiendo consultado la opinión del señor Hunziker al respecto y viendo que se hallaba de acuerdo conmigo, me preparé para la partida y el 22 de septiembre me despedí de mi compañero de tareas y me alejé, en compañía de los indios que habían venido a mi encuentro. Hallé el campamento sobre la margen austral del río, no lejos del Paso. Algunas mujeres comenzaron a cantar, a manera de bienvenida, y de inmediato fui conducido al toldo del jefe de las cacerías. Su nombre aborigen es Wa-il y es cuñado del cacique Wissale. Tras una marcha de diez y seis días, llegamos a Waieneen, donde hallamos a los indios del sur. El río estaba muy crecido, pero gracias a la amable ayuda de un hombre pude alcanzar la orilla opuesta, ayudándome Casimiro y otro amigo a evitar que mi caballo resbalara y me arrojara al barro. Fui conducido al toldo de Casimiro, donde me sequé y devoré un revoltijo de huevos de avestruz.

De allí pasé a Sheaicen, un paradero situado a corta distancia de la serranía de San Gregorio, desde donde la mayoría de los indios emprendió viaje a Punta Arenas, con el principal propósito de obtener una provisión de coñac; trajeron tal cantidad de bebida al campamento que, durante varios días, la embriaguez se hizo general y dio lugar a algunas peleas. Cundió, asimismo, una enfermedad "provocada por el uso de las provisiones traídas de Punta Arenas" o —según la opinión de los mismos indios— "enviada por el Presidente de Chile para exterminarlos"! Se trataba de un catarro infeccioso, con gran irritación de garganta y fuerte expectoración. Pocos fueron los que escaparon de él; algunos niños, así como dos o tres adultos, sucumbieron a consecuencia del ataque. Yo también me sentí bastante mal por más de dos semanas y durante dos días fui presa de fiebre y vómitos —la falta de comida se sumó a las dificultades del momento— de manera que todo el campamento, de unos 50 toldos y alrededor de 600 personas, se alegró mucho cuando nos alejamos del lugar.

El 10 de noviembre emprendimos el regreso hacia el río Gallegos y el 28 me separé de los indios para retornar a Santa Cruz. Casimiro se encargó de conducirme hasta allí y, gracias a la intervención de una niñita, que rogó a su padre me prestara un caballo,

sin que yo supiera nada del asunto, pude disponer de un medio de trasporte, pues Casimiro no tenía un caballo disponible. Los indios me prometieron venir a vernos dos meses después de nuestra separación y, al ser interrogados, tres muchachos se declararon dispuestos a venir y quedarse con nosotros; pero se les obligó a permanecer con la tribu hasta que vinieran todos juntos. El día de Año Nuevo vimos entrar un buque al puerto; fue ése para nosotros un día de regocijo, dando y recibiendo noticias. Habían trascurrido once meses sin recibir comunicación alguna de la Comisión ni de nuestros familiares (¡Cuánta ansiedad habíamos sufrido y cuán evidente es la conveniencia de poseer un buque como la *Allen Gardiner* para llevar adelante nuestra obra!).

En lo que respecta al lenguaje de los indios, he de informar que el vocabulario ha aumentado considerablemente; pero aún no he podido hallar términos abstractos que permitan expresar las verdades de nuestra religión (tampoco han de existir, seguramente). Durante el último viaje aprendí a usar el tiempo pasado de algunos verbos y algo así como un tiempo futuro. Puse especial empeño en hacer comprender a algunos el significado de las verdades más fundamentales de nuestra santa fe, pero me vi obligado a hacerlo en el más comprensible *español* que pude articular. Algunos de los oyentes se limitaron a sonreír y otros mantenían cierta expresión solemne, aparentando compenetrarse algo del tema. Confiemos ahora y roguemos al Salvador que pronto aparezca en nuestro cielo, como Luz de la Verdad, cuyos rayos esparcen claridad, vida y libertad a todos aquellos que hoy gimen en las tinieblas, la muerte y la esclavitud.

Capítulo VIII

CARTA DE SCHMID

A Voice for South America, X, 259-260; London, 1863

Asimilación de costumbres civilizadas por los indígenas. — Propósitos venatorios. — Idioma, vocabulario y gramática. — Versión del Padre Nuestro y del Salmo II, 8.

Isla Keppel

Los indios patagones han asimilado ya algunos rasgos exteriores de civilización: se lavan todas las mañanas; preparan su propio desayuno, formado por té y bizcochos, así como las demás comidas. Dentro de unos días irán a buscar hacienda salvaje o, por lo menos, algunas cabezas jóvenes.

He compuesto un vocabulario, ordenando las palabras alfabéticamente, así como un esbozo de gramática; es bastante más amplio que el impreso en 1860. Lo he escrito según el alfabeto corriente, pues como los inventores del sistema fonético están continuamente cambiando su alfabeto, pensé que sería mejor prescindir totalmente de él; no quisiera volver a usar tampoco la fonética. Dentro de lo que mis conocimientos me permiten, he compuesto algunas reglas gramaticales; mejor dicho, sólo la inflexión del verbo, con los casos dativo y acusativo, en sus formas interrogativa y posesivo antepuesto, etc. He sometido a diversas pruebas y comprobaciones las palabras recogidas y, hasta ahora, he tenido pleno éxito en cuanto se refiere a su finalidad; pero en lo que

concierne a términos abstractos, cada día estoy más firmemente convencido de que no hay manera de expresar, en lenguaje inteligible para los indios, las verdades fundamentales de nuestra santa religión.

Ushwanco	*coje-*	*hai*	*m'*	*bec.*
Nuestro Padre	cielo	en el	tu	eres.
Santa	*cemec*	*m'*	*ya.*	*M'*
Santificado	sea	tu	nombre	Haznos
kendo	*mice*	*cenue.*	*Cemec*	*Meurnicen*
venir	tu	reino	Hagase	tu voluntad
calel-	*hai*	*coje*	*haice*	*go.*
tierra	en	cielo	en el	como.
Maa	*d'ush*	*kata e ush*	*mewie.*	*Ush-*
Hoy	nos	da nuestro pan	suficiente	Nos
pardon	*ush*	*maish*	*ush*	*pardonsch*
perdona	nuestras	injurias	nosotros	pernonamos
ush-wa-go	*yoms*	*neco*	*ush*	*waishokenc.*
nosotros	como	a cada uno de	nuestros	injuriantes.
Ush	*hanen*	*heudo*	*daice*	*temteshen,*
Nos	conduce	no	a	tentación,
keloi	*ush*	*m'wane*	*dirne*	*wilonco*
sino	nos	libra	de	todo
deronco,	*cetowit*	*mashc*	*(aue)*	*hicecenue*
mal,	porque	tuyo es		el reino
(aue)		*d'hegencenuesliem*		*(aue) glorishem*
		autoridad		y la gloria
ogelunico.	*Amén.*			
por siempre.	Amen.			

EL SALMO II, 8

Hari	*ya*	*yima*	*eshe*	*wilcomo*
Pide	me	yo a ti	daré	todo

Zonica	*ma*	*do-hainen-go*	*calel*
gente	tu	herededad como	tierra

hinicen	*shem*	*mecenicen*	*go.*
confines	también	tu posesión	como

Capítulo IX

CARTA DE SCHMID

A Voice for South America, XI, 31-39; London 1864

En la isla Keppel. — Platero y sus hijos. — Muerte de Mariquita. — Ceremonias fúnebres. — Instrucción de fueguinos. — Regreso a Santa Cruz. — Visita condicional de los indígenas. — Abandono de la Misión. — El Carmen. — San Xavier. — Nomenclatura étnica patagona. — El cacique Chingalee.

En mi última carta informé a usted sobre mi llegada a la isla Keppel, adonde fuimos desde Santa Cruz con el propósito de tomarnos un descanso en compañía de nuestros amigos allí radicados. Platero, un viejo amigo mío (el mismo bajo cuyo cuidado salí de Punta Arenas, hace unos años, en mis primeras andanzas) [63], nos pidió que lo lleváramos, junto con su hija Mariquita y su hijo Belokon. Grande fue la sorpresa de los fueguinos que allí se encontraban al ver que llegaban a la isla Keppel indios de la Patagonia. No se estableció relación alguna entre ellos, pues no podían entenderse más que por gestos y, además, nuestros patagónicos desprecian a sus vecinos fueguinos. Pocos días después de nuestro arribo, el señor Hunziker y yo comenzamos a enseñar a Belokon a leer y escribir, cosas éstas que, aparentemente, está muy deseoso de aprender; considerando que esas manos nunca se habían iniciado en tan complicado arte como es el de construir letras y, hasta entonces, sólo habían sido usadas para manejar las boleadoras y el lazo, tuvimos suficientes motivos de satisfacción con el progreso que realizaba al escribir, visible día a día; cuando lo dejé,

deletreaba y escribía correctamente su propio nombre, así como el del señor Stirling y el nuestro. Más difícil le resultó la lectura, pues su mente, nunca ejercitada antes para concentrarse en forma sostenida, debió adquirir esa disciplina desde el principio; salió airoso, sin embargo, de las primeras dificultades. Platero, su padre, deseaba sinceramente que Belokon aprendiera a leer y escribir y adquiriera otros conocimientos; mientras el hijo se hallaba tomando lecciones, el padre solía quedarse de pie a su lado, estimulándolo amablemente a que se aplicara asiduamente a su trabajo. Terminada la clase, iba con el señor Hunziker al taller del carpintero, observando cómo se trabajaba o confeccionando estribos y otras cosas sencillas; o bien salía a caballo, acompañando a su padre para traer algunos terneros salvajes y amansarlos. Es un magnífico jinete y maneja bien el lazo; pero lo que más nos agradó fue su buena conducta, tanto en la isla Keppel como a bordo de la *Allen Gardiner*. Se ha encariñado mucho con el señor Hunziker y conmigo, al extremo que, llegados a Patagones, prefería salir a caminar con nosotros a ir de visita con su padre por las tolderías. Los domingos le enseñábamos cuadros de las Escrituras, explicándole su significado lo mejor que mis conocimientos de su idioma me lo permitían. Como todos los jóvenes, es muy aficionado a los cuadros y los interpreta rápidamente si no son muy complicados.

Expliqué a nuestros amigos aborígenes el significado del descanso dominical cristiano, por qué dedicábamos un día de la semana al culto de Dios y nos absteníamos de trabajar en ese día. Para el indio todos los días son iguales.

Platero, Mariquita y Belokon asistían regularmente al servicio divino todos los domingos que permanecieron en isla Keppel; aunque no entendían lo que se decía, se quedaban sentados y en absoluto silencio. Cuando el señor Stirling partió de Keppel para el río Negro, Platero manifestó lamentar la separación y dijo que lo extrañaría, esperando que regresara pronto. Los tres se hicieron muy amigos del señor Stirling y a menudo preguntaban cuándo regresaría de Patagones. La *Allen Gardiner* zarpó el 1º de julio y todo continuó tranquilamente en la isla hasta que nuestro Padre Celestial, en su misteriosa aunque siempre sabia Providencia, decidió visitarnos con un triste acontecimiento: la muerte repentina de la pobre Mariquita. Sucedió ello el 11 de julio, solo unos días después de partir el señor Stirling. El señor Hunziker, yo y el capitán Stirling estuvimos presentes desde el comienzo del ataque hasta el momento en que el espíritu se separó de su terrena envol-

tura; aprovecharé la oportunidad para dar aquí algunos detalles sobre lo sucedido en relación con esta desgracia. Cuando el anciano padre comprobó que su hija había dejado de existir, dio rienda suelta a su dolor con lamentos y lúgubres cantos, como es costumbre entre ellos[64]. También Belokon lloró desconsoladamente a su hermana, por la que sentía gran afecto. El afligido padre culpó de la muerte a un indio, cuyo nombre mencionó, diciendo que la había matado con sus hechizos, idea ésta muy arraigada en las mentes de los salvajes[65]. Muchos indios se miran mutuamente con desconfianza y manifiestan gran temor de morir a consecuencia de las brujerías; no hay razonamiento que logre convencerlos de su error e insensatez a este respecto. Volviendo al tema, Mariquita falleció en la tarde del sábado y fue sepultada al mediodía del lunes; durante toda la mañana y el día siguiente, Platero iba y venía por las colinas cercanas, lamentando su pérdida y entonando un canto fúnebre[66]. Fui a su encuentro y traté de consolarlo, expresándole nuestra profunda pena ante su aflicción. Belokon permaneció junto al señor Hunziker, quien se hallaba preparando unas rejas para ampliar el pequeño cementerio de isla Keppel. Antes de trasladar el cadáver desde la casa hasta su última morada, Tommy Button pretendió interponerse, protestando porque se iban a enterrar las ropas con la criatura[67]. Excavada la sepultura y cuando todo se hallaba listo, el señor Hunziker, yo, Coles y el señor Bridges[68] llevamos el cadáver, cubierto con la bandera, al lugar de su eterno descanso, siguiéndonos Platero y Belokon, portadores de todas las cosas que iban a sepultarse con la niña. Grande fue la pena del padre cuando los restos mortales de su hijita descendieron a la tierra, mientras yo, sentado a su lado, procuraba consolarlo a mi manera. Ookokko[69] cortó hierbas verdes para poner sobre la sepultura y yo desparramé sobre ella algunas cuentas de colores; los señores Hunziker, Thomas, Stirling y los demás, habían echado otras tantas dentro de la sepultura. Padre e hijo se mostraron complacidos ante el cuidado y cariño con que depositamos los despojos en su fría morada. Por la tarde, la señora Stirling y sus dos hijos concurrieron a depositar su contribución de cuentas, que esparcieron sobre el pasto, presentando sus condolencias a Platero, cuyas lágrimas volvieron a brotar copiosamente. El señor Hunziker rodeó la sepultura con las rejas que había preparado. Por la tarde nos reunimos a orar en la capilla, rogando a nuestro Padre Celestial que, con su sabia Providencia, destinara esta triste pérdida a la gloria de su nombre y ensalzara nuestra causa. Di lectura al Salmo 90, tan apro-

piado en las circunstancias, agregando algunas consideraciones sobre su contenido, especialmente sobre el último versículo, en que el Salmista implora a Dios asigne a cada uno de sus siervos la misión que ha de cumplir. Platero se hallaba presente escuchando o, mejor dicho, observando la ceremonia y, cuando hube terminado, comenzó a hablar sobre lo que había presenciado, pues había adivinado que nuestra reunión obedecía al ingrato suceso. Dirigiéndose al señor Hunziker y a mí, nos refirmó su amistad y agregó que tanto él como su hijo se quedarían con nosotros, en lugar de reunirse con su tribu; dijo que Mariquita no había estado enferma, sino hechizada por los indios, que la habían matado como antes hicieran con su esposa y, sin duda, harían con él; le ofrecimos cuantas muestras de amabilidad pudimos y expresó su convicción de que ninguno de nosotros era culpable de lo acontecido, pues le constaba el cuidado y el cariño que les dispensábamos y la solicitud con que habíamos sepultado a su hijita. Nos conmovió tan simple y sincera gratitud e hicimos recíproca su adhesión a nosotros asegurándole que todos los habitantes de la isla nos uníamos a ellos en su dolor y seguiríamos siendo siempre sus amigos. Pocos días después habían recuperado ambos su humor habitual y salieron a caballo, volviendo a veces con ganado salvaje.

El señor Rau se dedicó a instruir a los tres jóvenes fueguinos Threeboys, Luccaenges y Urupatusalem; los dos primeros aprenden bastante, pero el último es más lento. Después de las lecciones, dos de ellos salen para ayudar a Bartlett en la huerta, mientras el otro hace otro tanto en los quehaceres domésticos. La señora Stirling se ha ofrecido amablemente a dar una lección semanal de costura a las dos mujeres; Mariquita alcanzó a asistir a las dos primeras lecciones y la señora Stirling había cobrado afecto por ella en tan poco tiempo; también les enseña a cantar algunas estrofas sencillas de los himnos.

Los nativos asisten al servicio divino todos los domingos, en la casa Sullivan, conduciéndose correctamente.

Ansiosamente esperábamos todos la llegada de la *Allen Gardiner,* que vendría de río Negro; arribó el 10 de agosto, con el señor Lett a bordo, pero nos sentimos desilusionados al comprobar que no había venido el señor Stirling. La goleta prosiguió viaje a Stanley, en busca de correspondencia y provisiones, regresando el 12 de septiembre. El día 22 el señor Hunziker, yo y los dos patagónicos nos embarcamos para Santa Cruz, acompañados por el señor Lett, que debía regresar a Patagones. Al llegar a Santa Cruz comproba-

mos que los indios se habían ido hacía ya algún tiempo, dirigiéndose la mayor parte hacia el norte y los demás hacia el sur; con pesar debo añadir que se negaron a volver a Santa Cruz, a menos que pudiéramos ofrecerles otra clase de motivos para hacerlo que simples visitas; querían, simplemente, que comerciáramos con ellos, a cambio de pieles y plumas. Este repentino vuelco de su actitud hacia nosotros no era nada tranquilizador y se debía a que un cierto capitán norteamericano de las Falklands, ni bien oyó que un gran número de indios habían llegado a Santa Cruz, apareció en seguida con un cargamento de bebidas, para comerciar. Borracheras y querellas se generalizaron y, en tales circunstancias, consideramos que lo mejor era abandonar el lugar, no ya por miedo de que peligraran nuestras vidas sino por la certidumbre de que no podríamos continuar la obra de Dios y ser, al mismo tiempo, traficantes. No conviene en absoluto que nos dediquemos al trueque de mercaderías, aunque sí podríamos intercambiar algunos artículos *adecuados* y con la conciencia tranquila, con el fin de atraer a los nativos hacia la Base; pero nuestros amigos y protectores no darían su aprobación a tal temperamento, pues los enemigos de nuestra Misión, abundantes entre los herejes, no tardarían en acusar a la Sociedad y sus agentes de abrigar propósitos mercenarios. Por lo tanto, deshicimos la pequeña choza y, levantando cuanto habíamos traído, nos embarcamos en la *Allen Gardiner* con destino al río Negro. Hicimos esto de acuerdo con instrucciones selladas que el señor Stirling, muy previsoramente, había preparado como guía para nosotros en caso de surgir dificultades imprevistas; pero, antes de abandonar Santa Cruz, explicamos a Platero y a Belokon lo ocurrido, la razón de nuestra partida y nuestra intención de alcanzar el río Negro. Les dimos a elegir entre el regreso a su tribu, en Santa Cruz, y el viaje con nosotros a Patagones. Platero se hallaba indeciso sobre lo que haría, pues tiene una hija entre los indios del sur, a la que quisiera tener consigo; pero Belokon se empeñó en permanecer con nosotros. Una vez más les dimos la oportunidad de optar y Belokon volvió a insistir en su deseo de acompañarnos, por lo que el señor Hunziker y yo nos alegramos. Llegamos al pueblo de El Carmen el 13 de octubre y hallamos allí al señor Stirling, que esperaba a la *Allen Gardiner;* también se encontraba con él el señor Andrés, de regreso de Buenos Aires.

El 16 de octubre el señor Stirling, acompañado de los señores Hunziker, Andrés y Lett, fueron a San Xavier, un fuerte situado a unas 18 millas de Patagones y sobre el mismo río, donde se hallan

acampados los indios. Fueron allí con el propósito de elegir un lugar para erigir la choza de la Misión y, al mismo tiempo, visitar a los aborígenes. Se entrevistaron con el cacique Chingalee [70]. El padre de don José María, un rico hacendado, les ofreció un sitio cercano a su propia residencia para contruir la choza, distante unas dos millas del campamento indígena. El 20 de octubre yo también fui a San Xavier, en compañía de Platero y Belokon, para visitar a los indios; los señores Hunziker, Lett y el capitán se nos unieron en la excursión, que se efectuó con un tiempo espléndido. Nuestra primer visita fue al toldo de Chingalee, quien nos recibió cortésmente, dándonos la mano. Platero conocía al jefe y a algunos otros. Casi todos los indios que allí se encuentran son compatriotas de la gente del señor Gardiner y hablan la misma lengua, aunque en un dialecto algo diferente. No obstante ello, encontramos varios indígenas, hombres, mujeres y niños, que entendían el idioma que nosotros habíamos aprendido. Estos indios conocen a la mayoría de los patagónicos propiamente dichos, pues éstos suelen venir a estas comarcas con fines de intercambio. Aquellos que comprendían nuestro lenguaje patagónico se mostraron muy sorprendidos al oírnos hablar en él. Los Araucanos se denominan a sí mismos chilenos, así como a su idioma; a los patagónicos los conocen como Chuelches [71], lo cual, según creo, significa "gente del sur" (del este, *Ed.*). Los patagónicos se identifican con diferentes nombres, según las regiones de sus correrías. El cacique Chingalee ostenta el grado de coronel en El Carmen y, puesto que es un oficial del gobierno, toma parte en las procesiones de la iglesia, en una de las cuales le correspondió el honor de pagar todos los gastos. Nos convidó con mate, preparado y distribuido por dos sirvientes, en una vasija montada sobre armadura de plata y bombilla del mismo metal, con boquilla de oro. Sus dos esposas se hallaban tejiendo fajas. Platero y Belokon quedaron muy contentos con la visita realizada. Algunos de estos indígenas hablan tres o cuatro idiomas autóctonos [72]; en general, los nativos de esta región parecen más opulentos que los del sur, pues son dueños de más caballos y, algunos, de ganado vacuno.

Varias e importantes son las ventajas que ofrece Patagones como asiento de una Misión. Siempre hay indios en los alrededores y, en ocasiones, se congregan allí varios centenares con el propósito de comerciar. Todos parecen hablar español, lo cual hará más fácil iniciar su instrucción religiosa; pero a fin de llegar a sus corazones, es necesario aprender su propia lengua, de modo que el amor de

Dios, expresado en Cristo Nuestro Señor, les pueda ser comunicado en el idioma que mejor entiendan; puesto que hablan suficiente español como para enseñarnos su propio idioma, no serían muy grandes las dificultades en tal sentido. El gobierno de Buenos Aires ha autorizado el establecimiento de una Base. En El Carmen hay un correo por mes, lo que permite a los Misioneros allí radicados enviar sus noticias con regularidad.

Capítulo X

CARTA DE SCHMID

A Voice for South America, XII, 64-66; London, 1865

Otra vez en El Carmen. — Indígenas de la zona. — Escuela y oficio religioso protestante sin concurrencia. — Traslado a Bahía Blanca

.. 14 de noviembre de 1864.

Tras una demora de seis semanas en Buenos Aires, debida a la falta de oportunidades para viajar, zarpamos en el bergantín oldemburgués *Albert* y, después de seis días de navegación, llegamos a la boca del río Negro el día 8 del corriente. Anclamos frente a la población de El Carmen el día 11 y allí encontramos al matrimonio Stirling y sus hijos. El señor y la señora Hunziker nos recibieron con gran amabilidad. Viven en la casa de la Misión, una choza de adobe comprada por el señor Stirling semanas atrás. No habiendo sitio para alojarnos allí, alquilamos una choza de don Pedro Pen, cercana al río y con una linda vista. Hay muy pocos indios en este paraje y los que hay son todos "chilenos", como se los llama localmente; no hay ningún patagónico. Estos últimos solo aparecen en invierno, cuando el desierto, seco y helado, los obliga a emigrar y, en tal caso, vienen a esta población para realizar sus transacciones comerciales.

Las de estas regiones son todas tribus errantes, que viven de carne y consumen los artículos enviados por el gobierno en calidad de raciones. El Carmen, sin embargo o, mejor dicho, Patagones, parece ser el mejor lugar para una base misionera; es el más céntrico, pues

constituye el punto de reunión de todas las tribus y es más accesible que cualquier otra localidad. Lo más indicado, para ayudar a estos salvajes material y espiritualmente, sería poseer una casa en la que los niños hallaran no solo instrucción, sino comida y alojamiento a la vez, a fin de tenerlos constantemente bajo la supervisión de los Misioneros. Sólo cuando hayan sido alejados de las influencias perniciosas de sus compatriotas podremos esperar resultados positivos de nuestros esfuerzos, si Dios bendice nuestra obra.

Según todas las versiones recogidas, parece que los patagónicos propiamente dichos son muy escasos en esta zona, mucho más de lo que se nos había dicho. Aparentemente, no existen otros indios patagónicos que los ya conocidos durante mis anteriores viajes, lo que haría ascender su número tan sólo a unos 1.000 en total. Siempre hemos estado bajo la impresión de que los habitantes de esta población deseaban contar con una escuela y que enviarían gustosos sus niños a ella; por lo tanto, hemos decidido formar un núcleo inicial sin mayor demora y, al efecto, hemos destinado una de las habitaciones de la sede misionera, hasta que podamos completar un edificio especial para escuela. Muchos padres fueron informados de ello, pero hasta ahora ninguno ha enviado sus hijos, a pesar de no existir una escuela del otro lado del río. Parece que ningún padre, aunque deseoso de procurar instrucción para sus hijos, desea ser el primero en mandarlos a una escuela "protestante". Por el mismo motivo no ha habido concurrencia de fieles al servicio religioso en español que, según habíamos decidido, se llevaría a cabo todos los domingos. Quizá sea demasiado prematuro esperar que estas gentes abandonen sus prejuicios. La falta de un edificio construido especialmente para iglesia puede haber influido, probablemente, más de lo que creemos. Nos proponemos visitar esta semana a las mujeres y niñas indígenas que aún quedan aquí, para tratar de ganar su confianza y organizar una clase de costura, como primer paso hacia nuestra futura labor misionera. Deseamos ardientemente dedicar todas nuestras energías al servicio del Señor, pero desde un principio han surgido dificultades que, confiamos, habrán de vencerse a fuerza de paciencia, perseverancia y oración, a fin de que el reino de Dios sea con nosotros. Si tal es la voluntad del Todopoderoso, me trasladaré a Bahía Blanca. Creo que allí hay una puerta abierta y el señor G. volvió a pedir al señor Stirling, recientemente, que enviara a alguien. El señor Stirling me propuso el viaje y, Dios mediante, como ya dije, viajaré a dicho pueblo cuando se presente la oportunidad.

COMENTARIOS

(1). — "El interesante párrafo que sigue pertenece a una carta del señor Teófilo Schmid", escribe el Comité de la Sociedad a manera de introducción explicativa. En verdad, el texto de Schmid es la versión personal del viaje en compañía de Allen W. Gardiner que se publica en el Apéndice I y del cual —cabe reconocer— es un mero complemento, sin mayor personalidad ni acopio de información.

(2). — Para la fecha en que Schmid escribía esta carta, no estaba, según se ve, muy enterado del rango correspondiente a cada uno de los indígenas que trataba, cosa muy comprensible en este caso dada la actuación en primer plano de Casimiro a quien, por tal circunstancia, consideró "cacique" sin que lo fuera. Ya en 1854 el gobernador de Punta Arenas, Jorge C. Schythe, expresa respecto al mismo tema: "Se le llama cacique, aunque realmente no lo es" (Robustiano Vera, *La colonia de Magallanes y Tierra del Fuego (1843 a 1897)*, 122; Santiago de Chile, 1897). En una de las notas siguientes correspondiente al segundo viaje de Schmid en 1859, llamo la atención del lector por cuanto el misionero se rectifica de la apreciación que comento al manifestar que para esa fecha, Casimiro "no era reconocido como cacique, aunque pase por tal". El mismo Musters que le trató largamente es quien nos ha dejado las más abundantes informaciones a su respecto, es poco explícito y, tal vez, sin quererlo, el que más ha sembrado la confusión. Cuando por vez primera lo menciona dice: "Casimiro, titulado jefe de los tehuelches" (G. H. Musters, *Vida entre los Patagones*, en *Biblioteca centenaria de la Universidad Nacional de La Plata*, I, 163; Buenos Aires, 1911) pero pocas páginas después nos entera que durante

el viaje que aquel hiciera a Buenos Aires pocos años antes, el gobierno lo reconoció "como jefe principal de los tehuelches" (MUSTERS, *Vida,* 173) con lo cual queda explícito que su primer información aludía al nombramiento de las autoridades argentinas sin que ello implicase un título propio del "escalafón" —digamos— indígena. Confirma mi actual modo de considerar su verdadera condición otra frase del propio Musters: "Los más importantes entre los indios eran Orkeke, el cacique ejecutivo y su hermano Tankelow... Casimiro, *cuyo gobierno era todavía una posibilidad"* (MUSTERS, *Vida,* 190) ... Y si ello no bastase, Musters nos entera en otra parte de su relato: "Casimiro estaba muy contento... y se lo iba a investir con el mando supremo (MUSTERS, *Vida,* 220) ... En resumen, creo que alrededor de la designación que se le hiciera en Buenos Aires gira la autoridad gubernamental de Casimiro y con la cual, posteriormente, hay una aquiescencia de las diversas entidades patagónicas. En contra de la posibilidad de un posible cacicazgo, en la más amplia acepción de la palabra, media, por último, la condición dirimente para alcanzarlo: la falta de súbditos; no hay que olvidar que, en verdad, la mancomunidad de pareceres de un grupo indígena era quien determinaba la persona que debía dirigirlos. Esa carencia de tribu subordinada queda en evidencia cuando Casimiro, en 1865, se hizo presente en la isla Pavón —de regreso de Punta Arenas— al frente de numerosas familias con un total próximo a las 400 personas, pero con él están los verdaderos caciques y caciquillos con mando mientras que a Casimiro se lo designa como "cacique mayor" (ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ-JULIÁN CÁCERES FREYRE, *Los apuntes del Secretario del cacique Casimiro y capitán de guardias nacionales Don Doroteo Mendoza,* separada del *Anuario de Historia Argentina,* 1939, 12, 25; Buenos Aires, 1940), es decir, un mando circunstancial y propio del momento como que se realizaba un acto afectado a la designación del gobierno de Buenos Aires. En mayo de 1862 Schmid excluye a Casimiro en calidad de cacique, mientras proporciona los nombres de los otros que, en realidad lo eran.

(3). — Desde el punto de vista de sus afanes proselitistas, el Comité resume así el resultado de este primer viaje de Schmid con los indígenas por el sur de Patagonia: "Aparte de adquirir algún conocimiento acerca de las costumbres y las características mentales de los nativos, la principal tarea ha consistido, hasta ahora, en familiarizarse con su lenguaje. A este respecto —añade— y a juzgar por lo que expresa en su diario, el resultado obtenido por el señor Schmid

es, aparentemente, pequeño" (*The Voice of pity for South America*, VII, 177-8; London, 1860). Nosotros, en cambio, sin interferir con los intereses momentáneos de la Sociedad, encontramos "en la sencilla narración" un conjunto de informaciones ergológicas nada despreciables que la valoran. Aunque redactado en forma de carta y sin que en él quede constancia de la labor cotidiana es, en verdad, un verdadero "diario". Así lo entendió la Comisión organizadora al publicarlo: "Acabamos de recibir su diario de viaje, aunque lleva fecha de octubre de 1859".

(4). — Este doctor Burns que aparecerá varias veces más en los relatos de los misioneros, supongo que era el médico de la colonia aunque nada pueda asegurar al respecto. Tal vez con estas líneas cumpliría mi misión de acompañar al lector para que la obra sea más entendida, pero diversos hechos me determinan a contrariar mi propósito de pasar a otro tema. Las consideraciones que siguen no las formulo con el deseo de disminuir la simpatía que suscita su bondadoso trato con Schmid y el catequista Hunziker sino para lamentar un posible equívoco por parte de la Sociedad editora. En efecto; en la crónica que la dirección del periódico publica a manera de prólogo a la carta de Schmid referente a su tercer viaje, apunta que el "Dr. Burns profesa el culto Católico Romano" (*The voice of pity*, VIII, 218) pero ello debe ser un error. Descartando las continuas atenciones prodigadas a los catequistas, este señor aparece manteniendo una correspondencia frecuente con los reverendos protestantes, ya de Valparaíso, ya de los buques de la armada británica, amén de ser su domicilio donde llegaban los obsequios de aquéllos para Schmid. En esta misma carta se leerá con estupefacción que el doctor Burns puso en contacto a Schmid con un súbdito ruso, católico, que deseaba hacerse luterano... y "una mañana de domingo —añade Schmid— el Doctor me acompañó a bordo para asistir al oficio religioso". No creo, en verdad, que esta sea la conducta propia a un católico, pero no deseo hacer suposiciones...

(5). — *Whom we shall name As-caik*, dice el texto inglés. No alcanzo a comprender ese "lamaremos"; ¿es que no se llamaba así? ¿Su nombre no era correcto transcribirlo y por ello se le inventaba otro? Confieso que este modo de expresarse no tiene, a mi ver, explicación. Lo natural es que a una persona con quien se está en tratos y con la cual se vivirá un tiempo se la llame por su nombre y no por otro inventado ocasionalmente.

(6). — Si bien es cierto que en la ocasión el agradecimiento no es

excesivo, más adelante verá el lector no sólo la ponderación de la benévola acogida sino, también, la expresión del temor que el gobernador haya sido relevado; también hubo intercambio de obsequios y de cartas zalameras que, en verdad, empalagan. Tal obsecuencia entrañaría un intríngulis difícil de dilucidar si no mediara una confesión tácita del propio Schmid que establece no ser el aludido funcionario de religión católica: "Temí —dice— que el Gobernador Schythe hubiera sido reemplazado por un chileno, seguramente católico"... (véase pág.: 34). Pero, en realidad, quien levanta el velo que justifica tan favorable trato es Braun Menéndez quien, conocedor máximo de la historia magallánica, nos hace saber que Schythe era de "religión protestante" (cfr.: Armando Braun Menéndez, *El cañadón de los Misioneros,* en *"La Nación"*, domingo 11 de junio, 2ª sección, 1; Buenos Aires, 1939. Este artículo de gran interés en estos asuntos, se hubiera perdido como tantos otros publicados en las hojas cotidianas. Sensible a esta faz efímera de su labor, el autor lo ha incorporado a la tercera edición de una de sus más conocidas obras que ha merecido el favor del público lector: *Pequeña historia magallánica,* tercera edición, 127-144; Buenos Aires, 1960).

(7). — El dato es por demás interesante, por cuanto documenta la existencia de saludos cantados a manera de bienvenida. La exteriorización de sentimientos a personas o agrupaciones en los momentos de encontrarse eran, al parecer, más variados que los que, comúnmente, se sospecha. Según se puede comprobar en el texto de Schmid los encontramos ya en labios de ancianos, ya de mujeres. Sin pretender hacer una exégesis del ritual que determinaba tales manifestaciones sólo deseo, por el momento, señalar su existencia. Es indudable que Schmid no estaba en condiciones de poder captar la conducta mental —ni mucho menos supersticiosa— de los indígenas. A través de los diversos criterios de los viajeros que los trataron, es indudable que el canto —o como se le llame— del "médico" era todo un exorcismo a los posibles males que el intruso —es decir, en este caso, Schmid— podía traer sobre la tribu. —Es difícil en español puntualizar el término preciso para nombrar el instrumento musical —si así puede llamársele con la mayor licencia— a que se alude. Algunos viajeros indican que el recipiente era vejiga de guanaco mientras que para Schmid era de cuero. No es posible entablar discusión al respecto y es muy posible que tanto una como el otro hayan sido usados.

(8). — El hecho no es dudoso; más aun, es indudable y ello me

mueve, una vez más, a lamentar que permanezca inédito. Si los archivos de la American Missionary Society existen todavía, la entidad que los posea haría obra buena en dar a conocer íntegramente —sin retaceos ni cambios ya que los actores han desaparecido de la escena; ¡no en vano ha pasado un siglo!— no sólo el "diario" sino la correspondencia de Schmid, de sus superiores y de sus colaboradores; los vocabularios, reglas gramaticales, etc. que —ahora más que entonces— serían de una utilidad científica inapreciable no previstas por quienes las fomentaron con otras ideas y propósitos.

(9). — Tales deseos tuvieron su realización; no son otra cosa que sus "Maneras y costumbres", las cuales, no obstante ser fruto de un corto lapso en que las hizo objeto la perquisidora observación del misionero, corresponde reconocer, son las más amplias y ricas en pormenores. Se incorporan en la Segunda parte de este tomo.

(10). — Para la fecha en que Schmid escribía estos conceptos, no había captado la mecánica que presidía las mudanzas de campamento, la cual estaba muy lejos de ser "el solo placer de seguir errando". En otra parte podrá verse más explayado el pensamiento negativo a tal modo de entender los cambios —obligados, premeditados y conscientes— que de su albergue hacían los aborígenes.

(11), — No es esta la única aseveración de Schmid susceptible de ser sujeta a revisión, aunque no se lo podamos atribuir a su entera responsabilidad, estando tan ajenos a los retaceos y cambios que la redacción de la revista pueda haber introducido. Solo me constriño a señalar el hecho: mientras que Gemôki —el hijo del cacique Ascaik— es su compañero de marcha, se verá con no poca sorpresa que los primeros renglones del capítulo IX señalan en tal función al indio Platero, llamado seguramente así por su capacidad u oficio. Para la individualización de este indígena véase la nota Nº 63.

(12). — El párrafo no expresa claramente el sentimiento de Schmid. En otros lugares el lector podrá ver que no tiene reticencias en sindicar al gobernador Schythe como el que proveía cognac a los indígenas, cosa, por otra parte evidente, ya que lo detentaba en evidente abuso de su poder. (Véanse las notas 25 y 28).

(13). — El lector no debe dejarse sugestionar con la lectura de este párrafo interpretado lisa y llanamente. Si bien no es dudoso que la labor debe haber sido pesada a la par de molesta, no debe olvidarse que estaba favorecida con el trabajo previo realizado con una barreta de hierro, según puede verse en el texto de Schmid y su comentario en la nota.

(14). — Tal costumbre de los guanacos determinó, a su vez, que los indígenas en la época invernal buscaran las pampas a nivel del mar ya que allí encontraban su principal fuente de manutención. Inversamente —aunque Schmid no lo establezca— en los meses estivales la migración era hacia las pampas altas. Estos son hechos que han quedado consignados, entre otros, por Lista y Spegazzini (Ramón Lista, *La Patagonia austral*, 88 y sgte.; Buenos Aires, 1879; Carlos Spegazzini, *Costumbres de los Patagones*, en *Anales de la Sociedad Científica argentina*, XVII, 230; Buenos Aires, 1884) y a los cuales he dedicado —hace años— algunos renglones (Milcíades Alejo Vignati, *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 81, nota 2; Buenos Aires, 1934). Por su parte, Viedma ya había observado la conducta de los indígenas con referencia a la caza: "jamás paran mucho tiempo en un destino, variando continuamente de asiento para poder subsistir a favor de la caza, que según las estaciones se mete tierra adentro, o baja a buscar las playas" (cfr.: Antonio de Viedma, *Descripción de la costa meridional del sur, llamada vulgarmente Patagónica; relación de sus terrenos, producciones, brutos, aves y peces; indios que la habitan, su religión, costumbres, vestidos y trato; desde el puerto de Santa Elena en 44 grados, hasta el de la Virgen en 52, y boca del estrecho de Magallanes, refiérese cuanto en dicha costa y tierra caminó y reconoció por sí* D. . . ., en Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata*, VI, 79; Buenos Aires, 1837).

(15). — Este cacique cuyo nombre cae bajo nuestra vista por vez primera en el presente relato —y que Gardiner escribirá Watchee— es el mismo que se manifiesta en las crónicas de la época con la grafía Guaichi, con motivo de haber intervenido, de manera más o menos directa, en el alevoso asesinato del gobernador de Punta Arenas Bernardo Philippi en 1853. La muerte de este incauto jefe y de su capataz Villa fue atribuida a la pequeña agrupación denominada "Guaicurú' —en cuya compañía había salido de la colonia magallánica— actuando los indígenas Chauche, Majanero, Luis, Jarbón y un hermano innominado del segundo. Así, al menos, lo declaró un muchacho indio patagón, Martín, "a quien llevara Philippi como lenguaraz en la expedición que tuvo para él tan funesto éxito" (*sic*!) —según expresa el Gobernador que lo substituyó (Vera, *La colonia*, 93) —. Pero no es dudoso que Watchy en su condición de caci-

que de la parcialidad patagona a la que aquélla se había incorporado, haya condescendido y tolerado el asesinato y, consecutivamente, apañado a sus autores, si es que no fue su verdadero promotor. Aunque así no fuese, su responsabilidad subsidiaria no quedó indemne; así lo entendió, también, el gobernador Schythe: "siendo el declarante (se refiere al indio Martín) sobrino del cacique de la misma tribu a que ellos pertenecen, es más que probable que haya tratado de disculpar a su pariente, que en su categoría de jefe no habrá ignorado el acto criminal que su jente iba a cometer, aunque tal vez no haya tomado parte activa en él (Vera, *La colonia,* 93). Además, su "carácter violento" —al decir de Gardiner— o "turbulento" y "a quien le gusta la gresca y no pierde la oportunidad de hallarla" según Schmid— no necesita de otros agravantes para que se presente suficientemente repulsivo y capaz de tal acción. Otras semipruebas concurrentes al mismo sentir ya han sido expuestas con atinado juicio (cfr.: Armando Braun Menéndez, *Pequeña historia magallánica,* 99 y sgte.; Buenos Aires, 1937). Vera, sin aducir prueba alguna (Vera, *La colonia,* 143) da como instigador del asesinato a Casimiro (cfr.: Armando Braun Menéndez, *Pequeña historia patagónica,* 182; Buenos Aires, 1936; Braun Menéndez-Cáceres Freyre, *Los apuntes,* 10).

(16). — Casimiro ocupa un capítulo de la historia de Patagonia y mantiene su lugar de primera fila a pesar que se le conocen todos sus defectos y errores, contrariamente a muchos otros "paladines" a quienes es necesario ocultar su faz negativa para que su figura no sea enteramente insignificante. Sin duda alguna, es el indígena de biografía más conocida y del cual se han ocupado mayor número de sus contemporáneos; su nombre llegó recomendado al Almirantazgo inglés; su retrato ocupó las planas de obras y revistas europeas; fue el centro de las actividades misionales de una entidad de proselitismo protestante; fue punta de lanza de la soberanía argentina en los lejanos territorios del sur y ostentó grado militar de dos naciones; hasta un caballo llevó su nombre... conoció todos los oropeles de la proceridad política y puede ocupar sin desmedro su puesto en la galería de los "notables patagónicos". Casimiro fue traído al mundo por una mujer alcohólica al grado que, pocos años después, era una ebria consuetudinaria. La tara materna modeló toda su vida: la descastada acción de venderlo a un cristiano le significó instruirse y agudizar su inteligencia habituándolo tanto a la convivencia honesta como a la hartera; la herencia lo hizo un beodo y,

en prosecución de tan degradante costumbre, recurrió a todas las trapacerías, desde el apaño de criminales hasta el usufructo de beneficios tribales en sus actividades al margen de la ley; como, a la par, fue protector de náufragos, proveedor de carne a los barcos necesitados, intercesor *sui generis* entre indios y civilizados, y propagandista del dominio argentino en los confines patagónicos, cuando procedía con la corrección que su patrón y padrino le había inculcado durante sus años de cautiverio. Con muchas más faltas y con bastante menos mérito, otros tienen estatuas. El célebre naturalista Alcides D'Orbigny introduce en la historia —innominadamente— a Casimiro. El 3 de marzo de 1829 al llegar a la casa de la "Estancia del Estado", fue testigo de una escena que califica de nueva y curiosa. El recinto estaba lleno de indios de ambos sexos pertenecientes a la nación "Puelche". Era costumbre entonces de los habitantes 'civilizados' del Carmen, comprar a las diversas parcialidades indígenas los cautivos que poseían, a quienes se empleaba en las tareas domésticas o en el campo. Parece que Bibois hacía tiempo que deseaba un niño, pero como no lo había en la condición de cautivo, lo había solicitado a una india llamada *Joujuna* (informe de don Tomás Harrington, carta del 27 de julio de 1942) que tenía un hijo de 10 años y era esa venta la causa de tan numerosa concurrencia. *La mère, craignant le blame de ses parents* —dice— *avait voulu les rendre témoins de la vente, et les interesser dans son produit;* ella pedía para sí y los suyos *toute l'eau-de-vie qu'ils pourraient boire trois jours et trois nuits de suite.* Tal propuesta extrañó a los circunstantes, tanto más que la madre estaba cubierta de harapos y no pensaba en pedir vestidos. Sin embargo, fue cerrado el trato de acuerdo a los deseos de la india y dio comienzo a su ejecución bebiendo todos sin freno y sin medida. *J'appris, plus tard, que, pendant le temps convenu cette famille n'avait cessé de boire, sans prendre de nourriture.* Llegado el cuarto día *des pleures vinrent remplacer la gaité; la mère gémit; ses parents l'imiterent dans sa douleur,* pero tardíamente: el niño estaba vendido. Este párvulo era Casimiro. Las informaciones de Schmid y sus correligionarios —hasta ahora ignoradas— no son más que los primeros peldaños; la obra de Musters es el enfoque, al natural, del hombre en plena madurez de edad, en la integridad de su ascendiente entre los naturales, y de la manera cómo sabía usufructuarla; Outes la esbozó íntegramente, aunque con un error inicial que es fundamental en la interpretación de su idiosincrasia (FÉLIX F. OUTES, *Versiones al Aonükün'k (Patagón me-*

ridional) de la oración dominical y del versículo 8º del salmo II adaptadas por Teófilo F. Schmid en 1863, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXI, 310, nota 1; Buenos Aires, 1928); Braun Menéndez le ha dedicado páginas interesantes pero sin simpatía a la persona (Braun Menéndez, *Pequeña historia patagónica*, 181 y sgts.); Deodat, en brillante síntesis reinvidicatoria, expresa: "Cuelgan a Casimiro un sambenito de adjetivos para darse el goloso placer de zamarrearle públicamente en el estrado de la historia. Adjetivos que al ser pronunciados en alta voz poseen la estridencia pirotécnica de un bombardeo. Barba Azul, pintoresco, instigador o encubridor de asesinatos y saqueos, camaleón, beodo, bárbaro e intrigante. Nada más por ahora... Ninguna persona de mi bibliográfico conocimiento ostenta como Casimiro mejores títulos a la consideración de sus críticos. Sin embargo, los manes de Casimiro no tienen de qué estremecerse; entre los civilizados hombres blancos sobran encumbrados rivales" (Leoncio S. M. Deodat, *Del tiempo viejo. III. La captura de la tribu del cacique Orkeke*, 93 y sgte.; Puerto Deseado, 1937). Por último, yo también, la he intentado en forma reiterada, al hacer conocer su verdadera efigie al través de los años (Milcíades Alejo Vignati, *Apuntes bioiconográficos del cacique Tuelche Casimiro*, en *Notas del Museo de La Plata*, IV, 251 y sgtes.; Buenos Aires, 1939; Milcíades Alejo Vignati, *Iconografía aborigen. II. Casimiro y su hijo Sam Slick*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, Antropología II, 225 y sgtes.; La Plata, 1945). — El señor Deodat ha producido un capítulo dedicado a este mismo tema. Como es anterior un par de años al mío, en el cual revelo los datos suministrados por D'Orbigny, incurre, por tal motivo en errores que por diversas circunstancias no podía presumir, errores que paso a rectificar de inmediato. *a*) El establecimiento ganadero a cargo de Bibois —o, por su verdadero nombre: Francisco Fourmantin— en la época de la compra de Casimiro era la "Estancia del Estado" sobre la boca del río Negro *. *b*) Para la fecha historiada por D'Orbigny no figura su propio establecimiento, adquirido muchos años después. *c*) La compra de Casimiro fue en 1829 siendo un niño de 10 años. *d*) La circunstancia que D'Orbigny solo indique el apellido de Bivois está indicando que en ese momento el apelativo era corriente y desconocido su

* En el Estado de Catastro al 1º de enero de 1934, según el *Atlas de los Partidos de la Provincia de Buenos Aires*, todavía el Estado tiene tres parcelas que integran una superficie de 13.485 H. aproximadamente, relicto de mayor extensión, pues en las cercanías hay otros lotes "reivindicados".

verdadero apellido; no debe olvidarse, al respecto, que en esa época todavía estaría muy presente su actuación inmediata de capitán de corsario. *e*) Si Casimiro, a los años, informó que su padrino era —o había sido— Gobernador del fuerte, tal como se lo relató a Musters es porque en sus viajes al Carmen, ya persona mayor, lo supo y así pudo comunicarlo sin error. *f*) La Estancia del Estado estaba ubicada aguas abajo de Patagones. *g*) La propiedad privada de Fourmantin —según lo establece el señor Deodat— estaba 40 leguas (= 200 km) aguas arriba de aquella localidad, tanto que dice corresponder al actual pueblo de Conesa. *h*) No es correcto confundir ambos establecimientos que no tienen más vinculación que la de haber estado regenteado el uno y administrado el otro por la misma persona. *i*) Musters es quien tenía oído duro; Casimiro no habrá tenido inconveniente en pronunciar bien lo que consideraba apellido, tanto que Cunningham lo captó y escribió pasablemente con fonética inglesa: Casimiero (*sic*) Biwa (Robert O. Cunningham, *Notes on the Natural History of the Strait of Magellan and west coast of Patagonia,* 204; Edimburgh, 1871): no es el primero y único caso del relato.

(17). — Es parte del ceremonial propio de los Patagones que no debe confundirse con el saludo entre 'naciones' distintas (cfr.: Milcíades Alejo Vignati, *Datos de etnografía Pehuenche del Libertador José de San Martín,* en *Notas del Museo de La Plata,* XVI, 15, nota 12; La Plata, 1953). Musters, también, ha dejado consignado el hecho apuntado por Schmid: "Todos se dirigieron inmediatamente a los toldos, se ataviaron y trajeron los caballos preparándose para la llegada de las visitas, porque se considera una cuestión de gran importancia el encuentro de un número cualquiera de indios después de una separación" (Musters, *Vida,* 222).

(18). — Al detenerse en la descripción pormenorizada de Casimiro parecería que fuese la primera vez que ha estado con él, cosa extraña por cuanto durante su primer viaje a Patagonia en compañía de Gardiner, varias veces aquél estuvo en tratos con los misioneros y la ausencia de Schmid en estas entrevistas resulta tan inexplicable que da pie a la sospecha de tratarse de un párrafo intercalado.

(19). — Se comprende que al expresarse Schmid de esta manera, hace abstracción que Punta Arenas era territorio chileno, modo de ver que parece un eco de la extrañeza de Allen W. Gardiner por los que denomina "celos" del gobierno de Chile por la ocupación

de islas (véase Apéndice I). Ello aparte, lo que ha deseado expresar es que Casimiro llegó a la capital de la nación trasandina y estuvo en la región más civilizada de ese país. Nadie —que yo sepa— ha puesto en duda tal visita, durante la cual obtuvo el grado de capitán que, graciosamente, se le otorgó —con vistas al dominio de la Patagonia atlántica— pero, según lo he manifestado en otra ocasión, esa visita "implica abrir un interrogante respecto al nombre de quien fuera su acompañante en esas andanzas; pues, mientras Musters lo apellida Santorín (MUSTERS, *Vida,* 172), Cox lo llama Chaquetes (GUILLERMO E. COX, *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863,* 173; Santiago de Chile, 1863)". — Así había escrito hace casi veinte años. Ahora me ha sido dado poder levantar el velo que ocultaba a este misterioso personaje a quien la grafía de Musters aproxima a la verdad. Tomemos las cosas desde el principio. Al decir de Coan —el misionero anglicano que actuó en 1833 en bahía Gregorio— en su primer diario de viaje, uno de los acompañantes del gran jefe Congo, era "un indio de Buenos Aires, Santurion" (ARMS - COAN, *Extracts from the journals of Messrs...,* en *The Missionary Herald,* XXXI, 38; New York, 1835); pero en su obra definitiva se explaya más y dice que el *"poco capitan"* —según escribe— tratado, era Santo Rio de quien informa que "hace cuatro años fue enviado de las islas Falkland, donde estaba viviendo, por el gobernador de esas islas para comerciar caballos. Desde entonces —continúa diciendo— ha permanecido con los patagones, tomó una esposa de entre ellos y parece haberse quedado con la tribu. Su persona es inferior —termina escribiendo Coan— pero tiene más inteligencia y mayor grado de civilización que la mayoría de los indios. Viste pantalones y una camisa de fabricación inglesa sobre la cual viste el manto de cuero" (TITUS COAN, *Adventures in Patagonia. A Missionary's Exploring Trip,* 127; New York, 1880). Por último, cuando en 1844 la goleta Ancud llega al lugar del estrecho donde funda el fuerte Bulnes, entra en relaciones con el cacique comarcano Santos Centurión (ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ, *Fuerte Bulnes,* 220; Buenos Aires, 1943). Entiendo que siempre se trata de la misma persona y, por consiguiente, considero que no es arriesgado establecer las igualdades:

Santos Centurión = Santo Rio = Santurion = Santorin. — Sin tener prueba que me respalde, sin embargo, dudo de la aseveración de Coan que haya sido un "indio" en la acepción restringida del término, sino, más bien, un criollo "aindiado" como lo era en las

Malvinas la casi totalidad de la población a cargo de los ganados (siempre que, en verdad, haya estado alguna vez en esas islas, aserto que queda en suspición de conformidad con los nuevos elementos que a continuación comento). Al parecer, es inevitable que a todos los auténticos paladines de Patagonia no se les pueda hurgar, de lo contrario, el gazapo consciente, encubridor de dobleces y renunciamientos, salta doquier. Santos Centurión no podía escapar a la regla. En sus confidencias con Coan ya sabemos cuáles fueron sus manifestaciones en las que nadie puede vislumbrar superchería alguna. No hay un solo dato que desentone; todo es natural y nada hace suponer informaciones engañosas, como tampoco se hace perceptible motivo para simulación. Pero, he ahí que un decenio después, al erigirse Fuerte Bulnes, el propio Centurión encaramado ya a la categoría de cacique importante se entrevista con el Gobernador, sargento mayor Silva —con el que más tarde, ha de firmar un tratado de "amistad y comercio" (en el cual aparece como lenguaraz *a latere* nuestro viejo conocido Casimiro Biguá) — a quien, con o sin motivo, impone de sus andanzas. Allí se declara "nacido en el Uruguay —en Montevideo, aclara el texto del "tratado"—, desde muchacho se había alistado como soldado en el ejército del prócer argentino el general Manuel Belgrano. Ello no obstante, años después... combatió con la montonera del general José Miguel Carrera, en cuyas filas ascendió, fue herido y cayó prisionero, librándose por milagro del inevitable fusilamiento. Vuelto al ejército argentino, el gobierno del general Dorrego le confió la misión de explorar la costa patagónica, vincularse con los indios y buscar lugares a propósito para establecer colonias argentinas" (Braun Menéndez, *Fuerte,* 220 y sgts.). No necesita el lector que le puntualice todas las discrepancias de ambas autobiografías pero me permitirá que le formule retóricamente la pregunta ¿Qué signo, qué predestinación determinaba un avatar tan perfilado a estos paladines? — Es dable conjeturar que la vinculación de la oficialidad del Ancud con Santos Centurión haya sido la causa determinante del viaje de éste a Santiago. Su deceso, antes que el ascendiente tribal de Casimiro estuviera consolidado, evitó, indudablemente, ulterioridades de soberanía territorial.

(20). — A este respecto, véase la nota 2 en la que aludo a esta expresión.

(21). — En forma idéntica se expresa Musters: "Durante la noche murieron tres criaturas... y llenaron el campamento los lamentos de las mujeres" (Musters, *Vida,* 333).

(22). — Para la época de Musters tal costumbre había cambiado; ya no se confiaban en sus cantos sino que buscaban refugio en forma más efectiva: "Se llamó entonces a las mujeres y a las criaturas haciéndolas salir de los matorrales en que se habían refugiado" (Musters, *Vida*, 201). En la época de González las mujeres tomaban parte activa (Milcíades Alejo Vignati, *Comentarios etnográficos al "diario" del marinero que en 1798 viajó por tierra desde puerto Deseado a río Negro*, en *Buenos Aires. Revista de Humanidades*, Nº 2, 41; Buenos Aires, 1962).

(23). — El lector podrá sorprenderse todo cuanto quiera de este, al parecer, exceso de protocolo tratándose de un desgreñado hijo del desierto, pero tal hecho, para nosotros, cobra un significado especial, para justificar nuestra opinión que Casimiro no era 'cacique' de tribu indígena: la circunstancia de no rendírsele honores es uno de los más evidentes de los testimonios: el ceremonial indígena era tan tiránico como entre los más puntillosos palaciegos.

(25). — La observación es preciosa para quien la contempla desde lejos y sin clase alguna de preconceptos. Vera —el meritorio cronista de la colonia de Punta Arenas— no deja de transcribir el reglamento promulgado por el gobernador Schythe, quien en el artículo 3º prohibía la venta de "licores fuertes" y —con igual frialdad— consigna, pocas páginas después que fue el trueque de las pieles y plumas con los indígenas a base de alcohol uno de los cargos que le hicieron para pedir su destitución. Confieso que, a mi parecer, lo expuesto basta, pero no quiero privar al lector de un substancioso comentario del cronista, quien al referirse a la entrega de aguardiente por el gobernador Schythe dice: "Y si se recuerda su famoso Código se comprenderá que solo él quería tener este negocio, pecado en que incurrieron varios de sus sucesores y por eso era voz común que los gobernadores de Magallanes se enriquecían en poco tiempo" (Vera, *La colonia*, 136).

(26). — Según ve el lector, la permanencia o no del gobernador Schythe era de primordial importancia para la labor proselitista de la Sociedad.

(27). — Hay antinomia entre esta afirmación con la expresada casi al término de esta misma carta (véase pág. 40). Si aquí aplaude, más allá desconfía. En realidad, si no se trata de una versatilidad de pensamiento que presupondría un estado patológico, hay que acogerse a la posibilidad de una intervención áulica que —desde lejos— comprendía la necesidad de independizarse del tutelaje de

un pueblo organizado civilmente. En este supuesto, el párrafo final a que aludo habría sido introducido por la dirección de la revista para preparar a los afiliados a la idea del traslado del centro de actividades, con el consiguiente aumento de gastos.

(28). — Ya se ha indicado en la nota Nº 25 la duplicidad de conducta del gobernador Schythe. No obstante la ingenuidad del comentario de Schmid, no cabe la menor duda que aquél no quería competidores en un ramo tan productivo como era la proveeduría de bebidas.

(29). — En efecto: "Con el objeto de tener todos los talleres reunidos —expresa el cronista de Punta Arenas— y también para dar abrigo a las maderas elaboradas en los montes, acomodó el gobernador Schythe el galpón de la playa, de 24 varas de largo, instalando allí la herrería y dos carpinterías espaciosas, al cual le puso seis ventanas y tres puertas de dos hojas" (VERA, *La colonia,* 132).

(30). — Es interesante, de suyo, la atención puesta a la circunstancia de estar vacante la capellanía católica.

(31). — Según ya he manifestado en la nota Nº 4, es por demás curiosa la intervención del Dr. Burns —a quien un editorial de la revista da como de religión católica— para que ese súbdito ruso se haga protestante. Los adjetivos que éste prodiga a los católicos muestran a las claras la rusticidad mental del candidato, o el ataque de hígado que padecía el director de la revista.

(32). — Schmid ignoraba que en Punta Arenas la población sospechaba —y hasta creía— que Casimiro era, por lo menos, instigador del asesinato del gobernador Philippi; motivo, más que suficiente, para justificar las suspicacias de la autoridad chilena que venía actuando desde entonces en aquella ciudad.

(33). — No es Schmid el único seducido por la cortesanía de Casimiro. En el Apéndice III el lector puede ver cómo se expide a su respecto un marino de la armada inglesa seguramente más fogueado en el trato de gentes que nuestro ingenuo —por nacionalidad, edad y profesión— misionero. Considerando todo su comportamiento a través de los distintos lentes de quienes le conocieron, creo que, en definitiva, Casimiro era un perfecto camandulero.

(34). — Así en el original de la revista. Se trata de don Bernardo Eumon Philippi, Capitán de ingenieros, cuyo asesinato por los indígenas da lugar a la nota Nº 15. Braun Menéndez le ha dedicado emotivas páginas en una de sus obras (cfr.: BRAUN MENÉNDEZ,

El alevoso asesinato del gobernador Philippi, en *Pequeña historia magallánica*, 79 y sgts.).

(35). — Pido al lector recuerde el comentario que he escrito respecto al antagonismo de este párrafo con otro inicial de la presente carta (véase nota Nº 27). No es posible que una persona se exprese en forma tan contradictoria. En mi opinión, se trata de un párrafo intercalado por la dirección de la revista para preparar a los fieles que se cotizaban a un cambio de situaciones.

(36). — Se trata, como al lector le es dado colegir, del cacique Centurión de quien he tratado en mi anterior nota Nº 19. Ignoro si a todos les resulta simpático señalar los actos de loable comportamiento por parte del elemento criollo; sin cuidarme de esos sentires quiero, sin embargo, dejar constancia de la conducta ejemplar de este mestizo, de acuerdo con lo relatado por Schmid.

(37). — Es muy posible que haya habido por parte de Schmid una apreciación subjetiva que lo ha inducido a error. A quien se saludaba con canto era a Casimiro, puesto que, por analogía, podemos suponer entre los Aonikenk una costumbre similar a la de los Gününa-küne. "Cada familia —me escribía don Tomás Harrington el 21 de marzo de 1945— tiene su canto o su *gáyau* propio. Cantan únicamente las mujeres... Hallándome cierta ocasión en el rancho de Adolfo Nawelkir Chíkchano, en compañía de Truúlmani y Tegui-tsum, tratando precisamente de esto, les pedí que al llegar el primero (lo esperaban esa tarde de Trelew, donde había estado por espacio de un mes) lo recibieran de acuerdo con la costumbre india, es decir, cantando. Así lo hicieron, con el *gáyau* de la abuela de Adolfo. Por estar la práctica antigua en total desuso, Chíkchano quedó tan sorprendido que no supo qué hacer". Por su parte Francisco P. Moreno fue víctima de igual engaño egolátrico que Schmid y hace saber que a poco de la llegada a casa del cacique Puitchualao (Pitchalau, según Tomás Harrington) "salieron las viejas de sus escondites y avanzaron solemnemente una a una, hasta frente a nosotros, rodeándonos en fila compacta y... principiaron un canto bien poco armonioso, coreado por los ahullidos de los cientos de perros de todas clases e interrumpidos por interminables aclamaciones, exhaladas por gargantas cansadas, sexagenarias; era aquello una muestra de la cortesía del hijo del desierto que *nos* daba la bienvenida y recordaba las hazañas de la familia de mis guías" (Francisco P. Moreno, *Recuerdos de viaje en Patagonia*, 29 y sgte.; Montevideo, 1882). En realidad, "cantaron el *gáyau* de uno de los baqueanos, el

de Gabino, si no me falla la memoria (está en mis apuntes)", le aclara don Tomás Harrington, quien posee muchos otros datos respecto al tema que no me corresponde hacer público. A Lista le cu la posibilidad de hacer el distingo: "Poco después llegaron al ca pamento los tehuelches de mi comitiva... mientras que las chi daban la bien venida a los viajeros, entonando un canto monóto y triste" (Ramón Lista, *Exploración de la Pampa y de la Patagon* en Ministerio de Marina. *Memoria presentada al Honorable Co greso en 1885. Estudios hidrográficos,* II, 449; Buenos Aires, 188

(38). — Ya Outes ha señalado con excelente criterio que se tra del punto llamado actualmente Guer aike (cfr.: Outes, *Version* 312, nota 4).

(39). — La información es extraordinaria; Musters la compl menta: "las esposas, hijas o novias peinan a los hombres, teniend el mayor cuidado de quemar todas las hebras que les saquen, porqu los indios creen firmemente que las personas mal intencionadas qu pueden obtener un pelo de ellos estarán habilitadas para hacerl sortilegios. Por esta misma razón —agrega— cuando se cortan las uña entregan cuidadosamente a las llamas las raeduras" (Musters, *Vid* 266). Lista, a su vez, parece glosar a ambos: "si se recorta el cabell arroja al fuego las mechas, si se monda las uñas, hace lo propi pues piensa que lo más supérfluo de su cuerpo y hasta de su vestid puede servir de vehículo para la hechicería" (Ramón Lista, *Un raza que desaparece. Los indios Tehuelches,* 38; Buenos Aires, 1894)

(40). — Schmid señala —creo que por vez primera entre los Pata gones— el uso supersticioso de las piedras agujereadas, pero equivoc su significado. Las piedras no contenían "veneno" y eran empleada con otro fin. Onelli, hablando de las creencias indígenas dice: "Est Espíritu del Mal es una fuerza oculta que puede dañar hasta hace morir a un indio si un enemigo consigue encontrar una pequeñ piedra agujereada de determinada manera y adentro de la cual s colocan cabellos del adversario; éste entonces, si no cae del caball si no se ahoga o tiene una muerte repentina, poco a poco entristec y muere acabado por consunción" (Clemente Onelli, *Trepand los Andes,* 156; Buenos Aires, 1904). "Los araucanos de Boroa la denominan *Pimuntue,* nombre que se refiere exclusivamente al us —dice un gran conocedor actual de sus costumbres—. La palabr *pimuntue* significa lugar donde se sopla. Los boroanos atribuyen estas piedras un poder maravilloso. Si han robado o causado dañ a una persona y desean que permanezca oculto su delito toman e

pimuntue, colocan en frente de la boca la abertura central, por ella soplan con fuerza y expresan en alta voz su deseo: "que no sepa el dueño que fui yo, que no lo sepa", y vuelven a soplar. Desde este momento quedan tranquilos y convencidos que no serán descubiertos ni molestados. Si alguna persona habla mal de ellos acuden al *pimuntue* y en la actitud indicada dicen: "que fulano no hable mal de mí, que se calle y no diga mal alguno". El efecto no es dudoso para ellos. Las malas lenguas callan. Al *Pimuntue* confían sus más importantes secretos y con él conjuran los serios peligros que los amenazan" (H. Claude Joseph, *La vivienda araucana,* separata de los *Anales de la Universidad de Chile,* 37 y fig. 15; Santiago de Chile, 1931). Quien desee profundizar más el asunto puede ver una versión mucho más amplia (cfr.: Emile Housse, *Une épopée indienne. Les Araucans du Chili,* 95 y sgts.; Paris, 1939). Eso es lo que dicen los hombres que han tratado al indio, aunque haya periodistas que, en cruda ignorancia, acepten las charlas de la gente actual, y publiquen como verdad adquirida que estas piedras son "cascotes porosos". Sabiendo ya de lo que se trata se comprenderá mejor el testimonio de Lista: "con ciertas piedras horadadas, pequeñas, aisladas y de forma irregular, sin la cuales sería imposible la acción maléfica, pues que su pérdida implica la cesación de aquel poder diabólico" (Lista, *los indios,* 37). Erize trae el proceso de fabricación de una de las piedras *Pimuntue* (Esteban Erize, *Diccionario comentado Mapuche-español. Araucano Pehuenche Pampa Picunche Ranculche Huilliche,* 329; Buenos Aires, 1960). Con verdadero provecho pueden consultarse pormenores interesantes últimamente publicados (Berta Koessler-Ilg, *Tradiciones araucanas,* I, 14, nota 1, 71; La Plata, 1962.

(41). — El tema es absolutamente nuevo entre los indígenas de Patagonia y muestra una faceta desconocida de la mentalidad aborigen. Sin buscar parangones etnográficos —que los hay muy abundantes— sólo quiero indicar la raiz del proceso mental. Estamos en presencia de una manifestación mágica equivalente a la de las pinturas rupestres del paleolítico europeo, donde la representación equivalía a la corporización del ser. Ello explica que en Patagonia, tanto argentina como chilena, no se haya difundido el uso de máscaras (*kollong*) de carácter litúrgico. Los Araucanos las emplean, como los esgrimistas, a manera de protección de la cara durante los violentos partidos de "chueca" (Claude Joseph, *La vivienda,* 68). Looser ha producido un interesante estudio en el cual consigna la escasez

de las representaciones humanas en Chile, que, en la generalidad de los casos, son de factura moderna, expresión de descreimiento de los artífices actuales en las supersticiones de sus antepasados; en cuanto a las máscaras, establece que son raras y para la fecha en que escribía, sólo se las usaba para asustar a los niños (Gualterio Looser, *La representación de figuras humanas y de animales por los Araucanos,* en *Boletín del Museo Nacional de Chile,* XII, t. a. 7; Santiago de Chile, 1929; Claude Joseph, *La vivienda,* 69). Si no recuerdo mal, Moreno es el único que ha señalado una máscara en la Patagonia, cuya aplicación era, al parecer, la de asustar a mujeres y niños (Francisco P. Moreno, *Viaje a la Patagonia austral emprendido bajo los auspicios del Gobierno Nacional, 1876-1877.* I, 98; Buenos Aires, 1879). Siempre, según se ve, es la idea del temor la que se busca infundir, sin que la máscara personifique al espíritu del mal (como lo fue en un principio) sino como simple resabio sin trascendencia religiosa. Tan perdido estaba el significado mágico de las representaciones humanas que, a fines de la pasada centuria los propios Patagones produjeron una muñeca representando a una mujer a caballo (Félix F. Outes - Carlos Bruch, *Los aborígenes de la República Argentina,* 123, figura 120; Buenos Aires, 1910) y, a comienzos del presente siglo, admitieron de buena gana el obsequio de estos juguetes (Onelli, *Trepando,* 146). Para que se tenga noción acabada del valor que tenía la máscara dentro de la mentalidad supersticiosa del aborigen, copio un interesante párrafo que me escribiera don Tomás Harrington: "Sabía yo por araucanos desconocedores de la lengua patagona, que *kollong* se traducía por disfraz, según unos, y por máscara, según otros, en esencia la misma cosa. Por lo tanto me propuse esclarecer el punto con tres de mis informantes gűnűna kűne. Convinieron en que el araucano *Elel* valía por *Elůngásům* y que *kollong*, sustituto a veces de *Elel* y por consiguiente de *Elůngásům*, equivalía al disfrazado o el enmascarado. ¿Pero por qué lo de disfraz o máscara? Y la respuesta fue porque los *yákarsh* (araucanos) tenían a *Elel* por malo o cosa funesta. Ahora bien, a los araucanos williches y particularmente a los pampeanos no les gusta llamar por su nombre a las cosas dañinas o que producen mal, y así, a veces, para hablar por ejemplo del tigre o del puma recurren a rodeos, diminutivos cariñosos y sobrenombres para congraciarse con ellos, lo cual explica que para nombrar a *Elel* optaron por su disfraz, o el disfrazado, es decir *kollong*. No supieron proporcionarme mayores datos, pero pa-

ra mi es muy claro que la idea de máscara o disfraz proviene de la ganga envolvente *que disfraza o enmascara* a los huesos fósiles" (carta de don Tomás Harrington al autor, 25 de marzo de 1963). Lo que antecede no niega la existencia de máscaras de disfraz para las fiestas equivalentes a las de carnaval, pero tales adminículos no corresponden al tipo de manufactura perdurable: "Los jóvenes —informa una matrona araucana— hacían caretas de hojas de canelo y de la flor de copihue" (FÉLIX JOSÉ DE AUGUSTA, *Lecturas araucanas*, 45; Valdivia, 1910).

(42). — Este hijo mayor de Casimiro se conoce en la historia étnica de Patagonia con el nombre de Sam Slick. Le he dedicado, a par de su padre, un capítulo de mi serie iconográfica (VIGNATI, *Iconografía*, II, 230 y sgts.).

(43). — El hermano menor de Sam Slick es conocido con el nombre de Gabriel y, como tal, tiene en su haber diversas alusiones de Musters que tanto conoció a esta familia, de las que nos ha dado burilados esbozos de su vida y actuación. El simpático viajero inglés que acabo de mencionar adjetiva de manera similar la vida volitiva del último engendro de Casimiro (MUSTERS, *Vida*, 173).

(44). — El tema no puede ser más sorprendente. ¿Habrá influencia europea? ¿Cómo no ver en la pregunta del viejo indígena la repetición de las supersticiones paganas de mitigar la violencia de los elementos mediante la ofrenda de víctimas propiciatorias, hasta llegar a las ya "cristianizadas" de las mujeres de pescadores de arrojar desde la costa, rosarios y medallas al embravecido mar para aplacarle? No es mi propósito disminuir el exponente de credulidad supersticiosa del indígena, pero considero oportuno recordar el pensamiento expresado por Musters en situación similar de escrutar la mentalidad aborigen: "No estoy del todo seguro de que esa tradición no sea una combinación confusa de la historia de la Creación, contada por los misioneros, con las ideas propias de los indios. La mente de éstos tiene una fuerte tendencia a combinar en esa forma las maravillas que se les cuenta"... (MUSTERS, *Vida*, 277). No obstante este excepticismo, conviene tener presente que el Patagón tenía su mundo mítico. Muy vinculado a este tema es la creencia que he comentado hace poco (MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Los dueños del mar según los Patagones de San Cruz*, en *Anthropos*, LVII, 8g7 y sgtes.; Fribourg, 1962).

(45). — Confieso que cuando conocí el término *calmelache* en la pluma de D'Orbigny creí había de por medio los errores corres-

ninguno de los dos bandos, pero me permito indicar que el nombre de "chueca", "pina" y "gurria" le fue asignado por los elementos hispánicos mas no por los Araucanos que han tenido y tienen nombre propio para el juego: *palín* —que es el propio de la pelota— y, como también, lo tiene el palo con que se juega: *uño*. Considero, además, que no se ha tomado en debida consideración la circunstancia que este esparcimiento es corriente entre los indígenas de Estados Unidos. De todo esto nos da cuenta un elocuente párrafo de un etnógrafo recientemente fallecido: "Antes de describir los partidos de hockey que presencié en el Chaco desearía contestar de antemano una cuestión que muchos habrán de formularme sin duda. He calificado ese juego de hockey de "nacional", ¿pero se trata de un juego autóctono o ha sido tomado por los indios del hockey europeo en tiempos recientes? Confieso que la analogía entre el hockey indio y el europeo es tan apreciable que uno se siente tentado en considerar el deporte indígena como simple imitación del difundido juego que todos conocemos. Existe siempre la tendencia de considerar como "copias" las similitudes que presentan las civilizaciones primitivas con la nuestra. En el caso comentado no ocurre así. Se ganaban o perdían partidos de hockey a orillas del Pilcomayo y a lo largo de los Andes mucho antes de que los veleros del adelantado Pedro de Mendoza hubieran llegado a las riberas del río de la Plata. El hockey es un juego puramente indio, que existía ya en los tiempos remotos de las migraciones prehistóricas, cuando las tribus llegadas del norte de América se movían lentamente hacia el sur. El referido deporte, en efecto, es común a los indios de los Estados Unidos, de la Argentina y de Chile. Los conquistadores europeos nos lo describieron mucho antes de que una influencia extranjera fuera suficientemente poderosa para permitir la introducción de nuestro hockey. Por lo contrario, nuestra civilización tiende más bien a hacerlo desaparecer. Es un juego prohibido en las misiones religiosas del Chaco. Hace siete años se lo practicaba allá bastante más que el año pasado, cuando yo recorría aquel territorio. Y no creo que esté muy lejano el día en que se dispute el último partido" (Alfred Métraux, *El hockey, deporte de los indios chaqueños y de los araucanos,* en *La Prensa,* sección tercera, 14 de julio; Buenos Aires, 1940).

(48). — Esta costumbre ya fue anotada por Viedma con lujo de pormenores: "Se matan caballos —dice— por casamientos y muertes, por la salida de los dientes a los muchachos, cuando comienza la

menstruación a las mujeres, por cualquier leve mal, por aplacar al ídolo enojado, que creen lo está cuando tienen enfermedades, cuando les cuesta mucho trabajo el tomar la caza, cuando otros indios los hostigan y no tienen fuerzas suficientes para hacerles guerra"... (VIEDMA, *Descripción,* 78). Para la época de Musters se mantenía incólume y lo hace saber brindando información propia: "Todos los sacrificios que se hacen de yeguas y caballos, no en épocas establecidas sino cuando la ocasión lo requiere, como en los casos de nacimiento, muerte, etc., tienen por objeto propiciar al gualichu. Cuando una criatura se lastima, el sacrificio de yeguas parece participar a un tiempo de la naturaleza de una acción de gracias, porque el daño no fue mayor, y del carácter de un acto propiciatorio para impedir nuevos males" (MUSTERS, *Vida,* 278).

(49). — Dejándome llevar por la información de Lista (LISTA, *Los indios,* 16, et passin), hace años escribí El-lal (MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Las culturas indígenas de Patagonia,* en *Historia de la Nación Argentina,* I, 640; Buenos Aires, 1936). Supe, luego, por mi fiel correspondiente e invariable amigo don Tomás Harrington que el ser mitológico del Aóeni Kenk es 'Hélal' (*h* sonora) del que anotó un mito que obsequió en copia a Félix F. Outes y del cual, afortunadamente, conservó copia y que publicará oportunamente. Elel —que, dubitativamente, supone voz araucana de la llanura— equivale a *Elumgássum* o sea el animal fósil (carta de don Tomás Harrington al autor del 27 de agosto de 1942). —El mito apuntado por Schmid es nuevo ya que lo hace consorte con la hija del sol, circunstancia que ya aparece modificada en Lista, el cual establece que la superchería de que fue víctima originó su determinación de eliminarse del campo de sus hazañas (LISTA, *Los indios,* 17 y 25). En cuanto al nombre del héroe y su escritura es muy semejante a la que me da Harrington. Considero que se trata del mismo ser mitológico llamado "Elel" por Sánchez Labrador quien logró captar las ceremonias rituales sin preocuparse de averiguar el origen mítico que encerraba tal conducta de los indígenas y que, ya muy modificada y reducida, fuera mencionada por Muñiz (JOSEPH SÁNCHEZ LABRADOR, *Paraguay catholico. Los indios Pampas-Puelches-Patagones,* 67 y sgts.; Buenos Aires, 1936; FÉLIX F. OUTES, *Observaciones etnográficas de Francisco Javier Muñiz,* en *Physis. Revista de la Sociedad argentina de Ciencias naturales,* III, 205; Buenos Aires, 1917). —La mitología de los Patagones es, por cierto, uno de los capítulos más difíciles de abordar de su vida psíquica

y es ingenuo crer que semejante estudio puede quedar librado a lucubraciones periodísticas y pseudoliterarias sobre textos ya conocidos —aunque apañados por periódicos científicos. Tal el caso de un señor Llaras Samitier que ha dado una nueva versión, pero sin indicar las fuentes informativas que ha usado, para ser tomado en consideración es necesario que establezca en forma incuestionable la procedencia indígena de su inspiración, ya que todas las apariencias hacen presumir ser un simple trasiego del conjunto suministrado por Lista.

(50). — Se trata de una práctica no mencionada por otros viajeros. Es una demostración más que los Patagones tenían su ciclo religioso; la poca amplitud científica de Schmid es la causa de no haber sabido captar todo el mundo espiritual que escondía la mentalidad aborigen. Si en vez de esperar que le recitaran un evangelio —*ex nihilo*— hubiera buceado el alma de los pretendidos catecúmenos, habría encontrado un mundo ignorado.

(51). — Es una idea que no ha pasado inadvertida a otros observadores.

(52). — La descripción que Schmid hace de este río añade al mérito de ser la primera la de coincidir con la explayada, con mayor capacidad científica, por un meritorio investigador, cuarenta años después: "La cuenca del Coy Inlet —dice— comprende un sistema de valles bastante anchos pero poco profundos. La circulación subterránea es activa, y se manifiesta con toda evidencia después de una sequedad prolongada, en que por el verdadero cauce del río no corre ya agua, y sólo presenta una serie de pozos que siempre la tienen. En la parte superior de esta cuenca —añade— se ve de repente desaparecer los ríos, y reaparecer un poco más lejos, en forma de laguna, o más bien de un pozo, con una salida lateral subterránea que da lugar, a alguna distancia, a otra laguna semejante a la primera. Sobre largos trayectos puédense a veces observar disposiciones parecidas. En terreno inclinado —finaliza— hay una sucesión de lagunas en las cuales el nivel de las aguas responde a la inclinación de la pendiente" (Alcides Mercerat, *Un viaje de exploración en la Patagonia austral*, en *Boletín del Instituto Geográfico argentino*, XIV, 274; Buenos Aires, 1893).

(53). — Así en la revista. Es, a la par, la más antigua de las pictografías mencionadas para Patagonia como la más austral de las hasta ahora señaladas. Es lástima que la Dirección de la revista no le haya dado importancia y, por consiguiente, nos veamos pri-

vados de ese documento. A lo largo de estas notas he ido señalando una serie de novedades dentro del conocimiento etnográfico de los Patagones. Esta que ahora comento es, en mi concepto, una de las más importantes. En efecto. Para los Gűnűna-kűne, habitantes del norte de Patagonia, el *Elůmgásum* —corporizado en los huesos fósiles— es un espíritu superior, sin ser, precisamente, un ente creador. Dentro de la mitología de la estirpe racial enunciada, se trata de un ser benéfico y de sexo masculino (carta de don Tomás Harrington al autor, del 25 de marzo de 1963). Ahora bien: *Elůmgásum* "es el autor de las pinturas parietales" (Rodolfo M. Casamiquela, *Sobre la significación mágica del arte rupestre nordpatagónico*, en *Cuadernos del Sur*. Instituto de Humanidades. Universidad Nacional del Sur, 12; Bahía Blanca, 1960) y, según me lo hace saber mi amigo T. Harrington, en Aóni-kênk (Patagones de Santa Cruz), *Elůmgásum* es *Yiéklon* (carta recién citada). Nadie puede dudar que el *yicelum* de Schmid es el *Yieklon* de Harrington. Hasta es muy posible que haya habido error de transcripción en los sucesivos pasos: Schmid-Redacción-imprenta. Estamos, por consiguiente, en presencia del mismo mito y comprobamos cómo es el mismo mundo mágico-supersticioso, modificado apenas en la nomenclatura, se mantiene el prestigio prístino sin que en el trasiego cultural haya perdido ninguna de sus condiciones esenciales propias.

(54). — La afirmación de Schmid no hay que tomarla estrictamente: él, en "Maneras y costumbres" menciona ese color como usado por los indígenas. Seguramente lo que ha deseado expresar es que el empastado difiere en forma absoluta con el habitual en la común aplicación de ocres a los cuerpos y cueros. Sería pecar de ingenuo enfatizar que tal ignorancia por parte de los indígenas postula una alta antigüedad a las pinturas. Lo único que corresponde sacar en conclusión es que para esa época ya no se hacían litogramas ni siquiera quedaba en las personas el vago recuerdo que sus mayores las hubiesen realizado.

(55). — La práctica de formular el agradecimiento mediante un canto no había sido anotada, ni creo tenga eco en otro viajero. La verdad es que entre los Patagones, la expresión de los sentimientos a través del canto, todavía, no ha sido estudiada con toda la amplitud y profundidad que el tema requiere. La costumbre ha sido anotada desde muy atrás en diversas circunstancias. Desgraciadamente, los viajeros que la han consignado no entran a hacer la exégesis de la misma. En verdad, el canto ha sido mucho más fre-

cuente de lo que hasta ahora se había supuesto; ha sido señalado tanto en momentos de duelo como de alegría, de saludo como propiciatorio, de agradecimiento como de queja.

(56). — La frase es inexplicable en la pluma de Schmid. ¿Cómo no recordar el exaltado propósito de hacer esa vida que ahora repudia (véase página 20)? Así era la letra en momentos de euforia que el lector —con razón— puede suponer no fuesen, tal vez, correspondidos en la práctica. Pero no es así. Ya se verá en el capítulo VIII cómo Schmid, menospreciando las comodidades de la vida sedentaria —y sin motivo ostensible alguno— se incorpora a esa que ahora denomina "odiosa vida de vagabundos"... Tengo para mí que la expresión no es de Schmid: ha sido intercalada por el Comité de redacción. Había que preparar —tal como lo venían haciendo, según he puntualizado en la nota Nº 35— el ánimo de los sufragantes para que una estación estable no provocara contrariedades, recelos ni, mucho menos, disminución de las cuotas. Pero, para nosotros, queda patente el propósito oculto, pero tenaz, de la Sociedad de tener una base propia: pusieron los ojos en la isla Isabel —que "los celos del gobierno de Chile" impidieron— luego fue la bahía Gregorio (véase pág. 40 y nota Nº 35) y, ahora, lo sería un lugar más septentrional, sin propietario —según ellos—. Cuando, al tiempo, la esterilidad de sus afanes les demostró que lo fundamental era un conjunto de indios y no la existencia de una base estable, olvidaron sus antiguas pretensiones de liberarse de todo control de las autoridades civiles y buscaron refugio bajo su égida, en el lugar donde la civilización había logrado estabilizar parcialidades aborígenes.

(57). — Seguramente, el fruto de tanto trabajo es el manuscrito que se conserva en el Museo Mitre (Robert Lehmann-Nitsche, *Two linguistic treatises on the Patagonian or Tehuelche language by Theophilus Schmid,* 15; Buenos Aires, 1910). Si así no fuese, sería de lamentar que tan cuantioso material se haya perdido. Se me ocurre que si se lograra urgar los archivos de la South America Missionary Society serían memorables los hallazgos que podrían hacerse desde el punto de vista exclusivamente científico. Insisto en mi pedido platónico: si algún lector está en condiciones de interponer su influencia para que tal hecho tuviera realización, haría obra buena.

(58). — Esta aseveración de Schmid, a pesar de su forma categórica, merece ser estudiada no sólo en sus consecuencias biblio-

gráficas sino, también, reducirlo a una solución racional, tanto más necesaria, ya que aclara el origen de una noticia producida como propia por uno de los más anodinos de los 'exploradores' con veleidades etnográficas de la lejana Patagonia del último tercio del pasado siglo, noticia insólita a la que, durante 80 años, se le ha otorgado una trascendencia no justificada por la experiencia. Sin conocimiento previo del texto del misionero causaba extrañeza que Moreno en sus cortas frecuentaciones con el indígena, estuviese en condiciones de poder establecer "la curiosa costumbre que tienen los Patagones de cambiar nombres a las cosas, cuando un indio que haya usado el de una de ellas como nombre propio, muere"... "Entre estos indios los nombres de las cosas mueren cuando muere quien los ha usado; traen desgracia y deben ser olvidados. Por esto es que muchas veces, entre los indios de las tribus que no se han visitado durante algún tiempo, se encuentran cosas que son señaladas con nombres distintos; uno de los dos es nuevo. Muchas veces les he nombrado las palabras que indica Fitz-Roy y aun Musters y me han contestado "así se decía antes" (Moreno, *Viaje,* I, 379 y sigte). Haciendo caso omiso de tan edificante galimatías, no se conforma Moreno con atribuir tal proceder a los Patagones del sur sino que lo extiende a la entidad septentrional: "He notado en los Gennaken la costumbre de cambiar los nombres a las palabras que los indígenas consideran desgraciadas, como las que han tenido de apelativos personas que han muerto" (*Reminiscencias de Francisco P. Moreno.* Versión propia. Recopilada por Eduardo V. Moreno, 123; Buenos Aires, 1942). A la par, Onelli no podía ser desleal a su amo y señor (Onelli, *Trepando,* 157) y en forma bastante más atemperada Spegazzini refuerza el argumento (Spegazzini, *Costumbres,* 236). Ahora que sabemos que Schmid apuntó aquella singularidad, no puede dudarse que Moreno se inspiró en él para asentar su afirmación. Creo que hasta la fecha, nadie ha señalado la influencia que las publicaciones de la Missionary Society y de Schmid han tenido sobre los viajeros que pocos años después recorrieron Patagonia, quienes, de acuerdo al propio coeficiente de posibilidades, dejaron noticias de utilidad para el conocimiento de las costumbres nativas. Musters —de personalidad definida, y caudal de observaciones propias— no hesita en remitirse a la fuente*;

* Las citas son varias y de distinta índole, hasta con transcripción de párrafos; pero Musters no puede con su idiosincrasia de estropear nombres, y así el compañero de Schmid en la misión de Santa Cruz apellidado —según ya

Moreno, se conforma con usarlo de callada. Es admisible que algún fundamento real tenía la circunstancia señalada por Schmid de la variación del lenguaje entre uno y otro de sus viajes, como tampoco puede negarse que desde el primer vocabulario conocido —que fue registrado por un compañero de Magallanes— la terminología recogida en aquel entonces, no ha sufrido modificación intrínseca alguna. Son dos opiniones antitéticas: la una sostenida por el más capaz y consciente de los recolectores del idioma y costumbres; la otra, apuntalada por los vocabularios de una decena de viajeros de distintas épocas y nacionalidades. Bien se comprende que la situación ha cambiado desde que, en otra ocasión, traté este asunto (Milcíades Alejo Vignati, *Materiales para la lingüística patagona. El vocabulario de Elizalde,* en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* VIII, 171 y sgte.; Buenos Aires, 1940). No es que me rectifique de la repulsa que entonces mereció tal constancia aseverativa, pero la caución testimonial de Schmid por su conspicua autoridad merece que procedamos a indagar la causa determinante de su error. En verdad, la fijeza del idioma surge de la mera compulsa de distintas voces a través de cuatro siglos. Las tentativas parciales de C. Burmeister —a su pesar— y Lista (Carlos V. Burmeister, *Contestación a un trabajo del Sr. Ameghino sobre Patagonia,* en *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina,* VII, 231 y sigts.; Buenos Aires, 1890; Ramón Lista, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia, 1877-1880,* 115; Buenos Aires, 1880), el cotejo integral de vocabularios de Lehmann-Nitsche y Escalada (Robert Lehmann-Nitsche, *El grupo lingüístico Tshon de los territorios magallánicos,* en *Revista del Museo de La Plata,* XXII, 242 y sgts.; Buenos Aires, 1914; Federico A. Escalada, *El complejo "Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica,* 164 y sgts.; Buenos Aires, 1949) y las exégesis de Harrington, Deodat y mía (Tomás Harrington, *Contribución al estudio del indio Gűnűna Küne,* en *Revista del Museo de La Plata,* nueva serie, Antropología, II, 252 y sgte.; La Plata, 1946; Leoncio S. M. Deodat, *Onomástica indígena de Patagonia.*

sabe el lector— Hunziker, se transforma en Hart (en la traducción, para colmo, por error de imprenta, figura como Mart; cfr.: Musters, *Vida,* 168). Hace poco he señalado, igualmente, que el participante de la expedición descubridora del lago Argentino, radicado todavía en la isla Pavón durante la estada de Musters, lo llama Holstein, en lugar de Hansen (cfr.: Milcíades Alejo Vignati, *El descubrimiento del lago Argentino. La expedición Piedra Buena - Gardiner. Octubre 1867,* en *Revista de Educación,* año III, Nº 1, enero, 65, nota 6; La Plata, 1958).

Ortografía del nombre del cacique Orkeke, en *Argentina Austral,* año XXVI, Nº 279, 7; Buenos Aires, 1954; VIGNATI, *Materiales,* 171 y sgte.) son pruebas más que suficientes para establecer que los vocablos indígenas no han variado en tan largo lapso. Por mi parte, queda descartado todo invento o fantasía de Schmid al respecto, pues no tenía necesidad de paliar ante sus superiores la lentitud de su aprendizaje; algún fundamento debía tener al indicar tan pasmosa modificación de los vocablos, fundamento o explicación que satisfaga —ya que no podemos justificarlo plenamente—. Pues bien; ¿por qué sus interlocutores lo corregían? Arriesgo esta respuesta conjetural: porque, sin advertirlo, trataba con representantes de formas dialectales diferentes, las propias de los indígenas ya meridionales, ya septentrionales de Santa Cruz. Un análisis íntimo de la última gramática de Schmid con el vocabulario de Musters creo que proporcionaría revelaciones extraordinarias al respecto.

(59). — Esta clasificación étnica no puede tomarse tal como está expresada aunque es muy posible que mi disentimiento radique en errores tipográficos, según se verá de inmediato. *Hamanicenc Zonc-ca* y *Ganmetcenc Zonc-ca* (a pronunciar: *Hamanikenc Zon-ka* y *Ganmetkenc Zon-ka,* de acuerdo a las normas fonéticas expresadas por Schmid) aunque no es fácil reducirlas a formas conocidas, corresponden, a todas luces, a la división de meridionales y septentrionales de los Patagones del sur; *De-ushenc Zon-ca* (a pronunciar: *Teushenc Zon-ka,* por las mismas razones ya expresadas) son los Teushen; los *Cebenicenc Zon-ka* y *Yancez-cenc Zon-ca* (a pronunciar: *Kebenikenc Zon-ka* y *Yancez-kenc Zon-ka*) bien podrían ser las dos grandes agrupaciones de los 'pampas' de Musters, es decir, los habitantes propios de Chubut y Río Negro que tienen como elemento principal y de existencia indiscutida a los Gűnűna-küne; por último los *Lalmejenc Zon-ca* o *Yacush* como Schmid mismo lo reconoce y establece son los Araucanos. Si esta interpretación del texto es correcta, sólo hay que objetar que, una vez más, se nos brinden gentilicios que no son tales, sino la forma léxica que un Patagón septentrional —Casimiro en este caso— denominaba a las distintas entidades poseyeran una misma lengua. Si así fuera, mi castillo de a nuestros conocimientos actuales, no deseo ocultar que es un poco fuerte aceptar, así como así, a manera de equívoco de transcripción un error tan abultado como es el de afirmar que las últimas cuatro entidades poseyeran una misma lengua. Si así fuera mi castillo de naipes no sería de mucha duración. Afortunadamente, para conti-

nuar sosteniendo que ha habido error de parte de la revista, arguyo lo siguiente: si los Lalmejenc Zon-ca "son los mismos indios que nosotros conocemos como Araucanos" las otras dos entidades mencionadas anteriormente ¿qué son? Como se ve, nuevamente, estamos machacando el mismo asunto y, confieso, que prefiero adaptar el esquema de Casimiro a nuestros conocimientos a fiarme del texto impreso cuyas inexactitudes frecuentes no son la mejor caución. No quiero dar término a esta apostilla sin declarar que hay otro motivo de duda en este esbozo interpretativo. En efecto; en el Apéndice VIII se da a conocer a nuestros lectores una carta del catequista Hunziker —por entonces ya radicado en la región del río Negro—. Allí se podrá leer unos numerales en el idioma que él llama 'The-ushenc', es decir, que correspondería a nuestros Teushen, pero resulta que tal elenco de fonemas corresponde, en verdad, a los Gűnűna-kűne. Sin entrar a estudiar cada una de las diversas hipótesis que este hecho plantea, considero que Escalada proporciona la solución cuando establece la dificultad de hacer comprender al aborigen el concepto de raza u origen y lograr la enunciación de su gentilicio (Escalada, *El complejo,* 71 y sgts.). No es, pues, de extrañar que Hunziker en la imposibilidad de fijar la nacionalidad de sus informantes haya recurrido al esquema de Casimiro y haya atribuido, sin ton ni son, a una entidad para él desconocida, un vocabulario numeral correspondiente a otra.

(60). — Se trata del reverendo Charles Bull, capellán británico, por aquel entonces, en Stanley, islas Malvinas, que remitió, vía Málaga, a la Sociedad organizadora la carta que recibiera de Schmid. De no mediar ese comedimiento, el Comité no hubiese podido dar a sus benefactores —en esa fecha— noticia de la labor misionera, ya que deja constancia de no haber recibido ni el diario ni la carta de su catequista; cierto es que el Superintendente Stirling estando en Montevideo vio acumulada allí correspondencia para las Malvinas de cuatro meses sin que nadie tuviera idea respecto a la fecha que sería remitida.

(61). — Se puede comprobar que el gentilicio está escrito de manera diferente a la que consta en la página 58. Hay un equívoco de letra: 'e' por 'c'.

(62). — Aquí la grafía adoptada difiere de la de la página 58 y posiblemente, ha de ser la verdadera, que con facilidad puede reducirse al Aoni-Kenk actual. El error ha consistido en poner en la primera versión 'n' en vez de 'u' que es la forma correcta. En

cambio, en aquélla, el gentilicio termina con 'c' como corresponde, que aquí se ha confundido con una 'e'.

(63). — Este Platero es recordado por Musters y por Fontana (MUSTERS, *Vida*, 160 (que en el texto inglés figura en español y entre comillas: "Pedro el Platero" dando la impresión de aludir al oficio que desempeñaba); LUIS JORGE FONTANA, *Viaje de exploración en la Patagonia austral*, 87 y sgts.; Buenos Aires, 1886 (el autor lo nombra 'Martín' pero no puede dudarse de su identidad pues recordó haber tratado mucho a Musters; además confirma que la denominación que figura como apellido no era más que el oficio). Llama la atención el entre paréntesis, puesto que Schmid nunca ha mencionado a este indio; en su primer viaje el 'protector' fue As-caik y en el segundo, su hijo Gemôki; más aún, deja constancia que en ausencia del primero era la madre de éste la que le cuidaba (véase página 47). ¿Serán agregados de la dirección para dejar bien a As-caik?

(64). — Ese dolor de Platero es típico de los indígenas Patagones; Musters coincide en su información (MUSTERS, *Vida*, 277).

(65). — Igualmente, Musters hace mención, como otros viajeros, de la creencia de los aborígenes en hechicerías que ocasionan la muerte de sus parientes. La influencia de los misioneros no logró extirpar semejantes supersticiones y el mismo autor recuerda a este respecto que Casimiro "después de la muerte de su madre o de una de sus esposas, enviara un agente para que matase a una mujer que, según había asegurado la difunta, la había embrujado" (MUSTERS, *Vida*, 279).

(66). — El canto fúnebre no se lo ha mencionado con frecuencia. Fuera de Schmid, Moyano y Onelli, según recuerdo, son quienes apuntan su existencia (MOYANO ex JOSÉ PENNA, *La cremación en América*, 213, nota 1; Buenos Aires, 1889; ONELLI, *Trepando*, 151 y 155).

(67). — Por la insólita y desarreglada conducta tenida en el momento, es muy posible que este 'Tommy' no sea otro que el histórico Jemmi Button el facineroso y fachendoso indígena que tanto mal hizo a los buques de Fitz Roy y a los misioneros (*Narrative of the Surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836;* London, 1839; ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ, *Pequeña historia fueguina*, 33 y sgts.; Buenos Aires, 1939).

(68). — Se trata de don Tomás Bridges por entonces simple

catequista. Ha conquistado un puesto eminente entre los americanistas con la compilación del admirable diccionario Yámana que la piedad filial ha hecho imprimir en beneficio de la ciencia lingüística (THOMAS BRIDGES, *Yamana-English. A dictionary of the speech of Tierra del Fuego by the Reverend...;* Mödling in Austria, 1933).

(69). — Según E. Lucas Bridges, los Yámana (o Yahgan, como acostumbra nombrarlos) Jorge Okoko y su mujer Gamela, fue el matrimonio que le enseñó el difícil y cuantioso idioma vernáculo (BRIDGES, *Uttermost,* 47).

(70). — Es el cacique Chingoleo. Era hermano del otrora tristemente famoso cacique Llanketrrú a quien sucedió como jefe de los indios 'mansos' —dada la minoría de edad de los hijos de aquél— cuando fue muerto por indígenas de otra parcialidad en Bahía Blanca. Supo corresponder a la confianza en él depositada luchando denodadamente al frente de esa tropa auxiliar, defendiendo la población de Carmen de Patagones y estancias vecinas.

(71). — Actualmente ningún estudioso duda del significado de 'Chuelche' —o cualquier otra de sus formas— después que Harrington develó el misterio, que no es otro que *chewul* = 'bravo', 'valiente", etc. (TOMÁS HARRINGTON, *Observaciones sobre vocablos indios,* en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras,* serie A, III, 59 y sgts.; Buenos Aires, 1935). Escalada ha llegado al mismo resultado (ESCALADA, *El complejo,* 34 y sgts.). Y me parece que es llegada la hora que los profesionales se despojen de sentimentalismos inconducentes y eliminen ese pseudogentilicio ya que es tan impropio como erróneo. Éste es un llamado de cordura a los especialistas; los aficionados tienen libertad de expresarse según sus deseos.

(72). — Otra prueba más que el texto brindado por la Sociedad en el elenco étnico de la página 58 y nota Nº 59 es erróneo en su redacción, se encuentra en la frase que informa que algunos indígenas del río Negro hablan "tres o cuatro idiomas autóctonos". En el cuadro regional, según se recordará, sólo se enumeran tres; pero se ve ahora que es necesario introducir uno más para que las cuentas —más que los díceres— sean equivalentes, y ese idioma que falta no puede ser otro que el ya sugerido, propio de los Gűnűna-Kűne.

APÉNDICE

I

CARTA Y DIARIO DEL SEÑOR ALLEN W. GARDINER

The Voice of pity South America, V. 199-212; London, 1858

Isla Elisabeth. — Celos del Gobierno de Chile. — Indios fueguinos. — Vapor norteamericano. — Indumento indígena distinto. — Wigwans. — Canoa. — Hacha curiosa. — Punta Arenas. — Casimiro. — Compra de un caballo. — Familia de Casimiro. — Caciques patagones. — Visita a los toldos. — Bahía Gregorio. — Isla Keppel. — Muerte de Frank.

Mi estimado Señor, —Mi diario termina con nuestra llegada a la isla Keppel el 30 de marzo, y ya que la gira patagónica ha concluido por la presente estación, quizá me permitirá usted formular algunas apreciaciones acerca de su jurisdicción misionera en esta región, en la medida en que mi observación personal me ha servido para formarme una opinión al respecto.

Tanto los indios patagónicos como fueguinos, en las vecindades de la caleta Bougainville y bahía India, parecen a primera vista, mucho menos degradados y más susceptibles de trato que los fueguinos del cabo de Hornos.

La isla Elisabeth, situada en los estrechos de Magallanes, así como el lado occidental de la Segunda Angostura, constituirán un admirable punto de apoyo, para los patagónicos y los fueguinos por igual. El camino que viene de la serranía de Gregorio, campo favorito de cacerías, pasa a la vista de la isla, separada ésta del continente por un fondeadero conocido como Royal Roads y lugar

seguro para anclar naves. De allí a la caleta Bougainville la navegación es muy fácil, pues hay seis ancladeros sobre la costa expuesta al mar entre la caleta y la isla Elisabeth, una distancia, estimo yo, apenas mayor de 60 millas. Son éstos Peckett's Harbour, bahía Laredo (en estos dos puntos soportamos fuertes borrascas, una de las cuales duró cinco días), Punta Arenas, bahía Agua Fresca, puerto Hambre y bahía India.

El gran obstáculo para la ocupación de la isla Elisabeth por parte de la Sociedad como puesto de avanzada sería, a mi entender, la ingerencia del gobierno chileno, que ahora reivindica su derecho sobre los Estrechos y se muestra sumamente celoso de ellos. Dos novedades noté esta vez: un refuerzo de tropas de desembarco y la creación de un nuevo cargo, el de capitán del puerto. Además, ahora disparan un cañonazo para hacer detener las naves que pasan frente a la base. Actualmente este aviso es desoído a menudo, especialmente por parte de los buques norteamericanos. Ello no obstante, si pudiera obtenerse el consentimiento del gobierno chileno, o si nuestra posición fuera respaldada por nuestro propio gobierno en atención a su carácter inofensivo en cuanto se refiere a derechos de comercio, colocándola bajo la protección de las leyes internacionales, difícil es imaginar otro lugar mejor adaptado como base de operaciones. La isla Elisabeth es apta para la cría de ovejas y cabras y, no hallándose cubierta de bosques, requeriría muy poco gasto para su limpieza. Además, podría obtenerse la madera de Shoal Haven, que se halla muy cerca, para cualquier uso que se deseara. Una pequeña embarcación, con base allí, aseguraría la fácil comunicación con los fueguinos, evitándose el trajín propio de la travesía desde las islas Falkland, siempre azarosa y agotadora debido a los vientos predominantes. Una vez que los patagones hallaran allí una población, vendrían con frecuencia a la margen opuesta y algunos, a no dudarlo, establecerían suficiente intimidad como para cruzarse hasta aquí y, quizá, dejarían sus niños por algún tiempo, especialmente si se los atrajera con alimentos y ropas. Podría así aprenderse gradualmente su lengua y pronto seguirían, como consecuencia natural, largas cabalgatas con ellos hasta las serranías de Gregorio y sus lugares predilectos de cacerías. Si la comisión pudiera materializar una empresa de esta índole, mucho me alegraría saberlo. Después de mi regreso a la patria, para ordenarme y si Dios me da vida, es mi firme propósito ofrecer nuevamente mis servicios como agente honorario y de muy buen grado acompañaría a una expedición así; pues tengo la impresión de que

las actuales giras, si bien son muy útiles como viajes de reconocimiento, pronto deberían ser reemplazadas por intentos sistemáticos de ocupación permanente de algún punto determinado. Confiando en que plazca a Dios patrocinar y dirigir en sus detalles esta empresa, realmente importante, y congregar más amigos y simpatizantes de nuestra caritativa obra,

Me repito, como siempre, Suyo, etc.

Allen W. Gardiner.

Caleta Bougainville, marzo 9. — Los fueguinos nos han visitado regularmente en estos últimos cinco días y nos han proporcionado, en distintas ocasiones, más de 50 libras de venado. Venían de bahía Blanca, situada unas tres millas al este, y formaban una comitiva de unos veinticinco; tres toldos, cuatro canoas y una docena de perros era todo su haber. Hoy sólo vino una de las canoas y nos dieron a entender que el resto, con los perros, se hallaba cazando venados y que nos traerían algo más. El capitán, el señor Turpin, y yo, partimos entonces en el menor de nuestros botes hacia donde los indios decían que se encontraban los demás. Como la canoa no podía seguir nuestro tren de marcha, la remolcamos con una soga y transferimos los dos hombres al bote, quedando las mujeres en la canoa. Tras de pasar a sotavento de las islas Nassau, dimos la vuelta a un cabo y entramos a la bahía San Nicolás, en la que desemboca el río De Guenness. Este río no penetra tanto tierra adentro como el río Sedger, en puerto Hambre, ni se ve mucha madera arrastrada en su desembocadura. Detrás de una pequeña isla, situada dentro de la bahía, vimos humo y supusimos que el resto de la partida estaría allí, pero al llegar al lugar del fuego no hallamos a nadie; probablemente lo habían dejado encendido los mismos fueguinos que nos acompañaban. Desembarcamos y, tras de arrastrar nuestro bote a tierra, continuamos todos a pie hasta rodear otro cabo; de pronto, nos indicaron un humo que se elevaba a unas seis millas más lejos aún, diciéndonos que ése era el lugar. Nos encontrábamos ya a varias millas de nuestra embarcación y, como nunca puede uno confiar en el tiempo en los Estrechos, no quisimos aventurarnos tan lejos. Después de regalarles algunos bizcochos, nos separamos; estábamos ya muy cerca de caleta Bougainville cuando nos pasó un buque de vapor norteamericano; llegados a la goleta, el contramaestre, señor Vansands, nos dijo que tan pronto avistaron nuestra embarcación, los del vapor detuvieron su marcha

de inmediato y se dirigieron a la entrada de la caleta. Seguidamente bajaron un bote y lo enviaron a ver si se trataba de un buque en peligro. Muy amablemente, el capitán nos ofreció llevar nuestra correspondencia, nos dijo que las cosas en la India marchaban con lentitud, aunque favorablemente para los ingleses y, después de unos quince minutos, partió nuevamente. Había hecho la travesía de Monte Video a Punta Arenas en seis días.

Hope Harbour, jueves, marzo 11 — Levamos ancla esta tarde y, aprovechando una fuerte brisa del norte, nos dirigimos hacia la entrada del canal Cockburn. Verdaderamente difícil es describir el paisaje de esta costa: montañas abruptas, quebradas, con un perfil caprichosamente recortado y las cumbres más altas cubiertas de nieve y nubes errantes. Los bordes de los acantilados, recortados por profundas y oscuras hendiduras, parecen tallados por un enorme escalpelo. A la entrada del canal, los flancos de la costa sobresalen hacia arriba con formas fantásticas, como si una inmensa boca se abriera tétricamente para recibir al navegante que pasa. Nos acercamos a uno de los paredones más altos, sobre un lado de Hope Harbour, tan erguido y amenazante que parecería dispuesto a descargar sobre nosotros, de un momento a otro, una avalancha de nieve, imposible de esquivar. Ni un fuego, ni un toldo, interrumpía la inmensa soledad de esta ensenada; la sensación de angustia que imprimía la escena trajo a mi mente aquel versículo de las Escrituras: "Miré y no había hombre alguno, y vi que todas las aves del cielo habíanse volado".

Marzo 12. — Tuvimos un atardecer bastante calmo; una canoa cruzó hacia nosotros desde el otro lado del canal, habiendo oído, quizá, el estampido de nuestro cañoncito, que disparamos para atraer la atención. No arribaron hasta después de caído el sol. En la canoa venían dos hombres, dos mujeres y una niña. No tenían mantas de guanaco como nuestros amigos de Bahía Blanca, sino que estaban cubiertos con cueros de foca, excepto una de las mujeres, que llevaba un viejo vestido de franela, obtenido quizá como regalo de algún buque. Parecían muy familiarizados con las embarcaciones, pues rápidamente subieron a bordo, pidieron bizcochos, que ellos llaman "galleta", y tabaco, que pronuncian "tabac". Traían en el bote una gaviota viva, aparentemente mansa. Había caído la noche cuando se alejaron, pero al rato tenían ya un gran fuego ardiendo en la ribera.

Marzo 13. — El señor Turpin y yo bajamos a tierra esta mañana y comprobamos que los indios habían pasado la noche en uno de

los tres viejos toldos levantados en la costa sur del puerto. Se encontraba en ruinas, de manera que lo reparamos con ramas, pareciendo quedar muy satisfechos los indios con su aspecto; luego transportaron adentro una pila de leña que yo corté para ellos. Reflotamos nuestro bote y, remolcando la canoa, fuimos hacia la entrada del puerto, en la esperanza de cazar algún pájaro para darles; pero las aves son muy raras aquí y no pudimos atrapar ninguna. Después del almuerzo acompañé a los dos hombres, a pie, de vuelta al toldo, siguiéndonos las mujeres en la canoa. Deseoso de experimentar la sensación de un viaje en canoa, les ofrecí un cuchillo si me llevaban hasta el buque, distante una media milla, a lo que accedieron. Las mujeres, sentadas en la popa, remaban; uno de los hombres ocupó el centro de la embarcación, colocándose el otro detrás de él para dejarme su puesto en la proa. Llevábamos un remo cada uno, excepto la niña, que con un recipiente hecho de corteza de árbol desagotaba continuamente la canoa; pronto llegamos así junto al buque.

Marzo 15. — Viendo los fueguinos que no queríamos comerciar en día domingo y que no les permitíamos subir a bordo, aprovecharon la calma para cruzar al lado del canal Gabriel, distante unas seis millas. Regresaron a su toldo al anochecer y no se acercaron al buque hasta el lunes por la mañana; vimos entonces que había caras nuevas en la canoa y sólo dos de la primitiva partida estaban presentes. Uno de los nuevos visitantes tenía una curiosa hacha, fabricada por él mismo y que despertó mi curiosidad por ver cómo la usaba; echando mano entonces de un hacha americana de a bordo, me embarqué en la canoa y fui con ellos a tierra, atracando casi al fondo del puerto. Tras de encallar la canoa en la playa, las mujeres desaparecieron en el bosque con una canasta, en busca de frutillas. El dueño del hacha comenzó entonces a trabajar conmigo, cortando leña para transportar a la canoa, en la que mantienen un fuego permanente durante el día, transfiriéndolo al toldo por la noche. Manejaba su tosca herramienta con tal destreza que no lamenté haber llevado mi hacha bien afilada, para poder competir con él. Pero él no conseguía hender los troncos una vez cortados, por lo que nos dividimos el trabajo, cortando él la madera y yo partiéndola en trozos menores, mientras el otro indio la estibaba en la canoa. De regreso a bordo, le di un hacha en buen estado a cambio de su primitivo instrumento, trueque que aceptó complacido, después de ajustar fuertemente las ligaduras, a fin de vender un hacha "garantida". Tres de los fueguinos se encontraban aún a

bordo cuando levamos el ancla; tan pronto como el buque comenzó a navegar, se descolgaron por la escala y ganaron la canoa, invitándome por señas a que los acompañara. De inmediato y no obstante lo encrespado del mar, iniciaron el cruce hacia el canal Gabriel. Tan frágil y pequeña parecía la canoa a la distancia, zamarreada sin piedad por la mar gruesa, que al embate de cada ola mayor temíamos por su seguridad. Pero la creciente brisa pronto nos alejó y la perdimos de vista; tras de presenciar las curiosas cabriolas de una manada de focas, llegamos de regreso a nuestro ancladero en la caleta Bougainville alrededor de las cinco de la tarde.

Establecimiento Chileno, Punta Arenas, marzo 18. — Anclamos aquí anoche, a la caída del sol, y desembarcamos apenas terminado el desayuno. Supimos que los patagones habían estado buscándonos poco después de nuestra partida; pero el carpintero había logrado transmitir nuestro mensaje a Casimiro, advirtiéndole que teníamos un regalo para él a bordo, por lo que prometió regresar a la brevedad. Esta mañana temprano llegó un mensajero indio, anunciando la llegada de Casimiro y otro jefe; efectivamente, alrededor de las once, Casimiro hizo su entrada a caballo en el establecimiento, seguido de varios patagones también montados. Nos dijeron que la tribu se encontraba en San Gregorio (bahía Gregorio?), donde había mucha carne de guanaco. Pero no traían ninguna consigo, aunque uno de ellos nos regaló un hueso, con algo de carne, como muestra. Dos de los indios nos acompañaron al buque y allí almorzaron, pero sin entrar a la cabina, pues no eran jefes. Uno, de estatuta gigantesca y que decía llamarse capitán Harry, hablaba algunas palabras de inglés, como: "Yo ser capitán Harry, corazón bueno, no bandido". El otro era más bien corto de miembros y de aspecto ladino. Después del almuerzo el capitán Harry anunció que se resfriaría si lo obligaban a permanecer en cubierta y entró en la cabina, donde en seguida comenzó a negociar algunas mantas de guanaco a cambio de bizcochos, azúcar, etc. Desembarcamos luego con ellos y hallé a Casimiro, que andaba buscándome; cuando le invitaba a acompañarme a bordo, apareció un soldado montando un caballo que nuestro capitán deseaba adquirir y quiso exhibir sus cualidades, pero fue arrojado violentamente. Montólo entonces Casimiro, salió al galope, lo frenó de repente y regresó a toda carrera, dominando evidentemente al caballo con la mayor facilidad, a pesar de hacerlo sin montura. Terminada esta función, Casimiro caminó conmigo hacia la playa. El otro jefe, Choila, fue a caballo hasta el bote y pidió

que lo lleváramos a bordo. Con los dos caciques patagónicos sentados majestuosamente en la popa de nuestra ballenera, nos acercamos entonces a la goleta, en la que se izó la bandera británica como homenaje a tan calificados visitantes. Claro está que de inmediato les invitamos a pasar a la cabina y allí mostré a Casimiro su regalo, consistente en dos grandes frazadas de color para él, un vestido con adornos y una capa para su esposa y un par de muñequeras de lana roja; agregamos a esto algunos bizcochos, azúcar y un poco de tabaco. Casimiro se mostró francamente halagado y manifestó que no había esperado recibir semejante regalo; lo agradeció cortésmente ("muchas gratias"), declarándose "muy contento". Me pidió que transmitiera sus saludos a la "señorita Sofía", quien, según le expresé, había tejido para él las muñequeras. Me preguntó entonces en qué podía servirme, a lo que respondí diciéndole que necesitaba un caballo; me prometió averiguar entre los patagones si alguno tenía uno para vender; de lo contrario me vendería uno de los suyos.

Marzo 19. — Tan pronto como desembarcamos esta mañana me dirigí en busca de Casimiro. Uno de los indios me dijo que se hallaba aún durmiendo (10 de la mañana, hora de costumbre en estas tierras); pero a los dos minutos apareció, no siendo habitual una larga toilette entre estas gentes. Manifestó no haber olvidado su promesa y en el acto envió a un indio en busca del caballo, el que rápidamente regresó trayendo uno, blanco. Casimiro me preguntó qué tal me parecía, le dije que no me gustaba en absoluto y despachó de nuevo al indio, que volvió trayendo otro, "colorado" esta vez. Era un lindo animal y decidí adquirirlo, para llevarlo, si fuera posible, a la isla Keppel. Pregunté a Casimiro cuánto quería por él. A todo esto el caballo era paseado de un lado a otro, para exhibirlo, recomendándomelo como "muy manso", "muy nuevo" y "muy bueno para el laso". Casimiro me insinuó que lo cambiaría por un rifle; no queriendo yo hacer transacciones de esta clase ante testigos, pues a esta altura se había congregado una comitiva, le expresé mi deseo de que viniera a almorzar conmigo a bordo y allí discutiríamos el negocio. Montó en su caballo y fue hacia el bote, pidiendo permiso para llevar consigo uno de sus hijos. La madre de Casimiro vive aún; su esposa tiene bastante buen aspecto, considerando que las facciones de estos patagónicos son, por lo general, demasiado anchas para calificarlas como bellas. Los tres hijos de Casimiro se llaman Manuel, Gabriel y Juana. De toda la información que pude obtener de él los puntos más importantes son los siguientes: Los patagones se encuentran ahora acampados en San Gregorio, por lo

visto en gran número, bajo el mando de dos jefes, Watchee y Choila, actualmente en Punta Arenas. El primero es un hombre de carácter violento y tiene pocos adictos; el otro, Choila, es el más valiente de todos los caciques patagones y posee gran influencia sobre sus súbditos; es muy amigo de Casimiro, encabezando éste, a su vez, otra tribu. No conviene, hoy en día, internarse mucho entre los patagones llevando rifles, pues los indios están ansiosos por conseguir armas de fuego y, seguramente, matarían a quien las tenga para apoderarse de ellas. Han tenido cautivos a varios hombres blancos en los últimos tiempos. Calcula que el número de patagones hoy existente entre las Pampas y el mar —los estrechos de Magallanes— no baja de 10.000. Mencionó, con gran respecto, a un capitán Powell, de un buque norteamericano, diciendo que era un hombre muy bueno. Tras de cerrar el trato sobre el caballo, di a Casimiro algunos regalos para su esposa e hijos y, por su parte, me prometió una "capa" de guanaco para mi hermana.

Realicé una visita a los *toldos,* como los llaman los españoles, situados del otro lado del río. Consisten en un armazón de palos, cubiertos con pieles de guanaco y divididos en compartimientos para cada familia. En uno de ellos una mujer estaba atendiendo a su hijito, acostado en una cuna de aspecto muy curioso y envuelto, como una momia, en pieles suaves. En otro, dos mujeres se hallaban uniendo, mediante costuras, unos cueros de avestruz. Colgada de los palos del toldo, para secarse, tenían carne de guanaco; al lado estaban cocinando, a la manera campestre, un trozo de esta carne, clavada en un palo frente al fuego. Algunos caballos se hallaban listos para montar; otros pastaban un poco más lejos; perros de todo tamaño, forma y raza, vagaban por todas partes. Uno de los patagones, en voz muy alta y aparentemente algo ebrio, anunció que iría con nosotros a San Gregorio; pero salió para allá con los demás esta mañana, quedando Casimiro algo rezagado.

Bahía Laredo, marzo 22. — Zarpamos de Punta Arenas alrededor del mediodía, con viento muy fuerte y apenas habíamos alcanzado un ancladero en bahía Laredo cuando la tempestad equinoccial se desató en toda su furia. Duró cuatro días, por momentos con fuerza de verdadero huracán, pero la *Allen Gardiner* se mantuvo firme en sus anclas e hizo frente al viento con facilidad.

Bahía Gregorio, marzo 25. — Anclamos aquí el miércoles por la noche y quedé muy contrariado al no hallar a los indios. Sin embargo, al desembarcar descubrimos en la playa muchas huellas frescas de caballos y rastros de perros, lo cual indicaba que los patagones habían estado allí recientemente. Pensando que podían estar acampados en dirección a Oazy Harbour, a catorce millas de bahía Gregorio, el capitán y yo nos pusimos en marcha esta mañana, a pie, con uno de los marineros, Fred, que se ofreció a acompañarnos. Soplaba un viento tan fuerte que apenas podíamos avanzar; no conseguimos avistar la entrada a Oazy Harbour hasta las 2 de la tarde. Aún así, quedaba bastante retirado de nuestra ruta, pues siguiendo una huella de indios durante unas cinco millas nos habíamos desviado mucho tierra adentro. Como no viéramos señales de patagones en esa dirección, temí que se hubieran dirigido a algún otro lugar, decidiendo no esperarnos más. Emprendimos entonces el regreso y, tras de haber caminado unas veinticuatro millas, llegamos a bordo ya entrada la noche. Al pie de la serranía Gregorio pasamos junto a una salina y, algo más adelante, una laguna de agua dulce. Las aves que pudimos ver en este trecho eran gansos, cercetas, patos, halcones grandes y pequeños, el petirrojo de las Falkland y un par de cisnes. El campo es hermoso para caminar, contrastando con el de las Falkland, siempre lleno de pantanos, rocas y raíces salientes que entorpecen el andar.

Marzo 26. — Levamos ancla esta mañana con una suave brisa del oeste; cuando estábamos aproximadamente a la mitad de la Primera Angostura, vimos el casco de un gran buque encallado en la playa; cerca de él ardía un gran fuego, seguramente encendido por los patagones para atraer nuestra atención. Muchos de ellos se veían caminando alrededor del casco; algo más adelante, otro fuego ardía frente a los *toldos,* levantados al abrigo de un promontorio, y una cantidad de indios cabalgaba a lo largo de la playa. Desgraciadamente el fondeadero en cuestión se hallaba muy expuesto al embate del viento sur, que soplaba con fuerza y amenazaba convertirse en borrasca. El capitán me hizo entender que sería demasiado aventurado anclar la goleta en ese lugar y un desembarco con el viento azotando la costa era poco menos que imposible. En tales circunstancias había que renunciar a establecer comunicación con los indios; así fue como, con profunda pena, eché una última mirada a su campamento, frente al cual pasábamos en estos momentos a razón de doce nudos por hora *(sic).* Nunca hubiera sospechado que se hallaran tan lejos como la Primera Angostura; lo cual significa que

ellos llaman San Gregorio a la serranía Gregorio y no a la bahía Gregorio. Quizá se encontraran allí persiguiendo guanacos, que deben ser muy abundantes a juzgar por los que vimos desde el buque. Habríamos dado con ellos, sin duda, si nos hubiéramos detenido otros dos días en bahía Gregorio. Yo tenía resuelto caminar hoy hasta la bahía Santiago si el viento no fuera muy fuerte, pero como ya llevábamos un atraso de tres semanas y las provisiones estaban casi agotadas, era necesario optar por la partida y vencer nuestra amargura ante lo inevitable. Me consuela pensar que los indios, después de todo, podrán comprobar que no faltamos a la cita, pues verán nuestras huellas en la playa cuando pasen por bahía Gregorio.

Isla Keppel, marzo 31. — El viernes por la noche, marzo 26, perdimos de vista el cabo Vírgenes y el domingo, cerca del mediodía, avistamos las Jason. La marea bajaba rápidamente en el paso Occidental, por lo que la entrada a Hope Harbour quedó descartada; arrastrados por la corriente, pronto nos encontramos encerrados en el laberinto de las islas Jason. Al atardecer nos acercamos a la isla Keppel y fondeamos para hacer noche. El sermón que pronuncié al crepúsculo ante la tripulación versó sobre el duodécimo capítulo del Ecclesiastés: "Y perderáse el apetito; porque el hombre va a la casa de su siglo, y los endechadores andarán en derredor por la plaza". Una calma nos mantuvo inmóviles todo el día lunes, a la vista de puerto Egmont, sobre uno de cuyos flancos está la isla Keppel. A la puesta del sol la calma se trocó en borrasca, con fuerte viento en contra. El capitán mandó izar una vela, procurando capear el temporal, aunque sin mayores esperanzas de éxito. Pasamos una hora de ansiedad, especialmente preocupados por tener caballos a bordo; la goleta, escorada fuertemente bajo el paso de la vela, apenas avanzaba en dirección al puerto, cual fatigada por la azarosa travesía. Jamás se nos presentó tan atrayente la isla Keppel, ahora que las negras nubes parecían querer ahuyentarnos de sus costas. La *Allen Gardiner* es siempre difícil de manejar en tormenta; sólo mediante un despliegue de habilidad y algunas verdaderas proezas de marinería pudo la tripulación dominarla hasta entrar en la ensenada. La luna, asomando a ratos, iluminaba una que otra colina de la isla, lugares que conocíamos tan bien; todo parecía allí tan quieto y apacible, tan distinto del espeluznante espectáculo de las aguas que nos hostigaban con sus despiadados embates. ¡Nadie hubiera sospechado que allá nos esperaba el cuadro de la muerte; que aún nos quedaba por aprender en carne propia la tétrica lección, oída

hacía poco entre el aullido del viento y los golpes del mar embravecido; que una profunda y penosa impresión vendría a turbar la aparente bonanza de nuestra rutina doméstica y nos haría meditar sobre aquella verdad irrefutable: "En medio de la vida caminamos a la muerte"! El martes levamos ancla a la madrugada y fondeamos en la bahía Committee antes del mediodía; esa misma noche moría Frank. Tan pronto como oyó que el buque había entrado en la bahía, expresó su deseo de verme sin demora, cosa que yo, por desgracia, sólo supe después; como nadie creía que estuviera realmente grave, no llegué a su lado hasta el anochecer. Podrá usted imaginar mi emoción al comprobar que su vida se extinguía rápidamente. Había estado enfermo unos ocho días y se encontraba, evidentemente, débil en extremo. Sólo alcanzó a balbucear estas palabras: "Me siento muy enfermo; por favor, déme algún remedio". Pero era ya demasiado tarde, pues al despuntar el alba expiraba. Sólo una sepultura queda ahora en isla Keppel.

II

CARTA DE JUAN FEDERICO HUNZIKER

The Voice of pity for South America, VIII, 234-236; London, 1861

Partida de Crammer. — Viaje por el estrecho. — Expectativa. — Visita del Gobernador. — El Dr. Burns.

Punta Arenas, 4 de julio de 1861.

Mi estimado Señor. Tras larga espera, amaneció por fin el día en que el señor Schmid y yo habríamos de zarpar hacia nuestro punto de destino. El 15 de mayo nos despedimos de nuestra Misión y nos embarcamos en la *Allen Gardiner*. No puedo dejar de mencionar el cariño y la amabilidad con que el señor Despard, su familia y todos los residentes de Cranmer nos trataron durante nuestra permanencia en las islas. El señor Despard no se dió descanso para asegurar nuestra comodidad y el éxito de la Misión cuando llegáramos a Patagonia. En la mañana del 16 de mayo levamos ancla, enarbolamos la bandera y pronto perdimos de vista la hermosa sede de la Misión. Tuvimos viento en contra durante toda la travesía entre las Falklands y la costa patagónica; no es de extrañar, pues, que hasta el 1º de junio no halláramos un sitio para anclar frente a esa costa. Sufrí mucho del mareo en el viaje. Al remontar el Estrecho tuvimos tiempo bueno, pero excesivamente calmo, lo que nos obligó a anclar todas las noches en cualquier refugio que se ofreciera. Hubiéramos deseado ver a los aborígenes antes de arribar a Punta Arenas, pero no tuvimos tal suerte; supimos luego, al llegar

a la Colonia, que los indios se hallaban acampando en un paradero cercano al cabo Gregorio. Estábamos muy preocupados pensando qué clase de recepción tendríamos en Punta Arenas; encomendamos al Señor el éxito de la Misión, rogándole que ablandara los corazones de las autoridades y pudiéramos obtener el permiso necesario para esperar a los patagones y llegar a un acuerdo con ellos para acompañarlos en sus andanzas.

Anclamos en Punta Arenas el 9 de junio. No habíamos terminado de hacerlo cuando vimos acercarse un bote, trayendo al Gobernador en persona, el mismo que recibiera y ayudara al señor Schmid en su viaje anterior al país de los indios. Nos recibió muy amigablemente y nos autorizó a permanecer en la Colonia hasta que llegaran los nativos, prometiendo volver a ejercer su autoridad cuando hubiera que tratar con ellos. Nos cedió, asimismo, una habitación en su residencia oficial.

También tuvimos la suerte de encontrar al doctor Burns, en cuya casa comemos. Su amabilidad es extraordinaria. Sobrados motivos tenemos para dar gracias al Señor, que ha escuchado nuestras oraciones y despejado el camino ante sus siervos, removiendo hasta aquí todos los obstáculos.

Los patagones habían estado en la Colonia pocos días antes de nuestro arribo; siempre que aparecen preguntan por el señor Schmid. Quiera el Señor bendecir nuestra empresa y prestarnos su auxilio; con él nuestros esfuerzos, aunque pequeños, por conquistar esas almas para su Reino, rendirán los ansiados frutos.

Que el Señor nos tenga siempre en su divina presencia, ante las tentaciones, los peligros y las dificultades, infundiéndonos fe, amor y paciencia en nuestro cometido.

Mis atentos saludos para toda la Comisión y su familia...

Invocando la bendición de Dios sobre todos vosotros y vuestra piadosa obra, me repito

Suyo, etc.,

III

INFORME AL ALMIRANTAZGO DEL CAPITAN BARNARD DEL H. M. S. VIXEN

The Voice of pity for South America, VIII, 271-2; London, 1861

El cacique Casimiro. — Sus condiciones intelectuales. — Su concepto respecto a los otros indios.

Por recomendación del capitán Salas, recibí a bordo en Punta Arenas (estrecho de Magallanes), al cacique Casimiro, quien había enviado a la gente de su tribu a bahía Gregorio con el encargo de esperarnos allí provistos de carne de guanaco. Me impresionó como inteligente y bastante civilizado; habla corrientemente el español y, a juzgar por sus modales a la mesa, está acostumbrado a tratar con europeos. Es muy interesante oírle describir, con pelos y señales, los habitantes de las Pampas. Dice que no saben absolutamente nada y no son siquiera superiores a los guanacos que cazan; que no poseen la más vaga idea sobre la mentalidad del cristiano, ni les preocupa en absoluto el concepto de amistad o de buena fe. A menos que tengan entre ellos a un hombre como él, capaz de mantenerlos a raya, contestar sus tonterías y explicarles el significado de las cosas, no hacen más que seguir sus inclinaciones animales, robar y matar al que encuentren. Habiendo oído hablar de un naufragio entre la Primera y Segunda Angosturas, le pregunté si sabía algo al respecto; me respondió que un buque inglés había sido arrojado sobre la costa unos cinco años atrás y que los indios lo habían desmantelado, llevándose la tripulación cautiva a las Pam-

pas mientras Casimiro se encontraba en la Colonia; pero que tan pronto como se enteró, fue en rescate de los prisioneros y los condujo bajo su custodia a Punta Arenas, que es una base española. Declaró que, en lo que a él respecta, (y esto es lo más importante de todo), *su misión es hacer de mediador entre los nativos y los cristianos,* razón por la cual vive constantemente en las Pampas con los aborígenes. Desea fervientemente ir a Inglaterra y a otros países cristianos, a fin de poder instruir a sus ignorantes compatriotas con lo que aprenda; me rogó que hiciera todo lo posible por ayudarle en sus planes. Los caciques Pedro Siloci y Guaichi, un "capitán Jack" y un hijo de la "María" mencionada por el capitán Fitzroy, vinieron a bordo; todos ellos unos perfectos salvajes comparados con Casimiro, que parece gozar de una considerable influencia moral sobre ellos. Me parecieron más susceptibles de adquirir hábitos civilizados que muchos otros aborígenes que he conocido. Vestidos solamente con pieles de guanaco, oliendo como animales, piden alcohol con insistencia y se muestran muy impacientes por obtener pólvora, aunque saben que hay muy pocas probabilidades de conseguir ambas cosas a bordo de un buque de la Armada Británica. Recomendaría a cualquier capitán, de paso por bahía Gregorio, que pregunte por "Casimiro".

IV

CARTA DE JUAN FEDERICO HUNZIKER

The Voice of pity for South America, IX, 173; London, 1862

Los hijos de Casimiro. — Despedida.

El Señor bendijo nuestra obra misionera mientras nos encontrábamos entre los amigos de Patagonia y tenemos plena confianza en ellos. Nos han tratado con bondad y los dos muchachos (hijos de Casimiro), de cuya instrucción nos hicimos cargo, han demostrado poseer aptitudes para aprender, especialmente el mayor, cuyo deseo de progresar era evidente. Fue un triste momento aquél en que tuvimos que separarnos de nuestros queridos discípulos. Espero que nuestra salida de Punta Arenas despierte la decisión de continuar la obra misionera y que nosotros, al construir una sede propia, podamos cumplir el mandato de Dios con mayor éxito. Elevo a Dios mi ferviente oración, pidiéndole que guíe nuestros actos en esta empresa, pues es Su obra.

V

TROZOS DE UNA CARTA DEL SEÑOR HUNZIKER

A Voice for South America, X, 89-91; London, 1863

Estada en Santa Cruz. — Llegada de indios. — Idioma más difundido. — Agasajo. — Viaje de Schmid al sur.

Habiendo partido el señor Schmid de esta base, en compañía de los indios, con el objeto de traer aquí algunos muchachos indígenas, informaré a usted sobre las novedades locales. En agosto último, una tribu de indios procedente del norte, acampó sobre la margen septentrional del río Santa Cruz. Alcanzamos a ver sus fuegos y, una noche, el capitán Fordham llegó hasta aquí de visita, en compañía de algunos indios, a los que dimos alojamiento en nuestra carpa. Hablaban el mismo idioma que nuestros amigos del sur y nos dijeron que en su campamento había algunos que conocían al señor Schmid, quien a su vez conoce a varios miembros de la tribu por haber estado con ellos cuando, en su primer viaje, acampaban en las cercanías del río Gallegos. Algunos pertenecen a otras tribus y hablan distintos dialectos, pero todos hablan el Tsoneca con facilidad. Grande ha sido la previsión del Señor al disponer que sus siervos comenzaran por aprender, precisamente, la lengua indígena de uso *más general* entre el río Negro y los estrechos de Magallanes. Si el señor Schmid hubiera comenzado su obra misionera entre otras tribus, quizá habría aprendido un idioma que no le hubiera servido de mucho, mientras que ahora, conociendo bastante bien el lenguaje patagónico más difundido, nos hallamos en una

posición muy ventajosa para llevar a cabo nuestra labor evangelizadora y, sin duda, esta ventaja se acentuará a medida que aprendamos más. Nuestra base se encuentra en pleno corazón de la Patagonia. Si Dios nos ayuda, con el tiempo nos haremos amigos de nuestros vecinos indígenas y, una vez ganada su confianza, nos concederán la tutela de sus hijos. Habrá llegado entonces el momento de sembrar la semilla de la verdad que proclama el Evangelio; pero, por ahora, debemos proceder con paciencia, paso a paso. La tribu procedente del norte cruzó el río en la tarde del 16 de septiembre y de inmediato enviaron dos mensajeros, anunciando la visita de un grupo de ellos para el día siguiente. Salí por la mañana en compañía de estos mensajeros, cabalgando detrás de uno de ellos. Como a quince millas de nuestra base encontramos a los indios que venían a visitarnos, regresando yo con ellos; permanecieron con nosotros hasta la hora del almuerzo del día siguiente, sin molestarnos en absoluto y comportándose muy bien. Preparamos una olla de arroz cuando llegaron, otra por la noche y otra, finalmente, antes de irse, comida con la que quedaron muy conformes. Traían consigo muchos artículos para comerciar; pero como nosotros no hacemos tal cosa, les compramos tres cabras. Parecen mucho más prósperos que los indígenas del sur. Dado que estos últimos se encuentran a sólo seis días de marcha de nuestra base y nosotros esperamos ansiosamente poder iniciar la educación de alguno de sus muchachos, el señor Schmid pensó que sería conveniente ir hacia ellos y tratar de convencer a un grupo de ellos para que viniera con él. El Cacique, un hombre muy amable, mandó un joven y hermoso caballo para uso del señor Schmid, quien partió de este lugar el día 22, con los más sinceros deseos de buena suerte por parte de este compañero de tareas. No ha regresado aún, pero le espero de un día para otro. Que Dios le bendiga y premie con el éxito su empresa, pues es mucho lo que depende de ella. Estamos impacientes por recibir noticias de nuestros hogares. Espero que la *Allen Gardiner* aparezca pronto, pues se están agotando nuestras provisiones. Queda poca caza en la zona, habiendo desaparecido los guanacos y avestruces. Nos hallamos bien de salud. Quiera el Señor, nuestro celestial Maestro, disponer todo a fin de que nuestra obra sea de provecho en esta desamparada región. No olvidéis interceder por nosotros ante el trono de la gracia, para que el éxito corone nuestra obra misionera.

VI

CARTA DE WAITE HOCKIN STIRLING

A Voice for South America, X, 141-149; London, 1863

De El Carmen a la boca del río Negro. — Conocidos de los misioneros. — En Santa Cruz. — La Misión de Weddell's Bluff. — Tormentas. — Las habitaciones de los misioneros. — El misionero Schmid. — El catequista Hunziker. — La huerta. — El "pozo Jacob". — Excursión río arriba.

Tras de poner punto final a mi última carta, en diciembre de 1862, dando amplias informaciones sobre nuestra visita a El Carmen y su probable ubicación, la *Allen Gardiner* prosiguió aguas abajo por el río Negro, al mando del piloto y ancló en las proximidades de esta barra, a la espera de una oportunidad para cruzarla. En cierto momento, mientras navegaba hacia la boca del río Negro, la goleta quedó a la deriva y encalló, permaneciendo en esa condición durante veintidós horas, volcada primero sobre un lado y luego sobre el otro. Truenos, relámpagos y una lluvia torrencial se sucedieron sin cesar, pero sin que ocurriera nada al buque o a sus pasajeros; nuestra gratitud aumentó al tener conocimiento que dos hombres jóvenes habían sido fulminados por un rayo en un lugar por el que habíamos pasado, precisamente, poco antes. En "la boca" del río debimos permanecer once días, a la espera de un viento favorable para atravesar la barra; ésta sólo presenta una estrecha abertura para entrar y salir, siendo muy peligrosa por el oleaje que rompe sobre sus flancos. La demora no se debió al excesivo calado de la

Allen Gardiner sino a lo tormentoso del tiempo y al fuerte oleaje. Mientras esperábamos en la boca, visitamos a la familia del piloto; recuerdan todos al señor Ogle y hablan de él con gran estima y respeto. Entre los tripulantes del buque piloto se hallaba un antiguo parroquiano del padre del señor Lett, en Clough, así como un ex-cocinero de la *Allen Gardiner;* de manera que nuestra embarcación era bien conocida. Además de las mencionadas, había allí otras personas que, por uno u otro motivo, merecieron nuestra atención; espero, pues, que la demora sufrida en tan inhospitalario lugar hava tenido alguna influencia benéfica para la obra de Dios. Hasta la una de la tarde del 24 de diciembre no pudimos cruzar la barra, lo que hicimos con un sol radiante y viento favorable, iniciando así la travesía hacia Santa Cruz. Pero al anochecer cambió el viento y el resto del viaje fué a menudo tempestuoso...

Entramos en el estuario del río Santa Cruz al atardecer del 1º de enero de 1863 y a la mañana siguiente desembarqué en Weddell's Bluff, recibiendo una calurosa bienvenida de nuestros amados colaboradores allí radicados. Grande fue nuestro alivio al ver que se encontraban bien, pues mi mente había sido presa de ansiedad al pensar en los posibles inconvenientes que les podría ocasionar la demora de la *Allen Gardiner*; aunque, en realidad, no tardamos más de lo que nos impusieron las circunstancias... Todo parecía admirable en el aspecto exterior de la Misión de Weddell's Bluff, orden y aseo se percibía por doquier; lo solitario de la vida no había logrado debilitar en estos hombres el gusto por las comodidades de la civilización ni el respeto de sí mismos, tan necesarios para hacer llevadera la existencia en común. Sé que ellos ya han informado a usted detalladamente sobre sus tareas y sus proyectos y, a este respecto, sólo me resta decir que, si se la apoya decididamente, creo que la Base Misionera de Santa Cruz ha de lograr resultados importantes. Se trata de una obra a la que es preciso dedicar toda una vida y no es posible acelerarla. El escenario de esta empresa es extremadamente amplio y monótono, nada propicio para quienes andan en busca de proezas dramáticas, pero, aún así, posee toda la plenitud y la riqueza que proporcionan la vida interior y la fe, así como una forma de heroísmo muy particular pero no menos admirable. Los Misioneros de la Sociedad, señores Schmid y Hunziker, gozan de buena salud; el sitio elegido para la Misión es bueno, a pocas vardas de la ribera en alta marea y a la salida de un valle que penetra un largo trecho tierra adentro, hacia el sudoeste; un arroyo

con aguas permanentes recorre este valle y a su lado un ancho pastizal, magnífico para mantener ganado, da un aspecto fértil y alegre a la parte más baja y llana. Las colinas que se levantan sobre ambos lados, ya recortadas por profundas gargantas, ya aisladas por suaves cañadas, poseen en sus flancos abundante vegetación, cuyo aroma refresca el ambiente. El clima es saludable, aunque muy frío en invierno.

Durante la estada de la *Allen Gardiner* en Santa Cruz tuvimos fuertes y frecuentes tormentas de viento; aunque anclada al reparo de altas colinas, se inclinaba fuertemente sobre un lado, obligando a los que se hallaban en cubierta a asirse de vergas y sogas; pero la goleta es muy marina y se mantuvo firme, si bien cuando giraba alrededor del ancla parecía, por momentos, que fuera a quedar escorada. El ruido del viento era impresionante y a cada arremetida, levantando enormes crestas de agua y espuma, se lanzaba contra el barco en forma horripilante; todos los de a bordo debían agacharse y buscar refugio detrás de cualquier reparo. Mientras navegaba del río Negro al Santa Cruz y tras de cruzar la barra del primero el 24 de diciembre, la *Allen Gardiner* debió soportar mal tiempo con frecuencia; fuerte oleaje y vientos incesantes la castigaron, durante cuarenta y ocho horas una vez y veinticuatro otra, poniendo a prueba al extremo su resistencia. En medio de la ansiedad y la fatiga, era un espectáculo notable el que ofrecía esta gallarda goleta en su lucha solitaria contra los feroces elementos, que ya la alzaban en la cresta de una ola gigantesca, ya la arrojaban, de proa, al fondo de un abismo rugiente. Chirridos de obenques se oían a cada arremetida, salvo cuando el viento, ahogando todos los otros ruidos, sacudía al barco entero... Era imposible buscar refugio para esperar a que amainara el temporal, pues no había al alcance costa alguna para colocarnos a sotavento; dejarse llevar mar afuera por la borrasca hubiera significado postergar el arribo al río Santa Cruz por un mes; el capitán adoptó, pues, el único temperamento a seguir en tales circunstancias: avanzar mientras se pudiera. Tuvimos que arreglarnos como pudimos en cuanto a cocinar y dormir, cosas nada fáciles en medio de tal vaivén; nos consolaba la certidumbre de que, entre el bramido de la tempestad y el rugir del mar embravecido, el más leve susurro de una oración siempre llegó a los oídos de Aquel que, sentado en su trono de misericordia, manda a su placer los vientos y las aguas.

...De lo dicho podrá colegir la Comisión que la nave misionera ha entrado de lleno en la tormentosa lid; esperemos que los amigos

de la Misión no dejarán de elevar sus súplicas a Dios, de vez en cuando, para que proteja a la Nave Evangelista y sus pasajeros. Si los huracanes que soportó la *Allen Gardiner* cuando se hallaba anclada en el río Santa Cruz la hubieran sorprendido mar afuera, quizá no hubieran sido escritas estas líneas; aún así, el barco se halla en perfecto estado y tan firme como siempre.

Los señores Schmid y Hunziker ocupan la que antes fuera la choza del señor Gardiner en la isla Keppel. Es muy pequeña, pero le han agregado dos compartimientos, uno para dormir y otro para cocinar. La carpa, levantada al reparo del viento, sirve de depósito de aquellos artículos que no pueden despertar la codicia de los indios. Su lona blanca y la bandera británica, flameando en su mástil a manera de bienvenida; la casilla de las cabras, con su techo de paja y sus velludos ocupantes pastando pintorescamente en la ladera de una colina cerca del mar, así como una buena provisión de leña, laboriosamente acumulada en previsión del crudo invierno por venir, daban un aspecto alegre y confortable a la sede de la primera Misión Cristiana Protestante de Patagonia. El encuentro con nuestros amados hermanos en Cristo trajo indecible felicidad a todas las almas y, al elevar nuestra humilde oración de gratitud (pronunciada por el señor Schmid mientras nos hallábamos todos de rodillas, dentro de la pequeña choza), sentimos que nuestros corazones se unían en el amor de los unos hacia los otros y de nuestro Creador.

Desde el mes de noviembre esperaban los Misioneros la llegada de la *Allen Gardiner* o de algún otro barco al que se hubiera encomendado visitar esta base; la tardanza en arribar no dejó de provocar ansiedad en las últimas semanas del año anterior... La salud del señor Schmid, durante la permanencia de la *Allen Gardiner* en Santa Cruz, fue excelente; parecía hallarse en óptimas condiciones, especialmente hacia el final de nuestra visita que, sin duda, le proporcionó un oportuno descanso físico y mental. Tranquilo y siempre dueño de sí mismo; paciente y perseverante, con firme determinación en sus propósitos y sólida experiencia en lo que respecta a la obra patagónica; de una sencilla sinceridad y celoso en el cumplimiento de su deber, creo que este Misionero merece ocupar un lugar muy destacado en nuestra Misión. Profeso por él una sincera admiración; es extraordinariamente ajustado en sus juicios y, en mi opinión, su notable capacidad para apreciar el detalle no le resta una acertada visión del conjunto; posee, además, una admirable facilidad para aprender y expresarse en el lenguaje patagónico. La salud del señor Hunziker, en cambio, no me parece del todo satisfac-

toria. Manifestaba encontrarse bien, muy bien... Pero no hay duda de que este género de vida y, especialmente, el aislamiento impuesto por la naturaleza de sus tareas, han minado su resistencia. Durante tres meses permaneció solo en Santa Cruz, con la única compañía de un sirviente, W. Gardiner, mientras el señor Schmid, noble y abnegadamente, se ausentó con una tribu de indios procedentes del norte (a quienes él no conocía pero, por referencias, era conocido de los nativos) y se dirigió con ellos al sur, para visitar a sus antiguos amigos y comunicarles el establecimiento de la nueva base en Santa Cruz. El señor Hunziker sintió intensamente esta soledad y, cuando regresó el señor Schmid, aquél no lo reconoció, preguntándole si hablaba inglés o español. Este incidente revela a las claras las dificultades que debió afrontar el señor Schmid y, más dramáticamente aún, el sufrimiento mental que tres meses de aislamiento provocaron en el señor Hunziker. No abrigo duda alguna sobre la abnegación cristiana y el interés de este hermano en la obra misionera; es un elemento valioso, decidido y constante en el servicio del Señor. Sé que la Comisión ha de contemplar a estos dos hombres con especial consideración y afecto; no hay palabras suficientemente laudatorias, ni estímulo demasiado grande, para dos espíritus tan cristianos como éstos.

La huerta que, con gran trabajo, habían cultivado cerca de la choza, no recompensó los esfuerzos de nuestros dos hermanos. La tripulación de la *Allen Gardiner* se dedicó, sin pérdida de tiempo, a preparar el terreno para otra, a unas trescientas yardas más arriba en el valle, limpiando, cavando y cercando una superficie de tierra adecuada, de modo que después del próximo invierno, una vez disipadas la escarcha y la nieve, pueda esperarse mayor éxito del cultivo. Al señor Rau se le ocurrió hacer un gran pozo, en el que vertería sus aguas un canal sacado del arroyo que riega este valle. Su laboriosidad y entusiasmo para llevar a la práctica la idea lograron atraerle la colaboración de algunos voluntarios y en cosa de cinco días quedó terminado un magnífico estanque; a él llega ahora el arroyo y distribuye el agua donde hace falta. La obra fue coronada con una piedra, en la que se grabó la fecha y el versículo XXI, 6, del Apocalipsis, dando bello marco al "Pozo de Jacob" (Jacob es, precisamente, el nombre de pila del señor Rau)... Mirando hacia el futuro, veo llegar el momento en que muchas bendiciones serán recogidas por las tribus aborígenes en esta Misión, ahora en sus comienzos... Mientras la *Allen Gardiner* estuvo en Santa Cruz, los indios se hallaban lejos de allí, cazando. Casimiro y su familia ha-

bían abandonado la Misión el día de Navidad, con intención de regresar, en compañía de su tribu, al cabo de un mes. Pero el tiempo se nos hacía corto y, no habiendo aparecido ningún indio el 27 de enero de 1863, a la mañana siguiente, temprano, levamos ancla y partimos hacia la isla Keppel. En una oportunidad acompañé a los señores Hunziker y Rau en una excursión a pie, alejándonos unas quince millas de la base y encendiendo grandes fogatas, en la esperanza de atraer a los nativos que pudieran hallarse a la vista del humo. Pero tales señales no tuvieron éxito como anunciadoras de nuestra presencia, respondiendo a ellas sólo alguna que otra manada de guanacos o algún furtivo puma, escondido en los riscos vecinos. El domingo anterior a nuestra partida celebramos la Cena del Señor en la cabina de la *Allen Gardiner*, uniéndonos varias veces en oración e invocando la divina bendición y guía, así como rogando porque los indios fueran conducidos, en sus andanzas, hacia el nuevo hogar espiritual que el Señor les enviara: paz y sosiego reinaron en nuestros corazones. Prometí regresar, si todo marcha bien, en el próximo mes de abril, de paso para El Carmen y, desde aquí, volver una vez más a la isla Keppel. Ruego a ustedes seguir a la *Allen Gardiner* con sus oraciones.

VII

CARTA DE WAITE HOCKIN STIRLING

A Voice for South America, X, 248-259; London, 1863

Provisiones para los misioneros de Santa Cruz. — La "Allen Gardiner". — Llegada a Weddell's Bluff. — Los primeros indígenas. — La parcialidad patagona del sur. — Agasajos y primeras conversaciones. — Parlamento. — Actuación de Casimiro. — Recelos. — Promesas. — El paso de Santa Cruz. — Cántico nocturno.

Isla Keppell

Cargadas las provisiones con destino a Santa Cruz, la *Allen Gardiner* zarpó de Stanley el lunes 4 de mayo. A pesar de un fuerte viento en contra, anclamos en Committe Bay el jueves 7 por la mañana. Un grupo de cuatro personas fue destacado en procura de carne fresca para el consumo de a bordo y, especialmente, para salar y llevar a los residentes en Santa Cruz; dos pequeños cerdos se reservaron con este fin. Se cosecharon, asimismo, bastantes patatas. Un ambiente de orden y laboriosidad reinaba en la Base. El jueves 14, hallándose todo listo menos el viento, que se presentó franca y obstinadamente contrario, me embarqué en la goleta en busca de Santa Cruz. El primer oficial, James Parry, creía que la *Allen Gardiner* iba a vérselas en serios apuros para salir del estrecho de Keppel, pero lo hizo con admirable tranquilidad y a eso de las cuatro de la tarde del viernes (otra vez contra los vaticinios de Parry),

dobló las Jason, venciendo gallardamente a una fuerte marejada frente a la bahía. Menciono la opinión de Parry porque es un marino de primera y un excelente oficial que conoce bien a la *Allen Gardiner,* por haber estado seis meses a bordo de ella con anterioridad a este viaje. Ahora declara que la goleta vale por dos, comparada con lo que era antes; de no haber sufrido las recientes reformas, nunca habría podido salir del estrecho de Keppel o vencer la corriente de las Jason. No hay duda de que es una hermosa nave para el mar. El domingo por la noche, a las 10.10, fondeamos frente a Keel Point, en Santa Cruz, después de cruzar la barra alrededor de las 9.30, un pasaje que hace honor a la goleta, pues tuvo que luchar contra la marea casi todo el trayecto, con fuerte viento en contra y castigada incesantemente por el oleaje. A las 7.30 de la mañana del lunes, apenas despuntaba el alba y aprovechando la marea favorable, aunque con viento de proa, avanzamos hacia Weddell Bluff, donde llegamos a las 9.30. Tras de desayunar y celebrar el acostumbrado oficio matutino a bordo, el Capitán y yo bajamos a tierra, siendo recibidos en la playa por nuestros hermanos Misioneros, señores Schmid y Hunziker. No era necesaria mucha imaginación para percibir que el corazón y la mente de nuestros hermanos se hallaban en un estado de fuerte depresión y tristeza, necesitando, sin duda, un pronto descanso.

El martes por la mañana el capitán anunció, desde la cubierta, haber visto las señales de humo de los indios, a unas tres millas de distancia y sobre la playa. La noticia me llenó el corazón de alegría; rápidamente se preparó el bote y, en compañía de nuestros queridos hermanos, salí al encuentro de los visitantes. Eran seis: dos hombres, dos muchachos, una mujer y una interesante niña de unos cuatro años. Nos anunciaron que dentro de pocos días llegaría una gran partida de indios, hallándose unos 800 de ellos acampados actualmente a pocas millas de este lugar. Pronto fueron agasajados en la Base los recién llegados, dándoseles café y bizcochos y cambiándose mútuas demostraciones de amistad. Había entre ellos un miembro de las tribus del norte; hombre bien parecido, alto, de expresión sumamente amistosa pero, por desgracia, completamente sordo, aunque no tendría más de 40 años. El otro hombre pertenecía a las tribus del sur, de unos sesenta años pero corpulento y erguido, padre de uno de los muchachos y cuya madre, araucana, había muerto pocos años antes en Puerto Deseado. También la niñita era hija suya; la madre, perteneciente a la tribu fueguina de los *Alikhoolip,* había sido ultimada a puñaladas y quemada como bruja

alrededor de un año y medio atrás. La mujer era hijastra de este hombre e hija de la muerta Alikhoolip, y de un marido anterior de ésta; el viejo parecía quererla mucho. El otro muchacho era un hijo de Casimiro y antiguo alumno de los señores Schmid y Hunziker. El indio del sur gozaba de gran prestigio entre nuestros hermanos misioneros; su aspecto y modales traslucían una actitud amistosa y, desde la primera vez que el señor Schmid viajara con su tribu, este hombre se hizo acreedor a su confianza y aprecio. Decidí, por ello, demostrarle especial consideración y le invité a bordo de la *Allen Gardiner*. Se mostró muy satisfecho con un regalo de bizcochos y un poco de azúcar, a lo que agregué algunas cuentas y un vestido para su hijastra. Como todos los nativos que en estas regiones entran en contacto con europeos, pidió brandy y no sé si me creyó cuando le aseguré que no traíamos tal bebida en la goleta; pero se deleitó con un poco de jugo de lima, bebiéndolo en gran camaradería. Su hijo vino a bordo con él; era un muchacho de buen aspecto y muy discreto. Me sorprendió oírle expresar su deseo de visitar las Falklands, pues dijo, entre otras cosas, que quería ver al Gobernador; insistió sobre el particular y su voluntad de que le acompañaran su hijo e hijastra. Con toda paciencia le explicó el señor Schmid que el Gobernador de las Falklands era un hombre muy distinto de... de... y que, por cierto, no daba brandy a los aborígenes; más aún, que la Base de la Misión se hallaba muy distante de la residencia del Gobernador. Pareció contentarse con estas explicaciones, pero insistió en que lo mismo deseaba viajar en el buque. Tal estado de ánimo infundió en mí un poco de optimismo en cuanto a nuestra Misión en Patagonia, pues me hizo entrever que tocaban a su fin las dificultades halladas hasta aquí.

El miércoles por la mañana aparecieron algunos indios sobre las colinas que dominan la Base; en pintorescos grupos, fueron descendiendo y acercándose a nuestra residencia. El jueves aumentó repentinamente el número de visitantes y, al llegar la noche, no menos de cuatrocientos se hallaban en los alrededores. El jefe supremo de los indios del sur es Gemôki, hijo de As-caik, el fiel amigo del señor Schmid durante su primer viaje entre los Patagones. Gemôki es un hombre de muy buen aspecto; pero su ayudante, que parecía no apartarse nunca de su lado, dejó en mí una impresión de grandeza varonil que nunca he de olvidar; un príncipe entre hombres, un Saúl entre sus gentes, se me figuraba capaz de dictar condiciones de paz a su antojo en rueda de reyes: tal me pareció cuando lo vi, erguido y arrogante, apoyado su brazo como un cetro sobre el

pescuezo arqueado de su cabalgadura. Vestía, igual que Gemôki, un amplio poncho y sueltos pantalones de gaucho, pies y piernas cubiertos con botas de cuero bien sobado de puma o guanaco. De la parte posterior de su ancho cinto sobresalía la empuñadura de plata de un gran "facón", arma característica de estas gentes; una vincha de seda que, en este caso, mantenía en orden la abundante cabellera, servía, insensible pero eficazmente, de substituto de una corona, ciñendo una frente altiva y dando singular realce a unas facciones hermosamente masculinas. Parecía hallarse muy por encima —por lo menos esa fue nuestra impresión— de todo gesto de vanidad y rasgo de barbarie, tan comunes entre sus hermanos de raza. Demasiado a menudo las caras de estos indios se hallan desfiguradas con grotescas pinturas, especialmente en las mujeres. Pero este hombre no ostentaba adorno alguno, siendo difícil imaginar, por la expresión de su semblante, que pudiera hacer uso de cualquier artimaña para recalcar su natural prestancia. Dormí en tierra esa noche, a fin de formarme una opinión personal sobre la conducta de estos indios que ahora acampaban alrededor de nuestra casilla, verdadera reliquia de la guerra de Crimea, residencia de nuestros abnegados hermanos y que otrora ocupara el señor Gardiner en la isla Keppel. Fui afuera en una oportunidad, para contemplar una escena que las silenciosas estrellas y la pálida luna apenas alumbraban. Ardían aún, aquí y allá, algunos fuegos de los campamentos; gruñían algunos perros, atentos a cualquier pisada extraña. Todo parecía tan vivo y real frente a la siniestra quietud de la noche patagónica, extendida sobre los cuerpos de muchos hombres que rodeaban, envueltos en sus ponchos, las brasas mortecinas de los fogones campestres. Había comenzado a helar con intensidad y a menudo se oía la tos de los durmientes, demostrando que la crudeza de la intemperie tenía efecto aun sobre estos hombres tan curtidos. Pocos eran los que habían traído toldos, pues la presencia de la *Allen Gardiner* en Santa Cruz les había tomado por sorpresa y, en grupos heterogéneos, se fueron acercando a la Base sin pérdida de tiempo, según donde se hallaran a la sazón y el interés que nuestra llegada despertara en los respectivos jefes de familia. La vanguardia de la tribu ocupaba las vecindades de Weddell Bluff, hallándose el campamento principal a unas quince millas hacia el sudoeste. Entre los que se habían adelantado estaban Gemôki, Casimiro y un cacique del norte; un sobrino de Casimiro, segundo de Gemôki, había quedado a cargo del grueso de la gente; pero aun éste, acompañado de una docena de hombres, nos hizo una visita de

algunas horas para presentarnos sus respetos, según dijo, y expresar su deseo de que, en nuestro próximo viaje, pudiera estar más tiempo conmigo, etc.

Llevé a bordo de la goleta al jefe y algunos de los hombres más prominentes del grupo, procediendo a repartir entre ellos bizcochos, azúcar, arroz, cuentas y varias prendas de vestir. Di a Gemôki una bolsa entera de bizcochos, para que repartiera entre los indios presentes en la proporción que deseara. Con todo éxito hizo de intérprete el señor Schmid; por su intermedio pude comunicar a los caciques y demás personajes influyentes de la tribu los grandes objetivos de nuestra misión, especialmente el de fundar una escuela para sus niños y, de ser posible, conseguir que algunas familias se radicaran o, por lo menos, que hicieran frecuentes visitas a nuestra Base. Convinimos en que se proclamaría nuestra intención ante todos los componentes del campamento y que recibiríamos una contestación a nuestra propuesta el viernes por la mañana. Llegado el momento indicado, ocupé un sitial fuera de la casa, sentándose el señor Schmid a mi derecha y Gemôki a mi izquierda. Frente a mí se colocó Casimiro y, en un semicírculo a su alrededor, sentados en el suelo, tomaron lugar unos cincuenta hombres. Aquí y allá grupos aislados de indios conversaban entre sí o contemplaban el parlamento desde alguna distancia, mientras los niños, siempre curiosos y no sin cierto respeto, permanecían plantados alrededor del grupo, con los ojos fijos en la magna asamblea. Claro está que había mujeres por doquier; recuerdo una, especialmente, que, no impresionada en lo más mínimo por la solemnidad del momento, mantuvo todo el tiempo un verdadero sistema de telegrafía facial, gesticulando y exhibiendo insistentemente varias pieles ante nuestra mirada, con el deseo evidente de canjearlas. No le faltaba razón, pues los jefes iniciaron la sesión regalándome, en medio de muchas palabras y agasajos, algunas mantas de guanaco y cueros de puma. Cuando esto ocurre, es costumbre retribuir las atenciones por la tarde, o a las pocas horas de recibirlas, en escala adecuada; así me informó el señor Schmid y no opuse reparos, pues las mantas eran tres y los cueros de puma cuatro en total. Estos últimos no tienen valor comercial alguno, pero los recibí agradecido por el gesto amistoso que implicaban. Terminados los preliminares, pusimos a consideración de nuestros visitantes el proyecto relativo a la escuela para niños aborígenes; por un rato se escucharon opiniones en pro y en contra, poniendo yo especial empeño en que comprendieran lo sincero de nuestras intenciones y la ausencia de todo motivo ulterior de nues-

tra parte: veníamos a enseñarles el camino hacia el verdadero Dios y hacia Jesucristo, su mensajero en la tierra, no a apoderarnos de su propiedad y su suelo, ni a propugnar la invasión extranjera; ni siquiera nos animaba el deseo de comerciar. Instruirlos sobre la vida eterna, sobre la existencia de un mundo mejor más allá de la tumba; ayudarles a mejorar sus condiciones de vida, a convertirse en un pueblo numeroso, fuerte y feliz, es decir —según pudo hacerles entender el señor Schmid a través de mis palabras— en una gran nación. Recalqué que éramos cristianos, cristianos ingleses, no españoles o chilenos y que nuestra única aspiración era su progreso y felicidad.

En contestación a esto Casimiro, que actuaba en nombre de los demás, dijo que la caza no era buena en las inmediaciones de la Base; su gente tenía la intención de trasladarse al norte durante el invierno; en cuanto a él, deseaba que sus hijos se instruyeran, pero qué los otros no querían prometer nada. ¿Cuándo regresaría la goleta? Respondimos que al cabo de dos meses, si el tiempo y los vientos nos favorecían. A esto contestaron que pensaban permanecer en la zona alrededor de dos meses y, una y otra vez, expresaron su deseo de que la *Allen Gardiner* regresara a Santa Cruz antes de su partida.

He aquí, en resumen, lo tratado en nuestra primera reunión formal; celebramos otras conferencias, pero, en general, el resultado fue siempre el mismo. Los indios se negaron a formular promesa alguna, especialmente Casimiro; éste, según me dijo el señor Schmid, se sentía celoso de nuestro ofrecimiento, pues quería que sus hijos fueran los únicos en recibir educación y deseaba aumentar su menguante influencia ante la tribu a expensas de nosotros. No me sentí contrariado por el resultado; en realidad, hubiera quedado menos satisfecho si los indios hubieran manifestado completo acuerdo y formulado una serie de promesas. No comprenden, por ahora, el alcance de nuestros propósitos, ni los beneficios que éstos encierran para ellos; han tenido experiencias demasiado desagradables en su trato con los "cristianos" como para ponerse confiadamente en sus manos, pues una y otra vez han sido traicionados. No es extraño, por lo tanto, que se muestren tímidos y prevenidos antes de aceptar una nueva propuesta, por más desinteresada que ella sea y cuya finalidad y consecuencias no pueden apreciar concretamente. Ello no obstante, mi impresión está lejos de ser pesimista, pues veo que se trata de una gente con muchos rasgos de carácter por demás favorables; es una raza magnífica, bárbara y supersticiosa por cierto,

pero sin hábitos crueles; ajena a los beneficios que confiere la Iglesia de Cristo, no por hostilidad hacia sus principios sino por el ejemplo nefasto que ha traído una raza de conquistadores totalmente desprovista de escrúpulos y de toda inspiración evangélica. Nuestros Misioneros conocen ya bastante bien su lenguaje y se han conquistado su confianza gracias a la vida sana y virtuosa que han llevado siempre durante sus andanzas, de muchos meses a la vez, en compañía de las tribus del sur, aislados por completo de todo trato con europeos. Veo, asimismo, que los hijos de estos nómades son capaces de asimilar cierta instrucción, pues no son faltos de inteligencia y parecen ofrecer un campo propicio para sembrar la doctrina de Dios. Quien posea un corazón capaz de abrigar amor por los niños no dejará de reconocer la irresistible atracción que ejercen esos pequeños semblantes, francos y expresivos, y el derecho que les asiste de solicitar nuestro interés y cuidado. ¿No significan nada para nosotros, cristianos, esos ojos que parecen implorarnos les indiquemos el camino hacia la verdadera vida? También las mujeres merecen nuestra simpatía y protección; hay en su aspecto algo que revela una gran disparidad entre lo que son y lo que podrían ser; que las hace acreedoras a una vida muy distinta de la que llevan y que podría prometer, dada una oportunidad, una hermosa cosecha de gracias y virtudes en el seno del Evangelio. ¿Por qué no hemos de contemplar, pues, con fe y esperanza la obra de nuestra Misión? Fácil sería, claro está, enumerar las dificultades que aún debemos superar; pero si conseguimos vencerlas, estoy íntimamente convencido de que todo lo que precisamos es perseverar en la obra iniciada para ver coronados con el éxito los desvelos de nuestros Misioneros en Patagonia. Ante su espontánea oferta, encomendé a Casimiro el cuidado de nuestros hermanos mientras permanezca en las vecindades de la Base, ayudándoles en las cacerías y evitando que sus compañeros molestaran a los nuestros; le prometí una bolsa de bizcochos y tres libras de tabaco para cuando la *Allen Gardiner* vuelva a Santa Cruz. A Gemôki, por su parte, prometí varias prendas de vestir y a todos los demás, para uso de la comunidad, un bote con un cable, que podrán emplear como balsa en el cruce del río, algunas millas aguas arriba de Weddell Bluff. Hace mucho tiempo que desean poseer un bote, pues la rápida corriente del Santa Cruz hace peligroso el pasaje, aún para los hombres. Esta promesa provocó gran satisfacción y uno de los indios, procedente del norte, declaró que daría a conocer la noticia entre todas las tribus. En la actualidad sólo unos pocos, entre los más osados, se atreven

a ganar el lado sur del río. Casimiro dijo que muchos más nativos visitarían la Base si dispusieran de un bote. Puse como condición para cumplir mi promesa buena conducta y trato amistoso de su parte; el incumplimiento de su palabra acarrearía el inmediato retiro de la embarcación. Si nosotros cumplimos por nuestra parte, estoy persuadido de que los indios irán adquiriendo gradualmente más confianza en nosotros y en nuestra buena voluntad, con lo que desearán beneficiarse. Les dije que era mi aspiración ser conocido entre ellos como *"el amigo de los indios"*; pero este pomposo título demanda, sin duda, hechos más que palabras y, por mi parte, he de hacer todo lo posible para mantenerlo, mientras se me proporcionen los medios. Hasta qué punto responderán los indios a nuestras demostraciones de amistad es cosa que no puedo predecir. En cierto sentido, la actitud que observen hacia nuestros misioneros que quedan a cargo de la Base de Santa Cruz (William Gardiner y Matthew Paravick) durante los próximos dos meses, servirá de prueba para el futuro; si se abstienen de molestarlos y son lo suficientemente atentos como para proporcionarles, de cuando en cuando, alimentos cada vez que salen de caza, confiaré en las perspectivas del establecimiento. Si, por el contrario, acosan a nuestra gente o se dedican a robarles, no he de desesperar; ello servirá para reforzar nuestras precauciones y ponernos en guardia para más adelante. Pese a todo esto, confío en que nuestro pacto con los indios haya quedado bien establecido, así como nuestra mutua confianza y que encontremos todo en orden y en las mejores relaciones cuando volvamos a Santa Cruz.

Podría narrar muchos detalles interesantes ocurridos durante nuestra estada en Santa Cruz con los nativos; pero esta carta, ya bastante extensa, podría aparecer como "rellenada" innecesariamente, al decir de un célebre juez. Debo agregar, sin embargo, que nuestros amigos los señores Schmid y Hunziker parecen encontrarse a gusto entre esta gente. Cuentan, evidentemente, con su confianza y su buena voluntad, pues son reconocidos como miembros honorarios de la tribu del sur; "Ophilo" (el señor Schmid) y "Fred-rik" (el señor Hunziker) fueron presentados a un cacique del norte como pertenecientes a los Tsoneca del sur. Durante la noche que pasé en tierra y mientras yacía despierto en mi lecho, envuelto en una manta de guanaco y pensando en todo lo que había visto, lo extraño de la escena en que me hallaba y otras cosas, escuché a dos hombres que, afuera de la choza, cantaban, aparentemente, las alabanzas de "Ophi-

lo", pues este nombre se podía distinguir, clara y frecuentemente, por encima del lúgubre cántico, extraño y melancólico, que entonaban. Llegamos a isla Keppel el viernes último, a las dos de la tarde. Aunque se marearon bastante, los tres indios se comportaron bien.

VIII

CARTA DE WAITE HOCKIN STIRLING

A Voice for South America, XI, 30-31; London, 1864

Término de la misión de Santa Cruz. — El proceder de los capitanes traficantes de pieles. — Fidelidad de dos indígenas.

La misión de Santa Cruz ha sido desmantelada y los señores Schmid y Hunziker se hallan aquí. El primero regresa de inmediato a Inglaterra y al continente europeo; quizá esté ya con ustedes cuando les llegue esta carta y les informará él personalmente sobre los pro y contras de la repentina disolución de la Base de Santa Cruz.

Parece que un capitán N... visitó dicho río poco después de salir la *Allen Gardiner,* en el mes de mayo último, repartiendo entre los indios grandes cantidades de ron, con lo que por muchos días la borrachera fue general... ¡Y todo ello a manera de "intercambio"! Convino luego en volver a encontrarse con la tribu en bahía Laredo, algunas semanas más tarde, para reanudar el "comercio".

A menudo sufrieron gran ansiedad los dos hermanos a cargo de la Misión y, cuando nuestra goleta tocó Santa Cruz, pintaron un cuadro muy desalentador de los acontecimientos. Los señores Schmid y Hunziker manifestaron serias dudas sobre la utilidad de permanecer en dicho puerto, pues es evidente que capitanes como el mencionado N..., mientras logran sus propósitos de obtener pieles y otros artículos, no repararán en convertir el campamento en un centro de vicio y desorden, mediante la distribución

de ron, coñac o lo que sea. Agregaré, además, que una sequía extraordinaria se prolongó durante toda la primavera y hasta hace pocos días, faltando casi totalmente el agua en la Base. Llegada esta crisis, abrí el sobre con las instrucciones de la Comisión y, tras de leerlas, se iniciaron de inmediato los preparativos para deshacer la casa y levantar todo lo que perteneciera a la Misión para embarcarlo. Los dos indios, padre e hijo, que habían estado con los señores Schmid y Hunziker durante la visita de éstos a la isla Keppel, se negaron a abandonarlos y llegaron aquí a bordo de la *Allen Gardiner*.

IX

CARTA DE JUAN FEDERICO HUNZIKER

A Voice for South America, XI, 180-182; London, 1864

La Misión de San Javier. — Inconvenientes por la sequedad, calor, vientos y tierra. — Escuela. — Mejor conocimiento del idioma. — Indios Tuwelches. — Recuerdos del misionero Schmid. — Actuando de médico. — Numerales en un idioma patagónico.

San Xavier, 18 de abril

Con gran placer y emoción recibí, todas juntas, vuestras cartas. Algunas estaban fechadas en 1863 (!) y otras en enero y febrero de 1864. (Los servicios postales de y para Patagones son, evidentemente, muy deficientes. — *Ed.*). Durante los primeros meses de mi permanencia aquí me dediqué a levantar nuestra pequeña choza. Hemos comprobado que en esta región no es conveniente erigir habitaciones de madera, pues la arena acarreada por las tormentas atraviesa las paredes fácilmente. No podíamos mantener nada limpio y hasta los alimentos se llenaban de tierra y arena; a menudo nos ocasionó molestias digestivas la suciedad así acumulada y, además, el calor se hacía adentro insoportable, pareciendo más una estufa que una habitación; la sequedad del ambiente, por otra parte, hizo retorcer las maderas, de modo que el techo dejaba pasar la lluvia. Muy a menudo pasábamos el día entero en los montes, contentos de hallar un reparo contra el calor y la tierra.

Inauguramos una pequeña escuela para niños indígenas; al principio, tres o cuatro muchachos de las familias vecinas era toda nuestra asistencia, pero ahora el número ha ascendido a ocho. He logrado juntar unas cuantas palabras más del idioma Zónica; muchas son las dificultades que aún he de vencer antes de hablar fácilmente con los indios sobre Jesucristo Nuestro Salvador. Dentro de mis posibilidades, he tratado a menudo de hacerles comprender el significado del amor de Dios, pero, por lo general, he debido renunciar sin obtener resultado alguno.

Muy pocos indios se han hecho ver por las vecindades en los últimos meses; algunos se han ido a sus campamentos, otros a unas tres leguas tierra adentro y, actualmente, sólo quedan dos toldos en las proximidades. Se espera aquí la llegada de unas cuarenta familias de inmigrantes suizos y alemanes, que han de fundar una colonia a unas quince leguas de la población y aguas arriba del río; es muy probable que, cuando vengan, los indios tengan que retirarse. También se espera, de un día para otro, la llegada de una tribu de Tuwelches, pues hace pocos días llegaron cuatro de ellos. Fui en su busca, les hablé en Zonica y, para mi sorpresa, me contestaron en el mismo idioma, asegurándome que era el lenguaje usado por ellos. No sé cuántos miembros tendrá esa tribu; conocen sólo a unos pocos de nuestros "Hananicene Zonica" pero, me dijeron haber oído que entre ellos había un "pequeño inglés" (el señor Schmid), con barba y que era un hombre muy bueno. Habremos ganado mucho terreno si el idioma Zonica es conocido de tantas tribus. Incluyo aquí una lista de los números usados en otro de los dialectos patagónicos. Me he convertido en "médico" entre los indios, muy a pesar mío. Como tengo un botiquín y algunas nociones de medicina, he podido socorrer a más de un enfermo; en una oportunidad, pude arreglar la pierna de un indio, rota al caerse del caballo y, en otra, logré curar al Cacique Chingalee. Todo esto me ha atraído amigos, aunque desearía poseer mayores conocimientos de medicina y me arrepiento de no haber profundizado algo más en estos estudios en años anteriores. Espero que mi querido compañero de tareas regrese pronto, pues le extraño mucho.

THE-USHENC,
UNO DE LOS LENGUAJES PATAGÓNICOS

NÚMEROS

Jiaˇ	1	*Bejaˇ zamazcaˇ jiaˇ*	21
Bej	2	*Gejaˇ zamazcaˇ*	30
Gej	3	*Mala zamazcaˇ*	40
Mala	4	*Danca zamzcaˇ*	50
Danca	5	*Jimanaˇ zamazcaˇ*	60
Jiman	6	*Cajbeja zamazcaˇ*	70
Cajbej	7	*Busha zamazcaˇ*	80
Busha	8	*Jiba zamazcaˇ*	90
Jiba	9	*Batacaˇ (Jiaˇ patacaˇ)*	100
Zamazcaˇ	10	*Jiaˇ patacaˇ danca zamazcaˇ*	150
Zamazcaˇ jiaˇ	11	*Beja Patacaˇ*	200
Zamazcaˇ bej	12	*Warancaˇ*	1000
Bejaˇ zamazcaˇ	20		

X

CARTA DEL DR. G. HUMBLE

The Voice for South America, XII, 62-64; London, 1865

Reseña del viaje. — Actuación como médico. — Nuevas construcciones. — Visita a San Javier.

23, noviembre, 1864

Hallándose a punto de zarpar un buque, mañana temprano, aprovecho la oportunidad para enviar a usted una breve reseña de los acontecimientos, esperando poder hacerlo en forma más extensa para cuando parta el *Río Negro*. Llegué a la boca de este río el día 8 y, al día siguiente, proseguí a caballo hacia Patagones, a fin de ver cuanto antes a la pobre señora Stirling. Habrá usted oído ya, sin duda, los pormenores de la enfermedad...

Hallé gran demanda por mis servicios como médico apenas me encontré en ésta, pues no lo había en la zona en ese momento. He alquilado una habitación para dispensario, en el cual distribuyo a los pobres, gratuitamente y a determinadas horas, atención y medicamentos. Aunque parezca extraño, estoy atendiendo actualmente al Cura de la localidad, que recientemente regresó de Buenos Aires y se halla postrado. No parece tener mayor confianza en el médico de la guarnición militar.

El hecho de ser médico, a la vez que misionero, me confiere un ascendiente del que no gozaría de otra manera. Mi deseo es dedicar todo ello al servicio de la causa del Maestro.

Temo que este trimestre los gastos sobrepasen algo la suma asignada. He tenido que hacer frente a algunos desembolsos ocasionados por la nueva construcción, hallándose hecha la mayor parte de los ladrillos necesarios. Ya se ha levantado una pieza y creo que con £ 200 podrá completarse la nueva ala del edificio. Espero tener, dentro de poco, una iglesia-escuela, con el presbiterio cerrado durante los días de semana, un dispensario y un dormitorio para alojar algunos niños indígenas. Esto me mantendrá muy ocupado, así como a mi personal, durante un tiempo. La semana pasada fui a caballo a San Xavier, en compañía del señor Stirling, donde vi la pequeña choza de madera y visité diez toldos de los indios. Comuniqué a éstos que era médico y les ofrecí mis servicios desinteresados para cuando los necesitaran. Algunos vinieron a consultarme allí mismo; otros manifestaron su alegría de saber que podrían contar con asistencia médica en caso necesario. Estoy atendiendo ahora al hijo de uno de los indios más influyentes de la costa sur del río; posee un alto grado militar al servicio del gobierno y categoría de segundo jefe. Tiene un criadero de caballos de carrera y vastas extensiones de tierra. Espero que su influencia me abra las puertas de los otros indígenas. El señor Stirling se halla aún aquí, a la espera de la *Allen Gardiner*. Me ha sido muy grato reunirme con él y aprovechar su experiencia y consejos para mi futura labor de Superintendente. Los señores Schmid y Hunziker han ido a San Xavier por uno o dos días, con el fin de aprontarse para iniciar las clases una vez abierta la escuela.

MANERAS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PATAGÓNICOS

P R Ó L O G O

Han pasado muchos años desde que conocí por vez primera estas observaciones etnográficas de Schmid y, por cierto, cada vez que intento leerlo con propósitos de anotarlo, encaro la posibilidad que, en parte, no sean fruto de observaciones propias sino el compendio de ajenas, bibliográficamente reunidas y elaboradas. No olvidando que fueron redactadas durante su estada en Londres, tengo para mí hayan sido puestos a contribución los viajeros éditos más o menos conocidos, especialmente los de habla inglesa. Ello no obsta a que, eliminados todos los datos que tienen ese origen —llamémosle: espurio— queda, sin embargo, un cúmulo de informaciones que no tienen símil con lo ya conocido y constituyen el metal noble de "Maneras y Costumbres". Así, por ejemplo, las prácticas consecutivas a la muerte de un indio no solo eran desconocidas, ni siquiera sospechadas. Pero, también, hay omisiones evidentes, ocasionadas por el más detestable puritanismo con no poco de mojigatería. Tal, la eliminación absoluta de todo lo atinente a las usuales ceremonias y festejos determinados por la entrada de una niña a la pubertad. Tal, el ocultar el homosexualismo de los "médicos". Tal, ignorar la poligamia de los caciques y de los indígenas pudientes. Tal, las borracheras y las continuas reyertas intertribales. Tal, los casamientos por compra de la mujer. En fin: en aras de ridículos escrúpulos y disimulos extemporáneos el Comité de Redacción ha suprimido muchos de los acápites que —si habían sido escritos con tanta profundidad de observación como los que han llegado hasta nosotros— serían otros tantos mojones en el conocimiento etnográfico de los Patagones del sur.

Mientras no nos sea dado conocer esos capítulos, seguramente

escritos, pues no entra en el campo de lo razonable que a una persona para quien la pudicicia y el recato de la mujer patagona no era óbice para saber que se pintaban el cuerpo íntegramente, o que se laceraban las piernas en expresión de duelo, le haya pasado inadvertido, en los muchos meses de trato con los indios, la entrada de una niña a la nubilidad, cosa que durante el viaje de González acontecía cada dos o tres semanas, escritos, repito cuajados de noticias captadas por un buen observador, conformemos nuestros deseos a las posibilidades. En rigor, lo poco que ha dejado a nuestro alcance el Comité de Redacción es una contribución tan efectiva que aun con verdadero dolor por lo ocultado, corresponde agradecer las migajas que han tenido la bondad de brindarnos.

Las "Maneras y costumbres" son un conjunto orgánico, publicado por razones editoriales, en varios números de la revista, pero sin que allí se adviertan modificaciones substanciales en lo expresado por Schmid, aunque sí muchas supresiones que las desmerecen. Cabe, sin embargo, señalar el valor tan especial de estos informes. Al igual que en la casi totalidad de los cronistas hasta el siglo XVIII *inclusive, los datos que se proporcionan son única consecuencia de las observaciones, sin que medie —por razones obvias— manifestación alguna por parte de los nativos. Es decir, se ha visto y se ha hecho relación de ello y, de vez en cuando, se ha presumido la causa que determina la acción pero sin intervención exegética de los propios actores. Como en todas las cosas humanas, tanto valor tienen los factores que valorizan esta situación de vidente sin habla como, en su desmedro, la de describir, suponiendo, lo que no ha sido motivo de explicación.*

Pero es el caso que, sin entrar a discriminar cuál es la más valorable de las situaciones, conviene advertir al lector que el testimonio de Schmid a este respecto es por demás interesante. Nadie, antes ni después de él, ha acumulado tan gran golpe de noticias; una que otra, la encontramos en el remoto Viedma y, pocas más, en el seductor relato de Musters. Descartando la cantidad —que en estos asuntos no es nada despreciable— Schmid tiene para nosotros un mérito extraordinario por cuanto explaya y aumenta las informaciones de aquél; ambos autores constituyen el eje alrededor del cual deben girar nuestros conocimientos del indio Patagón de la época ecuestre, pero todavía no contaminado con las costumbres europeas; desde ese punto de vista Musters nos muestra solo la faz epigonal de la modalidad indígena: si Moreno hubiera escrito con

criterio etnográfico, no se podrían establecer diferencias; Lista y Onelli sin serlo, proporcionan un cuadro que no desentona con el del viajero inglés. La verdad es que, desde su época, el indígena tenía muy poco que adoptar de las costumbres 'cristianas' y, también, muy poco que conservar de las propias: se había llegado al equilibrio osmótico cultural. Musters, ignora y niega el mundo mítico de los indígenas que, en cambio, Mendoza, y con posterioridad Lista, lo llegaron a conocer aunque en cantidad tan reducida que solo sirve para actuar de boya indicadora de ese algo que se perdió para siempre.

No hesito en manifestar que es con honda satisfacción que entrego a los estudiosos estas "Maneras y costumbres". Junto con Viedma, Schmid nos hace conocer al Patagón que aún vivía su vida en el momento crucial de su cultura al adoptar el caballo. Es el binomio indestructible donde basar nuestras inferencias etnográficas. Y habría de pasar más de media centuria para que llegara el Pigafetta de los tiempos modernos, el redescubridor de la población autóctona, de amplio criterio científico, que no ha soslayado dificultades y que posee —como nadie más— cuanto puede saberse de la población aborigen de Patagonia: don Tomás Harrington.

Que el ilustre, modesto y noble anciano a quien dedico estas páginas de su predecesor en el campo de la investigación, quiera admitirlas como ofrenda cordial de quien tanto lo aprecia y respeta y como exteriorización del hondo afecto que amistosamente nos liga.

The Voice of pity for South America, VII, 201-214, 220-232; London, 1860.

SUMARIO

Carta de remisión. — Estatura indígena. — Corpulencia. — Caracteres fisionómicos. — Dentadura. — Vestido. — Higiene. — Pintura facial y corporal. — Adornos. — Falta de ideas religiosas. — Entierros. — Hospitalidad. — No son caníbales. — Nombre de la entidad. — Idiomas indígenas. — El toldo. — Alimentación. — El lenguaje. — Caza. — Proclama. — El círculo de caza. — Repartición de la caza. — Obtención del fuego. — Reservas de grasa. — Cocción del avestruz. — Tareas femeninas con la caza. — Traslado de campamento. — Cuna de transporte. — Paraderos. — La familia. — Médicos. — Ceremonias fúnebres. — Duelo. — Visitas de pésame. — Sacrificio del caballo. — Tumbas.

Reverendo y Estimado Señor:

Me tomo la libertad de dirigirme a usted una vez más, insistiendo sobre el tema que ocupa mi pensamiento día y noche: nuestra obra misionera entre los nómades de la Patagonia. A través de mi carta anterior, publicada por usted en la "Voice of Pity", así como de las conversaciones mantenidas al respecto, se ha visto claramente la bondad y la misericordia con que Nuestro Señor Jesucristo, cuyo humilde siervo deseo ser, se ha dignado protegerme de todo mal y de cuanto peligro me acechara entre esos indios primitivos e incivilizados; cómo dispuso sus corazones en mi favor, haciendo que me trataran con toda la consideración de que son capaces, en especial durante los nueve meses en que As-caik, el noble y generoso cacique, vivia aún. Ello fue obra del Señor, pues Él es quien tiene el poder necesario para ablandar, a su gusto y voluntad, hasta los corazones más duros, como son los de estos salvajes cazadores. Mi experiencia tras de un año de vida entre ellos me permite expresar mi convicción de que Nuestro Señor Jesucristo, cuyo reino hemos de predicar a todas las naciones y a todas las razas, ha abierto también la Patagonia a nuestra obra. La seguridad de que no me equivoco y de contar con la protección de Aquél que tan abundantemente dispensa sus dones a quienes le honran y ensalzan, así como la perspectiva de contar con la compañía y ayuda del señor Hunziker, me animan a continuar con júbilo la tarea comenzada, esto es, la adquisición del idioma indígena. Es este el primer paso a dar en la conquista de nuestro objetivo: hacerles conocer el amor de Jesucristo, Redentor crucificado de todos los hombres, y la plenitud de Su gracia; la gracia que ha ganado tantos pecadores encenegecidos y almas endurecidas, convirtiéndolos en dóciles siervos del Cordero. Es triste y lamentable que la Iglesia Cristiana demuestre tan poca preocupación por estos oscuros y desamparados vagabundos

que, bien mirado, no son peores que tantos otros; la experiencia me autoriza a afirmarlo. La Iglesia ha realizado enormes esfuerzos por llevar el Reino de Dios y de Cristo a casi todos los pueblos y rincones del mundo; pero pocos son los fieles que dedican su energía, sus recursos y sus oraciones a incorporar a ese Reino el vasto territorio de la Patagonia. Dice el Padre Todopoderoso en el Salmo II, 8: "Pídeme, y te daré por heredad todas las gentes, y por posesión te daré hasta el último confín de la tierra". En esta promesa debemos encontrar, ciertamente, un enorme estímulo para orar y trabajar por el éxito de nuestra obra misionera. Es hora que los amigos del Reino Celestial despierten de la indiferencia y apatía que demuestran hacia el trabajo de nuestra Sociedad; es hora que apoyen decididamente a quienes dirigen nuestra obra desde la metrópoli, así como a los que han emprendido su cumplimiento en campaña. La puerta se nos ha abierto; los indios se sienten honrados de tener europeos consigo y, sin lugar a dudas, continuarán siendo amigos dignos de confianza si nosotros nos mantenemos fieles a nuestras promesas. Cierto es que no se percibe entre los nativos el menor interés por compenetrarse de las cosas divinas, pues sus mentes son demasiado incultas para comprender la necesidad de cualquier clase de instrucción, mucho menos de las bendiciones que ella trae. Tampoco abandonarán sus costumbres nómades, principal obstáculo que se interpone en toda tentativa de enseñarles algo de una manera *sistemática*, mientras no se consiga inculcarles las ventajas del cristianismo y la civilización. Pero si bien ha de estar dispuesto a compartir sus hábitos errantes quien desee vivir con ellos, a fin de familiarizarse con su lenguaje y costumbres, ello no obsta para que tratemos de educar a algunos, por lo menos a los que muestren deseos de aprender, hasta tanto la Sociedad pueda tomar las medidas conducentes al establecimiento de una sede permanente, ya sea en la isla Elizabeth, en el estrecho, ya en la tierra firme; pues no dudo que los indios, después de cierto tiempo, nos confiarían la educación de sus hijos. Podrá parecernos ésta una tarea ardua y, por ahora, llena de dificultades; pero si tal es la voluntad de Dios, ella se cumplirá a corto plazo, quizá más corto y en mejores condiciones de lo que esperamos que ésta sea pronto una realidad y que el nombre de Jesús sea proclamado y venerado, es el sincero deseo de

Su Humilde Siervo

Theoph. Schmid.

De acuerdo con la promesa formulada en mi diario, adjunto a esta un bosquejo de las maneras y costumbres de los indios de la Patagonia, con los cuales quiso Dios que viviera y viajara durante doce meses [1]. Hago esto tan solo a título de información para los amigos de nuestra Misión, cuyos esfuerzos, desvelos y oraciones se han unido a fin que en esta tierra desamparada se dé a conocer el nombre de Jesucristo, Señor del Universo, ante el que *todos* debemos prosternarnos. Como es tan poco lo que se sabe en general, sobre estos indígenas, comenzaré por describir su estatura y aspecto.

Muchos creen aún que los Patagones son verdaderos gigantes de seis a ocho pies de altura y a menudo se me ha preguntado si eso es verdad. Pues bien; se ha exagerado a este respecto, aunque puede considerárselos altos, teniendo en cuenta que la estatura media de los hombres oscila alrededor de 5 pies 9 ½ pulgadas, en medidas inglesas. Caile, el Cacique, mide unos 6 pies 2 pulgadas; Watchy era algo más alto todavía. Las mujeres son, por lo general, bajas; la mayoría no excede de 5 pies y una o dos pulgadas, aunque algunas son verdaderamente altas, llegando a 5 pies y ocho pulgadas [2]. Ambos sexos son fornidos y más bien gruesos, aunque no al punto de parecer desagradables; su aspecto es, por cierto, muy superior al de lo miserables y semi-famélicos fueguinos. De color cobrizo, tanto niños como adultos denotan buena salud y poseen mejillas rosadas. La cabeza es pequeña [3], con cabello negro, grueso y largo; la frente baja y huyente; ojos pequeños, pero brillantes y angulosos; la cara ancha y la nariz a menudo aquilina, más comúnmente chata; boca generalmente grande y de labios gruesos, aunque no siempre. Los hombres no usan barba; tan pronto como aparece un pelo, lo arrancan con el cuchillo. En muchos casos, especialmente entre hombres y mujeres jóvenes, se depilan las cejas como artificio de belleza.

Cualquiera sea su edad y sexo, tienen siempre dentadura sana y pareja; los dientes de los jóvenes son realmente hermosos y tan blancos, o más, que si se los limpiaran con cualquier polvo [4]. Sus cuerpos son largos, con extremidades cortas, porque a caballo parecen muy altos [5].

La vestimenta más común, a la vez que la más primitiva, consiste en una capa hecha con pieles de guanacos jóvenes [6], blandas y suaves, con la que se cubren del cuello a los tobillos. También usan pieles de zorrinos, aunque esto es menos común debido a la gran cantidad de cueros que se precisan para hacer una capa de hombre: cincuenta y dos. No faltan tampoco las de piel de liebre [7];

pero, según dicen, sólo se las puede conseguir al norte del río Santa Cruz. Hombres y mujeres visten igual, pues la capa es la misma; la diferencia radica en el modo de usarla: los hombres las sostienen con las manos, para evitar que se caiga, pero las mujeres las aseguran sobre el pecho mediante dos alfileres de bronce, agujas de acero o broches de madera [8]. Las jóvenes, aunque sean casadas, usan las primeras cuando no están de luto; las viejas deben contentarse con los broches de madera. Cada alfilar tiene unas cinco pulgadas de largo, achatada y con un agujero en la punta, por el que pasa una ristra de cuentas de colores (prefieren las rojas y celestes), y, si los tienen, aseguran dos o tres dedales contra el agujero [9]. En raros casos, usan para esto un disco de plata, afinado a martillazos y a veces grande como un platillo. Clavan los alfileres horizontalmente a través de la capa, separados entre sí unas cinco pulgadas; cualquier cosa que sobresalga, como dedales y otras chucherías, quedan colgando.

Cuando andan a caballo, hombres, mujeres y niños usan botas, confeccionadas con cuero de pata de caballo o de guanaco, atándolas con tientos debajo de la rodilla [10]. Al llegar al campamento, se sacan las botas cuanto antes y andan descalzos, invierno y verano. Los hombres usan, además, un taparrabo de paño, ya vayan a caballo o pasen una tarde tomando coñac; lo aseguran al cuerpo con un cinturón de cuero, a veces adornado con hebillas de plata o de bronce [11]. No existe el sombrero; una vincha o un pañuelo sirven para asegurar sus largas cabelleras. Les gusta tener gorras y, en tales casos, las llevan puestas todo el tiempo posible. Sienten gran predilección por las camisas, que usan en los días fríos, porque cuando arrojan las boleadoras, al cazar un guanaco, se les cae la capa y sus cuerpos desnudos quedan expuestos al viento.

No puede decirse que el tocado de mis amigos patagónicos sea muy minucioso, aunque el agua abunda y sobran los motivos para uso de ella. Lavarse bien es una precaución saludable, aparte de la sensación de bienestar que ello trae; pero los indios no están de acuerdo con nosotros a este respecto, pues no creen necesario tener las caras o las manos limpias. No todos piensan lo mismo, por cierto, pues hay algunos que parecen relativamente aseados; a veces se lavan la cara y luego se la pintan con tierra (roja, parda o negra) mezclada con grasa, simulando un dibujo en forma de corazón; otros, especialmente los jóvenes, se pintan dos rayas horizontales que atraviesan nariz y mejillas y otra alrededor de la boca [12]. Una que otra vez se lavan las manos, por excepción los brazos. Las mujeres se

peinan a diario, dividiendo el cabello al medio y dejándolo suelto o trenzándolo. A ellas corresponde, asimismo, la obligación de acicalar a los hombres. El peine está hecho con un pasto duro y seco, que unen a la manera de un pincel [13]. Como fijador sirve la grasa de avestruz o de cualquier otra procedencia. Finalmente, se embadurnan el cuerpo con un barro blanco, pintándose los hombres el pecho, hombros y brazos en franjas y las mujeres todo el cuerpo [14].

Además de los alfileres de bronce, cuentas y otros ornamentos mencionados, las mujeres gustan ponerse pulseras y tobilleras de igual naturaleza. Con las mismas cosas adornan algunos sus monturas, agregándoles botones; lo mismo hacen con unos anchos cinturones, que confeccionan con cuero sobado. A las trenzas suelen atarse ristras de cuentas azules; otros pasan su tiempo fabricando unos estuches para guardar espejos, pegándoles en la tapa botones de bronce, cuentas y dedales, que cuelgan de los bordes y producen un retintín al moverlos. Aros de plata, de tamaño y forma muy variada, constituyen el adorno favorito de hombres, mujeres y niños por igual, cuando los consiguen; no es raro tampoco ver a los hombres usando collares de cuentas de diversos colores.

Estos indios son dignos del esfuerzo que realiza nuestra Sociedad con su obra misionera. No poseen un entendimiento desarrollado en lo que respecta a religión; Dios —el Supremo Hacedor de todo lo creado— es para ellos un desconocido. Tampoco mantienen culto alguno ni se preocupan por la existencia de un Ser Supremo. Los he observado atentamente, tratando de descubrir algún rastro de ceremonia religiosa en sus actos, pero sin llegar a identificar nada que pueda considerarse como tal. Sin embargo, a juzgar por ciertos ritos, muy curiosos, que practican al morir y sepultar a un muerto (me refiero a la costumbre de matar, por lo menos, un caballo y todos los perros del difunto, a manera de sacrificio), creo que no están del todo desprovistos de creencias acerca de una vida futura; más aún, les he visto enterrar con el cadáver una cantidad de objetos destinados, evidentemente, a un supuesto uso en el más allá. Cuando muere un hombre, entierran con él un cuchillo elegido, una hoja de lanza, herramientas de metal, etcétera. En la sepultura de una niña de unos dieciséis años, colocaron alrededor de la almohada en que yacía su cabeza una pava, platillos, monedas, un cortaplumas, tijeras, hilos de coser y muchas otras chucherías. Pregunté a una de las mujeres si luego sacarían, poco a poco, las cosas que iban poniendo en la tumba y me respondió: "No; quedan allí para siempre". Es muy grande el respeto que demuestran hacia el desapa-

recido; envuelven el cadáver en un cuero seco de caballo y lo depositan con gran cuidado y solemnidad en su última morada. Los lamentos que acompañan a todo esto suelen ser muy conmovedores y el ruido que producen en sus manifestaciones de dolor puede oírse desde lejos. Hasta los hombres menos dados a la expresión de sus emociones saben dar rienda suelta a su pesar cuando pierden algún pariente cercano, llorando como niños. En general, son buenos y tolerantes entre sí y con los extraños; me han dado muchas pruebas de su bondad durante mis andanzas con la tribu, especialmente As-caik, el Cacique con quien yo vivía, muerto hace ya varios meses [15]. Su sentido de hospitalidad es muy marcado; no vacilan en ofrecer al extraño y al necesitado el abrigo de su toldo y el uso de sus provisiones. En cierta oportunidad, unos marineros de la Colonia que regresaban a pie del lugar en que naufragó la *Anne Baker*, buque que comandara el capitán Gibson, dirigiéndose a Punta Arenas, no tenían comida y les quedaba aún mucho por andar, hallándose cansados y hambrientos. Ni bien oyó As-caik que se encontraban cerca de la costa, buscando dónde pasar la noche y cómo pudieran, me consultó sobre lo que convenía hacer; pero él ya había decidido ir con sus hermanos al campamento de los necesitados y traerlos a la toldería, para darles comida y alojamiento hasta que pudieran continuar la marcha. Pidió a dos o tres amigos que le acompañaran, llevando cada uno un caballo de más para conducir a los marineros; rápidamente dieron caza a los caballos y As-caik, Caile y otros dos hombres se pusieron en camino, dispuestos a cumplir su hospitalaria misión. Entretanto, la mujer de As-caik y dos esposas de Caile animaron el fuego y se pusieron a preparar una olla de arroz, deseando tener todo listo para cuando llegaran, cosa que ocurrió ya muy tarde en la noche. Demostraron gran alegría al ver la satisfacción y gratitud con que los recién llegados hicieron honor al plato de comida que les esperaba. ¿No son altamente promisorios esos sentimientos de mis amigos? ¿No es ésta una prueba de que hasta entre las más rudas y primitivas criaturas del Señor se puede hallar bondad y hospitalidad? Tras de lo que acabo de relatar y haber vivido con esta gente durante doce meses, puede verse que por parte de los indios no existen obstáculos a la entrada en su seno del europeo; sólo se requiere estar dispuesto a sacrificar las comodidades en lo relativo a comida, alojamiento y otras condiciones de vida. Los indios tratarán bien a quien se les acerque y sabrán respetar la persona y la propiedad; al menos eso es lo que han hecho conmigo. Pero no hay que hacerles esperar la

recompensa cuando se les ha prometido algo; a ese respecto son como niños y quieren ver la palabra y el hecho seguirse sin dilaciones: la promesa es una deuda y hay que cumplirla de inmediato.

Lo dicho hasta aquí demuestra, a mi entender, la posibilidad que el europeo pueda radicarse entre ellos, y algo más: la relativa facilidad con que podría comenzarse a educar la nueva generación; digo esto en base a que dos muchachos y un adulto me han demostrado, en distintas ocasiones, su voluntad y deseo de aprender a leer y escribir. A menudo me observaban con atención mientras escribía mi diario y recopilaba frases de su idioma y, varias veces, el hombre trató de imitar mi escritura, con bastante éxito, en una libreta que llevo siempre conmigo.

No creo necesario decir más para desmentir la afirmación que son caníbales, como muchos creen; hasta en el libro "Los Gigantes de la Patagonia" [16] puede leerse que los indios se aprestaron a matar al autor, *con el fin de comérselo*. Sólo puedo agregar que tal cosa es increíble; descuento la sorpresa y la repugnancia que ellos mismos demostrarían si vieran hacer eso. Tienen comida en abundancia y no sienten la menor necesidad ni inclinación hacia el consumo de carne humana. Nunca he oído que uno de ellos muriera por falta de alimento; ni son tan perezosos o desconsiderados como para dejar de buscarse el sustento y el de los suyos mediante la caza, excepto cuando se encuentran alcoholizados, cosa que a veces dura varios días. Muchas veces les oí decir: "Los niños tienen hambre; voy a cazar". No transcurre un día sin que reciban el pan cotidiano de manos de Aquel que vela constantemente por todos nosotros. La tribu con que yo vivía se llama a sí misma Tsoneca; por informaciones que pude recoger y por observación personal, no han de ser más de 450 ó 500 sus miembros. Hablan un idioma propio, distinto del que usan otras tribus vecinas. Según me han dicho algunos amigos indios, hay otras cuatro tribus entre Santa Cruz y Río Negro, cada una con su lengua. Tampoco se parece el idioma Isoneca a las lenguas fueguinas o araucana. No sólo he podido confeccionar un vocabulario, sino que he logrado captar algunas de sus características. Para designar los artículos que reciben de los europeos, han asimilado el nombre español, como *pan* [17], *azúcar*, etc. Unos cuantos hablan algo de español y dos o tres han aprendido un poco de inglés; todos conocen bien los juramentos que usan los marineros británicos.

Siendo esencialmente nómades, estos indios no se adaptan a la vida en ciudades o aldeas; llevan sus toldos consigo dondequiera

que vayan a acampar. El toldo consta de un cierto número de palos (entre nueve y dieciocho, según el tamaño de la vivienda) de longitud variable entre ocho y cuatro pies [18]. Los clavan en el suelo de manera muy regular, colocándolos en tres hileras; la del medio, que constituye el principal sostén, se clava primero, siguiendo luego la tercera, que sostiene la parte posterior; estos son los palos más cortos y sobre ellos se apoyan otros, transversales, sobre los que descansa la cubierta. Luego vienen los más largos, que ponen al frente. Una vez dispuestos todos los palos, extienden sobre ellos una cubierta, generalmente hecha con cueros de guanacos adultos y fuertemente unidos con costuras; la estiran hasta cubrir todos los palos, con el pelo hacia afuera y asegurada a los palos frontales con correas; la parte posterior es fijada al suelo con estacas. Una vez levantado y asegurado el toldo, presenta la forma de un medio cono; queda siempre abierto al frente, que mira al este, pues el viento predominante es del oeste. Luego siguen las cargas traídas por los demás caballos y que pertenecen a la misma familia: mantas, alfombras, pieles de guanaco, bolsas con los surtidos más variados, como cuentas, jabón, cuchillos... todo lo que consiguieron en el último naufragio y que va a repartirse periféricamente en el interior del toldo, a fin de hacer un reparo contra el viento que, de otro modo, entraría por los bordes. Con mantas, alfombras o paños de cualquier clase y tamaño dividen esta habitación en compartimentos; el espacio cubierto por cada uno es proporcional al número de sus ocupantes. El dormitorio, usado simultáneamente como cuarto de vestir, sala y taller, va desde la segunda hilera de palos hasta casi la parte posterior, disponiéndose las camas de tal manera que la persona acostada apoya los pies contra los bultos que forman el equipaje. La cama es un cuero seco de caballo, sobre el que se apilan mantas y frazadas, haciendo de almohada una bolsa llena con lana de guanaco [19]. Los sitios vacíos se usan para reunión, pintando algunos, cosiendo mantas otros, o bien, para jugar a los naipes. No todas las familias pueden permitirse el lujo de tener un toldo; a menudo deben compartir uno entre dos o más. Suelen juntar varios toldos, de modo que la habitación resultante parece una sola, ocupada por seis u ocho familias [20]. Aquellos que no poseen toldo propio y deben vivir en casa ajena, no pagan alquiler alguno; pero las mujeres, en quienes recae la tarea de armar y mantener arreglado el campamento, deben entonces ayudar en todos esos quehaceres, bastante pesados cuando el suelo se halla congelado [21]. En tiempo muy frío y lluvioso, agregan por fuera del toldo otra

cubierta, a manera de sobrecarpa, que aseguran a su vez con palos. Para esto echan mano de velas sacadas de algún buque naufragado, bayeta o cualquier otro paño de lana. Cuando se traslada el campamento, bajan la cubierta, la doblan y la colocan sobre el lomo del caballo, atando los palos a dos cabrestillos laterales.

El alimento principal de estos aborígenes es la carne de guanaco y avestruz; pero no desdeñan la de puma o de zorrino si está gorda. La carne de caballo es muy apreciada y se reserva para ocasiones especiales, como el nacimiento de un niño o la muerte de algún miembro de la tribu. Generalmente la comen asada, usando para ello un asador de hierro o una horqueta de madera, que extienden sobre el fuego oblícuamente, clavándola en el suelo; algunos trozos son hervidos en cacerolas. Si en el campamento hay carne en abundancia, cortan los cuartos traseros en lonjas largas y delgadas, colgándolas de un palo a secar [22]; ésta es tarea de las viejas. La carne así secada se asa lo mismo que la fresca y se come con grasa de avestruz, o bien se machaca sobre una piedra hasta tornarla blanda y fibrosa y se sirve mezclada con grasa de avestruz; para esto no es necesario usar platos limpios, sino dedos sucios. Es enorme la cantidad de grasa que consumen y sólo en caso de extrema necesidad se resignan a comer carne flaca.

Son muy adictos al arroz, porotos, harina y bizcochos, que obtienen en sus viajes a la Colonia y comen hervidos en ollas. Saben hacer pequeños panes cocinados sobre las cenizas, que comen con azúcar cuando la tienen [23]. Les agrada mucho cuanto sea dulce. Nunca comen pescado [24], así sea el mejor salmón, pero sí ostras y mejillones como variación [25]. También suelen comer crudas algunas raíces, la hoja de diente de león y frutillas silvestres como el arándano y la zarzamora [26].

No existen horas fijas para las comidas, excepto en los meses de invierno, cuando se sientan alrededor de un fuego, que encienden al anochecer; mientras se prepara la cena, pasan las horas charlando, comentando lo ocurrido durante la cacería y otros temas [27]. Un cuarto delantero y costillar de guanaco constituye la comida; cuando está semicocida [28], la dividen en porciones y reparten una costilla a cada miembro de la familia o visitante. Si hay suficiente leña, encienden el fuego por la mañana temprano y se calientan mientras preparan el asado; si no hay, lo mismo cocinan, usando el fuego de un vecino y sin molestarse a pedir permiso. De las dos comidas diarias, la principal es la cena. Debo hacer notar que en cuanto a la hora de acostarse y levantarse, no observan la costumbre de otros

salvajes de guiarse por el sol, sino que se aproximan a la rutina del hombre civilizado.

El lenguaje de los Patagones no se asemeja a ninguno de los idiomas indígenas conocidos. Presenta un sonido muy gutural a los oídos de un inglés, pero no es difícil representarlo en nuestro alfabeto fonético. Algunos hablan un poco de español y tres de ellos se jactan de saber el inglés, especialmente Pedro-Silbo [29]; pero su inglés no coincide con el mío, pues no consigo hacerle entender la pregunta más sencilla. Por lo visto, no hay en su idioma palabras para "Dios", "alma", "reino", "creencia", "alabar", o cualquier otro término abstracto.

La principal ocupación de los hombres es la caza, de la que depende el sustento diario —guanacos y avestruces. No tienen día fijo para cazar; salen cuando se está terminando, o se ha agotado totalmente, la provisión de carne. Deciden, entonces, cumplir con su obligación una vez más; un grupo de hombres, cuando nó casi todos ellos, se apresta a renovar las provisiones.

A veces el que hace de Cacique lanza una proclama verbal a sus hombres, invitándoles a salir en busca de comida. Parado frente a su toldo, en voz muy alta y con una entonación particular, les ordena ir por caballos, recordándoles su obligación de colaborar todos y la dirección en que deben salir. A través de su discurso, puede advertirse que repite muchas frases dos veces y, tras de proferir una serie, hace una pausa antes de reanudar la arenga [30]. Nadie presta la menor atención al orador, pues todos siguen charlando o haciendo otra cosa.

Luego comienza a notarse cierta actividad; rodean los caballos, los enlazan y ensillan lentamente, mientras que aquellos que aún no han decidido si van a salir o a quedarse andan de un lado para otro, haciendo tiempo. Siempre hay un cierto número de verdaderos holgazanes que prefiere vivir del trabajo ajeno, en lugar de poner en juego su fuerza y destreza. Además de botas y espuelas, el cazador lleva un corto rebenque para animar a su caballo cuando echa a correr detrás de un guanaco o un avestruz [31]. Sus armas son dos juegos de boleadoras, uno para cazar guanacos y otro para avestruces; el primero consta de tres bolas, generalmente de plomo (algunas veces de piedra), cubiertas con cuero y unidas mediante una correa resistente; el segundo lleva sólo dos, más pequeñas y livianas. Así equipados, los cazadores salen en grupos de dos o tres; cuando se han alejado del campamento como una milla, se reúnen al reparo de un arbusto, encienden un fuego si

la temperatura lo exige, se calientan y fuman una pipa. Entonces el Cacique, o jefe de la cacería [32], da instrucciones a sus súbditos, que vuelven a dispersarse en grupos de dos o tres en distintas direcciones, pero siempre de modo que llegan al mismo tiempo al lugar donde deben hallarse los guanacos. Si encuentran una tropilla inesperadamente (cosa que suele suceder en terreno quebrado), arrojan las boleadoras a diestra y siniestra, logrando a menudo matar dos o tres guanacos cada uno en una sola cacería. Los animales, claro está, se dispersan en todas direcciones, pero vuelven a ser interceptados dondequiera que vayan; es común ver a uno de ellos correr en línea recta al ser perseguido, aunque delante de él y a corta distancia se halle otro cazador y pudiera escapar doblando, repentinamente, a la derecha o a la izquierda. Son animales muy ariscos, siempre alerta a la espera de posibles enemigos; si bien algunos se dejan acercar bastante, los más suelen salir a la carrera apenas ven un jinete, aunque sea a gran distancia. Andan solos o en parejas, a veces en grupos de seis y a menudo en manadas de veinte a cincuenta. Si el indio ve un guanaco a la distancia y éste no se acerca hasta colocarse a tiro, no se preocupa por perseguirlo; espera a que llegue la oportunidad propicia y, de no presentársele, vuelve al campamento con las manos vacías. Suele ocurrir que los cazadores, o la mayoría de ellos, regresa a la toldería sin haber dado caza a un solo animal, por ser escasos en la zona o porque no los tuvo bastante cerca como para perseguirlos. No es raro ver que un guanaco, acosado por un hombre, caiga en manos de otro que estaba presenciando la maniobra u oyó los gritos del perseguidor; entonces prepara las boleadoras, que llevaba atadas a la cintura y, haciéndolas girar sobre la cabeza, las arroja contra el fugitivo. Es regla entre los nativos que quien se halle más cerca a la presa la derribe, pero no la mate; si acierta (cosa que no siempre sucede), tiene derecho a quedarse con los dos cuartos delanteros, considerados como la mejor parte; el perseguidor, en cambio, recibe los dos cuartos traseros [33]. Jamás, bajo ninguna circunstancia, se apartan de la ley y nunca se suscitan altercados por cuestiones de caza. Si el animal tiene cría consigo, el perseguidor se queda con ella [34]. Cuando se le ha derribado con las boleadoras (las que, dicho sea de paso, arrojan al pescuezo, de manera que la parte colgante se enrolle en las patas delanteras), el cazador se apresura a degollarlo y, me complazco en decirlo, lo hace con la mayor rapidez posible. Si el tiempo no es muy frío, lo cortan en pedazos allí mismo, colocándolos sobre la montura;

de lo contrario, atan el cadáver a la cola del caballo con las boleadoras y lo arrastran hasta ponerse al reparo de un arbusto, donde puedan encender fuego. Hacen esto valiéndose de pedernal y acero, usando como yesca un retazo de paño semi-quemado, un trozo de cáñamo, etc. [35]. Cuando ésta ha prendido, la colocan sobre un puñado de pasto seco y la exponen al viento o la soplan hasta que se forme llama. Una vez que han fumado una pipa y se han calentado, proceden a descuartizar la presa [36]. Llama la atención que aún queden tantas manadas de guanacos a pesar de las matanzas que los indios hacen todos los años, especialmente animales jóvenes (se necesitan trece pieles [37] de éstos para hacer una capa de hombre), la mortandad natural y la cantidad de ellos, recién nacidos, que mueren víctima de los pumas y los perros.

También dan caza al avestruz o, mejor dicho, al emu (pues esta ave es muy diferente del avestruz africano, siendo más pequeña, con tres dedos en lugar de dos y plumas de calidad muy inferior a las del ave africana [38]); prefieren su carne a cualquier otra, pues los he visto perseguir a un ejemplar que se introdujo entre los guanacos, dejando de lado a éstos y corriendo detrás de aquél. Esto se debe, por lo general, a que el avestruz es gordo y el guanaco casi siempre flaco [39].

Durante los meses de febrero, marzo y abril cazan cuanto avestruz encuentran, a fin de aprovisionarse de grasa para el invierno siguiente y conservándola en una bolsa hecho con el cuero del mismo animal. Renuevan este envase todos los años; cada bolsa llena pesa unas treinta libras, precisándose para ello la grasa de cinco o seis avestruces. La familia cuyo jefe posee cuatro o cinco caballos propios y, por lo tanto, puede matar más avestruces que los demás, llega a media docena de bolsas [40]. Si dos hombres han intervenido en la caza de un avestruz, se observa la misma regla de repartición antes citada: el que lo boleó se queda con la pechuga y una pata; y el otro recibe la otra pata y la porción trasera [41]. Cuando los cazadores regresan al campamento, es fácil saber quién boleó una determinada presa por las partes que trae en la montura. Excepto en los meses de febrero, marzo y abril, rara vez llevan el animal entero al campamento, pues cocinan parte del mismo en el campo, rellenándolo con piedras calientes y poniéndolo luego sobre las brasas [42]. Bastan diez o quince minutos para cocinar todo el avestruz, con lo que queda tierno y jugoso. Cada comensal recibe una lonja de grasa, pero el que efectúa el reparto pone de lado algunas porciones para su familia. Las muje-

res hacen tientos con los tendones [43] y los emplean en coser las capas y otros usos; venden las plumas en la Colonia [44], de donde son enviadas a Valparaíso para la fabricación de plumeros.

Al llegar frente a sus respectivos toldos, las esposas, madres y hermanas de los cazadores salen a descargar los caballos y colgar la carne de los palos que sostienen la habitación, despreocupándose los hombres totalmente de esta tarea. Como ya he observado, los jefes de familia cumplen rigurosamente con la obligación de procurar el alimento, a menos que se hallen —a veces durante varios días seguidos— bajo la influencia del alcohol [45].

Si hay que trasladar el campamento [46], la noticia circula de boca en boca y, llegado el momento, los muchachos salen a buscar los caballos. Los padres proceden entonces a enlazar los que les pertenecen, lo cual se ve facilitado por el hecho de que los animales de propiedad de una familia andan siempre juntos. A medida que van llegando, aparecen las mujeres y comienzan a ensillar cada una su caballo, pues son tan mansos que ni siquiera se ven obligados a enlazarlos; esto no sucede, generalmente, con los caballos de los hombres, siempre más briosos. Casi todos son muy hábiles con el lazo; otros lo son menos y erran el tiro con frecuencia. Tan pronto como el animal siente el lazo sobre el pescuezo, se detiene y sigue a su dueño hasta el toldo [47], donde se procede a colocarle la rienda antes de desatar el lazo. El caballo sabe que mientras se hace esto debe quedarse quieto, sin necesidad de que se le ate a un palo; pero cuando es joven y aún no bien amansado, suele olvidar el reglamento y salir a la carrera, por lo que es preciso manearlo previamente. Cuando todos los caballos están listos, comienzan las mujeres a cargarlos, uno por uno; si tienen hijas, éstas ayudan en la operación, pues es necesaria la colaboración de dos personas para ello, especialmente en días de viento. A veces una mujer tiene que cargar tres o cuatro caballos. Cada hija posee su cabalgadura, aunque sólo tenga cinco o seis años de edad; pero siempre es un caballo carguero, el que debe cumplir la función de tal y llevar, simultáneamente, a su pequeña patrona. En estos preparativos no intervienen para nada los hombres ni los muchachos; todo el trabajo de cargar recae sobre las mujeres [48].

Lo último en cargarse es el toldo reservándose para su tranporte el caballo más manso. Pero no es lo único que lleva: una vez asegurados los palos y la sobrecubierta del toldo, se le agrega una serie de trastos menores, como las bolsas de plumas para

vender, la provisión de grasa, ollas, pavas y cualquier utensillo o herramienta encontrado a último momento [49].

Cuando una madre tiene un niño de semanas o de meses, lo coloca en una cuna hecha de cañas, a la que asegura su pequeño tesoro con la mayor precaución, envolviéndolo cuidadosamente y tapándolo con ramas de algún arbusto, las que ata fuertemente a la cuna. Cubre todo con una manta, que las ramas mantienen alejada del infante lo suficiente para que éste tenga libre circulación de aire y se halle a la vez, bien protegido del frío. La cuna se asegura, finalmente, a la carga del caballo que monta la madre; si el niño se despierta en el camino y empieza a llorar, la madre se apea, baja la cuna y lo apacigua dándole de mamar; cuando se ha dormido, vuelve a atar la cuna a la carga y reanuda su marcha [50]. Si se está haciendo tarde y la madre desea llegar a destino cuanto antes, lo deja llorar. Los niños de uno a cuatro o cinco años van siempre sentados sobre la falda de la madre, que, a su vez, va sentada sobre la carga como en un taburete [51].

Cuando han cargado todos los caballos y montado todos los jinetes, echan a andar entre el ladrido de los perros, el llanto de los niños y los gritos desaforados de una mujer cuyo caballo, recién cargado, consideró oportuno deshacerse de lo que llevaba y salir a la carrera. Más allá otro caballo, cansado de esperar, se echó en el pasto, con toda la carga encima; la mujer se enoja y pretende hacerlo levantar, sin conseguirlo, por lo que debe desatar todo, obligarlo a pararse y volverlo a cargar. Nadie se conduele de ella; por el contrario, celebran con grandes risotadas lo ocurrido mientras la pobre, visiblemente fastidiada, debe resignarse a cumplir con su deber.

Los paraderos en que acampan, generalmente situados en algún valle y siempre cerca de un lugar con agua, tienen sus nombres distintivos [52]; por lo tanto, cuando deshacen un campamento para trasladarse a otro, no se ponen en marcha como buscando otra nueva morada, sino que abandonan la comarca por un tiempo, como si yo fuera, digamos, de Bristol a Bath y, de allí, a otra ciudad. Antes de salir saben hacia dónde se dirigen y dónde van a acampar, como lo sabría yo al iniciar un viaje. Llegados al nuevo paradero, descargan los caballos, levantan los toldos y todas sus pertenencias, con las monturas y las riendas, quedan depositadas en un sitio determinado hasta la próxima mudanza.

Las familias de estos aborígenes no son nunca numerosas; en término medio, dos o tres hijos forman toda la prole. Según

lo que hasta ahora he podido ver, hay más varones que mujeres en estas tribus.

Algunos de ellos ostentan el título de "médico" [53], aunque no entienden nada de enfermedades o de remedios, ni siquiera para curar una herida. Cuando tales médicos precisaban algún calmante o un ungüento para su uso propio, me lo pedían a mí. Si alguno en la toldería cae enfermo, llaman al "Calamelouts" (así se denomina el importante personaje) para que ejerza sus habilidades curativas sobre el paciente. A veces, para dar más solemnidad a su intervención, éste se pinta rayas blancas sobre el cuerpo desnudo [54]; mira entonces fijamente al enfermo, frota con su mano la parte afectada, le aplica la boca, como chupando algo y, tras de susurrar y proferir distintos ruidos durante unos segundos, corona su magnífica obra con unos gestos muy raros y deja al paciente como lo encontró: sufriendo [55]. Algunas veces aparece con un par de bolsas hechas con cuero de guanaco, en las que coloca algunas piedras y, agitándolas, produce un ruido ensordecedor [56]. Cuando esto ocurre, el toldo está lleno de gente, que escucha tan extraño concierto con la misma atención que nosotros pondríamos en la función teatral de algún actor célebre.

Ya he relatado someramente ciertas ceremonias relacionadas con la muerte y sepultura de un deudo; me propongo ahora ampliar con algunos detalles lo presenciado en tales ocasiones. Espero no cansar a mis lectores con esta narración, extraña por cierto, de los ritos y costumbres que se observan cuando la muerte se lleva a uno de sus seres queridos.

Si bien estos nativos son fuertes y robustos, una vez que caen enfermos suelen morir rápidamente. Cuando uno de ellos se halla grave y es evidente que se acerca su fin, llaman al "Calamelouts" para que ejerza sus habilidades curativas, lo que hace en la forma ya descripta. Si no tiene éxito en sus esfuerzos y el paciente no reacciona, se escabulle silenciosamente y se encierra en su toldo; una vez muerto el paciente, trata de explicar su fracaso culpando a alguien de haber abrigado funestas intenciones con el difunto e indica a tal o cual persona como responsable de la desgracia; en su extrema credulidad, los oyentes toman tal testimonio como verídico [57]. Al ver que el enfermo ha entrado en agonía y el alma inmortal está a punto de abandonar la materia, los familiares se congregan a su alrededor, dando rienda suelta a su pena con llantos y lamentos realmente conmovedores. Alternan en estas expresiones los cantos que, en un tono lúgubre por demás, acos-

tumbran entonar cada vez que un pesar o una calamidad los acosa. Si la muerte sobreviene durante el día, las mujeres (siempre de la familia) proceden de inmediato a preparar el cadáver para entrar a su última morada [58]; comienzan por quitarle la capa de piel que usaba, peinándolo y, a veces, adornándolo con cuentas de colores. Luego lo envuelven en mantas o ponchos, cubriendo todo el cuerpo y doblando las rodillas sobre el abdomen [59], para colocarlo, finalmente, sobre el cuero del caballo que en vida fuera su cama; allí lo cubren con otro pedazo de paño y, colgando a su alrededor una manta a manera de cortina, lo dejan hasta el momento del sepelio. Terminados estos preliminares, los parientes masculinos se sientan alrededor del difunto y, uno tras otro, reverentemente, agita una mano sobre él, dándole suaves palmadas sobre la cabeza, como si deseara contagiarse de las virtudes del extinto [60]; cuando todos han repetido tres o cuatro veces esta ceremonia, se quedan alrededor del cadáver una o dos horas más, hablando en voz muy baja y haciendo circular la pipa. Mientras los hombres se hallan así ocupados, las mujeres de más edad se visten con ornamentos de luto: sobre la capa de pieles echan un paño rojo [61], que aseguran sobre el pecho con dos alfileres y por éstos, a su vez, pasan una ristra de cuentas de colores. Luego, rasguñándose la piel con un trozo de vidrio a través de las mejillas y la nariz, hacen brotar sangre suficiente para formar una franja roja que atraviesa toda la cara [62]; otras se lastiman las piernas en forma parecida y haciendo correr la sangre. Continúan, entretanto, los lúgubres cánticos, alternando con ruidosos llantos y lamentos.

Proceden entonces a encender la pira que ha de reducir a cenizas cuanto perteneciera al difunto [63]. Hacen esto a unas veinte yardas del toldo, yendo a parar al fuego todo artículo combustible que encuentran, viejo o nuevo, haya sido usado por el extinto o no: alfombras, mantas de piel, enteras o a medio terminar, ropa de cama, montura, riendas, vestimentas de cualquier clase y hasta el palo del toldo que estaba más cerca de la cama mortuoria, en el que solía colgar ropas y sus equipos de montura y caza. No se hace excepción alguna respecto de la edad o el sexo del muerto. Nada que le perteneciera y pudiera recordar su paso por la tierra debe quedar sin destruir; su nombre no se pronuncia más y se considera funesto mencionarlo en adelante [64]: sólo cabe la destrucción y el olvido; todo aquello que no pudo quemarse o romperse se entierra con el cadáver [65].

Cuando el fuego ha consumido casi todo, los parientes más

cercanos se congregan alrededor de las brasas, prosiguiendo sus cánticos y lamentaciones. Los que tenían trapos rojos como luto, se los quitan y, uno tras otro, los arrojan al fuego; la misma suerte corren las cuentas y alfileres. Si alguno de los hombres lleva prendas rojas, se las saca también y las echa a la pira, junto con la vincha o el pañuelo que llevaba en la cabeza, quedando así con el cabello suelto y desarreglado. Acto seguido, los hombres se cortan el cabello de la parte posterior de la cabeza, haciéndolo las mujeres con el de la frente; son muy enemigos de cortarse el cabello, pero en caso de duelo lo hacen como señal de respeto al muerto.

A partir de entonces, los hombres se atan pañuelos blancos a la cabeza, o bien se dejan el cabello suelto por uno o dos días más. Las mujeres allegadas al difunto se envuelven en géneros blancos y en esta indumentaria viven varios meses, cambiándola por otra igual (cuando la tienen) si se les ensucia o deshace demasiado. Por lo tanto, rojo y blanco parecen ser sus colores de luto. Si el cadáver debe ser enterrado al día siguiente, por haber muerto a una hora avanzada, los familiares pasan la noche en vela. Mientras tanto, llaman al "Calamelouts" y le piden que haga funcionar sus cascabeles, requerimiento que éste cumple con energía, produciendo un ruido infernal. Cerca del cuerpo yacente, clavan un cuchillo en el suelo [66] y al lado de él se ejecuta la música mortuoria, mientras todos los presentes, en solemne silencio, mantienen en sus semblantes una expresión de profundo y contenido pesar.

Las visitas de pésame por parte de parientes y amigos no se hacen esperar una vez producido el deceso [67]. Llevando consigo un bulto de mantas, alfombras y géneros, una mujer vestida de rojo se acerca al toldo del duelo, seguida de otras dos o tres, con igual indumentaria. A la entrada las esperan las mujeres allegadas al difunto; sin pronunciar una palabra, comienzan todas a exteriorizar su pena con los acostumbrados cantos y lamentos, en alta voz, mientras se congregan las mujeres, un grupo de dos o tres hombres, lentamente y con expresión solemne, se acerca al toldo y a cierta distancia de éste es recibido por los parientes masculinos del muerto. Uno de los visitantes toma la palabra y se dirige a los deudos en la siguiente forma: "Has perdido tu hijo (hermano, padre o lo que haya sido el muerto) y ahora eres muy pobre; por lo tanto, te traemos algunos regalos." Terminado el consolador discurso, los visitantes se retiran a sus toldos. Uno que otro se introduce en la habitación del duelo para expresar su dolor en forma más íntima;

en tales casos, hablan siempre en voz muy baja y sin levantar la vista. Distintos grupos y procediendo siempre en la misma forma, siguen visitando el lugar del duelo a intervalos. Debo hacer notar que las manifestaciones de condolencia son mayores cuando el muerto es un niño, una mujer o un hombre joven, que cuando se trata de una persona mayor o anciana [68]. Entonces la madre o abuela del extinto llora su desaparición todos los días y durante largo tiempo.

Antes de llevar el cadáver a su última morada, para su eterno descanso, matan todos los perros del muerto, así como uno de los caballos. Cuando el caballo es conducido hacia el toldo, para ser sacrificado ante el amo desaparecido, las mujeres prorrumpen una vez más en llantos y lamentos. En general, la carne de los caballos así sacrificados se reparte entre los familiares y amigos del extinto; sólo algunas porciones hervidas, se distribuyen entre los demás [69].

El entierro se realiza allí donde puede cavarse una tumba con facilidad, es decir en terreno blando o en algún médano. Debido a sus costumbres nómades, no tienen enterratorios fijos. Si el suelo ofrece buenas condiciones cerca del campamento, allí lo entierran; de lo contrario, envuelto el cadáver lo cargan en un caballo y lo llevan a un sitio propicio [70]. Todo el trabajo de excavación, transporte y demás, relacionado con el sepelio, es ejecutado por las mujeres exclusivamente; ningún hombre o muchacho acompaña al muerto hasta su tumba [71].

Excavada la sepultura, generalmente de unos cuatro pies de profundidad, preparan dentro de ella un lecho, para descanso del difunto; lo bajan luego lentamente y con sumo cuidado, tras de dar suaves palmadas sobre su cabeza, con gran reverencia y cariño, a manera de despedida. Entierran juntamente cualquier cosa que creen puede necesitar el extinto en el más allá: una lanza, un cuchillo y una que otra herramienta o utensillo; si es una mujer, colocan a su lado algunos punzones, un par de tijeras, etc. [72]. Una vez cubierto con tierra el cadáver y sus accesorios, vuelven a expresar una vez más su dolor con ruidosos lamentos y, lentamente, se alejan hacia los toldos.

COMENTARIOS

(1). — Entiendo que esta expresión es exagerada por mucho que el Comité de la Sociedad patrocinadora la ratifique en la introducción al darlo a la publicidad. Aunque moleste a los "apóstoles de la verdad", la crueldad de las fechas es la siguiente: Las "Maneras y costumbres" fueron publicadas en el tomo VII de *The voice of Pity* a continuación del 'diario' de Schmid correspondiente al viaje de 1859 —como que son su consecuencia inmediata y que él anuncia al final del mismo. La primera discrepancia —que sorprende no haya sido corregida por el Comité de Redacción, es que en los primeros renglones de la carta de remisión que precede a este texto, habla de "nueve meses" que, como se ve, se han alargado, súbitamente, a un año. Ahora bien: fue recién el 4 de febrero cuando el catequista Schmid partió de la isla Keppel para Punta Arenas, sin que me sea dado puntualizar el día de su llegada. Ello no es de importancia, ya que, por propia confesión, establece que pasaron alrededor de seis semanas antes que llegaran los indígenas al lugar y aun transcurrió cierto tiempo en conversaciones y tratos hasta que, recién el 23 de abril inició la marcha al norte en compañía de los Patagones. Su regreso a la colonia fue el 6 de octubre. Por consiguiente, el cómputo total es de 5 meses y 14 días, cifra que no alcanza a la mitad de la que, tan deliberamente, se adjudica de convivencia con los aborígenes, con el visible propósito de hacer más valorable su informe. En verdad, tengo la convicción que no es Schmid el autor de semejante ultraje a la cronología histórica. En el "diario" del catequista —impreso en la primera parte de este tomo— son tantas las contradicciones y zancadillas a la verdad que aparecen bajo su

firma, que no pongo en duda, sean consecuencia de un guisado propio de la cocina del Comité de Redacción.

(2). — Consigno, a continuación, las equivalencias a las cifras de las medidas inglesas al sistema métrico: m 1,76, 1,88, 1,54 ó 1,57 y 1,72. No creo sea necesario hacer clase alguna de comentario al respecto. El tema de la estatura de los Patagones ha sido sobado y resobado al infinito. En el momento actual sólo está en labios de periodistas o de aficionados que desean lucirse con una bibliografía que viene de siglos repitiéndose, aunque —para nuestra satisfacción y regocijo— ignorando muchas de las fuentes de viajeros que por no formar parte de grandes expediciones han escapado a su fácil cuanto deleznable erudición.

(3). — Es un error de Schmid. La cabeza de los Patagones está muy dejos de ser pequeña. Es muy posible que la apariencia le haya inducido a tal apreciación, pero, en verdad, la cabeza del Patagón es muy armónica y sólo el gran desarrollo corpóreo puede haberle confundido. Al respecto, es ejemplarmente didáctica la información proporcionada por Musters —a sólo una década de las observaciones de nuestro misionero—. No teniendo a su disposición compases para realizar las correspondientes medidas cefálicas, echó mano de un fácil y expeditivo procedimiento: intercambiar sombreros, consiguiendo así verificar que los diámetros ántero-posterior y transverso-máximo, a más de no diferir mayormente con el propio, mantenían una relación similar a la del britano. Aunque elemental y tosco en cuanto a los medios usados, los resultados son ampliamente satisfactorios.

(4). — La blancura de los dientes ha sido siempre motivo de justos recuerdos de parte de los viajeros (de Bougainville, *Voyage autour du monde par la frégate du Roi La Boudeuse et la flute l'Etoile; en 1766, 1767, 1768 & 1769,* 129; Paris, 1771). Pero lo que más llama la atención es que Schmid después de asentar ese hecho no haya reparado que había un factor externo que producía resultados tan halagüeños. Es una resina de uno de los varios *Schinus* (n.v.: incienso, aguaribay, pimiento, etc.) preparada de acuerdo a reglas que transcribiré de inmediato, resina que tiene su nombre propio y cuyo uso ha quedado señalado hasta comienzos de este siglo. La expedición Malaspina recolectó la voz indígena y su uso: "resina que mascan" = *maque,* según Antonio de Pineda (Félix F. Outes, *Vocabularios inéditos del Patagón antiguo,* en *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* XXI, 475; Buenos Aires, 1913) y, en otro lugar:

"mascan el corazón de una planta que les conserva la dentadura sumamente limpia y blanca" (Robert Lehmann-Nitsche, *Noticias etnológicas sobre los antiguos Patagones recogidas por la expedición Malespina en 1789,* en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba,* XX, 109; Buenos Aires, 1914)*. A su vez, Muñiz anota: "mascan una especie de cera que llaman *maquín* que dicen ser estomacal" (Félix F. Outes, *Observaciones etnográficas de Francisco Javier Muñiz,* en *Physis. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales,* III, 214; Buenos Aires, 1917). Para no perder la oportunidad de cultivar el error, el inefable Guinnard asienta: *leur gourmandise est telle que lorsqu' ils ne peuvent plus manger, dans l'appréhension où ils sont de laisser leur mâchoire en repos, ils mâchent continuellement une sorte de résine blanche qu'ils nomment* otcho. *Ils la recueillent sur un petit arbrisseau connu chez eux sous le nom de* motchi. *Le goût de cette résine est des plus insignifiants, elle les fait beaucoup cracher. A force d'être mâchée elle devient molle et presque semblabe à la gomme que machottent les enfants en pension. C'est la premiere chose qu'ils offrent à ceux qui leur rendent visite, et ils ne font aucun scrupule de leur donner celle qu'ils ont dans leur bouche. C'est même chez eux un honneur que de partager de la sorte* (A. Guinnard, *Trois ans d'esclavage chez les Patagons. Récit de ma captivité,* 210 y sgte.; París, 1864 **). La rectificación no se hizo esperar, añadiendo información de buena ley: "La risa siempre pronta de los indios descubre, por lo general —expresa Musters—, buenos dientes a los que conservan blancos y limpios mascando *maki,* una goma que exuda del arbusto del incienso y que las mujeres y las criaturas recogen con cuidado. Esta goma tiene un sabor poco agradable, y es un dentífrico excelente, digno de rivalizar con el odeonto o la florina, y se le usa sencillamente por tal virtud, y no como dice M. Guinnard porque la voracidad de los

* Esta noticia, intrínsecamente, ratifica, según se ve, el concepto de aseo dental a expensas de la acción meramente física, pero suscita un distingo a solucionar. En efecto; se habla aquí de el 'corazón' de un vegetal y no de la resina a que aluden los demás autores. ¿Ello deriva de un error de concepto en cuanto al material empleado o a una sinécdoque propia de la idiosincrasia hispánica?

** Las dos palabras indígenas están mal escritas. *Otcho,* posiblemente, es *open* = resina, y *motchi* es, sin duda, el conocido *muchi* (Milcíades Alejo Vignati, *Antecedentes para la protoetnografía del norte de Patagonia,* en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* XXXIV, segunda sección, 517; Buenos Aires, 1964).

indios es tan grande que tienen que estar mascando siempre algo (George Ghaworth Musters, *At Home with the Patagonians. A year's wanderings over untrodden ground from the Straits of Magellan to the rio Negro,* 159; London, 1871; trad.: G. Ch. Musters, *Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro,* en Universidad Nacional de La Plata, *Biblioteca centenaria.* I, 262; Buenos Aires, 1911). Esta opinión ha sido ampliamente compartida por Onelli. Dice así: "se procede en seguida al cuidado de los dientes, sanos y blancos ya como de nieve: una bola grande como una nuez es pasada de boca en boca y en el turno masticada con delicia y entusiasmo; es el *maqui,* resina granulosa y áspera cosechada durante la primavera en los arbustos de incienso, que hace perfectamente su oficio y después de una o dos horas es cuidadosamente guardada para la limpieza del día siguiente" (Clemente Onelli, *Trepando los Andes,* 145; Buenos Aires, 1904). Una nueva grafía la proporciona Escalada que dice: "*Métchar* es la "resina de molle" que los indígenas masticaban y que constituía material útil, mezclado con excrementos carbonizados de guanaco, como pasta que permitía fijar a la madera, especialmente para el enmangado de raspadores" (Federico A. Escalada, *El complejo "Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica,* 69; Buenos Aires, 1949). Desde el punto de vista etnográfico nada habría que agregar, si no fuera que, con suerte poco frecuente, tenemos una amplia referencia del modo como se consigue y se prepara el *maqui,* de las ventajas que proporciona su uso y de los inconvenientes que, a las veces, sobrevienen al novato en la práctica de su masticación. Tan rica información la debemos a Hudson —nuestro gran naturalista quien, de alguna manera, debía vincular su nombre a los estudios etnográficos— en una de sus obras más sentidamente pampeanas cuyo valor testimonial se acrecienta por la circunstancia de estar basada en observaciones realizadas en Patagones contemporáneamente a la estada de Musters. La minuciosa mención de Hudson es la siguiente: "Otras veces me entretenía buscando la goma resinosa conocida en el lugar por su nombre indio: *maken.* El arbusto, de ramas muy extendidas, una especie de enebro, me hizo pagar con creces —en rasguños y desgarrones— el robo de sus lágrimas de ámbar. La goma se encuentra en pequeños abultamientos en la cara inferior de las ramas bajas, siendo, cuando está fresca, semitransparente y pegajosa como el muérdago. Para poder usarla los nativos la reducen a bolitas manteniéndolas

en la punta de una vara sobre un recipiente de agua fría. Al acercarle un carbón encendido, el calor derrite la goma, la que cae en gotas dentro del recipiente. Las gotas solidificadas por este procedimiento son amasadas entonces con los dedos, agregándosele agua fría de vez en cuando, hasta que la goma queda compacta y opaca como masilla. Para masticarla se necesita realmente una gran práctica; mas cuando se ha adquirido este arte indígena, puede conservarse cada día una de las estas pequeñas bolitas durante dos o tres horas en la boca, y tal es su consistencia que se usan hasta una semana o más, sin que pierdan su agradable sabor resinoso o disminuyan su tamaño. El masticador de *maken* se saca la bolita de la boca, la lava y la guarda para volver a usarla más tarde, exactamente igual que hacemos nosotros con el cepillo de dientes. Masticar goma no es puramente un acto ocioso, y lo menos que puede decirse en su favor es que impide el abuso del tabaco, que no es pequeña ventaja para los despreocupados habitantes indios o blancos de esta tierra desierta. Preserva también los dientes, manteniéndolos libres de cuerpos extraños y dándoles un lustre perlino que no he visto nunca fuera de esa región. Mis tentativas para mascar *maken* fracasaban siempre, pues la goma se extendía invariablemente en una fina lámina dentro de la boca, cubriendo el paladar y forrando los dientes como con una envoltura de caucho. Cuando se introduce entre la dentadura, sólo se logra hacerla salir masticando vigorosamente sebo crudo durante media hora y sorbiendo de vez en cuando agua fría para endurecer la deliciosa mezcla. Pero el colmo se produce cuando la goma se desparrama sobre los labios y se enreda en el bigote o la barba, y cuando se quiere abrir con los dedos, cuidadosamente, la boca cerrada, porque ellos también se pegan, quedando firmemente juntos y como unidos por una membrana. Todo esto sucede por no tener una sencilla precaución, lo que nunca le ocurre al masticador habilidoso. Cuando la goma está todavía fresca, en ocasiones puede perder la dureza producida artificialmente, y de pronto, sin ninguna razón, se vuelve al estado primitivo en que fue sacada del árbol. El avezado, que conoce por ciertos indicios el instante en que esto va a producirse, se llena la boca con cierta cantidad de agua fría en el momento crítico, y así evita un percance tan desastroso para el novicio. Masticar *maken* es una costumbre muy común de la Patagonia, y por esta razón he descripto la deliciosa práctica" (W. H. Hudson, *Idle days in Patagonia,* 128 y sgts.; London, 1893; trad.: *Días de ócio en Patagonia,* 128 y sgts.; Buenos

Aires, 1940). La resina del molle o incienso ha sido estudiada químicamente (Edwin Rothlin, *Contribución al estudio de la resina de Molle*, en *Trabajos del Instituto de Farmacología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires*, Nº 26; Buenos Aires, 1912. Debo advertir, por último, que la resina motivo de este largo escolio, no tiene ninguna relación con el "maquí" (*Aristotelia maqui*) elemento florístico de los Andes patagónicos, tal como equivocadamente lo ha hecho Carbajal que se ha dejado llevar por la casi equivalencia del vocablo (Lino D. Carbajal, *La Patagonia. Studi generali*. Serie seconda, 489; s.c., 1900).

(5). — Coincidir en un hecho real no es prueba que un texto haya servido de fuente inspiradora, pero convenir en un error, casi significa una confesión del saqueo. Tal sucede en este caso. La teoría elaborada para explicar una presunta desproporción del tronco con las extremidades inferiores, fue expuesta por Parker King (*Narrative of the Surveying voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the Southern Shores of South America*, I, 17; London, 1839), pero al poco tiempo, D'Orbigny refutó el aserto (Alcides D'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, III, 217; Paris, 1846).

(6). — Se trata, como bien se comprende, de la prenda que en el comercio y entre las personas que presumen de hacer folklore, se la denomina quillango. Aunque la etimología de la palabra está aun en duda (Rodolfo Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indíjenas americanas*, 666; Santiago de Chile, 1904), todo hace presumir que proviene del guaraní: *quiya* = nutria, *pi* = cuero, designación que aun conservan algunas parcialidades chaqueñas para nombrar sus mantos de pieles. Posiblemente, el término es de origen marginal, arrabalero, aplicado por "criollos" como modismo y por similitud. No considero que sea necesario, por el momento, entrar en pormenores respecto a la manufactura de cada una de estas piezas, ya que, con abundancia de bibliografía, el tema ha sido estudiado en forma exhaustiva por un etnógrafo de nuestros días (S. K. Lothrop, *Polychrome guanaco cloaks of Patagonia*, en *Contributions from the Museum of the American Indian Heye Foundation*, VII, Nº 6; New York, 1929; S. K. Lothrop, *Painted skin articles from Patagonia*, en *Bulletin du Musée d'Ethnographie du Trocadero*, Nº 2, 31 y sgtes.; Paris, 1931).

(7). — Se comprende que no se refiere a la liebre europea importada en el último tercio del siglo pasado, sino a la "mara" o

Dolichotis magellanica (Kerr) (Alberto Vúletin, *Zoonimia andina (Nomenclador zoológico)*. Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Lingüística, Folklore y Arqueología, 139; Santiago del Estero, 1960).

(8). — Estos alfileres han sido mencionados por diversos viajeros y, por cierto, que están muy lejos de tener el esplendor de los equivalentes araucanos; basta comparar algunas de las imágenes publicadas (G. Roncagli, *Da Punta Arenas a Santa Cruz,* en *Bollettino della Società Geografica Italiana,* serie II, IX, lám. I, 11; Roma, 1884; Félix San Martin, *Neuquén,* 123; Buenos Aires, s. f.). Los modernos son metálicos, pero todo hace presumir que antes que se establecieran contactos culturales que se les suministrara, debieron poseer otros de material local. En consideración a esa premisa juzgo el objeto labrado en hueso, de unas seis pulgadas de longitud, con prominente cabeza y todo él esmeradamente pulido que se ha descrito hasta ahora como escarbadientes, corresponde estimarlo como un alfiler primitivo (véase lám. VI) (Ricardo Carnac Temple, *The World Encompassed and analogous contemporary documents concerning Sir Francis Drake's circumnavigation of the World, with an Appreciation of the Achievement by Sir...,* 122; London, 1926). El testimonio de Viedma marca el pasaje de una a otra manufactura: "lo sujetan, pasándole dos agujetas de a tercia de largo, hechas de madera o de fierro" (Antonio de Viedma, *Diario de un viage a la costa de Patagonia para recocer los puntos en donde establecer poblaciones,* en Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata,* VI, 70; Buenos Aires, 1837).

(9). — Viedma ya había apuntado igual costumbre: "también se ponen los abalorios en las agujetas con que sujetan el cuero en el pecho y en las cañas de las piernas como pulseras, y en el cuello por gargantillas de cualesquiera colores" (Viedma, *Diario,* 70). Para los Araucanos argentinos del Neuquén, Cox se expresa en términos similares: "su coquetería es tener bonitas pulseras en los tobillos y muñecas, hileras de dedales de colores pendientes de la aguja" (Guillermo E. Cox, *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia. 1862-1863,* 162; Santiago de Chile, 1863).

(10). — Nadie puede cuestionar que Schmid hace referencia a la famosa y casi proverbial "bota de potro". No creo que me corresponda entrar en desigual batalla con una gran monografía respecto a este tema (Robert Lehmann-Nitsche, *Folklore argentino. IV. La*

bota de potro, en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba (República Argentina)*, XXI, 183-300; Buenos Aires, 1916.

(11). — Se refiere Schmid al chiripá; me he ocupado de esta prenda en un trabajo anterior (Milcíades Alejo Vignati, *Datos de etnografía Pehuenche del Libertador José de San Martín*, en *Notas del Museo de La Plata*, XVI, 13 y sgte.; La Plata, 1953).

(12). — Roncagli se ha preocupado de lapizar los dibujos más frecuentes en ambos sexos (Roncagli, *Da Punta*, figs. de las págs. 765 y 767).

(13). — Es el *raná*, en Gününa yájitch o bien *páachen* en la Aonico-ayim, "es el peine o escobilla con que las indias se aderezaban el cabello" (Carta de Don Tomás Harrington al autor, del 19 de febrero de 1963). Pueden verse fotografías de las piezas en: (Félix F. Outes - Carlos Bruch, *Los aborígenes de la República Argentina*, 122, fig. 118; Buenos Aires, 1910; Dionisio Schoo Lastra, *El indio del desierto. 1535-1879*, lámina frente a la pág. 200; Buenos Aires, 1928).

(14). — Aunque la castidad no sea una de las órdenes del sacerdocio protestante (Schmid era, por entonces, simple catequista) no deja de tener su ribete risueño el aserto de Schmid, según el cual las mujeres se pintaban todo el cuerpo. La proverbial exactitud germánica y el axiomático puritanismo inglés vedan investigar la experiencia que lo inspiraba. Tomemos la información como cierta, sin mas averiguaciones.

(15). — El pertinaz silencio respecto a la muerte de este cacique hace presumir que fue en una riña de beodos. De no ser así nos habría proporcionado amplia información.

(16). — Se refiere a la obra: Benjamin Franklin Bourne, *The captive in Patagonia; or, Life among the Giants. A personal narrative;* Boston, 1855. Hay varias ediciones; existe el propósito de publicarlo traducido en esta Biblioteca de viajeros.

(17). — El Comité de Redacción no tuvo en consideración esta circunstancia anotada por Schmid y en la oración dominical que se publica al término del Capítulo VIII, han corregido y puesto *bread*.

(18). — En términos generales, hay concordancia entre los informes de Schmid con los de Musters, con discrepancias mínimas. Sin embargo, creo conveniente transcribir el texto del marino inglés para que el lector pueda tener una idea cabal de la manera cómo se erigía un toldo y cómo quedaba constituído para ser habitado. "Se entierra en el suelo —dice— en posición ligeramente inclinada,

una fila de postes ahorquillados, de unos tres pies de altura, y se coloca sobre ellos un palo como caballete; frente a estos postes, a la distancia de unos siete pies, se planta otra fila, de seis pies de altura, también con su caballete, y a la misma distancia de los últimos, otra fila más, de ocho pies de altura, todos un poco inclinados, pero no con el mismo ángulo. Se estira sobre ellos, desde la parte trasera, una cubierta hecha con cuarenta o cincuenta pieles de guanaco adulto, untada con una mezcla de grasa y ocre rojo, y la gran tensión de la pesada capota endereza los postes; se la asegura entonces con correas a los palos delanteros, y se atan cortinas de cuero entre los postes interiores para separar los dormitorios, y el bagaje amontonado junto a los costados de la tienda cierra el paso a las ráfagas frías que entran por debajo de la cubierta. Se enciende el fuego en la parte delantera, o "boca de la tienda". Cuando el tiempo es muy malo, o cuando se acampa para pasar el invierno, se ata a los postes delanteros otra cubierta, y se la asegura abajo en otra fila de postes cortos, con lo que todo se hace cómodo y abrigado" (MUSTERS, *At Home,* 67 y sgte.; trad. *Vida,* 190 y sgte.).

(19). — Los tres escasos lustros que median entre las observaciones de Schmid con las de Musters marcan variaciones que es satisfactorio señalar, pues tienen el deliberado propósito de aumentar la comodidad del dormitorio, reduciendo, a la par, el espartanismo primitivo de la cama. "Los enseres de los toldos consisten en uno o dos cojines y uno o dos cueros de caballo para cada dormitorio; uno de estos últimos sirve de cortina y el otro de cama. Los cojines se hacen de ponchos, o lechus, viejos, llamados también mandiles, mantas tejidas conseguidas de los Araucanos, a quienes esa fabricación ha hecho célebres, y se les rellena con lana de guanaco, cosiéndolos luego con tendones de avestruz o de guanaco. Estos cojines sirven de almohada o de asiento, y en la marcha contribuyen a formar las monturas de las mujeres. Aparte de eso, todas las mujeres poseen mandiles para sus camas" (MUSTERS, *At Home,* 68; trad., *Vida,* 191). Véase: lám. VIII.

(20). — La explicación no es lo suficientemente clara. Más comprensible es el texto de Musters: "Los parientes o amigos se arreglan comúnmente para juntar sus toldos; en estos casos, en vez de hacer que la cubierta baje hasta el suelo, por el costado, se la extiende sobre el toldo contiguo, y así el techo de una tienda cobija dos o tres hogares distintos" (MUSTERS, *At Home,* 68; trad., *Vida,* 191). Para la época en que Spegazzini conoció a los Patagones, estos

toldos invernales los constituían toldos comunes adosados por la boca de modo que el conjunto era una construcción a dos aguas (Carlos Spegazzini, *Costumbres de los Patagones,* en *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* XVII, 230 y sgte.; Buenos Aires, 1884) que, si no me equivoco, encuentra su representación gráfica en Falkner (Thomas Falkner, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America,* mapa, parte austral; Hereford, 1774).

(21). — Esta información no es íntegramente novedosa. Ya Parker King, habla de la barreta de hierro utilizado en estas circunstancias (*Narrative,* I, 93; trad. *Narración,* I, 122) y ello hace que tengamos un tanto a menos las referencias de los tripulantes de las naves de Dumont D'Urville quienes en el año 1838 no dejan de señalar la carencia de material adecuado para hacer toda clase de perforación (J. Dumont D'Urville, *Vovage au pole sud et dans l'Océanie sur les corvettes "L'Astrolabe" et "La Zelée". Histoire du voyage,* I, 281; Paris, 1841). Esa ignorancia determinada exclusivamente por la adecuada falta de observaciones no invalida —ni mucho menos— los testimonios de quienes las vieron usar. Como se comprende, la costumbre apuntada por Schmid era posible dada la gran cantidad de naufragios que se producían por aquel entonces en la costa patagónica y, muy especialmente, en el estrecho de Magallanes, naufragios que suministraban, a más de otros elementos mucho más codiciados, el hierro en cantidad suficiente para estos menesteres. A comienzos de este siglo —desaparecidos los siniestros con la substitución casi total de la navegación a vela por la de vapor— aun perduraba el uso de una barreta, no ya de metal sino de madera algo quemada, denominada *taúk* (Escalada, *El complejo,* 186).

(22). — Como se comprende, se trata del charque. Musters se expide en términos casi idénticos respecto a la preparación y maneras de comerlo (Musters, *At Home,* 74 y sgte.; trad. *Vida,* 196). La costumbre se ha anotado de antiguo, sin que pueda por el momento indicar cuando aparece. ¿Ha sido un préstamo? o por el contrario ¿ha sido el criollo de frontera quien lo adquirió como novedad, sin sospechar que el español neto lo traía en sus alforjas llamándolo cecina o tasajo según su mayor o menor cantidad de sal? La hipótesis que cuenta con mayores posibilidades es que el indígena Patagón lo haya adquirido del Araucano = Mapuche, quien, a su vez, del contacto con la cultura incaica; por lo menos, el nombre es de origen quéchua y no es de suponer que se hubieran acostumbrado a prepararlo antes que tuviese designación vernácula.

(23). — Como en muchas otras ocasiones, no es dable poner el dedo encima de la fuente inspiradora —o hipocrene, que diría el inolvidable Carbia de los neologismos rebuscados—. Musters ha tenido muy presente los diversos escritos de Schmid, al redactar su seductor relato y es por ello que, en verdad, no puedo valorar debidamente su testimonio. ¿Hasta dónde es de su propia cosecha y dónde comienza la versión inspirada? De cualquier manera que sea, Musters anota igual costumbre (MUSTERS, *At Home*, 173; trad. *Vida*, 272).

(24). — Ya lo había anotado Viedma en forma similar (VIEDMA, *Diario*, 66). Musters se adjudica el mérito de haberlo inducido a la costumbre de la pesca: "Varios Tehuelches se decidieron entonces por primera vez a probar el pescado con que nos regalábamos Casimiro, Meña y yo, y algunos se aficionaron mucho a él; me pidieron prestadas las líneas y anzuelos, y en breve se les vió sentados en la ribera esperando pacientemente la picada... Como yo tenía anzuelos en abundancia, los ingeniosos salvajes se hicieron en seguida líneas con tendones de avestruz retorcidos, y supongo que siguen pescando todavía" (MUSTERS, *At Home*, 201; trad. *Vida*, 294). El optimismo del viajero inglés no tuvo la trascendencia que supuso: años después, Lista, nuevamente, a su manera comprueba su repugnancia al ictiofagismo (RAMÓN LISTA, *Una raza que desaparece. Los indios Tehuelches*, 100; Buenos Aires, 1894). Tratándose de Lista —que tenía patente libre para fantasear— hay derecho a ponerlo en suspición.

(25). — Es por demás curioso que en el transcurso de tres siglos los viajeros que convivieron con los Patagones casi no han reparado en tal costumbre que, no obstante el silencio que guardan al respecto, era, según todo lo hace suponer, práctica común. La expedición de Magallanes ya la señala (MAXIMILIANO TRANSILVANO, *Relación escrita por.. de cómo y por quién y en qué tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas*, en MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles*, IV, 257; Madrid, 1837); Dumont D'Urville, por su parte nos hace conocer cómo las comían: *patelles qu'ils faisaient aussi rôtir un instant sur le brassier* (J. DUMONT D'URVILLE, *Voyage au pole sud et dans l'Océanie sur les corvettes "L'Astrolabe" et "La Zélée", exécuté par ordre du Roi pendant les années 1837-1838-1839-1840 sous le commandement de M. ..., Histoire du voyage*, I, 154; Paris, 1841); por consiguiente, corresponde admitir que, en momento alguno, dejó de recurrirse a esta variación de la dieta.

(26). — La lacónica enumeración en dos renglones de todo cuanto atañe a la dieta vegetal del indio Patagón es cruelmente extorsiva. Dejando aclarado que Schmid se refiere: *a*) a raíces que, en la pluralidad de los casos las comían crudas; *b*) a plantas y *c*) a frutos, remito al lector a una monografía especialmente dedicada al tema —que publicaré en breve— pues no deseo estrangular en los premiosos límites de una nota, un tema de vastos horizontes y precariamente estudiado hasta mi primer monografía al respecto (Milcíades Alejo Vignati, *Contribución a la etnobotánica indígena. El "pan" de los Patagones protohistóricos*, en *Notas del Museo de La Plata*, IV, 321 y sgtes.; La Plata, 1941).

(27). — Creo que Schmid es el único autor que hace referencia a estas charlas vespertinas como producidas en las salas de un club. Es un hecho confortante enterarse que esas horas muertas eran aprovechadas para un esparcimiento tan espiritual como intrascendente.

(28). — Se comprende que para la gente que le agrada comer la carne cocida al punto de ser comparada con una suela de zapato pueda parecer que la costumbre patagónica implicaba comerla casi cruda. Entiendo, por el contrario, que sabían paladear a la que llamamos simple y sencillamente "jugosa". Es el concepto que tiene eco en Musters (Musters, *At Home*, 173; trad. *Vida*, 272).

(29). — En la nota Nº 63 del diario de Schmid ya he dilucidado de quién se trata, El lector no debe olvidar que las "Maneras y costumbres" fueron escritas inmediatamente después de realizado el primer viaje por el austro patagónico. Es de suponer que tres años después, tras larga convivencia con los misioneros, el inglés de Silvo = Platero fuese más inteligible.

(30). — Es para mí causa de singular extrañeza que Outes no haya captado el significado de la proclama que, ya descabalada, logró recoger Schmid. No tuvo en cuenta que la caza era la forma económica del pueblo Patagón y, por consiguiente, que el logro de la subsistencia dependía del éxito en la misma. Era necesario propiciar a la divinidad para que sus dones cuajaran abundantes. Por eso tuvieron su plegaria, su invocación a esa gracia tal como la conocemos ahora para los Gűnűna-kűne (Rodolfo M. Casamiquela, *El contacto Araucano-Gűnűna-kűna. Influencias recíprocas en sus producciones espirituales*, en *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía. "Vinculaciones de los aborígenes argentinos con los de los países limítrofes"*. 11 al 15 de de noviembre de 1957, I, s.p.; Buenos Aires, 1962). Me he dejado decir que el texto de Schmid es

descabalado; ello fluye de la circunstancia que treinta años antes, Bourne —testigo visual y de oído— proporciona dos datos que están en plena contradicción. El primero —de suyo, dirimente— la duración: "no menos de una hora" (BOURNE, *The captive*, 114) y además la palabra *comole* repetida una y otra vez en el transcurso de la proclama, que no aparece para nada en el dado a conocer por Outes (FÉLIX F. OUTES, *Un texto Aonŭkŭn'k (Patagón meridional) para incitar a la caza obtenida por Juan Federico Hunziker en 1861*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXI, 353 y sgtes.; Buenos Aires, 1928). La explicación de estas discrepancias está, tal vez, en suponer que en el correr de los años, la oración cada vez más cercenada haya quedado reducida, simbólicamente, a la exhortación final —En esta nota me he referido en forma reiterada al "texto de Schmid" aunque al darlo a la publicidad, Outes lo haya atribuido a Hunziker. Es una de las tantas trapacerías del autor local. No puedo, como se comprende, reducir una demostración de esta índole a la angustiosa extensión de un escollo, y dejo para muy próximo traer las pruebas convincentes de la paternidad de Schmid a la proclama de caza—. Se trata, como se comprende, de una cacería organizada, es decir, en la que participan la gran mayoría de los hombres de la parcialidad o de una agrupación ocasional de toldos, propia de la época, pues para entonces, el elemento femenino había sido desplazado a una colaboración distinta a la que tenía una centuria antes, como consecuencia de la introducción y adopción del caballo. Outes en la obra recién mencionada ha dado ha conocer una amplia recopilación de antecedentes relativos ya a la caza individual propia de los tiempos protohistóricos como, también, a la más moderna, con la pluralidad de los representantes masculinos del contingente.

(31). — Según creo, es la primera vez que se menciona látigo en manos de los indígenas de Patagonia. El hecho en sí, no tiene nada de extraordinario puesto que el aborigen al adoptar el caballo como medio de trasporte, ha debido incorporar todos los adminículos correspondientes a su apero, aunque los haya simplificado cuanto era necesario para ensamblar con sus posibilidades manuales. Lo raro de la información es que antes de Schmid y —si la memoria no me es infiel— tampoco después de él, nadie señaló su uso, casi tan indispensable como las espuelas.

(32). — El lector puede saborear el formulismo inglés tan agobiador como nuestra burocracia. No basta ser el jefe: es necesario ejercer la función de tal, el mando ejecutivo.

(33). — ¿Habían cambiado las costumbres atinentes al arte venatorio desde la época de Fitz Roy, o, sencillamente, hubo de parte de éste una deficiente observación? Mientras para el ilustre marino el producto de la cacería era un bien común (*Narrative,* II, 151), Schmid señala una propiedad personal tan estrictamente establecida como si respetara las prescripciones de un código escrito. Sin embargo, es posible encontrar justificativo al aserto de Fitz Roy: Casimiro informó a Musters en cierta ocasión que los Patagones septentrionales = Gűnűna-kűne, cuando no tenían caballos, al término de las cacerías dividían el botín en partes iguales, botín que era trasportado al hombro hasta los toldos (MUSTERS, *At Home,* 194; trad. *Vida,* 289). Entre los Araucanos argentinos del Neuquén, Cox comprobó otra suerte de división: "en el guanaco lo que más vale es el cuerpo que pertenece al boleador, la cabeza al principal de la partida, y el resto se distribuye igualmente entre los demás" (COX, *Viaje,* 188). Musters, al parecer, no muy bien enterado, no entra en pormenores y zanja la dificultad diciendo que "cuando se trata de guanacos, el primero [el cazador que bolea] toma la mejor mitad" (MUSTERS, *At Home,* 73; trad. *Vida,* 195). No deja de ser una coincidencia que hace pensar, la circunstancia que los Araucanos de Cox obsequiasen la cabeza del animal cazado al jefe de la partida, de manera similar a la de los hombres del paleolítico europeo que ofrendaban a la divinidad (KURT LINDNER, *La chasse préhistorique,* 247 y sgtes.; Paris, 1941). Desvanecida por el tiempo la impretación mágica con su correspondiente oblación, supervivió, sin embargo, la idea que la cabeza era tabú al cazador común. Bourne, cuya única preocupación fue la de exagerar en uno y otro sentido y de hacer aseveraciones a tontas y a locas, consigna que las costillas y la cabeza eran abandonadas en el campo (!) (BOURNE, *The captive,* 71). En verdad, ese pobre hombre, no sabía lo que decía. —Tal respeto a la divinidad llegó, también, a los Patagones del norte = Gűnűna-kűne. Recuerdo aun la tarde en que conocí personalmente a Rodolfo Casamiquela —que me visitó en compañía de mi buen amigo Tomás Harrington. Al despedirnos le recomendé —ya que partía a sus lares: Río Negro— que procurase ubicar el altar donde ofrendaban los indígenas para obtener buena caza, del que nos informa Muñiz (OUTES, *Observaciones,* 211) y mencionado por Moreno medio siglo después (FRANCISCO P. MORENO, *Recuerdos de viaje en Patagonia,* 28; Montevideo, 1882; reimpreso en: *Reminiscencias de Francisco P. Moreno,* 114; Buenos Aires, 1942). Ha tenido la suerte de poder ubicarlo y de recoger

de los últimos supérstites de la raza, las tradiciones respectivas. "Cuando rogaban los antiguos —informa— juntaban muchas cabezas, con cuero y todo, de guanacos y avestruces, los pintaban con *meskáuge* (tierra de color azul o verde), las ponían como cerco bajito en algún faldeo, y cantaban encima las mujeres para pedir suerte para que hubiera animales" (Casamiquela, *El contacto*, s.p.). Creo que no se puede menos que reconocer la similitud de ofrendas a través de las creencias y de los siglos que median entre el hombre paleolítico europeo y nuestro nómade patagón.

(34). — Este pormenor respecto a quien correspondía la cría de la guanaca cazada, entiendo que es única. No puedo menos que manifestar mi asombro ante tanta jurisprudencia emanada de un fondo tradicional basado en la armoniosa convivencia de los miembros de la agrupación tribal.

(35). — Bien se comprende que se trata de un préstamo de la civilización europea. El procedimiento primitivo para la obtención del fuego era el correspondiente a su estado cultural: el llamado de taladro o de giración (Carnac Temple, *The World*, 119; John Narborough, Jasmen Tasman, John Wood y Frederice Marten, *An Account of several late Voyages & Discoveries to the South and North. Towards the Streights of Magellan, the South Seas, the vast tracts of land beyond Hollandia Nova, &c. also Towards Nova Zembla, Greenland or Spitsberg, Groynland or Engrondland &c.*, 53; London, 1694) (véase la lámina VI). Ya para la época de Musters los niños eran capaces de usar cerillas (Musters, *At Home*, 64; trad. *Vida*, 188) como cosa habitual; Spegazzini ratifica la información aunque manifiesta que, raramente, vio yesqueros con pedernales para obtener la chispa (Spegazzini, *Costumbres*, 232). No obstante esta lógica variación de costumbres, hacia 1876, Barberis, todavía, menciona el método primitivo (Giulio Barberis, *La Repubblica Argentina e la Patagonia*, 71; Torino, 1877), posiblemente, en agrupaciones de poca frecuentación a las colonias argentinas o chilenas.

(36). — Todos estos pormenores de las modalidades e incidencias de una cacería son únicos. Ningún otro viajero a ahondado tanto en el proceso consecutivo al hecho de cazar en su acepción más estricta. Reclamo para Schmid el mérito de ilustrarnos a su respecto con la veracidad de testigo.

(37). — Mediando la circunstancia que Musters —con conocimiento de causa— se queja que la costurera de pieles al armar un manto de uso masculino se queda con la mejor y mayor parte, po-

demos admitirle su testimonio de ingenuo esquilmado cuando corrobora el número de pieles de chulengo que eran necesarias para hacer el mencionado indumento del hombre (Musters, *At Home,* 171; trad. *Vida,* 271).

38). — No se crea que el propósito de Schmid es hacer zoología. No es más que una prueba del espíritu práctico inglés que informa respecto a posibles negocios.

(39). — La afirmación de Schmid es cierta hasta no producirse determinadas circunstancias: que la hembra deposite sus huevos y, consecutivamente, el macho los empolle. Acaecidos ambos acontecimientos, por varios meses, el indígena prefería la caza del guanaco que, a más de su corpulencia, ofrecía algo más de gordura. El buen Dios, en movimiento pendular, les ofrecía unos y otros alternativamente. Sin embargo, debe dejarse constancia que la grasitud del avestruz, nunca era alcanzada por los guanacos; de ahí que el indígena, reservara bolsas con grasa —como se verá de inmediato— para suplementar la carne magra del cuadrúpedo en las épocas en que, inevitablemente, debía utilizarla. La preferencia de la carne de avestruz sobre la del guanaco ha sido señalada también por Musters quien añade consideraciones interesantes al respecto (Musters, *At Home,* 74; trad. *Vida,* 196).

(40). — Es singularmente ilustrativo todo cuanto nos refiere Schmid relativo a estas reservas de grasa. De no haberlo consignado en la forma que acaba de leerse, sólo podríamos inducir la costumbre entre los indios del norte de Patagonia = Gűnűnakűne, por dos lacónicas frases de Musters, frase la segunda simplemente corroborativa de la primera (Musters, *At Home,* 194, 220; trad. *Vida,* 289, 309).

(41). — La repartición del avestruz entre los cazadores intervinientes ha quedado anotada por Cox en distintas proporciones: "las plumas pertenecen al cazador que ha boleado el choique, como también las patas, cuyos nervios sirven a las mujeres para coser las huaralcas; el resto del cuerpo se divide entre los diversos indios que lo persiguieron y se come en la noche" (Cox, *Viaje,* 188). A su vez Musters no deja de darnos su versión: "el hombre que bolea el avestruz deja que el otro que ha estado cazando con él, se lleve la presa o se haga cargo de ella, y al terminar la cacería se hace el reparto; las plumas, el cuerpo, desde la cabeza hasta el esternón y una pierna, pertenecen al que la cazó, y el resto a su ayudante" (Musters, *At Home,* 73; trad. *Vida,* 195).

(42). — Esta forma de cocinar la presa tiene eco en la gran mayoría de los viajeros que realmente han convivido con el aborigen. Como se sabe, es una de las tantas formas del llamado "horno de tierra", al que, hace años, he dedicado un trabajo monográfico (MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *El "horno de tierra" y el significado de las "tinajas" de las provincias del occidente argentino,* en *Physis. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales,* IX, 241 y sgtes.; Buenos Aires, 1928).

(43). — No es necesario enfatizar respecto a la ignorancia de muchos de los que han escrito de costumbres patagónicas cuando confunden lamentablemente los tendones con los nervios. Aquéllos, tal como lo apunta Schmid, eran los utilizados. El haz de fibras que los constituyen eran deshilachados por los indios antes de trenzarlos: "Se sacan estos tendones dislocando la coyuntura inferior de la pata; el primer tendón sale tirándose de él a mano, y el otro a la fuerza, usando el hueso de la pata como mango. Después se separa del pie este hueso, dejando los tendones adheridos al primero; se les seca un poco al sol y luego el hueso extraído sirve para separar las fibras tirando de él fuertemente por entre los tendones. Una vez separados éstos, se les corta del pie, se les da el mismo grueso y el mismo largo y se les pone en un sitio húmedo para que se ablanden, y cuando están blandos, se les trenza, frotándolos con sesos cocidos para que sean más flexibles y ajusten mejor en la trenza" (MUSTERS, *At Home,* 135; trad. *Vida,* 243). Según se ve, la obtención de los tendones y su preparación era labor de ambos sexos, de acuerdo al fin a que estaban destinados: si se trataba de trenzados, la tarea correspondía a los hombres; si, por el contrario, solo era cuestión de costura, entonces las mujeres eran las que debían hacerse cargo de la tediosa preparación.

(44). — Es evidente que esta agrupación con quien viajaba Schmid tenía su ámbito exclusivamente meridional. El Carmen, a orillas del río Negro, no contaba para sus transacciones y faltaban algunos años para que el establecimiento de Piedra Buena en la isla Pavón se erigiera en rival comercial de Punta Arenas.

(45). — El párrafo que acaba de leerse es de inapreciable sinceridad; solo cabe acotar que ha sido escrito son sutileza latina, insinuando una afirmación que hubo de ser perentoria. Francisco González —marinero que en 1798 hizo el camino desde puerto Deseado hasta el río Negro en compañía de una agrupación indígena —quien, crudamente, estampa los acontecimientos del día vivido, no tiene in-

conveniente proselitista en puntualizar las veces que las mujeres han debido salir a recoger vegetales o a realizar verdaderas cacerías para suplir la incapacidad momentánea de los hombres del campamento, abatidos por brutales borracheras que, no siempre, acababan plácidamente (Milcíades Alejo Vignati, *Comentarios etnográficos al "diario" del marinero que en 1798 viajó por tierra desde puerto Deseado a ría Negro,* en *Buenos Aires. Revista de Humanidades,* año II, Nº 2, 28 y sgtes.; Buenos Aires, 1962).

(46). — Conviene dejar establecido como premisa general que las cacerías eran más frecuentes que los cambios de domicilio. Salvo en aquellos casos excepcionales en que la agrupación, por motivos fortuitos, se veía obligada a marchas aceleradas para poner terreno de por medio a posibles persecuciones enemigas o, por el contrario, para llegar al término del viaje cuando aun los almacenes estaban bien provistos, salvo —repito— esas circunstancias, se cambiaba de lugar de estar cuando la caza —arisca de suyo— se levantaba y ya resultaban estériles los círculos cinegéticos. Pero a Schmid se le ha ocurrido —tal vez por cromosómica herencia de método— desglosar los procesos que habitualmente eran sincrónicos, en la descripción pormenorizada de cada uno de ellos. Ya ha descripto la cacería en sí; ahora pinta el pintoresco abatir de los toldos, la ruidosa y excitante carga de los animales y, por último, el abigarrado y, casi siempre, monótono andar de la cabalgada femenina salpimentada con esas pequeñas incidencias que vivifican la jornada.

(47). — La mansedumbre del caballo de los indígenas una vez que sentían las riendas ha quedado señalada, de manera admirativa, por Musters cuando en Inglaterra se le preguntó quién se hacía cargo de la cabalgadura cuando el jinete desmontaba (Musters, *At Home,* 169; trad. *Vida,* 269).

(48). — Ya Viedma lo había escrito: "las mujeres tienen obligación de... armar y desarmar el toldo en las marchas, y cargarlo y descargarlo, sin que para nada de esto le ayude el hombre, aunque ella esté enferma, porque ha de sacar fuerzas de flaqueza" (Viedma, *Diario,* 71). Esa conducta prescindente del elemento masculino en toda actividad ajena al enjaezamiento de su propia cabalgadura es un aspecto ostensible de la división sexual del trabajo y, por consiguiente, ha sido observada por diversos viajeros. La menor ayuda del esposo, hijo o hermano en esas faenas domésticas era considerado desdoroso. En pleno auge de los "hombres-médicos" —que fisiológicamente actuaban como mujeres— era parte de sus obligaciones colaborar en

todas las tareas propias del elemento femenino: habían perdido su sexo y, en consecuencia, debían cumplir las propias del que habían elegido en su libre albedrío.

(49). — Los caballos cargueros eran las víctimas de las mudanzas. Se los abrumaba con el peso de todo cuanto constituía el campamento, en el cual todo eran muebles, desde la misma habitación hasta el abalorio más pequeño, pero no el menos preciado.

(50). — En los párrafos que acaban de leerse, Schmid describe la cuna de transporte ecuestre (véase lámina XI). El tema fue motivo de una pequeña nota monográfica que escribí hace años (Milcíades Alejo Vignati, *La técnica del transporte de párvulos entre los Patagones ecuestres*, en *Notas del Museo de La Plata*, III, 71 sgtes.; Buenos Aires, 1938). La tesis tiene proyecciones en la anatomía craneana. Imbelloni señaló que la deformación plano occipital era debida al uso de la cuna (J. Imbelloni, *Sobre el número de tipos fundamentales a los que deben referirse las deformaciones craneanas de los pueblos indígenas de Sud América*, en *Gaea. Anales de la Sociedad argentina de Estudios geográficos*, I, 195; Buenos Aires, 1925); pero bastó que von Aichel argumentara que se trataba de una posición imposible para la cabeza yacente para que aquél se rectificara ¡cuando estaba en plena posesión de la verdad! (J. Imbelloni, *Formas, esencia y metódica de las deformaciones cefálicas intencionales*, en *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán*, I, Nº 1, 18 nota 2; Tucumán, 1938). La verdad es, que ninguno de los dos contendientes conocía a la fecha, la forma de la cuna de transporte ecuestre y por ello insisten en la expresión "decúbito horizontal" cuando la superficie es convexa. —Hace tiempo (Milcíades Alejo Vignati, *Una narración fiel de los peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris*, 104, nota 59; Buenos Aires, 1956) prometí ocuparme de este tema pero, como, por el momento, no alcanzo a ver la posibilidad de publicar el ya pergeñado artículo hago conocer la reconstrucción de laboratorio que realicé (lámina XII) que evidencia cuán equivocado estaba von Aichel en desechar la posibilidad que una cuna podía obrar sobre la región lambdica y a la que se debe la deformación tan particular de los cráneos modernos (3 siglos de antigüedad, como máximo) de los etnos patagónicos. Con anterioridad a la cuna de transporte ecuestre el indígena poseía la propia adaptada a su andar pedestre (Viedma, *Diario*, 75). Como era de suponer, su tipo se asemeja más al que se conoció en uso entre los Ona de Tierra del Fuego de fines del pasado siglo que el equi-

valente de los Araucanos (Vignati, *La técnica*, 73, fig. 1). —A este respecto, para que no se diga que rehuyo rectificaciones, manifiesto que el doctor Bormida ha deseado quedar bien con su padrino de tesis, quebrando una lanza en su defensa: procurando hacerle decir al párrafo de Viedma y al de Verneau lo que no dicen (Marcelo Bormida, *Los Antiguos Patagones. Estudio de craneología*, en *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, VI, 53; Buenos Aires, 1953-54). Arguye, en efecto, con un testimonio de Agustina Moreira. He tratado a esta india y no tardé en enterarme y poco después, en convencerme que era mucho, mucho más taimada de lo que naturalmente correspondía a la ingenuidad de sus cultos interlocutores. Tenía la costumbre de hacerse repetir la pregunta tantas veces como fuera necesario no para entenderla sino para llegar al convencimiento de la respuesta que se deseaba escuchar de sus labios, y, por cierto, ¡qué pocos le ganaban en el arte de cuestionar!: quería quedar bien... Obtenida de doña Agustina la explicación práctica anhelada el revanchismo quedó satisfecho. ¡Vanas presunciones! Cuando doña Agustina vino al mundo, hacía muchos decenios que la cuna de estar y de transporte a las espaldas de la madre patagónica había desaparecido; tantos como contaba la adopción del caballo. Es posible que a fines del siglo pasado y comienzos de este, cuando las agrupaciones indígenas tuvieron, por imposición del blanco, que abandonar el nomadismo de sus mayores, la mujer patagona haya vuelto a necesitar la cuna de estar; pero entonces, no volvió a la desconocida de sus antecesores, sino que tomó en préstamo la que estaba en uso, de tiempo inmemorial, entre los Araucanos (véase lámina XIII), tal vez con la única excepción del híbrido dado a conocer por Hauthal (véase lámina XIV) (R. Hauthal, *Ueber eine Kindertrage der Tehuelchen im südlichen Patagonien*, en *Atti del XXII Congresos Internazionale degli Americanisti. Roma - Settembre 1926*, 150 y sgte., figura 6; Roma, 1928). El proceso etnográfico tal como lo desea el binomio Imbelloni-Bormida es un absurdo. Los Ona tienen la cuna de estar —proveniente de los antecesores comunes con los Patagones— sin tablilla frontal; los Araucanos, tampoco la tienen (véase como documento etnográfico, la escultura de una cuna de trasporte araucana en: Gualterio Looser, *La representación de figuras humanas y de animales por los Araucanos*, en *Boletín del Museo Nacional de Chile*, XII, t. a. 14 fig. 12; Santiago, 1929). ¿Cómo pudo tenerla la propia de la cultura patagónica? Todo eso en el campo de la especulación científica, pero el Dr. Bormida ha olvidado que

lo que he negado –y sigo negando– es que en el párrafo de Viedma –en el cual el profesor Imbelloni finca su tesis– *no existe* mención alguna de una tablilla que obrara sobre la frente del párvulo. Eso es todo. El único asunto controvertido es la existencia o no de una tablilla frontal en el texto de Viedma. Imbelloni la da por existente; yo la niego. Y si el Dr. Bormida a esta altura de su vida intelectual todavía se cree en la necesidad de ser paladín de quien fue su maestro, puede hacerse cargo de demostrar en qué palabras, en qué tilde, en qué perífrasis, Viedma habla de la tablilla que tanto necesitaba Imbelloni para mantener su perniquebrada clasificación deformatoria. Eso es todo y en ello me mantengo.

(51). – La observación de Schmid es perfecta; lástima que no hizo referencia al tan peculiar estribo cogotero del que echaban pie para ascender al pináculo de tantos trastos. "Ponen a la yegua un collar al cuello que cae hasta las rodillas, con cuantos cascabeles y colgajos pueden conseguir. Estos arreos son para gala y fiestas, pero en sus marchas ordinarias no usan estos adornos, y en lugar de dicho collar ponen un cordón de lana azul o colorado, de un dedo de grueso, con el cual dan tres vueltas al cuello de la caballería y les sirve también de estribo para montar en el sillón donde se asientan con la cara a la cabeza del caballo, recogiendo las piernas arriba sobre las faldillas del mismo sillón, en una postura muy violenta y trabajosa, que solo la costumbre puede hacerles sufrir; por lo que están expuestas a muchas caídas" (Viedma, *Diario,* 71). No recuerdo haber leído nada respecto al origen de ese estribo; sin embargo, no dejo de apuntar para quien desee estudiarlo que pieza similar se usa en Andalucía y otros lugares de España. Nada hay que desdiga de ese origen peninsular heredado junto con el propio caballo.

(52). – Nadie como Schmid en el texto que acaba de leerse ha proporcionado los pormenores que definen la existencia de "paraderos" fijos que señalaban el término de cada jornada o marcha del indígena nómade, y establece, al mismo tiempo, las condiciones que el lugar debía reunir para asegurar ese mínimo de comodidades que necesitaba el aborigen para instalarse. Por cierto que a Viedma no pasó inadvertido el contenido formal de esas cabalgatas que entrañaban cambios de campamento; es terminante e indiscutible en su laconismo: "las mujeres van por veredas que hay hechas para todas las aguadas donde deben parar" (Viedma, *Descripción,* 72). Bourne –con absoluta incomprensión de tal proceder– señala, a su pesar, idéntica idea. Refiere que cierto día levantaron el campamen-

to y —trastocando la interpretación del "desayuno" que tiene su real exégesis en Musters (Musters, *Vida*, 194 y 204)— añade: "terminada la escasa comida toda la compañía comenzó su viaje, que con sus tortuosas vueltas no eran muy diferente del de los israelitas en el desierto, pero del que se diferenciaba, porque nosotros no parecíamos tener destino u objetivo, excepto la exploración de nuevos campos de caza y la gratificación de la caprichosa inquietud de los indios. Se logró un fin muy deseable; conseguimos lo suficiente para comer, ya que tuvimos éxito en matar gran cantidad de presas. Los indios, es digno de hacerse notar, nunca erraban cuando se trataba de encontrar sus campos. Parecían tan familiarizados con sus vagabundeos y con la conformación general del país, que aunque la superficie no presentaba a mis ojos huellas dinstinguibles ni marcas, ellos partiendo desde cualquier punto, por distante que fuera llegaban sin titubear en dirección a sus tiendas" (Bourne, *Life*, 64 y sgte.). Sin desear abusar de textos análogos no puedo menos que documentar que aun en la época de Musters se mantenía igual concepto. "Como el cacique —dice— había anunciado en su arenga que íbamos a acampar junto a una fuente en la parte oriental, y como yo había muerto a un avestruz, que, después de una rápida carrera de media milla había vuelto atrás espantado por la cabalgata de las mujeres, seguí adelante en compañía de Casimiro y de otro, para preparar un poco de comida. Al efecto, elegimos un matorral, cocinamos y comimos nuestra ave, y, una vez terminada la comida montamos y nos dirigimos al sitio donde esperábamos encontrar el campamento. Pero al llegar allí, no vimos a nadie, y mirando hacia el llano alcanzamos a divisar la figura de una mujer rezagada en el momento mismo que desaparecía en el barranco arriba mencionado. Por consiguiente, continuamos andando, y al cabo de una hora de galope estuvimos con los demás" (Musters, *Vida*, 204 y sgte.). De todo ello fluye que entre un campamento y otro, uniendo, como quien dice, ambas estaciones, existía un camino, senda perfectamente marcada a la cual Roncagli sin mayor preocupación llamara "camino de chinas" (G. Roncagli, *Da Punta Arenas a Santa Cruz*, en *Bolletino della Società Geografica Italiana*, Ottobre, 1884. Serie II, vol. IX, 758; Roma, 1884) como que en verdad era el conjunto femenino y los niños los que la usaban en sus frecuentes mudanzas. Los hombres, mientras tanto, cumplían su obligación de cazar —cosa que, como se recordará necesitaba la existencia de esta línea móvil que la impedimenta proporcionaba naturalmente en consecución del

nuevo domicilio ya que espantaba a las piezas levantadas por el ojeo—. Bien se comprende que tal comportamiento no era constante: muchas veces el apremio de carne no era perentorio y, entonces, a pesar de estar la toldería en marcha, los hombres podían satisfacer su inagotable anhelo de errar sin mayores preocupaciones —tal como lo hiciera San Slick abandonando la senda "a la que declaró, con marcado desdén, buena para mujeres, no para hombres" (Musters, *Vida*, 157)—, pero sin que implicase en caso alguno que su itinerario fuese "divagante e instable" según Outes manifiesta reiteradamente (Outes, *Versiones*, 309, 323, 329). Entretener sus ocios en reconocimiento de nuevos campos de cacería como lo expresa Bourne o el de practicar merodeos individuales no justifica los adjetivos usados por Outes para pintar su nomadismo. Por el contrario: entraña desconocer en su esencia la razón oculta de ese, al parecer, andar despreocupado que, sin embargo, tenía, desde el momento de partir, rumbo cierto y meta conocida.

(53). — Entramos en un capítulo pletórico de interés. Lamentablemente, el texto se reduce a la faz exclusivamente "médica" sin tocar su actuación mágico-religiosa. ¿Fue Schmid quien no quiso estudiarla o fue el Comité de Redacción que usó liberalmente de las tijeras y suprimió todo cuanto podía lastimar la presumida orfandad de creencias que atribuían al Patagón? Encarado el tema de la manera como lo ha hecho Schmid la actuación del "médico" no puede presentarse en forma menos lucida. El misionero —muy siglo XIX— confía y más que confía, cree en la terapéutica local y al encontrarse con que el "médico" no usa ungüentos, que no acostumbra a dar yuyos ni a beber sus infusiones, señala, en consecuencia, su insuficiencia e ignorancia; son cosas inadmisibles y las fustiga. En momento alguno se le ocurrió pensar que ese degenerado hijo de Hipócrates, desempeñaba con sus pantomimas, maracas, éxtasis, gritos, contorsiones y succiones la delicada función de obrar sobre la psiquis del paciente, tal como se viene haciendo —vencido un siglo— con los ampulosos nombres de sugestión e hipnosis. Creo que con D'Orbigny, que lo llama *calmelache*, Schmid es el otro viajero que le da nombre genérico al "médico". Ambos términos tienen evidentes parentezco, pero ninguno impresiona como voz exacta. El verdadero, me lo ha proporcionado mi buen amigo don Tomás Harrington, es: "*kälümuláwetrr* o *külemulauetrr*, en que *kälü* o *küle* significa blanco". En efecto. "El *kan ájwai* se desarrollaba durante los camarucos o *nguillatun* realizados por los gününa küne y en el recinto

de estas rogativas, ignoro si frente al *rewe* mirando al Este o en la parte posterior, y participaban el curandero, cuatro muchachos varones y cuatro muchachas, estos ocho de unos 11, 12 ó 13 años de edad, pintados y adornados con plumas. El curandero, con excepción de plumas en la cabeza y otras que le servían de taparrabo, completamente desnudo y, como era de rigor cuando desempeñaban funciones importantes, todo pintado de blanco, de la cara a los pies, color que, como acabo de decir (*kälü*) forma parte de su nombre. La ceremonia consistía en bailes cuyos pormenores desconozco, ejecutados por los nueve sujetos dichos, acompañados de canciones (*gáyau*) que emitían desde la proximidad mujeres mayores, el todo enderezado a rogar o implorar por la salud de algún enfermo. El acto era serio, solemne y no se permitía a los niños ni jugar, ni reirse, ni gritar, y si alguno de corta edad lloraba era retirado inmediatamente del lugar por la madre" (carta de don Tomás Harrington al autor, de fecha 25 de marzo de 1963, 9 vuelta).

(54). — El pintado de rayas blancas en el cuerpo del "médico" recuerda a las similares de los indios Ona de Tierra del Fuego con que se decoran para sus pantomimas de iniciación de los jóvenes (Martín Gusinde, *Die Feurland Indianer. I. Die Selk'nam*, lám. XXIX y sgtes; Mödling bei Wien, 1931). La frase de Schmid no es lo suficientemente clara. Parece que la pintura blanca a listas era en todo el cuerpo y eso señalaría la diferencia con la práctica habitual de embellecimiento de rayarse de blanco los brazos y las piernas tal como lo indica al hablar en general de la costumbre de pintarse. Arms y Coan informan de manera similar al último aserto (Arms and Coan, *Patagonia. Extracts from the journals of Messrs. ...* en *The Missionary Herald*, XXX, Nº 11, 398; New York, 1834; trad. *Patagonia. Extractos de los diarios de los Señores Arms y Coan*, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, III, 119; Buenos Aires, 1939).

(55). — Esta excusa era habitual en los tiempos modernos, para los que los testimonios de Schmid y Musters son sus más esclarecidos exponentes. En épocas anteriores, el fracaso junto al enfermo tenía consecuencias graves al "médico" que, frecuentemente, pagaba con su vida la impericia de salvar la ajena: "si no consigue el alivio del enfermo, suelen también los amigos de éste darle su merecido a aquellos, a lo menos quitándoles el empleo y tratándole en adelante como a infame: y si la muerte ha sido de mujer o hijo del cacique, suele pagar con la vida el hechicero su mala cura" (Viedma, *Viaje*, 76). Se han señalado en ciertas ocasiones verdaderas masacres (Joseph

Sánchez Labrador, *Paraguay Católico. Los indios Pampas-Puelches-Patagones,* 55; Buenos Aires, 1936). —¿No captó Schmid el carácter de exorcismo que tenían estas actividades del "médico", o fueron suprimidas? Me inclino más a esto último, puesto que todos los autores que describen el proceder múltiple del galeno, coinciden en tal interpretación: su propósito estaba dirigido exclusivamente a hacer salir del cuerpo del paciente el espíritu del mal que allí se había asentado. No deseo explayarme sobre el tema para evitar repetirme, ya que con mayor amplitud lo he abordado en trabajos dedicados al tema (Milcíades Alejo Vignati, *Restos del traje ceremonial de un "médico" Patagón,* en *Notas del Museo Etnográfico,* Nº 4; Buenos Aires, 1930; Milcíades Alejo Vignati, *La medicina entre los aborígenes argentinos,* en *Publicaciones de la cátedra de la Historia de la Medicina,* V, 233 y sgtes.; Buenos Aires, 1942).

(56). — La singularidad del informe de Schmid es que supone a esas bolsas hechas con cuero de guanaco, cuando la generalidad de los autores del pasado siglo dicen que son vejigas. No es dudoso que la variación del material empleado ha cambiado según las circunstancias. Fletcher —el relator de la armada de Drake— lo describe como realizadas con corteza de árbol unidas con tendones de avestruz, y con piedritas en su interior, a más de estar pintada exteriormente (Carnac Temple, *The World,* 119; véase mi lámina VII); se lo usaba atada a la cintura de tal modo que los bailarines al moverse obtenían el ruido propicio para acompañamiento de sus danzas. Izikowitz ha logrado establecer que la forma primitiva de las sonajas ha sido la calabaza, de la cual han derivado cantidad de sucedáneos, en razón de no disponer del fruto mencionado (Karl Gustav Izikowitz, *Musical and other sound Instruments of the South American Indians. A comparative ethnographical study,* 123; Göteborg, 1935). Considerada en términos generales, la sonaja debe estimarse en la clasificación de los instrumentos musicales como un idiófono de sacudimiento (Carlos Vega, *Los instrumentos musicales aborígenes y criollos de la Argentina,* 31; Buenos Aires, 1946).

(57). — Este modo de querer evitar las consecuencias que presume, ya ha sido mencionada: "En viendo el hechicero que ya está cercano a la muerte el enfermo, se procura disculpar con otro hechicero; o dice que no puede librarle de la muerte, porque el demonio le ha dicho que no se canse, porque no quiere salir del cuerpo del doliente por su medio por no ser de su jurisdicción y que sola-

Schmid sitúa a los Patagones con estas informaciones en un plano religioso muy superior al que habitualmente se les tenía. Corresponde recordar que la ofrenda de sangre no estaba reservada únicamente a los funerales: también ha sido anotada como testimonio de lealtad de sentientos (Carnac Temple, *The World*, 19).

(63). — Un siglo antes, los miembros de la expedición Malaspina tuvieron ocasión de observar las ceremonias fúnebres que traducen en sus apuntes de la siguiente manera: "Cuando se muere alguno, queman todo su ajuar, y en la pira echan uno a uno todos sus muebles, en cuyo tiempo los ancianos repiten con lenta y lúgubre voz, entre otras palabras *Agusle Agusle* y los dolientes cortan las puntas de los rizos los que dejan colgando, y las echan en la pira, y presencian la fúnebre función entre tanto el doliente, envuelto en su toga, se mantiene echado sin salir de su toldo en tres o cuatro días" (Lehmann-Nitsche, *Noticias*, 111). —Hasta ahora se ha interpretado como manifestación religioso-mágica quemar todo cuanto era propiedad personal del difunto. Posiblemente, inducía a tal creencia la similitud que inevitablemente se establecía entre esta hoguera destructora de los bienes con la pira de los sacrificios. Pero, por poco que se indague se comprueba, con verdadera sorpresa, que tal costumbre aparece, súbitamente, en los últimos decenios del siglo xviii y, que, tal vez, haya desaparecido aun antes que los indígenas fuesen totalmente subyugados por la civilización. El simple hecho de poder establecer límites históricamente a una costumbre, significa su ningún arraigo y, por consiguiente, privarle de todo carácter de sufragio místico: éste, en cualquiera de las modalidades en que sea contemplado y considerado, no se improvisa, viene de atrás, tiene en su haber la sedimentación de creencias a través de las generaciones. Por consiguiente, hay que buscar el motivo que justifique —ante una mentalidad primitiva— la destrución de los bienes materiales del muerto. Haciendo a un lado el sinnúmero de explicaciones explayadas al respecto creo que tal comportamiento es una de las formas en que se manifiesta la moral práctica que sujetaba su libre obrar. Era una manera elemental de evitar males por codicia; era una costumbre que constituía una autodefensa: ni la viuda, ni los hijos, ni los entenados eran herederos, entonces ¿qué necesidad, qué afán podía anhelar su desaparición? Esta reflexión que se me escapa de la pluma, es la interpretación pragmática de lo expresado por Muñiz: "porque, ¡qué anhelo puede tener un hombre en adquirir bienes que no puede dejar a sus hijos!" (Outes, *Observaciones*, 213).

su significado, en *Revista del Museo de La Plata,* XXX, 321 y sgtes.; Buenos Aires, 1927). Entramos al dominio de la magia y es sorprendente que Schmid no le asignara tal valor, no obstante los inequívocos hechos que presenciara. No, no estaba equivocado cuando interpretaba que deseaban posesionarse de las virtudes del difunto, de su fuerza vital y mágica. No es más que una fase de la ley de participación a la cual está sometida la mentalidad primitiva en los diferentes dominios de la cultura espiritual. La descripción pormenorizada del comportamiento de los parientes y deudos abre un campo de estudio insospechado. A la ruda cultura material que han descripto la pluralidad de los viajeros debemos añadir ahora este vislumbre de vida prelógica que acrece —de manera muy distinta, por cierto— las reiteradas menciones de las artes practicadas por los "médicos" exorcistas.

(61). — El uso de géneros está indicando una adopción moderna, consecutiva a la de los naufragios que comenzaron a proveer tal material. ¿Qué indujo al indígena a adoptar el rojo como color de duelo? ¿La propensión innata de conferir al colorado al valor de color por antonomasia? ¿O, sencillamente, porque era el que más abundaba en la bodega de los barcos, precisamente, por el motivo recién enunciado?

(62). — La ofrenda de sangre siempre es interesante; la de la cara sería, en términos generales, similar en forma a la habitual realizada con pintura (véase: Nota 12); en cuanto a las de las piernas dada la pudibundez de las indias es un tanto inconexo: "El vestido de las mujeres es la misma capa que los hombres, y debajo una especie de túnica que cubre el cuerpo desde el cuello hasta los pies", y en otro lugar: "Chama, joven bien parecida, se quita el poncho a bordo de la goleta de Peña con tanta cautela, que no se le ve asomo de sus carnes" escriben los observadores de la expedición Malaspina (Lehmann-Nitsche, *Noticias,* 8 y sgte., 10). Viedma, a su vez, expresa: "para andar a caballo y montar guardan suma honestidad, no permitiendo que se les vea parte alguna de su cuerpo" (Viedma *Viaje,* 71). Todavía un decenio después de Schmid, Musters no es menos explícito: "el traje de las mujeres consiste en una manta parecida a la de los hombres... y debajo de eso, una bata de percal o tela liviana, que baja desde los hombros hasta el tobillo" (Musters, *At Home,* 162; trad.: *Vida,* 265). ¿De qué artilugios echaba mano Schmid para enterarse de tal ofrenda? —No recuerdo que esta ofrenda de sangre haya sido enunciada antes. La verdad es que

mente dejará al enfermo por los ruegos de otro hechicero, a quien obedece" (SÁNCHEZ LABRADOR, *Los indios,* 55).

(58). — El conjunto de actos y ceremonias que constituyen un verdadero velatorio del muerto, no han sido consideradas por otros viajeros. Por ello y por ser suficientemente claras, me ha parecido que escapan a la órbita del comentario etnográfico que me he propuesto. Ello no significa que aquellos renglones que hayan sido confirmados por otras crónicas, no sean objeto de la anotación pertinente.

(59). — A esta postura —que tiempo atrás se llamó fetal— en la nomenclatura agnóstica que vamos adoptando, se la llama genupectoral. Tanto viajeros como simples exhumadores de sepulturas la han señalado en todo el ámbito patagónico (MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *La posición ritual en que inhumaban a sus muertos los aborígenes del norte de Patagonia,* en *Physis. Revista de la Sociedad argentina de Ciencias naturales,* VII, 125 y sgtes.; Buenos Aires, 1923; MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Estudios antropológicos en la zona militar de Comodoro Rivadavia,* en *Anales del Museo de La Plata,* Nueva serie, *Sección Antropología,* Nº 1, 10, lámina VII, fig. 2; La Plata, 1950). Es la forma moderna de inhumar; la antigua era el decúbito dorsal, sin que falte, a su lado, la víctima propiciatoria, sacrificada como ofrenda máxima (MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Resultado de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz,* en *Notas preliminares del Museo de La Plata,* II, 89 y sgtes., lám. V; Buenos Aires, 1934). Onelli, que tuvo el triste privilegio de presenciar las exequias de un indígena, narra lo propio: "la más anciana de las indias extendió como mortaja un cuero de caballo, pintado en vivos colores, después desenvainó un cuchillo, y sin mirar el cadáver, cortando ligas y géneros lo desnudó completamente y lo envolvió en un gran pedazo de percal rojo que con ella había traído; entonces se levantó la mortaja y entre todos doblamos el cuerpo en la posición hierática exigida por la costumbre, la misma posición que tuvo en el claustro materno: que vuelva al infinito, como del infinito vino" (ONELLI, *Trepando,* 152).

(60). — Aquí el color de "duelo", según se ha leído, es el rojo. Otros antecedentes relativos al uso de paños rojos y de otros elementos de este color, pueden verse en las anotaciones que escribí hace años (VIGNATI, *Resultados,* 87 nota 2). Entre nosotros, Lehmann-Nitsche ha producido una monografía a ese respecto (R. LEHMANN-NISTCHE, *El revestimiento con ocre rojo de tumbas prehistóricas y*

(64). — Tras de Schmid, varios son los viajeros que aseveran idéntica cosa, pero se trata de un error como consecuencia de hablar en general sin poner término al período de duelo durante el cual lo consignado en el texto era de absoluta vigencia. Schmid no inquirió hasta cuando mantenía toda su estrictez la veda que señala y, al igual de él, quienes asentaron el hecho como costumbre. Don Tomás Harrington —que tanto sabe al respecto— ha escrito: "Los juicios vertidos son infundados. Moreno se ciñe a repetir apresuradamente manifestaciones de los indios. Si hubiera comparado el material escrito e inquirido con afán dilucidatorio en paciente examen, su opinión sería otra... El Aóni-Kenk y el Gününa-Küne nada sabían de la sustitución de nombres comunes. Con respecto a la de los propios, no la hay definitiva; existe sí la veda de mentar al muerto *única y exclusivamente en el trato con los parientes cercanos,* pero la interdición *no es definitiva:* dura lo que dura el luto, aproximadamente un año. Quien en este período mencione al difunto —repito, en conversación con pariente cercano— debe pagar al deudo "una multa" (expresión original). Pasado ese lapso, la prohibición queda levantada. Y tanto es así, que constituye norma imponer el nombre del desaparecido a uno de sus nietos, y aun es factible este bautizo en el período vedado, con la anuencia previa de la madre o de la mujer (o marido) de la persona fallecida; es decir, sucede lo contrario de lo aseverado por Moreno, ya que el nombre del antecesor se mantiene y recuerda en uno de sus descendientes. Entre los Gününa-Küne, la operación de "sacarse el luto", al cabo de un año, poco más o menos, daba motivo a una "fiesta" (original) llamada *hútke atllúen,* cuyos pormenores desconozco" (Tomás Harrington, *Contribución al estudio del indio Gününa-Küne,* en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva serie). *Sección Antropología,* II, 252 y sgte.; La Plata, 1946). Un lustro largo antes me había ocupado del asunto y había llegado a conclusiones similares (Milcíades Alejo Vignati, *Materiales para la lingüística patagona. El vocabulario de Elizalde,* en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* VIII, 171 y sgte.; Buenos Aires, 1940).

(65). — De todas las ceremonias descriptas por Schmid pocas son conocidas; las más, nuevas. Como se comprende, no es este lugar para entrar a pormenorizar el valor espiritual de cada una de las prácticas y cada frase requeriría un capítulo de análisis etnológico. Pero deseo llamar la atención del estudioso la cantidad de prácticas "religiosas" que se dispensaban a los muertos, amén de ser casi inte-

gramente desconocidas hasta este momento. —Muy ligado al tema de las notas Nº 63 y Nº 72 es la presente, en especial por cuanto el autor en pocas páginas cambia de modo de pensar en temas tan delicados como afines a su afán proselitista. No es posible conciliar una visión de la vida futura, por fugaz que sea, que hace columbrar el aserto comentado en la primera, con el desaprensivo —por no decir: desdoroso— que informa el renglón que me sirve de argumento: "lo que no puede ser destruido por el fuego o por rotura, se entierra con el cadáver". Así, crudamente, con una interpretación materialista, se aventan las risueñas ilusiones de una vida ultraterrena. ¿Cuándo y cuándo? ¿Cuándo escribe lo que piensa y cuándo lo que conviene? O bien: ¿Cuándo es Schmid el que habla y cuándo el Comité de Redacción? ¡Pobre Schmid y pobres cotizantes!

(66). — Dada la minuciosidad con que Schmid describe las ceremonias fúnebres, no es de extrañar que sea el único —a mi entender— que menciona este cuchillo plantado en tierra, cerca del cadáver. Nada autoriza a suponer deficiencia de expresión por parte de Schmid, pero, ello no obstante, considero que existe estrecha relación entre el cuchillo mencionado por nuestro catequista con el de la anotación de Muñiz: "cuando hay viruelas, los indios pudientes clavan cuchillos con la punta para arriba alrededor de sus camas para que [se] pinche cuando viene a tocarlos" (Outes, *Observaciones,* 213).

(67). — Estas visitas de pésame portadoras de consuelos materiales y espirituales son una novedad en el campo etnográfico patagón y, por cierto, que hablan muy en favor de la vida interior del aborigen con respecto a sus compañeros de partida.

(68). — El aserto de Schmid tiene su antecedente en Viedma: "Toda esta fúnebre pompa y ceremonias se hacen solo por jóvenes o personas de buena edad y robustas, pues a los que mueren viejos ni se les hace duelo ni se les llora, ni se acuerdan más de ellos, creyendo que su muerte era precisa, y se contentan con matar en ella un caballo, el peor o más desechado que tengan" (Viedma, *Viajes,* 78). Pero es llegado el momento de indicar —aunque Schmid no lo haya establecido— que entre los Patagones existían clases sociales, clases sociales que se ponían de manifiesto en muchos trances de la vida, siendo los funerales uno de los más caracterizados. "Estos son los sufragios de estos bárbaros —escribe Viedma al describir el entierro de lujo— sin más diferencia que cuando el muerto es de la clase común o inferior se reduce a solo la gritería" (Viedma, *Viaje,* 47). Ya he señalado en el "diario" de González la despreocupación de los

integrantes de la partida en la muerte de un joven: "los hombres salieron a cazar y un grupo de chinas a recoger raíces para comer" (Vignati, *Comentarios,* 39). No cabe dudar que era de la clase inferior.

(69). — La matanza de los animales del difunto ha sido señalada por diversos autores. "Mientras unos cantan —escribe Sánchez Labrador— otros vasallos del difunto cacique bien embijados, matan los caballos que montaba en vida; y antes de sacrificarlos, los adornan los cuellos con cascabeles, y les ponen encima una manta, enlutándolos; así les hacen dar varias vueltas alrededor del toldito, donde está el cuerpo de su dueño. Ejecutado este rodeo, les quitan sucesivamente las vidas, haciendo lo mismo con los perros que le sirvieron" (Sánchez Labrador, *Los indios,* 61) y Viedma —con su proligidad habitual— relata que "se reparte su carne entre todos los que echaron sus prendas al fuego" (Viedma, *Viaje,* 77). En Chile, Reuel Smith, viendo colgada sobre la sepultura de un cacique un cuero de uno de los caballos sacrificados, hace la exégesis de la ofrenda con espíritu de descreído no exenta de gracia sajona: "Es muy probable —dice— que los parientes no colocarían ni siquiera la piel de caballo que hemos mencionado si no fuera por la afición que tienen los indios por la carne de ese animal, la que siempre comen, dejando que se contente el difunto con el cuero y su alma" (Edmond Reuel Smith, *The Araucanians: or, Notes of a Tour among the Indian Tribes of Southern Chili,* 173; London, 1855; trad. *Los Araucanos o Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile meridional,* 87; Santiago de Chile, 1915).

(70). — La elección del terreno para hacer la sepultura es una novedad casi tan importante como la que señala Onelli: "llevan todos en el brazo izquierdo pequeños tatuajes que, según me contó un indígena amigo, resultan una especie de bautismo para poder entrar a los campos extramundanos; al indio que no tenga marcados esos signos hieráticos, no se le da sepultura; en proximidad de un río se le tira al agua" (Onelli, *Trepando,* 155 y sgte.).

(71). — Siempre se ha dejado consignado ese hecho: "a la noche se entregan a las viejas el cadáver, y ellas lo entierran donde les parece, sin que lo sepan dolientes ni otro alguno, porque ni se les pregunta, ni ellas pueden decirlo a nadie" y en otro lugar ratifica el concepto: "a las cuales es peculiar entre ellos el oficio de sepultar" (Viedma, *Viaje,* 77 y 47). Sánchez Labrador confirma lo ya dicho: "todas las viejas de la toldería, embijadas de negro, y desgreñadas,

llorando amargamente, cargan el cuerpo en un caballo, y lo llevan a depositar en alguna cueva de la montaña" (SÁNCHEZ LABRADOR, *Los indios,* 61), y González hace lo propio (VIGNATI, *Comentarios,* 39).

(72). — Todo este párrafo contradice, nuevamente, el espíritu nihilista que he criticado en la Nota Nº 65, circunstancia que evidencia no provenir de Schmid y ser una interpolación de la Dirección de la revista.

LÁMINAS

the departed's virtues. This waving of the hand, and successive patting of the head, is done three or four times. After this, the men remain near the corpse for another hour or two, talking in an under-tone, and frequently passing round the tobacco pipe. Whilst the men are thus engaged, the elder women put on signs of mourning—they array themselves in scarlet cloth, over their robe of skins, which they fasten on the breast with two brass pins, to which is tied a string of coloured beads. Then they paint their face, across the nose, with a stripe of blood, which they generally fetch by passing a small piece of glass over their face, and so cut their skin: others cut their legs in a similar way, to make the blood run. All the while they continue their doleful strains, and their loud lamentations, at intervals.

"Then comes the lighting of the fire, which is to consume everything that belonged to the departed. The fire burns about twenty yards from the tent, and into it is thrown everything that will burn, no matter whether new or old; articles that have never been used or worn yet by the deceased, everything is burned and sacrificed:—fine mats, new robes of skins,not yet finished, the bed, saddle, bridle, clothes, even the very pole that was near to the bed of the dead, and on which he used to hang his hunting and riding requisites. No exceptions are made as to the age or sex of the departed. There is nothing to remain undestroyed of his or her property after death, to remind the survivors of the dead. Even the name of the dead must not be mentioned, the survivors considering it bad to do so. Thus, entire destruction of property, and a burying in oblivion, take place with regard to the deceased. What cannot be destroyed by fire or breakage, is buried with the corpse.

Facsímil de una página de "Maneras y costumbres".

Casimiro y su hijo Sam Slick, en 1864 (?).

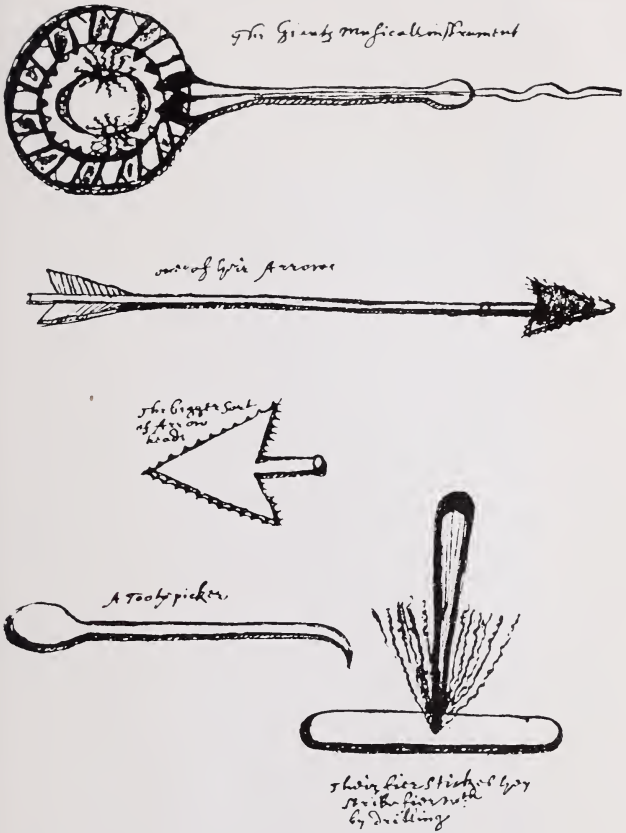
Foto: "Mayo"

Juego de chueca, según Frézier.

Juego de chueca, según Guinnard.

Juego de chueca: posición inicial.

Foto didáctica de origen chileno



Implementos de los Patagones, según Fletcher. Arriba: instrumento musical; abajo: alfiler para sujetar el manto; derecha: aparato para la obtención del fuego.

Escena de levantar campamento del cacique Kánkel; año 1895.

Foto: Koslowsky

Interior de un toldo del campamento del cacique Kánkel, año 1895.

Foto: Koslowsky

Mujeres indígenas montadas y de mudanza, con sus ropas y utensilios.

Foto: Koslowsky

Montura de mujer lista para cabalgar; del cuello del caballo cuelga el estribo que las mujeres usan para subir a la cruz del animal. Toldería del cacique Kánkel; año 1895.

Foto: Koslowsky

Cargueros alistados con las perchas y toldo marchando para un nuevo campamento. En las ancas del último carguero se ve una cuna; año 1895.

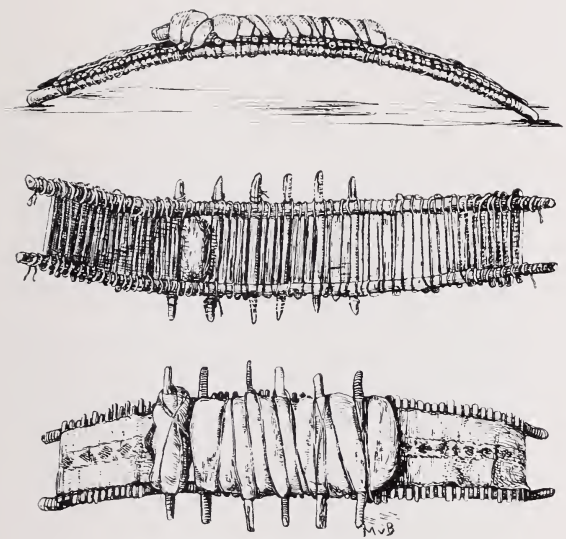
Foto: Koslowsky

Posición decúbito dorsal del niño sujeto a la cuna de transporte.

Foto de laboratorio

Mujer Araucana llevando al hijo en la cuna de transporte.

Foto: Spencer y Cía.



Cuna de transporte y estar, según Hauthal.

Dibujo: M. von Bulow

ÍNDICE

PRÓLOGO 13

CAPÍTULO I. — Fueguinos. — Ofrecimiento como catequista. — El caballo Casimiro. — Alumnos del instituto de Santa Chriscona 21

CAPÍTULO II. — Estada en Punta Arenas. — Llegada de los indios. — Convenio. — Caramillos. — Primera jornada. — Agasajo. — Regímenes de viaje. — Vida familiar. — Serranías San Gregorio. — Buque naufragado. — Embriaguez. — Recepción jubilosa de caciques. — Casimiro. — Otra vez junto al buque náufrago. — Escenas truculentas. — Regreso a la Colonia. — El doctor Burns. — Aprendizaje del idioma patagón. — El comercio indígena 25

CAPÍTULO III. — Viaje a Punta Arenas. — El gobernador Schythe. — Dificultades. — En casa del doctor Burns. — Progresos de la Colonia. — Excursión de Hunziker a caleta Bouganville. — Proselitismo protestante. — Casimiro. — Designación del "protector". — Primeras enseñanzas al hijo de Casimiro. — Sugerencias para abandonar Punta Arenas como centro de acción 35

CAPÍTULO IV. — El hijo menor de Casimiro. — Primeras jornadas de viaje. — Cánticos de bienvenida. — Ceremonia oficial. — Destrucción de amuletos. — Muñecas y supersticiones. — Vida y enseñanza de los hijos de Casimiro. — Bahía Coyle. — Sal. — Incidencia con el curandero indígena. — El juego "Sanke". — Mitología patagona. — Ideas religiosas. — El río Coyle. — Reflexiones respecto al idioma patagón. — Conmiseración indígena a los hijos de Casimiro. — Los duendes "Yicelum". — Pinturas rupestres. — Visita a un volcán 43

CAPÍTULO V. — Últimas jornadas. — Llegada a Punta Arenas. — Arrepentimiento de Gemôki. — Reparto de mercaderías y sus inconvenientes. — La vida rutinaria de campamento. — El idioma patagón y sus dificultades. — Volcán en la cordillera. — Nombre de las tribus patagónicas 55

CAPÍTULO VI. — Guano de isla Leones. — Nueva construcción. — Vida diaria. — Temperaturas. — Cacería. — Indígenas 61

Capítulo VII. — Visita indígena. — Viaje al sur con los patagones. — Canje de productos en Punta Arenas. — Embriaguez. — Enfermedad general. — Regreso. — Idioma 67

Capítulo VIII. — Asimilación de costumbres civilizadas por los indígenas. — Propósitos venatorios. — Idioma, vocabulario y gramática. — Versión del Padre Nuestro y del Salmo II, 8 71

Capítulo IX. — En la isla Keppel. — Platero y sus hijos. — Muerte de Mariquita. — Ceremonias fúnebres. — Instrucción de fueguinos. — Regreso a Santa Cruz. — Visita condicional de los indígenas. — Abandono de la Misión. — El Carmen. — San Xavier. — Nomenclatura étnica patagona. — El cacique Chingalee 75

Capítulo X. — Otra vez en El Carmen. Indígenas de la zona. Escuela y oficio religioso protestante sin concurrencia. — Traslado a Bahía Blanca 83

Comentarios 85

APÉNDICE

I. — Carta y diario del señor Allen W. Gardiner. — Isla Elisabeth. — Celos del Gobierno de Chile. — Indios fueguinos. — Vapor norteamericano. — Indumento indígena distinto. — Wigwans. — Canoa. —Hacha curiosa. — Punta Arenas. — Casimiro. — Compra de un caballo. — Familia de Casimiro. — Caciques patagones. — Visita a los toldos. — Bahía Gregorio. — Isla Keppel. — Muerte de Frank 117

II. — Carta de Juan Federico Hunziker. — Partida de Crammer. — Viaje por el estrecho. — Expectativa. — Visita del gobernador. — El doctor Burns 129

III. — Informe al Almirantazgo del capitán Barnard del H.M.S. Vixen. — El cacique Casimiro. — Sus condiciones intelectuales. — Su concepto respecto a los otros indios 131

IV. — Carta de Juan Federico Hunziker. — Los hijos de Casimiro. — Despedida 133

V. — Trozos de una carta del señor Hunziker. — Estada en Santa Cruz. — Llegada de indios. — Idioma más difundido. — Agasajo. — Viaje de Schmid al sur 135

VI. — Carta de Waite Hocking Stirling. — De El Carmen a la boca del río Negro. — Conocidos de los misioneros. — En Santa Cruz. — La Misión de Weddell's Bluff. — Tormentas. — Las habitaciones de los misioneros. — El misionero Schmid. — El catequista Hunziker. — La huerta. — El "pozo Jacob". — Excursión río arriba 137

VII. — Carta de Waite Hocking Stirling. — Provisiones para los misioneros de Santa Cruz. — La "Allen Gardiner". — Llegada a Weddell's

Bluff. — Los primeros indígenas. — La parcialidad patagona del sur. — Agasajo y primeras conversaciones. — Parlamento. — Actuación de Casimiro. — Recelos. — Promesas. — El paso de Santa Cruz. — Cántico nocturno 143

VIII. — Carta de Waite Hocking Stirling. — Término de la misión de Santa Cruz. — El proceder de los capitanes traficantes de pieles. — Fidelidad de dos indígenas 153

IX. — Carta de Juan Federico Hunziker. — La Misión de San Javier. — Inconvenientes por la sequedad, calor, vientos y tierra. — Escuela. — Mejor conocimiento del idioma. — Indios Tuwelches. — Recuerdos del misionero Schmid. — Actuando de médico. — Numerales en un idioma patagónico 155

X. — Carta del doctor G. Humble. — Reseña del viaje. — Actuación como médico. — Nuevas construcciones. — Visita a San Javier . 159

Maneras y costumbres de los indios patagónicos

PRÓLOGO 163

SUMARIO: Carta de remisión. — Estatura indígena. — Corpulencia. — Caracteres fisionómicos. — Dentadura. — Vestido. — Higiene. — Pintura facial y corporal. — Adornos. — Falta de ideas religiosas. — Entierros. — Hospitalidad. — No son caníbales. — Nombre de la entidad. — Idiomas indígenas. — El toldo. — Alimentación. — El lenguaje. — Caza. — Proclama. — El círculo de caza. — Traslado de campamento. — Cuna de transporte. — Paraderos. — La familia. — Médicos. — Ceremonias fúnebres. Duelo. — Visitas de pésame. Sacrificio de caballo. — Tumbas 167

COMENTARIOS 187

LÁMINAS 219

BW4904.P3 S34
Misionando por Patagonia austral,
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00217 4011